

JAVIER DíEZ CARMONA

JUSTICIA



Lectulandia

Antonio Arzamendi, exdirector de una sucursal bancaria jubilado, amanece con la noticia del asesinato de Rosa, el amor de su vida y la compañera de trabajo con quien planeaba compartir un tranquilo retiro en Choroní, su particular paraíso caribeño.

La policía habla de robo con violencia, pero el único testigo, un militar cubano retirado que llegó a la ciudad en busca de respuestas sobre el asesinato de su hijo, insiste en haber presenciado algo semejante a una ejecución. Ante el empeño de Arzamendi por conocer la verdad, el testigo, Osmany Arechabala, decide ayudarlo.

La misma noche de la muerte de Rosa aparece el cadáver de un hombre junto a un banco donde alguien ha escrito la palabra «Justicia». Dos días después, el asesinato de la hija de un acaudalado empresario de la construcción en el puerto viejo de Algorta pone en guardia a las autoridades. Y, a través de un portal de noticias sensacionalista, se comienza a difundir la teoría de que existe una organización dedicada a asesinar a empresarios y banqueros.

Osmany, Arzamendi y Borja Maruri, un investigador experto en fraudes contratado por la familia de una de las víctimas, tratarán de descubrir la identidad de los culpables y los motivos que se ocultan tras sus acciones.

La verdad no será agradable para nadie.

Javier Díez Carmona

Justicia

ePub r1.0

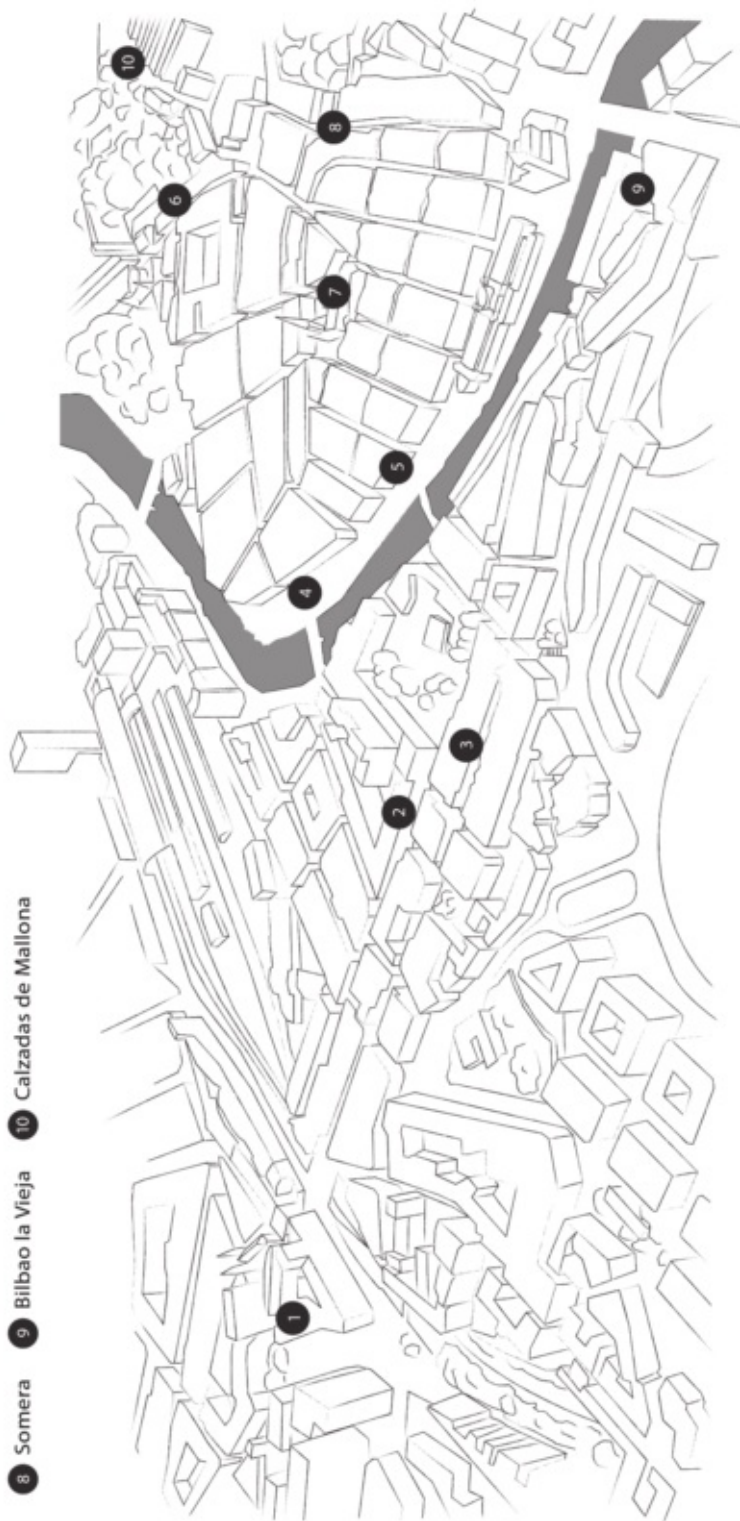
numpi 23.12.2021

Título original: *Justicia*
Javier Díez Carmona, 2021
Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

*Para Ane. Para Alma.
Gracias por estar ahí*

- 1 Zabalburu 2 San Francisco 3 Las Cortes 4 Puente de la Merced 5 Pasarela de la Ribera 6 Piso de Rosa Villate 7 Casco Viejo
- 8 Somera 9 Bilbao la Vieja 10 Calzadas de Mallona



PRIMERA PARTE

JUSTICIA

*Liquidar la delincuencia,
es una plaga social,
una raza despreciable,
una raza a exterminar.*

La Polla Records,
«Delincuencia»

DOMINGO

2 DE NOVIEMBRE DE 2014

El cubano se recostó en la barandilla y cerró los ojos. La lluvia resbalaba por los surcos de su rostro oscuro, una lluvia fría y persistente que mantenía a los últimos noctámbulos refugiados en los pubes, y a los habituales madrugadores de los domingos encogidos bajo el peso de las mantas.

El cubano extrañaba el calor. Con los zapatos anegados y el alma encogida, estudiaba el cauce y dejaba a su mente evadirse de un presente hecho de soledad y ausencias para regresar a los luminosos amaneceres de Santa Clara, donde el sol alimentaba los estómagos hambrientos de su niñez, o a los largos paseos vespertinos por el malecón habanero en compañía de mujeres cuyos rostros era ahora incapaz de perfilar. A la glacial brisa del Cantábrico contraponía los vendavales angoleños; a la monotonía de una lluvia que mojaba sin ser vista, los aguaceros del Congo, esas tormentas que resumían en su cálida ferocidad parte de la esencia del gran continente negro. El exasperante lagrimear de un cielo agazapado tras la niebla no presagiaba nada bueno.

Pero el cubano no era una persona propensa a la autocompasión. Había en el mundo ciudades más feas que aquella partida en dos por un riachuelo al que orgullosamente llamaban «la ría», y él conoció muchas de ellas. Ciudades de hielo sobre asfalto y nubes de toxinas recostadas sobre los tejados. Urbes de chabolas hacinadas en cerros dispuestos a derrumbarse bajo el primer chaparrón. Vertederos de miseria donde brotaban cabañas, casas, barrios y pueblos enteros; donde la gente moría sin saber que la vida era algo distinto de la supervivencia; donde la palabra dignidad era tabú y la escuela una ilusión. No. Bilbao no estaba tan mal. Todo es cuestión de perspectiva.

Se incorporó con un suspiro. Desde su renuncia voluntaria al sol, a las tardes de ron y plástica, al aroma a combustible mal quemado, acostumbraba acudir allí, al lugar donde el puente de la Ribera cruza el Nervión en un salto más torpe que ágil, en busca de respuestas. Pero no hay respuestas sin las preguntas adecuadas. Y el cubano no conseguía dar con las claves del silencioso interrogatorio al que, noche tras noche, sometía a las piedras del puente, a las turbias aguas de la ría, a las farolas y al persistente sirimiri.

Rodeado por el murmullo de una ciudad que se resistía al amanecer, deslizó la mirada sobre aceras, tejados y cirros oscurecidos. El domingo bostezaba entre las cumbres del Ganeta y el Pagasarri sin llegar a iluminar con su luz mortecina unas calles donde apenas cuatro borrachos desperdigados alteraban la hastiada calma de la madrugada. A su espalda quedaba lo que los bilbaínos llaman el Casco Viejo, el corazón medieval de una villa mercantil que derribó sus murallas atraída por las promesas del comercio, las finanzas y la modernidad. Lejos, quizá en torno a la catedral de Santiago, el rumor de las mangueras delataba el trabajo de los barrenderos. Pero en la Ribera solo algún vehículo siseaba sobre el asfalto antes de perderse tras la curva del teatro Arriaga o cruzar el puente de la Merced para sumergirse en otra dimensión, en un Bilbao más siniestro y oscuro, en un Bilbao desconocido para la mayor parte de sus ciudadanos.

Por allí vagaban preguntas y recuerdos inventados. Por esas callejas de cocaína en las esquinas, de putas que exhibían su piel negra y la nostalgia de su patria, de mendigos que hurgaban en los contenedores. Por ese barrio maldito, evitado por los bilbaínos de bien, temido por las madres, silenciado por los medios de comunicación. Allí se apelotonaban sin orden ni concierto traficantes, proxenetas, ancianas de piernas varicosas y mirada curiosa, *ertzainas* de porte chulesco y, sobre todo, extranjeros. Magrebíes, congoleños, senegaleses, asiáticos, turcos y latinoamericanos formaban el sustrato mayoritario de los barrios altos de Bilbao, donde los varones adinerados disfrutaron, cuando las márgenes del Nervión vomitaban humo y acero, de los placeres del cabaré, la buena mesa y el contubernio obrero y patronal. Ahora, cuando museos de curvas imposibles ocupan el espacio de los astilleros, y las

humaredas se deben solo a la mala combustión de los vehículos, la explosión de vida de esos barrios alejados de la ciudad habla quinientos idiomas con miles de acentos, sueña con la supervivencia y los papeles, aprieta los dientes y, tal vez, una navaja, y afronta el día a día con la única certeza de la incertidumbre. Por allí buscaba el cubano respuestas a preguntas que no lograba plantear.

Y allí fue donde la vio. Aunque la distancia era mucha, aunque los separaba una ría, el aparatoso andamiaje de una pasarela y la bruma de la llovizna, el cubano sabía distinguir los matices de un solo vistazo. Sabía intuir el peligro.

Y en el escaso segundo en que una mujer de pelo enlacado vestida con una elegante gabardina ocupó su espacio visual, comprendió que algo pasaba. Algo despertó de golpe en él, ese algo intangible que, en el pasado, lo libró de más de una emboscada. No sabría explicar qué fue. ¿El leve encogimiento de sus hombros? ¿La expresión de aquel rostro que apenas si distinguía? ¿O acaso llegó a verlo solo un instante antes de que su cerebro fuera capaz de procesarlo? No. No había un detonante. Parte era experiencia. Parte, instinto. Pero supo que aquella mujer estaba en peligro.

Echó a correr luchando contra el tiempo incrustado en sus huesos y sus articulaciones, cuando apareció la sombra. Sin ruido, como si se deslizara sobre la acera, se abalanzó sobre su presa, que cayó al suelo sin un lamento. El cubano trepaba los primeros escalones de la pasarela maldiciendo en voz baja su edad y en voz alta al asesino, cuando este, ajeno a sus gritos, se inclinó sobre el cuerpo inerte de la víctima, le arrebató el bolso y, dejando tras de sí el brillo fugaz de una navaja, se perdió entre las sombras de unas calles acostumbradas a la violencia, el mutismo y el olvido.

Cuando la respiración de la mujer adquirió la regularidad del sueño, Giancarlo, como ella lo conocía, decidió que llevaba demasiado tiempo soportando el calor de aquel cuerpo desnudo. Abandonó el lecho procurando no despertarla y comenzó el registro.

Giancarlo, como ella lo conocía, era un adonis italiano de facciones perfectas, ojos azules de mirada intensa y cuerpo forjado en una batalla inacabable contra las olas del mar y los vaivenes del cuerpo femenino. Las greñas ordenadamente descuidadas le daban el encanto del bohemio; la voz profunda, la seguridad de promesas no enunciadas. Giancarlo, como ella lo conocía, tenía un don. Y aunque, superada la barrera de los cuarenta, ya no eran jóvenes aspirantes a modelo quienes caían rendidas a sus pies, debía reconocer que, cuanto mayor era su presa, más rentable le resultaba el trabajo.

Al tiempo que registraba los cajones, Luca, como se leía en el pasaporte que nunca tuvo necesidad de falsificar, trazaba el itinerario hacia su próximo destino. Eran las cinco de la mañana de un domingo triste y lluvioso, tan triste y lluvioso como todos los que llevaba en aquella ciudad de fealdad disimulada, a golpe de talonario, por Frank Gehry, Norman Foster o Zaha Hadid. Sonrió. Su Juve también intentaba acallar las vergüenzas de su paso por la Serie B con fichajes astronómicos. «Todo todo se arregla con un talonario», pensó mientras, en contra de su propia reflexión, buscaba entre las pertenencias de la durmiente dinero en efectivo, tarjetas, joyas o cualquier objeto que pudiera vender de forma sencilla y, sobre todo, rápida.

La vivienda, un piso amplio con las paredes empapeladas con flores grises y geometrías oscuras, abría sus ventanas a la plaza Indautxu, una explanada blanca y sin gracia salpicada de minúsculos arbolitos huérfanos de tierra,

césped y aire puro. Justo frente a la casa, el horroroso edificio de la iglesia dibujaba su burda cruz de hormigón sobre el anodino triángulo de la fachada. Giancarlo, o Luca, se detuvo un momento delante de los cristales y escudriñó el paisaje con expresión de fastidio. Para un turinés, llamar «iglesia» a esa suerte de pabellón industrial era un insulto, una ofensa a la belleza atemporal de la *chiesa* de la Gran Madre de Dio o la de San Filippo Neri, a la recia elegancia del Duomo o al conjunto de la *piazza* de San Carlo, una plaza como Dios manda, no un descampado de cemento. Aquel lugar del que tanto presumían los bilbaínos, aquel engendro de templo donde, según la divorciada cuyos ronquidos invadían en ese momento el dormitorio, el salón y el pasillo, se juntaba cada domingo lo más granado de la ciudad, le provocaba una tristeza desconocida: la nostalgia de un lugar que nunca extrañó. Llovía, y los círculos que las gotas dibujaban en los charcos brillaban con destellos anaranjados y blanquecinos. Ningún coche rompía el silencio de aquel otoño invernal, ningún grupo de borrachos alzaba al viento sus voces aguardentosas. Suspiró. Regresar a Turín, a sus calles bañadas por el sol, a su tráfico incesante y los cafés de sus callejas peatonales. Suspiró otra vez. Para regresar, necesitaba dinero.

Terminó de vestirse y se puso el chubasquero con la mente en playas de olas provocativas como las curvas de las turistas. Se guardó en el bolsillo interior el magro botín y, sin permitir que la puerta protestara a esas horas intempestivas, abandonó el piso de su última conquista.

Respirar el aire frío de la calle fue una liberación. Poco a poco, de manera imperceptible, el sexo con desconocidas había perdido el aroma especial que tuvo años atrás. Ahora no era sino la expresión carnal de su propio fracaso. Alzó el rostro al cielo, negro como su esperanza, dejó que la lluvia se llevara en parte la desazón y otros sabores de sus labios y, con más desgana que ánimo, atravesó el vacío de la plaza.

Sobre el rumor ronco de la ciudad, ese susurro hecho de tráfico lejano, gritos imperceptibles en calles perdidas, golpes, música y alarmas alteradas que sobrevuela la aparente tranquilidad del Bilbao burgués, solo se oía el chirrido de sus botas y el repiqueteo del sirimiri sobre la capucha de su

impermeable. Nadie desafiaba la madrugada moribunda, nadie tenía interés en adelantarse al alba en domingo. Aunque, mientras pensaba que la soledad de las calles era tan espesa como la del piso que acababa de abandonar, se percató de que un borracho dormía debajo de uno de los bancos de la plaza.

Había que estar muy mal para dormirse así, ajeno al frío y la lluvia de noviembre. Pero su radar pronto obvió aquel detalle sin importancia. A pesar de que las farolas teñían la realidad en tonos sepias y engañosos, la calidad de su traje, negro... o puede que gris marengo, era patente, y los zapatos despedían el inimitable brillo de la piel más cara. «Un tío con pasta. Y completamente grogui», pensó Luca improvisando una sonrisa.

Despacio, con un sigilo más ridículo que sospechoso, recortó la distancia que los separaba. Nada rompía la calma de la incipiente mañana. La explanada desnuda era su aliada. Confirmó que ni trasnochadores descarriados ni madrugadores aburridos asomaban a las esquinas de la plaza, se inclinó sobre él y deslizó la mano hasta el interior de su chaqueta.

Solo entonces comprendió lo absurdo de su primera impresión. Solo entonces, cuando percibió la profundidad de un silencio sin respiraciones, comprendió que nadie, por más que haya bebido, se duerme bajo una lluvia como esa. En el momento en que sus dedos se cerraban sobre una abultada billetera, buscó el rostro del cuerpo que, inerte, se dejaba robar sin protestas. Y a duras penas pudo contener el vómito.

Aquel hombre no tenía rostro. No. En realidad, no tenía cabeza. Encogida entre los hombros, invisible a quien, como Luca, lo viera por detrás, reposaba una masa informe de huesos, sesos y sangre. Los charcos eran oscuros y espesos. Acucillado sobre un cadáver demasiado reciente y con su cartera entre los dedos, Luca intentó pensar, tarea casi imposible dadas las circunstancias. Era un ladrón de poca monta, un triste gigoló metido a ratero. Y acababa de imprimir sus huellas en la billetera de una víctima de asesinato. Despacio, no tanto por la necesidad de sigilo sino porque sus músculos parecían gelatina, se incorporó sin soltar la cartera, dio un par de pasos hacia atrás y descubrió la pintada.

Sobre el banco, escrita en rojo, se leía una sola palabra: JUSTICIA.

Luca dejó de pensar. Giró sobre sus talones y, abandonada toda prudencia, echó a correr.

Antonio Arzamendi subió la persiana, cerró los ojos, apretó los párpados y dejó que el tiempo transcurriera en completa oscuridad, con la absurda esperanza de que el martillo neumático que taladraba sus neuronas se apiadara de él. Nada de eso. La cabeza siguió doliéndole, y así seguiría hasta que los últimos ecos de la resaca fueran inaudibles. Un suspiro rasgó sus labios, reseco por el exceso de bebida, en el momento de dibujar una sonrisa de plenitud. Abrió los ojos y, descalzo y en pijama, salió al balcón.

Comprendió que era tarde en el pulso de la calle, en el rumor de los vecinos a la puerta de un bar, los conductores aparcando en doble fila y el aroma de rabas y patatas fritas. Mediodía de domingo. La calle se llenaba de ociosos y paseantes, de niños torturadores de tímpanos y escaparates a balonazos, de chiquiteros de *txapela* ladeada, aliento ácido y sonrisa fácil. A su derecha, la única torre de la basílica señalaba el norte a feligreses y turistas despistados. A la izquierda, Virgen de Begoña, su calle de los últimos treinta y pico años, se hundía en el camino del Polvorín para precipitarse hacia el Casco Viejo por las ordenadas calzadas de Mallona. Decenas de paraguas ocupaban los más de trescientos escalones que separan la villa de la antigua anteiglesia, protegiendo del sirimiri a quienes abandonaban el cielo intuido de Begoña, tierra de iglesias y conventos, para sumergirse en el Casco Viejo sin miedo a perder el alma entre las tentaciones que abundaban en las barras de las tabernas. Un domingo cualquiera. Un domingo lluvioso, gris y ligeramente frío que Antonio recibía con los ojos entornados por el dolor y con una sonrisa que no podía, ni deseaba, disimular.

Llevaba un año jubilado. Prejubilado. La fortuna quiso que la fusión entre La Unión Crediticia y el Banco Monetario, donde transcurrió toda su vida

laboral, lo sorprendiera a punto de cumplir cincuenta y seis años, algo que para los responsables de la integración de ambas entidades significaba una sola cosa: era viejo. Un excedente, un número a suprimir en aras del índice de eficiencia. Lo cierto es que el desprecio tácito con que los responsables de recursos humanos le ofrecieron diluirse en el olvido laboral no le importó lo más mínimo. Empaquetó los pocos recuerdos que guardaba en el despacho, se despidió de los muchos amigos labrados a lo largo de su trayectoria profesional y, sin mirar atrás, abandonó la sucursal que había dirigido durante más de diez años. Con el salario prácticamente intacto, asegurada la pensión cuando llegara el momento, Antonio tenía tiempo para dedicarse a vivir. Y pensaba aprovecharlo.

Sintiendo que sus huesos protestaban por los excesos de la noche, regresó al dormitorio. Las sábanas revueltas al pie de la cama olían a alcohol. ¿Había vomitado? Una vez más, los pinchazos en las sienes le recordaron lo que su cerebro no conseguía reconstruir con precisión: bebió demasiado. Sí. Cervezas antes de la cena. Vino después. Algún pacharán. ¿Y luego? Ni idea. Recuerdos nebulosos de pubes saturados de humo y gritos, un vaso ancho entre las manos, los bailes de los más jóvenes, las repetidas palmadas de los amigos de siempre, los besos de Rosa...

La sonrisa se le amplió tanto que el resto de su cara se disgregó al empuje de esos labios extendidos de oreja a oreja. Los besos de Rosa... Sí, y los gestos de sorpresa de los antiguos compañeros, de quienes, tras años de compartir oficina, estrés, malos ratos y triunfos mezquinos, nunca llegaron a sospechar que entre Antonio Arzamendi, el amable y templado director de una de las principales sucursales del Banco Monetario, y Rosa María Villate, su mano derecha, existía algo más que una amistad. La noche anterior, mientras celebraban entre abrazos y felicitaciones la prejubilación de Rosa, otro número prescindible apenas cumplidos los cincuenta y seis, decidieron romper el muro de discreción mantenido hasta entonces. La resaca era lo de menos. Él llevaba un año libre de cadenas, horarios y presiones. Y Rosa era, desde el viernes, tan libre como él. Los sueños, esos sueños apenas esbozados en los primeros tiempos, tímidamente compartidos poco después y finalmente

trazados con la firmeza de las escrituras notariales, comenzaban a tomar forma.

Choroní era el nombre donde se enmarcaban esos sueños, el lugar donde iniciar otra vida, lejos de su ciudad de acero y lluvia, lejos del tráfico incesante, los cielos plomizos y el viento húmedo del Cantábrico. Un nombre extraño, una olvidada palabra aimara que evocaba Caribe, pescadores, hippies desfasados y aroma a carbón y marisco. Encogida sobre el mar, indiferente a que, a su espalda, las grandes montañas del parque nacional Henri Pittier la separen de la Venezuela urbana en muchos más minutos que kilómetros, Choroní era el norte de sus ambiciones. El punto final de una vida en común que no habían comenzado a disfrutar.

Fue en sus primeras vacaciones juntos. Venezuela los recibió adormilada en el bochorno del trópico. Era noche cerrada cuando abandonaron el aeropuerto de Maiquetía y tomaron un taxi en dirección a Maracay, una ciudad mediana a sesenta kilómetros de distancia. El infierno de Caracas quedó relegado para una fugaz visita justo antes de embarcar en el avión de regreso.

Recostado en el asiento trasero del vehículo, diluido en curiosidad el cansancio del vuelo, Antonio pasó la hora completa de viaje estudiando a través de la ventanilla los engañosos paisajes que atravesaban y dejaban atrás. Todo era nuevo. Lo era la presencia de Rosa a su lado, tantos años compañera de oficina y, desde hacía unos meses, de lecho, fines de semana y vacaciones. Pero también aquel aire vivo y caliente, el gemido anquilosado de los motores, los millones de bombillas que dibujaban el contorno de los cerros y ocultaban al viajero la miseria de las champas, los mendigos de los peajes y esa sensación inconfesable de estar adentrándose en un universo desconocido y peligroso. Antonio tenía veinte años cuando se casó. Alejandra era hija de unos amigos de la familia, dos años mayor y, como pronto se supo, estaba embarazada. Padre con veintiuno, entró de becario en el Banco Monetario con veintitrés, poco antes de que una crisis industrial sin precedentes hiciera saltar por los aires los cimientos de una economía basada en la construcción naval y la siderurgia. Si en un principio se tomó aquel empleo como un asidero con

que ir pagando facturas, la marea de desempleados que inundó las calles de Bilbao, Barakaldo y Sestao le hizo aferrarse con uñas y dientes a un trabajo que no estaba mal remunerado. Poco después nació Begoña, su segunda y última hija, él ascendió a interventor de oficina y, sin ser consciente, quedó sellado su porvenir: piso en una de las mejores zonas de Bilbao, vivienda de veraneo en Hondarribia, fines de semana con los suegros, viajes en familia a Canarias, Roma o Praga. Todo muy civilizado, todo ordenado y planificado con la certeza de la rutina. Incluso después del divorcio, rota una relación cada día más asfixiante, continuó con esos hábitos esculpidos en su carácter durante treinta años. Y, de repente, se encontró, con solo una mochila y un billete de avión, en un taxi arrancado a las entrañas del Pleistoceno, atravesando campiñas veteadas de bombillas solitarias bajo cuya frugal protección dormían familias de desarraigados. Una incómoda sensación de inseguridad lo asaltaba en cada cruce, en cada bar de carretera poblado de sombras de gesto ceñudo. Pero la presencia de Rosa, tranquila y amodorrada a su lado, bastaba para exorcizar fantasmas inventados por una imaginación oxidada.

Al día siguiente descubrieron Choróni. Un autobús roñoso como el alma de un obispo esperaba en la terminal jadeando resuellos de gasóleo y latón. De no haber estado ella, Antonio no habría abordado aquel vehículo de hierros gastados bajo ningún concepto. De hecho, estuvo a punto de bajarse al comprobar que el asfalto era perfectamente visible bajo la herrumbre de la carrocería. Por fortuna, no lo hizo.

Fuera, la lluvia golpeaba con aburrida cadencia de otoño. La cabeza le dolía, y seguiría doliéndole hasta que sus neuronas decidieran perdonarle los excesos. Pero la sonrisa se negaba a desaparecer de su rostro. Cojeando, se acercó al armario y regresó a la cama con una colorida carpeta bajo el brazo. Dentro, encima de un montón de folletos, fotografías impresas en folios con tonos desvaídos y algún artículo de prensa, destacaba la escritura de propiedad firmada meses atrás. Acarició su adusta portada con el mimo con que se acaricia un sueño, y de su interior extrajo una fotografía ampliada. La casa, un edificio de una sola planta, con amplio patio interior y alargadas

ventanas enrejadas, se asomaba al puerto pesquero con discreta curiosidad. La playa, el reclamo de los turistas, quedaba lejos del núcleo urbano, por lo que en aquella esquina de la plazuela se respiraba la calma de los pueblos perdidos. Probablemente, en las tardes de temporal, el Caribe rozaría sus ventanas y, tal vez, en los días más tórridos del verano, el calor y los mosquitos le hicieran extrañar el frescor de esa niebla que acostumbra recostarse sobre el monte Artxanda. No importaba. Eran libres, y nada importaba. Ni las tormentas venideras ni los dolorosos pinchazos en su cabeza. Ni los autobuses de motor parchado con cuerdas y martillo ni los insistentes timbrazos del teléfono en el salón. Solo Choróní. Sin embargo, cuando la voz de su hijo se quebró al descolgar, comprendió que los hilos que sujetan los sueños son tan endebles como ellos.

Tal vez el cielo de Bilbao fuera eso, pensaba Osmany mientras finas gotas de sirimiri resbalaban por su rostro, un lienzo sombrío, una sucesión de grises y negros desde donde caía una llovizna interminable que empapaba cabellos, abrigos y voluntades. Aunque, contemplando el ambiente que desbordaba la calle, concluyó que la voluntad de los bilbaínos no se doblegaba tan fácilmente. Se lo adelantó Camilo en una de sus escasas llamadas telefónicas: en esa ciudad, salir a beber y comer unos pinchos los fines de semana era una religión, algo comparable a la devoción que despertaba su equipo de fútbol e incluso al respeto que tanto practicantes como ateos profesaban a la Virgen de Begoña. A pesar de la lluvia, la calle Somera era un hervidero. Osmany se permitió una sonrisa desgana antes de abandonar el balcón y regresar al interior de la vivienda. Y a la tristeza.

Nerea mantenía los ojos clavados en el televisor, con la niña dormida en su regazo y la mente navegando por un pasado cercano e irrepetible. Irrepetible porque Camilo ya no existía. Camilo era solo un puñado de cenizas en una urna arrinconada en la encimera de la cocina sin que Nerea, su viuda, ni Osmany, su padre, se animaran a cambiarla de lugar. El ruido que se filtraba por la ventana, gritos de cuadrillas festejando la vida, entrecuchar de vasos y cánticos improvisados, resultaba casi ofensivo en la tremenda quietud de una vivienda donde todo parecía en suspenso. Osmany pensó en arrancar a la mujer de su reclusión de sofá y culebrones, pero no tuvo fuerzas. Demasiadas veces, demasiadas batallas idénticas durante la última semana. Regresó al dormitorio y cerró la puerta.

Sentado en un viejo catre, apoyó la cabeza entre las manos e intentó pensar. Necesitaba pensar. Necesitaba mirar hacia delante, hacer algo diferente a

calentar platos precocinados o cambiar el pañal de Maider cada vez que el olor a heces infantiles inundaba la estancia sin que Nerea, sumida en una dejadez exasperante y perturbadora, hiciera ademán de moverse. Para eso había dejado Cuba. Para ayudar a su nuera, tan afectada por el fallecimiento de Camilo que no era sino la sombra de una mujer; para cuidar a su bebé, la hija de Camilo, su nieta. Pero con sesenta y seis años, Osmany Arechabala era incapaz de limitarse al cuidado de la casa y la pequeña. No podía. Y tampoco podía dejar impune el asesinato de su hijo.

La bolsa de viaje estaba debajo de la cama. La sacó y buscó en sus bolsillos interiores un sobre con fotografías, que derramó sobre la colcha. Apartó imágenes en blanco y negro de barbudos y uniformados, escogió una de las pocas en color y la sostuvo entre los dedos conteniendo a duras penas las lágrimas. Se trataba del retrato de un niño alto y desgarbado que apuntaba a la cámara con una deshilachada pelota de béisbol. Era 1997, los peores años de la crisis provocada por el hundimiento de la URSS quedaban atrás, y la sonrisa de Camilo remitía a futuro y esperanza. Una gota estalló en el centro de la foto y comprendió que, por segunda vez en la vida que era capaz de recordar, el llanto acabaría por derrotarlo. No lloró cuando Lydia, la madre de su hijo, la compañera que esperaba en la isla su regreso cada vez que la Revolución lo enviaba en misiones jamás publicitadas a rincones desconocidos de América o África, se apagó despacio, se marchitó víctima de un cáncer que ni los médicos del CIMEQ fueron capaces de detener. No es que no le doliera. Jamás sintió tanto dolor como cuando dejó de notar la presión de los dedos de Lydia sobre su mano. Pero llevaban más de un año luchando contra aquel mal que no obedecía a fármacos, radio ni quimioterapia; más de un año siendo testigo de su declive, de cómo la enfermedad le robaba kilos y los tratamientos cabello, de cómo el dolor ininterrumpido le arrebatava hasta la sonrisa. Sabía que el final estaba cerca. Estaba preparado. Y no lloró. Tampoco se le saltaron lágrimas de alegría cuando Camilo, trémulo y jadeante como un perrillo, se arrebujó entre sus brazos a los pocos minutos de nacer. No. La única vez, hasta entonces, que Osmany Arechabala fue incapaz de reprimir el llanto fue el 15 de octubre de

1967 cuando Fidel Castro confirmó por televisión la muerte del Ché Guevara. Por eso, notar el calor de las lágrimas en sus mejillas le produjo una especie de incomprensible vergüenza. Se aseguró de que la puerta estaba cerrada, se abrazó las rodillas sin abandonar el retrato de su hijo y procuró que los sollozos no fueran audibles desde la sala.

Cuando regresó al comedor, donde Nerea seguía enterrada en el sofá con Maider entre los brazos, las pupilas enrojecidas destacaban en su rostro negro, marcado por pérdidas y derrotas. Pero la tristeza no era perceptible en sus gestos ni en su voz cuando le preguntó si tenía hambre. No obtuvo respuesta. Su nuera pertenecía a otro mundo, un lugar del que ni siquiera el bebé de piel café que estrechaba contra su pecho parecía capaz de arrancarla. Se encogió de hombros, cogió el chubasquero y bajó a la calle.

El colmado del chino estaba dos portales a la derecha, delante de una cervecería franquiciada y una taberna de chiquiteros reconvertida en bar para turistas. En la estantería de los precocinados se alineaban fideos listos para comer tras un minuto en el microondas, arroces ya cocidos, ensaladas de lechugas desustanciadas y tomates de brillo artificial. Rebuscó entre recipientes de cartón de todos los colores, eligió el más barato, añadió a su compra un paquete de pan de molde y un litro de leche, y se dirigió hacia la caja. Allí esperó a que un borracho de greñas apelmazadas acertara con el importe exacto del brik de vino que el dependiente, un oriental de sonrisa afable y mirada experimentada, no estaba dispuesto a soltar aún. A su espalda, muestrario de promesas festivas y agrios despertares, estaban los licores más demandados por quienes se sentaban a beber en las aceras. La mirada de Osmany se detuvo, como siempre, en la botella oscura y alargada de Havana Club. En aquel ron, pensaba cada vez que sus ojos se encontraban con la giraldilla del castillo de La Habana, se resumía parte de la historia reciente de Cuba, parte de la historia de su independencia y su Revolución. Y parte de la historia de Osmany Arechabala.

Cuando el borracho abandonó la tienda, pagó y regresó a casa abriéndose paso como pudo entre la gente, saludó a Nerea sin ser correspondido y entró en la cocina. La urna de Camilo seguía en la encimera, pegada a la nevera,

reclamando su atención con ojos imposibles. Intentó no hacerle caso. Intentó concentrarse en la comida, en las compras, en lo que fuera. Buscó algo para rasgar la tapa del recipiente de la sopa de tallarines, maldiciendo al banco que regalaba a sus clientes esos juegos de cuchillos en los que todos eran demasiado pequeños o demasiado grandes, y se decidió por unas tijeras. Cortó el plástico con tajos burdos e inseguros, volcó el contenido en un plato y se rindió a la mirada muda de la urna. Dejó la comida, dejó las tijeras y, con torpe delicadeza, tomó entre las manos los restos de su hijo.

—Hora de despedirnos, mijito —susurró deslizando un dedo por la fría superficie de metal—. Nunca fui el padre ideal, ¿verdad? Tantos viajes, tantas misiones... Más comprometido con la Revolución que con mi familia, como me echaste en cara. Y, ¿sabes?, tenías razón.

Por un momento pensó que le resultaría imposible continuar, que el llanto de minutos antes regresaría más fuerte e intenso. Tragó saliva.

—Me perdí tus mejores momentos. Pero no es cierto, como dijiste, que me importara más la independencia de Namibia que vosotros. Nada me importó más que tu madre y tú. Por eso estoy aquí. No soy capaz de improvisar un buen discurso de despedida, lo sé. Nunca pude enlazar más de dos frases sin perderme en tonterías. Por eso, en los homenajes evité siempre hablar en público o... Bueno, ¿viste lo que te dije? En fin, Camilo, solo puedo prometerte que cuidaré de tu hija mejor de lo que supe cuidarte y que... —Apretó los dientes y algo en su rostro retrocedió a los tiempos de pólvora y emboscadas—. Atraparé al malnacido que te hizo esto. Ahora descansa —concluyó con algo semejante a la dulzura—. El lunes iremos a conocer la tierra de tu abuelo. Bueno, yo nunca supe nada de mi viejo, así que nada podré explicarte. Perdona, ya me callo. Descansa, y alístate para el viaje. Será el último que hagamos juntos.

Había dejado de llover. Las nubes mantenían una hosca guardia sobre la ciudad, que seesteaba en espera del lunes y la rutina, pero el viento olía a sur y sequedad. Las calles reflejaban el brillo de unas farolas encendidas a las seis como aviso de la cercanía del invierno. Había un aire triste en el gesto de los tilos de la Gran Vía, desnudos de hojas y esperanza, en los maniqués sin sonrisa de los escaparates, en el lento avance de los escasos autobuses. Aunque, pensaba Larralde, quizá la tristeza emanara de su interlocutor, que dejaba que el café se le enfriara con la mirada perdida más allá de la puerta mientras intentaba, con poco éxito, que sus palabras brotaran de forma más o menos coherente.

—Entonces... —La voz de Antonio Arzamendi sonaba cascada. Sonaba a fracaso—. ¿Puedes contarme algo?

Jon Larralde dio un trago a su cerveza y evitó los ojos de su amigo. En el cristal de la entrada, espejado por la oscuridad exterior, se dibujaban sus siluetas, únicos clientes de uno de los pocos bares abiertos a esas horas. Antonio, más calvo y grueso que nunca, se aferraba a la mesa como al asidero que le impedía hundirse en el vacío. Larralde escudriñaba el contenido de su vaso. De barba poblada y cabellera abundante, el oficial de la Ertzaintza aparentaba ser mucho más joven que su antiguo compañero de escuela en una infancia tan lejana que costaba recordar. Pero las profundas ojeras, y las arrugas arremolinadas debajo de los párpados, delataban su edad y su angustia. Porque es angustioso que te informen de un asesinato cometido a poca distancia de la comisaría y reconocer en la víctima a la novia de tu mejor amigo. Porque es más angustioso el momento de llamarlo, explicarle que han apuñalado a su pareja y permanecer al teléfono escuchando el denso silencio

del otro lado de la línea. Y es peor quedar con él en una cafetería desierta y no tener nada que decir. O casi nada.

—Bueno... Los chavales que llevan el caso no me han dado apenas detalles. En principio, parece un robo.

—¿De verdad? ¿Hace falta matar a una mujer para quitarle el bolso? ¿Ya no basta con un tirón o qué?

El camarero, sorprendido por los inesperados gritos de unos tipos que hasta entonces llevaban media hora en absoluto mutismo, apartó la mirada del periódico deportivo, lanzó un vistazo y, encogiéndose de hombros, regresó a la lectura.

—Hay mucho hijoputa suelto por ahí.

Larralde siguió hablando, pero sus palabras eran apenas la banda sonora de una pesadilla de la que Antonio no conseguía despertar.

—Hemos interrogado a un par de sus acompañantes. Llegaron a Bilbao la Vieja en torno a las cuatro y media buscando algo abierto. Estuvieron en La Taberna Negra, un antro cercano al puente de San Antón, hasta que cerró y terminaron en el pub Inpernu. El barman recuerda a la mujer, pero nada de interés. Rosa se fue sobre las seis, creemos que sola, pero hasta que no hablemos con todos, no podremos confirmarlo. Debió de coger la calle de Marzana para cruzar hasta el Casco Viejo y ahí, antes de llegar a la pasarela, la atacaron. Junto a la puerta de El Perro Chico.

Antonio asintió sin perder de vista el borde sucio de su taza. Las cámaras de ETB estuvieron allí, exhibiendo a través de la pantalla la sangre regada a la entrada del restaurante, preguntando a vecinos que solo eran capaces de aportar quejas genéricas sobre el aumento de la delincuencia, la inmigración y la falta de seguridad en el Bilbao más humilde. Paradójicamente, la siguiente noticia hacía referencia a otro crimen sucedido la misma noche, pero, en esa ocasión, en el centro del Bilbao más elitista.

—¿Y tú a qué hora te fuiste?

Larralde tuvo que repetir la pregunta antes de que su amigo diera muestras de haberla escuchado. «Tendrías que estar en casa —pensó conteniendo un suspiro de desgana—. Tendrías que estar en casa, Antonio, tomarte un buen

tranquilizante, dormir treinta y seis horas y no perder el tiempo en esta cafetería buscando respuestas que no tenemos».

—No sé. No tengo ni idea de la hora. Pero no llegué a La Vieja.

—¿Te apetece hablar de ello? ¿Te apetece contarme cómo transcurrió la noche?

Antonio seguía pendiente del eco del café sobre la taza vacía. Su calva reflejaba el brillo de las lámparas y, bajo el cuello doblado por la derrota, le nacía una papada que Jon no recordaba. Mantenía las manos entrelazadas para controlar un temblor que sus labios no sabían disimular. Aun así, como intuyó Larralde, le apetecía hablar.

—Era su despedida del banco. Pronto cumplirá... habría cumplido —matizó con un rechinar de dientes apretados— cincuenta y seis, así que restando los días que le quedaban de vacaciones, se prejubiló el viernes. Anteayer. Toda la vida currando y la matan cuando comienza a vivir.

Con un ambiguo gesto de la barbilla, Jon se solidarizó con aquella protesta inútil y lo animó a proseguir su narración.

—Cenamos en Atxuri. Había gente, pero menos de la que esperaba. Estábamos los que coincidimos con ella en la sucursal de la plaza Zaballurru, cuando era mi interventora. Y los que pasaron por la de Begoñalde mientras la dirigió. Esa es una oficina pequeña, pero con mucha rotación de empleados. En los cinco años que fue la jefa tuvo a siete administrativos diferentes en ventanilla, jóvenes que los de personal enviaron a foguearse antes de pasar a sucursales más grandes. Vinieron todos, aunque algunos no coincidían con ella desde hace años. Sin embargo, de su oficina actual no apareció nadie.

—Se llevaba mal con sus compañeros, ¿no?

Antonio abarcó el local con los brazos abiertos, un gesto ambiguo que podía delatar frustración, rabia o aburrimiento. Hablar de la oficina que el BCM, Banco de Crédito Monetario, como se lo rebautizó después de la fusión, mantenía en la alameda Mazarredo lo irritaba por muchos motivos. Larralde lo sabía. Por eso guio la conversación hacia allí, porque la rabia, la ira, eran mejor que la resignada apatía que opacaba las pupilas de Antonio.

—Rosa no se llevaba mal con nadie. Era un cielo.

El *ertzaina* contuvo una sonrisa maliciosa. Rosa María Villate fue una mujer de fuerte personalidad que jamás se guardaba una opinión. Una buena persona, sí. Un cielo, no tanto. Pero Antonio había comenzado a desahogarse, y no pensaba interrumpirlo.

—Como te he dicho, vino todo el mundo que trabajó con ella, excepto esos gilipollas. Ya hemos hablado de eso, ¿no?

Larralde mantuvo su mutismo.

—El caso es que la oficina de Mazarredo no es de nuestra red, sino de la Unión Crediticia. Hoy somos una sola entidad, pero hay muchas diferencias entre las antiguas sucursales del Banco Monetario y las que provienen de la UC. Comparada con nosotros, la UC era un banquito al que absorber sin mayor problema. Sin embargo, muchos pensamos que a los de la Unión se les dio mucho más poder del que correspondería a una entidad ocho veces menor. Se arrinconó a gestores y directores del BM, como Rosa. La quitaron de la sucursal que dirigía y la mandaron a Mazarredo a ventanilla.

Jon Larralde asintió sin palabras. Antonio descargaba su dolor, su frustración, en aquellos que, por uno u otro motivo, chocaron con ella. Aunque, intuía, no pensaba mencionarlos a todos.

—Rosa no protestó. Para ella, era tan digno el trabajo de administrativo, o el de barrendero, como el de director.

Larralde expresó su aprobación con un movimiento de la cabeza.

—El problema no era el trabajo. Era la gente. Mira... —Apoyó ambos brazos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante, como quien se prepara para hacer una confidencia—. Hasta 2008, la UC era un banco muy pequeño. Estaba más o menos saneado, tenía relativamente poco ladrillo y, en general, hizo bien las cosas. Pero a raíz del hundimiento de Lehman Brothers y el inicio de la crisis financiera, la supervivencia se le puso muy complicada. Al Banco de España lo único que se le ocurrió para sanear el sector fue forzar megafusiones, obligar a los pequeños a integrarse en entidades más grandes. Los directivos de la Unión vieron las orejas al lobo y, para asegurarse una buena posición en una fusión inevitable, ordenaron crecer a cualquier precio. Comenzaron a pagar más que los demás para captar el ahorro de los clientes.

Daban los préstamos más baratos, reduciendo el diferencial sobre el euríbor, eliminando comisiones. Se metieron en promociones inmobiliarias más o menos pequeñas, de chalets y adosados, justo cuando quebraba el mercado. Y se dedicaron a fichar a gestores agresivos y sin escrúpulos. La única consigna era crecer, como fuera. Pero el euríbor comenzó a bajar y se encontraron, de golpe, cobrando en torno al uno y medio por sus préstamos hipotecarios, mientras pagaban a los clientes el dos y medio anual por sus plazos fijos. Ya sabes lo que pasa cuando una empresa vende más barato de lo que compra.

—Bueno... —El *ertzaina* esbozó un amago de protesta, más que nada para que el brillo de excitación perdurara en los ojos de su amigo—. Los bancos ganáis siempre, no seas quejica.

—No, qué va. De no ser por nosotros, la UC habría entrado en pérdidas ese mismo año. Y tras la fusión hubo que reconducir ese desastre para evitar que nos arrastrara a un nuevo Bankia. Se remuneró a los clientes en línea con el euríbor, algo así como medio punto porcentual. Se subieron los diferenciales de los préstamos y empezó a cobrarse por las tarjetas y el resto de los servicios. Puedes imaginar cómo se puso la gente. Ladrones y sinvergüenzas fue lo más suave que nos tocó oír. En la oficina de Mazarredo, donde todos los clientes eran de la UC, fue mucho peor. Rosa era la única procedente del Monetario, así que los cabrones que tenía de compañeros no se cortaron a la hora de decir a los clientes que la culpa era de ella. Bueno, de todos los que veníamos del Monetario.

—Vaya joyitas, ¿no?

—Ni te lo imaginas. Una gentuza. Depredadores financieros para quienes los clientes solo son números donde colocar producto. Niñatos de gomina y corbata que los obligan a contratar cuatro seguros para concederles un préstamo o les juran que los fondos de inversión son como los plazos fijos. Y esos capullos señalaban a Rosa cuando alguien se ponía a gritar porque la tarjeta ya no era gratis. ¡Joder! Cuando Rosa dejó Begoñalde, sus clientes le regalaron un ramo de flores gigantesco. Esos mocosos aspirantes a tiburón bastante tienen si no los inflan a hostias por capullos.

Larralde contuvo una sonrisa. El hombre que, frente a él, golpeaba la mesa con las uñas en un gesto de rabia se asemejaba bastante más a Antonio Arzamendi que la sombra de gestos erráticos de una hora antes. Hablar del banco solía provocarle ese efecto. Larralde lo comprendía. Ambos trabajaban en sectores de los que la gente se beneficiaba, pero que acostumbraba despreciar. Y lo jodido, convenían cuando, entre cerveza y cerveza, salía el tema, era que tanto desde el mundo de las finanzas como desde el policial se daba a la sociedad argumentos de sobra para cimentar y ampliar ese desprecio.

—Ni uno de los de la UC se dignó venir a la despedida de su compañera. Tampoco fue nadie de la dirección regional... Claro que con eso ya contábamos.

—¿Por qué? —preguntó Larralde mientras, con la mano alzada, solicitaba otra cerveza al aburrido camarero.

—Ya la conoces... la conocías —se corrigió regresando al tono agónico de sus primeras frases. Suspiró, sacudió la cabeza, absurdamente concentrado en su taza vacía, y siguió hablando—. Rosa nunca se callaba. No protestó cuando la degradaron, pero si iban a por otro saltaba como una fiera. Hace años denunció al responsable regional de personal por despedir a un eventual con informes fantásticos de todas las sucursales por donde pasó, incluido uno mío, para enchufar a un familiar. Desde la central le dieron la razón, y el de personal acabó perdiendo el puesto. Hazte una idea de las simpatías que Rosa despertaba por ahí. No hace mucho preparó un informe en el que solicitaba que se analizara el excesivo número de desahucios de la oficina de la alameda Mazarredo, una de las zonas con más dinero de Bilbao. No sé cómo quedó el tema, pero supongo que no hizo ninguna gracia. Además, envió un correo genérico a toda la red, que consiguió bastantes adhesiones, en el que protestaba por las condiciones de la fusión con la UC. Si no la despidieron entonces fue porque le faltaban meses para jubilarse.

—Comprendo. ¿Y si volvemos al viernes? —Larralde decidió pasar por alto que entre los directivos que no acudieron a la cena, esos que amargaron a

Rosa su último año en la empresa, estaba la propia hija de Arzamendi—. ¿Cuántos erais en total? ¿Por dónde anduvisteis?

—Pues... —Antonio cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes.

En realidad, pensó Jon, parecía más cerca de abandonarse al sueño que de responder a su pregunta. Pero dormir no era opción para un hombre cuyo futuro estaba poblado de pesadillas.

—Creo que éramos veinticuatro personas, casi todos muy jóvenes. Ya te he dicho que por Begoñalde pasaron un montón de recién llegados en fase de aprendizaje, así que se juntó una buena chavalería. De nuestra generación seríamos unos nueve..., diez contando a Rosa.

—¿A qué hora salisteis del restaurante?

—Serían las doce y media. Hacía frío y caían cuatro gotas, pero nadie quiso irse a casa. Fuimos a Somera, y había tanta gente que acabamos en la calle Pelota. El Lamiak estaba a tope, pero al menos es un sitio amplio donde hablar con cierta tranquilidad. Estuvimos bastante tiempo, no sé cuánto. Me tomé un mínimo de tres pacharanes. Después alguien sugirió buscar algo por Mazarredo. La verdad es que no me apetecía cruzar la ría, pero Rosa se me colgó del brazo y me prohibió irme. En el puente del Arenal me fijé en que los veteranos del grupo se habían largado. Rosa y yo nos quedamos solos con unos seis o siete chavales que caminaban delante de nosotros sin prestarnos atención. Así que decidí marcharme.

Larralde notó que la ronquera de su amigo se agudizaba, que algo se desgarraba en su interior, y alargó un brazo sobre la mesa. Antonio, sin embargo, rechazó el afecto implícito en aquel breve apretón.

—Le sugerí coger un taxi para subir a mi casa. Pero no me hizo caso. — Fue incapaz de contener por más tiempo el sollozo que lo ahogaba desde que, por teléfono, oyó el tono grave, demasiado oficial, de su amigo Jon Larralde—. ¡No me hizo caso! —bramó entre lágrimas, un aullido rasgado que asustó al camarero y contagió de su desolación al *ertzaina*—. ¡Estaría viva! ¿Comprendes? Si se hubiera venido conmigo, si hubiera subido a ese taxi, estaría viva. Pero no me hizo caso. No me hizo caso. No me hizo caso...

El frío se filtraba por los huecos de unas ventanas condenadas años atrás por la lluvia, los vendavales que ascendían camino de Bilbao y la desidia de la anciana propietaria, recluida ahora en un geriátrico. El exiguo resplandor anaranjado que teñía los cristales y el incesante rumor del tráfico completaban el decorado de cada atardecer desde que alquiló el único apartamento adecuado a sus ingresos, anárquicos e irrisorios. Alguna grúa terminaba de oxidarse en la otra margen de la ría, algún barco esperaba la mañana, la maniobra de desatraque, la libertad. El paisaje de Erandio, una mezcla de grises y negros, de pabellones en ruinas y costillares expuestos de buques varados contra el muelle, era lo mejor de la vivienda. El interior, veinte metros cuadrados donde se apretujaban una minúscula cocina, una mesa de plástico, un sofá cama y la puerta roída de un aseo, era incluso más deprimente. Sobre la mesa, el televisor y el ordenador, ambos encendidos. Y frente a ellos, con los ojos muy abiertos y los dedos tamborileando sobre el teclado, estaba Markel.

Acababa de comenzar el telediario en la televisión autonómica, y los asesinatos ocupaban tanto los titulares como los minutos previos a la repetitiva información política. Acodado delante del portátil, el joven atendía a la monocorde narración que acompañaba las imágenes mientras repasaba las mismas noticias en los periódicos digitales y tomaba notas en un bloc de hojas reutilizadas hasta el absurdo.

Aunque hacía ya tres años que terminó la carrera de periodismo, Markel Arana no había renunciado a la idea de ganarse la vida gracias a los conocimientos y las habilidades teóricamente adquiridas en la facultad. No le importó dilapidar meses y meses redactando noticias para fantasmagóricas

agencias locales que le abonaban unas migajas cuando la crónica aparecía impresa en algún diario de tirada nacional; es decir, casi nunca. Aquel tiempo no era perdido, insistía con un optimismo casi patológico, sino la continuación de una carrera que la universidad solo comenzó a esbozar. Años de experiencia que no le aportaron notoriedad, dinero ni un cubículo en la redacción de algún medio necesitado de cubrir jubilaciones que, en realidad, nadie cubría. Pero de esa experiencia nació New-Berriak NBk, su gran proyecto y único medio de vida. Por eso ocupaba aquel apartamento del tamaño de un dormitorio, por eso en su dieta abundaban los hidratos de carbono y escaseaban las proteínas, por eso las ojeras eran el rasgo más reconocible en aquel rostro tan joven. Markel era el fundador, presidente, único periodista, maquetador y agente comercial de una página web que no conseguía atraer a un número de lectores lo suficientemente importante para que alguna empresa se decidiera a colgar ahí su publicidad. No era óbice, sin embargo, para que el muchacho siguiera, día tras día, buceando en la red y devorando telediarios e informativos radiofónicos en busca de algo que mereciera la pena investigar, un drama poco hurgado, un detalle ignorado por los grandes medios locales o nacionales. Algo que atrajera lectores. Algo que atrajera dinero. Y las noticias que abrían el informativo de la noche podían esconder, tras la aburrida voz de la locutora y las manidas imágenes de lugares vacíos, algo de eso.

Dos asesinatos el mismo día en Bilbao, una ciudad donde el año anterior hubo, en total, cuatro homicidios. Dos robos de una violencia extrema. Dos personas sin relación alguna entre sí, ultimadas en lugares distintos y alejados. Eso decían los medios. Eso debería decir él si, como siempre, se limitaba a plagiarlos. Pero así no se atraían nuevos lectores. Así no haría aumentar las visitas a su web, único argumento con que dirigirse a los potenciales anunciantes que lo rechazaban disimulando el desprecio con una sonrisa ensayada cada mañana mientras se ajustaban el nudo de la corbata.

El primer asesinato tuvo lugar en la plaza Indautxu, uno de los lugares más céntricos, tranquilos y vigilados de la ciudad. De hecho, la comisaría de la Policía Nacional está situada a pocos metros del lugar. Conforme a la

periodista, en torno a las cinco de la mañana un grupo de chavales se topó con el cadáver de José Antonio Martínez. El hombre, divorciado de cuarenta años, fue repetidamente golpeado en la cabeza con un objeto contundente, una barra de hierro, un bate o algo similar. Aunque la información evitó en todo momento los comentarios escabrosos, Markel intuyó sesos derramados, salpicones de sangre en el suelo sucio de la plaza, restos óseos esparcidos en torno al cadáver. Eso, unido a que le faltaba la cartera, dificultó su identificación. José Antonio Martínez fue, hasta el día de su muerte, un emprendedor. Fundador y dueño de varias empresas de instalaciones eléctricas, trabajó en algunas de las obras más emblemáticas del Bilbao postindustrial, como el frontón de Miribilla o el palacio Euskalduna. Su último proyecto empresarial, el Grupo M-Tínez, que aglutinaba la instaladora, varios comercios de iluminación y una asesoría fiscal, presentó suspensión de pagos meses atrás. Dejaba a un huérfano de siete años que vivía con su exmujer.

El segundo tuvo lugar poco después en la calle de Marzana, cerca de la pasarela peatonal de la Ribera, una de las zonas más decadentes y peligrosas de la ciudad. Una mujer de cincuenta y seis años, Rosa María Villate, fue apuñalada por un ladrón que, según un testigo presencial, le arrebató el bolso y salió huyendo en dirección a San Francisco. Por el momento, las pesquisas de la Ertzaintza no habían dado resultado. La mujer, exdirectora de una sucursal del Banco de Crédito Monetario, celebraba con sus compañeros de trabajo una jubilación que no podría disfrutar. Las investigaciones seguían abiertas.

Sin perder de vista la pantalla, las imágenes repetidas de la lonja cerrada del restaurante El Perro Chico, del lugar donde la sangre de la víctima se derramó hasta alcanzar las alcantarillas, Markel anotaba en su cuaderno frases sueltas, palabras cazadas al vuelo que engordaran la noticia con algo de morbo y cierta dosis de suspicacia, cualquier cosa para que New-Berriak NBk tuviera, por fin, un patrocinador. «Asesinada el día de su jubilación». «Sesos derramados sobre la acera». «Liquidado empresario sin liquidez». «Una directora de banca menos».

Con un suspiro, dejó caer el bolígrafo sobre la cuartilla, se reclinó en la incómoda silla de la cocina, la única del apartamento, y cerró los ojos. Allí no había nada. Nada con lo que atraer lectores, nada que retuitear, nada que multiplicara los «Me gusta» de su página de Facebook. Dos robos a dos personas diferentes en dos lugares distintos de la ciudad. Nada. Pero eran dos noticias que debía reseñar. Copió la primera, la de José Antonio Martínez, de la página de Europa Press, abrió el editor de NBk y, antes de pegar, volvió a cerrar los ojos y suspiró de nuevo. Si aquello era periodismo, una fotocopidora representaba la literatura. Se levantó y, abrió la nevera. Todavía le quedaba una cerveza, un botellín acobardado en el blanco sucio del refrigerador. Mientras hacía palanca en la chapa con el mango de una cuchara, cayó en la cuenta de que había comprado un pack de doce el día anterior. Su desánimo profesional, y personal, le provocaba una sed que el agua no conseguía calmar. Cabeceando con desgana concluyó que debía cotejar la versión de Europa Press antes de plagiarla. Como mínimo, para justificarse frente al espejo. De modo que cogió el móvil, marcó el número de Andrea y, una vez más, notó que se le aceleraba el pulso. Hacía un año que habían roto, pero hablar con ella aún le provocaba ese malestar.

—¡Hola, Markel! ¡Cuánto tiempo!

—Y que lo digas. ¿Qué tal?

—Bien, todo bien. ¿Y tú?

—Todo bien.

Silencio. Ese silencio espeso, breve pero largo para quienes esperan al otro lado de un teléfono que es la puerta a un pasado desagradable, repleto de malas caras, tonos agrios y palabras desabridas.

—¿Sigues con tu proyecto de periódico digital?

Markel notó que el aburrimiento se filtraba a través de la señal inalámbrica, pero decidió no darle importancia. Seguramente Andrea era consciente de la tensión que atenazaba su voz.

—Sí, por eso te llamaba.

—Por el fiambre que han encontrado debajo de mi casa, ¿no?

—Exacto.

—¡Vaya! —No fue solo una palabra. Sonó como un chasquido, como un latigazo en el tímpano—. Así que ahora soy tu corresponsal en Indautxu, ¿eh?

—Oye, Andrea...

—No, tranquilo. Si no me importa. He sido cosas peores, ¿te acuerdas?

Se acordaba, ¡claro que se acordaba! De hecho, no pudo evitar que su pene comenzara a desperezarse al recordarla así, sin apenas ropa, en... Sacudió la cabeza e intentó pasar de puntillas por imágenes nunca olvidadas.

—Supongo que no habrás visto algo diferente de lo que ha salido en el *Teleberri*, ¿no?

—Pues si te digo la verdad, no he visto el *Teleberri*. Estas cosas me desagradan terriblemente, ¿sabes?

Markel apretó los dientes al otro lado de la línea. Cuando Andrea utilizaba ese tono de pija resabiada desearía echarse plomo hirviendo en los oídos. ¿Alguna vez amó a esa bruja de barrio alto? ¿O lo suyo fue sexo y nada más?

—Pero tampoco he visto gran cosa, ¿sabes? Me despertó el ruido de una sirena y me asomé a la ventana. Había bastante gente en torno a un banco. Bueno, gente... Policías, sanitarios y eso, ¿sabes? Había un bulto amarillo en el suelo, envuelto en uno de esos plásticos donde meten los cadáveres, ¿sabes? Y cuando se llevaron al fiambre, vinieron los de la limpieza y dejaron como los chorros del oro el suelo y el banco. Y todo antes de que amaneciera.

—¿También ensució un banco? —preguntó Markel imaginando chorretadas de sangre saltando en todas direcciones, una suerte de masa viscosa resbalando desde uno de los asientos de la plaza.

—En el banco estaba la pintada, ¿sabes?

—¿Qué pintada?

—¿No ha salido en la tele? ¡Qué raro! El tío estaba tirado en el suelo, debajo del banco. Y encima habían escrito «Justicia» en letras rojas.

«Justicia». Markel colgó y permaneció unos segundos inmóvil, mirando sin ver un televisor donde repetían el resumen del partido del Athletic. Sobre el verde del césped los futbolistas se lamentaban de las ocasiones perdidas, pero lo que él veía eran imágenes de una plaza impoluta por donde los transeúntes circulaban con normalidad, donde nada alteraba la calma de un domingo

lluvioso aunque, pocas horas antes, allí mismo, hubieran asesinado con un bate de béisbol a un empresario.

Un empresario, pensaba mientras dibujaba círculos concéntricos en el cuaderno.

Un empresario de la construcción.

Una directora de banca.

«Justicia».

LUNES

3 DE NOVIEMBRE DE 2014

A través de las ventanas, sucias de polvo añejado, la Gran Vía parecía tapizada en verde y pardo, oculto el asfalto por las amplias copas de unos tilos que se resistían al otoño como los ancianos se resisten al peso de la edad: con orgullo, pero sin esperanza. Desde la planta séptima de la dirección regional, invisibles las prisas de los viandantes, el tráfico atascado frente a los semáforos o los mimos de sonrisas pintadas que mendigan en las esquinas, Bilbao presumía de elegantes fachadas neoclásicas, del brillo burdeos de sus miradores, de los amplios salones intuidos en viviendas levantadas para los dueños del carbón, el acero y las divisas. Una imagen de riqueza, de prosperidad hecha piedra, muy del gusto de los trajeados ejecutivos, todos varones, que tomaban asiento, dejaban los abrigos en los respaldos, se ajustaban las corbatas con gestos manidos que eran parte de sí mismos y esperaban la llegada de la directora de zona intercambiando puyas, compartiendo anécdotas, vanagloriándose con falsa humildad de la buena marcha de sus respectivas sucursales o comentando, una vez más, la última victoria del Athletic. Como cada lunes, los directores de las oficinas que el Banco de Crédito Monetario mantenía en Bilbao acudían a la reunión de coordinación semanal con pocas ganas de iniciar la jornada y mucho cotilleo entre los labios. Y ese ventoso lunes de noviembre, un tema de conversación eclipsaba por completo el fútbol, el devenir de las oficinas o los chistes diseminados vía WhatsApp.

El asesinato de una compañera el mismo día de su prejubilación.

Y la relación de esta con un colega jubilado.

Aún compartían detalles truculentos del crimen y, sobre todo, de los ocultos amoríos de Rosa María con quien fue su director durante muchos

años, cuando llegó la jefa. Y se hizo el silencio.

Siempre se hacía el silencio cuando Begoña Arzamendi entraba en una habitación. Ya se tratara de una reunión informal, donde sus ajustados vestidos provocaban el recelo de las mujeres y la admiración de los hombres, o de un encuentro directivo, presidido por el frío desdén de sus grandes ojos verdes, a su paso se interrumpían las conversaciones, las miradas se tornaban esquivas y cada cual corría a interpretar el papel de alumno temeroso de una maestra a la que, de alguna manera prohibida, odiara y deseara.

Begoña sabía que esas armas de mujer, usadas de forma profusa y decidida, tuvieron mucho que ver en su meteórico ascenso en la entidad. Una caída de pestañas a tiempo, una sonrisa para endulzar los malos resultados de la oficina, o seguir las explicaciones de los jefes con la cabeza ladeada y la melena rubia resbalándole hasta el vértice del escote fueron una ayuda inestimable a la hora de adelantar a rivales igual de codiciosos, pero menos dotados para la lucha cuerpo a cuerpo. Por supuesto, que su padre fuera Antonio Arzamendi, uno de los directores más veteranos y respetados del banco, también ayudó. Pero si llegó a convertirse en la responsable de zona más joven del BCM, si su nombre sonaba cada vez que los rumores sobre una pronta prejubilación del subdirector general cobraban fuerza, era porque a su ambición y falta de escrúpulos unía una inteligencia aguda y metódica. Sabía lo que quería. Sabía cómo alcanzarlo. Sembrar el camino de cadáveres no era algo que le preocupara.

—Buenos días.

Begoña conectó el proyector, introdujo su clave en el portátil y una luz azulada llenó la pantalla de cifras y gráficos. Nunca perdía el tiempo en prolegómenos, presentaciones o amables consideraciones sobre el fin de semana.

—Como podéis ver, iniciamos la semana con una nueva bajada del euríbor. Es decir, tenemos que recortar más los precios del pasivo. No podemos pagar a nuestros clientes el 0,60 por ciento en plazo fijo a un año si el mercado está en el 0,35 por ciento.

Se volvió al oír los susurros, incapaz de disimular su contrariedad. No estaba acostumbrada a que la interrumpieran, a que esa camarilla de directores que la envidiaban y temían a partes iguales cuchicheara a sus espaldas. Aunque, dada la situación, entendía sus quejas.

—A ver, chicos... Ya sé que llevamos tiempo así. En cada renovación bajamos el tipo de interés a los clientes, y cada día los tenemos más enfadados. Lo sé. No es fácil negociar siempre a la baja. Pero el mercado nos conduce a ello. Y eso no va a cambiar por mucho que protestemos.

Hubo muecas de duda, jugueteo de dedos sobre nudos de corbata, absurdos garabatos en el margen de algún periódico. Un carraspeo, una tos falsa, incómoda. Hasta que uno de los de más edad se atrevió a exponer en voz alta lo que todos pensaban.

—Verás, Begoña, no estábamos hablando de eso. Simplemente nos ha sorprendido que comenzaras la reunión sin mencionar a Rosa Villate.

—¿Por qué?

Begoña Arzamendi se sentó en el borde de la mesa y cruzó las piernas permitiendo a su falda recogerse un par de palmos en un gesto tan estudiado y tantas veces puesto en práctica que se había vuelto espontáneo sin quererlo. Sabía que la capacidad de atención de los varones es inversamente proporcional a los centímetros de piel exhibidos bajo las medias, algo muy útil a la hora de imponer sus argumentos a los del contrario. Y aunque no necesitara convencer de nada a esos directores que años atrás la miraban con arrogancia y ahora solo se atrevían a espiarla a hurtadillas, aquel movimiento era parte de sí misma. Era su declaración de guerra, no violenta, pero en modo alguno incruenta.

—Bueno, el viernes asesinaron a una compañera. No sé, me parece un tema a comentar.

—¿En una reunión de coordinación de zona? Esto no es un programa de cotilleos, Esteban. —Begoña apoyó ambas manos en la mesa, se inclinó unos centímetros hacia delante y sus ojos buscaron los del único capaz de decir en voz alta lo que todos pensaban. «Eliminar al líder rival provocando la

desbandada de sus seguidores garantiza siempre la victoria», se dijo—. ¿No habéis tenido tiempo de comentar las noticias en el bar de abajo?

Esteban García, responsable de la sucursal del Arenal, notó que el rubor se extendía por sus mejillas, que sus orejas se teñían de grana y un calor falso como la sonrisa de su jefa le impelía a aflojarse el nudo de la corbata. Aun así, mantuvo la mirada clavada en aquella niñata que, ocho años atrás, ocupó la ventanilla de su oficina, a quien cuidó, formó y promocionó no solo porque era la hija de uno de sus mejores amigos, sino porque él era así, porque trabajar con García en la cabecera de zona era la mejor forma de aprender, la mejor forma de medrar en un banco con pocos puestos directivos disponibles y demasiados jóvenes ambiciosos afilando uñas, dientes y puñales. En ocho años, Begoña pasó del puesto de caja a la dirección de zona. Pero Esteban jamás se sintió orgulloso de su ahijada profesional. Había formas de ascender, y formas de trepar. Y la que Esteban inculcó a la hija de Arzamendi no fue la que ella eligió.

—Recordar a una compañera que, hasta hace un año, hasta que tú la degradaste —remarcó lo último separando las palabras y escribiendo los guiones con aliento— asistía a estas reuniones no es cotillear. Es algo lógico entre colegas.

—Tú lo has dicho. —Begoña abandonó la atalaya de la mesa y les dio la espalda mientras, sin dejar de hablar, manipulaba el proyector—. Hace un año que Rosa Villate no participa en este consejo. Por tanto, su ausencia ni es nueva ni nos afecta. Así que dejemos de perder el tiempo y sigamos con nuestro trabajo. Ya hemos visto que las posibilidades de obtener margen con el pasivo son nulas. Así que debemos centrarnos en los dos únicos epígrafes que nos permiten alimentar la cuenta de resultados: las comisiones y los seguros.

No se inmutó al escuchar el ruido de la silla cuando Esteban se levantó, ni respondió al rumor de sus pasos sobre la moqueta mientras se dirigía a la salida. Y si oyó la palabra «zorra» que él escupió en un gruñido ronco en el momento de cerrar la puerta y abandonar la sala de reuniones, fingió no haberlo hecho.

Carolina Neira apuró los últimos restos del café, dejó la taza en el fregadero y retiró la humedad que quedaba sobre la barra. Aún no eran las diez, y el bar estaba vacío. Hacía tiempo que los primeros madrugadores, los que tomaban un desayuno rápido o un sol y sombra reflexivo, desaparecieron rumbo a sus trabajos o a su aburrimiento, y todavía no era la hora del cosechero con el imprescindible pincho de tortilla. Era el momento que Carolina aprovechaba para organizar la barra, comprobar que las copas salían impecables del lavavajillas, y disfrutar de un tinto y un montadito de jamón. A los clientes habituales, los que preferían las confidencias de alcohol y taberna a la compañía de la familia, les resultaba divertido que el tinto de Carolina no fuera vino, sino café. Pero así llamaba ella al café en Colombia y así seguía llamándolo en Gordexola, a pesar de los años que llevaba al frente del Argitxo.

Terminó de limpiar el mostrador, echó un vistazo a la cocina, donde Elena daba el toque final a los pinchos de bonito con guindilla, y se acercó a la ventana. Una lluvia desganada creaba el velo de humedad que cubría la carretera, la plaza desierta y los tejados oscuros de las casas. Quienes pronosticaron la llegada de una masa de aire cálido erraron una vez más. Un vehículo de reparto acababa de detenerse delante de la casa de cultura, y el murmullo del motor rompía una calma tan aburrida como atrayente. Su familia en Cartagena jamás fue capaz de comprender cómo una mulata a quien de joven era imposible alejar de las playas y el sol del Caribe terminó en aquel valle estrechísimo donde la niebla vivía aferrada a los montes y la lluvia formaba parte del paisaje. Ella nunca pudo explicarlo con palabras, como no podía explicar por qué le molestaba la furgoneta que rompía esa

quietud. Pasó el paño por el cristal y se fijó en el hombre que, junto a los contenedores de basura, removía el interior de una bolsa de plástico. Aunque la capucha de un poncho de agua le tapaba la cara, Carolina lo reconoció al instante. Dos horas antes, camino del Argitxo, se había tropezado con él por primera vez. Entonces, cuando las farolas todavía peleaban por perforar la negrura, permanecía detenido junto a la parada del autobús, estudiando el plano que el ayuntamiento había puesto para orientar a turistas improbables y modernos buhoneros. Le resultó extraña aquella imagen en una borrascosa madrugada de lunes, pero si lo escrutó con detenimiento mal disimulado fue por el color de su tez. Aunque en Bilbao y sus alrededores era habitual cruzarse con grupos enteros de africanos, un negro en Gordexola no dejaba de sorprender. Cuando el hombre abandonó la precaria protección de la marquesina para cruzar la plaza camino del cementerio, de su mano colgaba la misma bolsa de plástico de donde ahora sacaba una especie de termo blanco que arrojó a uno de los contenedores. Carolina estaba pensando que era una pena arrojar a la basura un recipiente nuevo en apariencia cuando tropezó con su mirada. No pudo evitar ruborizarse, cazada como una colegiala espiando a los mayores, antes de comprender que el interés del hombre no se centraba en ella, sino en el bar.

Osmany agradeció el calor del local, el aroma a café y tortilla de patatas, la soledad de las mesas y la sonrisa de la mujer que lo saludó desde el otro lado de la barra. Procurando mojar lo menos posible, se desprendió del raquítico plástico comprado en el bazar de Somera, lo dejó en el respaldo de una silla y pidió un café bien caliente.

Estaba agotado. El tiempo marcaba su tez con surcos de polvo y decepciones, más profundos en sus huesos y su espíritu. Por mucho que se resistiera, debía reconocer que ya no era el de antes. Años atrás, levantarse a las seis de la mañana para tomar el autobús de las seis y media, ascender los tres kilómetros de asfalto que separan el centro de Gordexola de la ermita de San Juan de Berbikez bajo una lluvia incesante y regresar al pueblo le habría resultado poco menos que un agradable paseo. Pero ahora, sentado en un taburete y con los codos apoyados en la barra, notaba el cansancio. El

cansancio de su cuerpo, gastado de tantas jornadas durmiendo en el suelo, de tantos golpes, tantas heridas. Pero, sobre todo, un cansancio más profundo que no guardaba relación con su pasado, sino con futuros no vividos, los que jamás podría compartir con el hijo de quien acababa de despedirse para siempre.

Hubo de desechar la idea de devolverlo a Santa Clara, de esparcir sus cenizas junto al mausoleo del Ché uniendo, de forma simbólica y tardía, a dos de las personas más importantes en su vida, porque su sentido del deber se imponía siempre a sus deseos, sueños o caprichos. Su deber estaba junto a su nieta. Y no podía permitirse el lujo de un billete de ida y vuelta a Cuba, por mucho que extrañara el azul brillante de su cielo y el azul turquesa de sus mares. Camilo se quedaría en la tierra que eligió. Pero no encerrado en una vasija de cobre junto a una nevera.

Gordexola, la cuna de su apellido, el municipio donde, quizá, nació el padre que jamás llegó a conocer, fue el lugar que Osmany eligió. Un pueblo pequeño, desconocido no solo para él sino para la mayor parte de sus vecinos de Bilbao. Fue el anciano de la última planta quien le habló de una ermita anclada entre Zalla y Gordexola, un lugar idílico desde donde disfrutar del valle y las montañas circundantes. «Un sitio de la hostia», murmuró con una mirada nostálgica que terminó de convencer a Osmany.

Pero el San Juan de Berbikez que se encontró nada tenía que ver con la imagen descrita por el octogenario. Trató de llegar a la cima al mismo tiempo que los primeros rayos del sol, quizá soñando con regalar a su hijo una última alborada, con retener en la memoria un recuerdo cálido de una relación menos intensa de lo deseado. Pero los noviembreros del País Vasco no acostumbran regalar amaneceres coloridos, no acostumbran madrugar ni desprenderse de su sábana de niebla. En torno a los antiguos muros de la ermita solo había noche y bruma, nubes cerradas sobre la copa de los pinos, oscuridad y un aguacero cada vez más intenso. Por un momento, dudó. Una cosa era no creer en la vida eterna, en la existencia de un alma ni, mucho menos, de un Creador que nos guía y nos espera, y otra muy diferente abandonar a su hijo en las tinieblas de un monte desconocido. Por eso, mientras la mujer vertía la leche

sobre el café humeante, y sus dedos ronroneaban al contacto de la taza, no pudo evitar preguntarse si aventar las cenizas de su hijo contra la tormenta no fue, en el fondo, un acto de cobardía.

—¿Algo más?

—No, gracias —murmuró sin alzar la mirada.

—La tortilla está recién hecha. Y pronto saldrá un pincho de setas y jamón ibérico que está para chuparse los dedos. ¿No tiene hambre?

El cubano lanzó un vistazo a la barra para negar con un gesto de la cabeza. Algo le oprimía la garganta, el vientre y la boca del estómago, algo árido y abrasador a un tiempo.

—No, no tengo hambre. Muchas gracias.

—¿Trabaja usted por aquí? ¿O está de paso? No le había visto antes, y en este pueblo nos conocemos todos.

Recostada en el mostrador, con el trapo de cocina colgándole de la cintura, la mujer se aprestó a escuchar esa historia que el hombre, más mudo que parco, más seco que mustio, no se animaba a narrar.

Osmany se removi6 en el taburete sin molestarse en disimular la desgana. La humedad y la penumbra del otoño le contagiaban su desánimo. Enterrar, por llamarlo de alguna manera, a su hijo no era compatible con una alegre charla de comadres en el calor de una taberna. Sin embargo, algo en el acento caribeño de la mujer, en su tez tostada, en la sonrisa franca y el descaro más sincero todavía se empeñó en recordarle que, tanto en América como en el País Vasco, las borrascas pasan pero el sol permanece. Sacudió la cabeza desconcertado, sin ganas de hablar y sin ganas de guardar silencio, deseoso de encerrarse en su dolor y, al mismo tiempo, necesitado de compartirlo. Optó por una vía intermedia.

—No trabajo aquí. Estoy jubilado allá en Cuba —dijo. Ella asintió satisfecha. Su intuición no la había engañado—. Pero acá tengo una nieta, y además de visitarla quería conocer la tierra de mis antepasados.

—¿Su familia es de aquí? —se extrañó Carolina rozando con una uña la piel negrísima de la mano del hombre.

Para su sorpresa, Osmany notó que sus labios pugnaban por curvarse en un gesto semejante a una sonrisa.

—Creo que sí. No estoy seguro. —Dejó que sus recuerdos se perdieran más allá del monte, de la niebla, del paisaje recién abandonado—. No conocí a mi viejo, y mi madre murió cuando era un niño. Ella se apellidaba Valdés, pero me puso el apellido de mi padre, a quien no conocí. En el registro no la dejaron, así que estoy inscrito como Osmany Valdés, pero desde siempre fui Osmany Arechabala para todo el mundo.

—Arechabala. Sí, aquí, en el valle, es un apellido muy conocido.

Osmany asintió, cerró las manos contra la taza y apretó los párpados. La pena seguía allí. Y allí seguiría, de eso estaba seguro. Pero, como tantas veces, se obligó a seguir adelante. La pena, al fin y al cabo, no es más que la compañera que ocupa el hueco de quienes se fueron.

—Sí, lo sé. En Cuba también es un apellido que va de boca en boca. Incluso tenemos un dicho relacionado con la familia Arechabala. Cuando queremos decir que alguien se da la vida padre, decimos que vive como Carmelina.

—¿Cómo quién?

—Carmelina. Carmelina Arechabala era la nieta de José Arechabala, un hombre de acá mismito que emigró a Cuba y terminó creando el mejor ron del mundo.

—Sí, conozco la historia. —Carolina buscó en la estantería de los licores y depositó la botella de Havana Club sobre la barra. Como siempre, Osmany dejó que su mirada se sumergiese en aquel líquido añejado por los años y el color del vidrio, buscando respuestas que quizá estuvieran más cerca que nunca—. El viejo se construyó acá un palacete, como todos los emigrados. Incluso lo trajeron a enterrar después de muerto. Mucho quieren estas gentes a su tierra, aunque sea nuestra América quien las hace ricas —concluyó dando la espalda a Osmany para devolver el ron a su sitio—. ¿Y es usted pariente de esos ricachones?

—No lo sé. Mi tío decía que sí. Mi madre trabajó en la factoría de los Arechabala un par de años. Abandonó el pueblo y se mudó a Cárdenas. Pero

volvió preñada y sola, con más dinero del que pudo ahorrar y muchos pájaros en la cabeza. Según ella, un Arechabala la enamoró, pero, por el qué dirán, cuando supo que estaba encinta la mandó de vuelta a Santa Clara. Le prometió enviarle lo necesario para que nunca nos faltara nada. Ya puedes imaginar que jamás llegó un solo peso, y nadie vino a vernos desde Cárdenas.

—Todo mentira, ¿no? ¡Malditos hombres hijueputas! —gruñó Carolina mientras, sin esperar indicación alguna, cortaba un grueso triángulo de tortilla de patatas y lo dejaba delante de Osmany—. Coma, invito yo —insistió acodándose en la barra y clavando los ojos en el hombre con la misma concentración con que seguía los culebrones venezolanos—. ¿Y usted cree que es cierto? ¿Que uno de estos la preñó y la abandonó?

Osmany dudó. ¿Lo creía? En el fondo, tal vez deseara creerlo. Tal vez necesitara saber que su madre, una joven ingenua, una chica de pueblo sin estudios ni experiencia, fue seducida por un rico culto y elegante, por el hechizo de su verbo y la magia de su dinero. Pero desear creerlo y creerlo son dos cosas diferentes.

—Toda mi infancia y mi juventud creí en ello. Nunca tuve dudas. Cuando la Revolución tocó Santa Clara, yo solo era un chiquillo. Pero soñaba con viajar a Cárdenas, con entrar en la factoría de los Arechabala armado con mi machete para exigir, no sé a quién, que me reconociera como hijo legítimo. Me moría de ganas de arrastrarlo de vuelta a Santa Clara y obligarlo a arrodillarse ante la tumba de mi madre para pedirle perdón. Al calor de la Revolución, pensaba que todos los ricos eran unos explotadores, unos mierdas que esclavizaban a los niños y preñaban a las mujeres. Y que los obreros eran todos puros e inocentes.

—Pero no es así.

—No. —Osmany sonrió y negó con la cabeza—. No. Algunos años después, mi tío me dio unos trastos viejos de mi madre. Poco era: un par de fotos antiguas de mis abuelos, una de mi madre conmigo en brazos que todavía guardo, algo de ropa de cuando era un bebé y un ejemplar de la revista que publicaban en La Vizcaya, la factoría de los Arechabala.

—¿Se llamaba La Vizcaya?

—Pues sí. Y la revista se llamaba *Gordejuela*.

—Si ya le digo yo que esta gente... Siga, siga. Perdone.

—El caso es que ese ejemplar, el único que guardó mi madre, tiene en la portada un montón de fotos de hombres. Algunos blancos, algunos mulatos. Ninguno negro. Y se distingue la huella de unos labios, aunque el pintalabios casi ha desaparecido del papel. Pero no sé a cuál de las fotos iba dedicado ese beso, que está como en medio de la página.

—¡Pues al dueño! ¡Al que se apellidara Arechabala! —saltó Carolina, abducida por aquella historia de amores prohibidos y mujeres traicionadas tan en línea con sus novelas favoritas.

—Ya. Pero no es tan sencillo. —Osmany dedicó un momento a saborear el pincho, a ordenar sus recuerdos y poner freno a las emociones—. No hay ningún Arechabala.

Su mirada buscó la ventana, el edificio sombrío de la iglesia, el perfil de los montes que no conseguían sacudirse la pereza. Dejó escapar un suspiro. Allí, muy cerca, se pudrían los cuerpos de los fundadores de Havana Club, la fábrica que marcó el destino de su madre, el lugar donde se enamoró, donde engendró a su único hijo y conoció el significado de la traición. ¿Eran los responsables de su suerte? ¿Encontraría allí la respuesta?

—Era una portada de obreros. La directiva de la asociación de obreros de la licorera. No sé por qué mi madre guardó esa publicación manchada de carmín. No sé por qué se empeñó en decirnos que mi viejo era un Arechabala. Creo que la engañó hasta en eso. Que le dijo que pertenecía a la familia para seducirla más fácilmente. Ya ves... También hay obreros que engañan y preñan a las mujeres.

—Sí. —Carolina saludó con un gesto al anciano de espalda curvada que acababa de entrar en la taberna mordisqueando una brizna de hierba y se volvió hacia la cafetera sin perder el hilo de la conversación—. En todas partes hay hombres hijueputas que disfrutan aprovechándose de las mujeres. —Guiñó un ojo a Osmany por encima del hombro, terminó de servir el café, lo dejó delante del recién llegado y regresó a acodarse junto al cubano—. Pero vamos a ver, mijito, creo que tiene bastante claro que su padre no es

ninguno de los Arechabala de Gordejuela, sino algún miserable que trabajaba para ellos, ¿no? Entonces ¿qué hace aquí?

Buena pregunta. ¿Por qué seguía empeñado en negar la mentira que marcó la vida de su madre? ¿Por qué aferrarse a un apellido falso como las promesas de un amante sin conciencia? No tenía respuesta. O, al menos, no tenía respuesta satisfactoria. Tal vez solo quisiera confirmar que la ingenuidad de su madre, esa mujer débil y de gesto abatido de quien guardaba escasos recuerdos, no fue tanta. O, contra toda lógica, anhelaba que su apellido, un Arechabala que llenaba la boca con su sonoridad, que arrastraba consigo ecos de grandeza y dinero gastado a manos llenas, fuera real. Cuando los soldados a su mando salían a jugarse la vida bajo el fuego de los bombarderos sudafricanos en los días más duros de Cuito Cuanavale, lo hacían sin dudar, sin plantearse las órdenes, porque provenían del capitán Arechabala. Sabía que «Lo ha dicho Arechabala» fue, en aquella batalla que duró cuatro meses, costó miles de vidas y valió la independencia de un país, algo más que la orden de un superior. Arechabala no necesitaba dar órdenes. Su prestigio, cimentado en las historias que sobre su pasado circulaban entre los jóvenes reclutas cubanos, namibios y angoleños, era tal que su palabra imponía más que sus galones. ¿Qué pasaría si ese apellido no fuera suyo? ¿Si era robado, un atraco perpetrado a sangre fría por un galán carente de escrúpulos? Nada, por supuesto. No fue su apellido quien se jugó la vida en casi todos los continentes, quien lideró las vanguardias más suicidas de la Revolución o se enfrentó, con un exiguo puñado de compañeros, a la aviación del *apartheid*. Fue Osmany, el mismo que, con diez años, vio a un miliciano flaco y melenudo resbalar desde un tejado y corrió en su auxilio sin importarle el fragor de los disparos que inundaba Santa Clara. Y nada de lo que sucedió después de que aquel individuo desgarrado se recostara en su hombro y le susurrara un jadeante «Gracias, ché», nada de lo que hizo de él lo que ahora era, habría cambiado de ser su apellido Valdés o cualquier otro. ¿Por qué darle una importancia que no tenía?

—Supongo que, de algún modo, formo parte de este lugar. Incluso aunque mi padre fuera un farsante, si José Arechabala no hubiera salido de acá rumbo

a Cuba, yo no sería quien soy.

—No le dé más vueltas.

Carolina abandonó de mala gana su sitio para atender al ruidoso grupo de operarios que, con solo abrir la puerta, destrozó la tranquilidad del local a base de gritos aguardentosos y contundentes sentencias sobre lo divino, lo humano y el fútbol.

—Está aquí. Dese un paseo y olvide lo que no puede cambiarse.

Osmany asintió con un cabeceo y se concentró en la tortilla. Su obsesión con el origen de aquel apellido era la causa de que los restos de Camilo flotaran sobre el barro y los charcos de una campa desconocida. ¿Merecía la pena? Sacudió la cabeza en un gesto que no significaba nada, ni una negación, ni una afirmación ni tan siquiera una duda, dedicó unos minutos a contemplar, a través de los cristales mojados, las imágenes distorsionadas de la plaza, la iglesia y la imponente casa torre del ayuntamiento, sin saber que aquella construcción, llamada Villa Carmen, fue la vivienda que José Arechabala se hizo construir gracias al dinero ganado en Cuba, y regresó al periódico abandonado sobre la barra.

En los cuarenta y dos años que llevaba en aquel piso de habitaciones estrechas y cocina alicatada en la década de los sesenta, casi nunca se había asomado al balcón del dormitorio de sus padres, un dormitorio que ahora era solo suyo, dolorosamente suyo y de la bebé negrita que se retorció entre sus brazos. Desde allí, desde la cuarta planta, la calle se veía diferente. Claro que todo se veía diferente desde que perdió a su marido.

Conoció a Camilo dos veranos atrás, en un momento especialmente duro de su vida. «En el momento justo», pensó entonces. El cáncer se llevó a su madre a principios de año, y la tristeza, o la desgana, a su padre un par de meses más tarde. Nerea quedó sola, indefensa en una ciudad de grises cada día más oscuros, incapaz de afrontar el futuro sin la asfixiante sobreprotección de sus progenitores. Hija única de un matrimonio que se lanzó tarde a la aventura de la paternidad, la mimaron y cuidaron de forma tan abrumadora que, poco a poco, fue dejándose llevar, dejándose anular por ellos. Esa primavera cumplió cuarenta años, demasiados para sentirse una huérfana desamparada. Sin embargo, así se sentía. Estaba en paro, porque nadie contrata a una licenciada en Historia ni para dar clases; no tenía amistades a quienes recurrir, porque sus amigas de la adolescencia estaban volcadas en familias absorbentes en continuo crecimiento; y el peso de la edad se le hacía insoportable. Así que, a pesar de la precariedad de su economía, una mañana tan deprimente como cualquier otra, cogió el iPad, último regalo de su *aita*, y se compró un billete de ida y vuelta a Cuba.

Una ráfaga de viento empujó la lluvia contra su rostro. Maider pesaba entre sus brazos, su respiración la agobiaba, su calor le resultaba insufrible. Apoyó el trasero del bebé en la barandilla, una de las piernas colgando hacia el vacío

de una calle donde las tiendas comenzaban, sin prisa, a subir las persianas, y se recostó en ella. «Ahora podríamos estar paseando por Trinidad —pensó con un sollozo de lacrimales secos—. Seríamos felices al sol, una familia perfecta despertando la envidia de los vecinos —siguió divagando al margen de la lógica y la historia—. Pero el muy tonto estaba empeñado en salir de Cuba».

Allí, en Trinidad, lo conoció. En la Casa de la Música, al pie de la larga escalinata donde solía disfrutar de un mojito mientras la banda interpretaba son y salsa de esa forma inimitable fuera de la isla. Era un negro alto y fornido, un joven de veintidós años que, en amigable competencia con otros cubanos igual de experimentados, sacaba a bailar a las extranjeras que los rodeaban, más pendientes de las pieles perladas de sudor de los bailarines que de la música. La camiseta de licra le esculpía cada músculo, el estrecho pantalón no dejaba nada a la imaginación y su sonrisa era una invitación a perderse en busca de la lengua y el placer. Era un artista de la provocación, y no paraba de demostrarlo. Cuando Nerea se fijó en él, danzaba con una treintañera de largas piernas blanquísimas, falda diminuta y escote al límite de los pezones. Todo el mundo vio que una de sus manos se perdía debajo de la falda en cada movimiento, que la otra ascendía por su espalda y rozaba unos pechos que ansiaban escapar de la prisión del sostén, que al finalizar, en una cabriola innecesaria, ella quedaba de rodillas y con la boca a escasos centímetros del bulto de su pantalón. Hubo aplausos, gritos ininteligibles de amigas excitadas, un beso corto pero profundo, y cuando la mujer regresó a su mesa haciendo oscilar las nalgas en una llamada obvia, Camilo tomó de la mano a una jovencita de larga melena rubia y *short* ajustado para transportarla al mismo paraíso de exhibición y ansias de placer adonde llevó, a lo largo de la noche, a media docena de turistas que, cada vez más borrachas, competían abiertamente por ser las beneficiarias últimas de lo que el cubano dejaba intuir sobre la pista.

La noche terminaba. La orquesta atacaba un tema meloso que las parejas establecidas aprovechaban para acariciarse en la pública intimidad del baile. Camilo y un amigo saboreaban uno más de los muchos daiquiris pagados por

las extranjeras mientras, como señores feudales, revisaban el voluntario harén de jovencitas que ofrecían sin pudor alguno su cuerpo a las miradas de ambos. Parecía imposible, pero las faldas eran más cortas que al inicio de la noche, los escotes más pronunciados, los dedos recorrían los labios de forma obscena, la transpiración empapaba los tops e, incluso, alguna se desprendió a hurtadillas del sujetador para presumir de la dureza que la juventud prestaba a sus senos. Camilo sonreía. Su amigo sonreía. Y varias mesas más atrás, sola y anónima como siempre, Nerea se aferró al valor brindado por los mojitos, abandonó la lejanía de su silla y tomó asiento a la mesa de los dos hombres. Era una mujer de cuarenta años, baja, delgada, de nariz pronunciada y una expresión de amargura que ni el deseo conseguía diluir. Vestía una holgada camiseta publicitaria y una falda que le tapaba los tobillos. A duras penas, alzó el rostro hacia Camilo, alargó un puño lleno de billetes de color verde y murmuró, incapaz, de disimular el temblor de su voz:

—¿Quieres ganarte quinientos dólares?

Notaba en el cogote los ojos de las demás, incrédulas ante la osada maniobra de aquel patito torpe y feo que intentaba nadar entre los cisnes, seguramente escépticas, sin duda despectivas. Pero Camilo era un profesional. Aceptó el dinero, se incorporó y, pasando un brazo por la cintura de Nerea, la ayudó a levantarse. Y así, la mujer más invisible y el hombre más codiciado se alejaron del coro de hembras agraviadas, ella arrebujaada contra su cuerpo, él acariciando su cintura con una mano y el papel moneda con la otra.

Seguía lloviendo. No había niebla sobre los tejados del Casco Viejo, apretados como si buscaran en la cercanía un antídoto contra la humedad, pero el sirimiri era tan denso que desdibujaba el contorno de los edificios. Maider comenzó a sollozar y Nerea la apretó contra su pecho en un gesto mecánico que poco tenía de maternal. Un ruidoso grupo entraba en un bar, una anciana arrastraba el carro de la compra como quien arrastra su destino, y el yonqui de siempre desenfundaba su guitarra en la esquina del portal. Bilbao seguía su camino, no importaban los familiares muertos ni las niñas indeseadas, concebidas como forma de retener a un hombre esquivo. Intento baldío, ya que la distancia entre ambos se agigantó con el embarazo.

Aquella noche de dos años atrás fue consciente de estar comprando sexo, calor y compañía. De que las caricias, la suavidad de los labios en su cuello o la dureza de sus empujones eran pagadas. Sin embargo, Camilo demostró tanto celo en su labor que llegó a sentirse querida, llegó a sentirse parte importante en la vida de ese desconocido a quien, entonces, no preguntó ni el nombre. Por eso, cuando despertó desnuda y dolorida tras una noche de orgasmos repetidos, se vistió y corrió hasta el cajero del Banco de Crédito y Comercio, de donde sacó mil euros con cargo a su tarjeta. El crédito máximo autorizado.

Regresó de Cuba sin dinero, con una deuda que no podía pagar y enamorada. Absurdamente enamorada de un individuo que cobró dos mil dólares por cuatro días de compañía. Con el destino trazado y un objetivo visible y realizable. Al fin y al cabo, Camilo estaba obsesionado con el dinero. Nerea no tenía dinero. Pero tenía un piso libre de cargas y la promesa de un permiso de residencia. Y pensaba ser la primera en ofrecérselo.

Los gemidos de Maider se transformaron en llanto. La pequeña, sentada a horcajadas sobre la barandilla, pataleaba reclamando alimento o, tal vez, algo de esa atención que su madre no parecía dispuesta a darle. Desde su exigua altura, Nerea estudió el cráneo pelón de la pequeña y comprendió que era cierto. No la amaba. Nunca quiso hijos. Camilo sí. Camilo, a pesar de su forma de obtener ingresos extras, era un sentimental. Quería hijos a los que cuidar, hijos junto a quienes estar, con quienes compartir fines de semana en el campo y tardes de deberes escolares. Quería hacer lo que su padre jamás hizo. Pero, sin Camilo, ¿qué significaba esa muñeca que le destrozaba los pezones sin tener aún un solo diente?

Sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla y soltó una de las manos que sujetaban a Maider para secársela. Fue entonces cuando la niña comenzó a removerse en busca del pecho de la madre. Nerea dio un torpe paso atrás, su mano se aferró al velcro del pañal. Y Maider se le resbaló. Desde el pasamanos, se deslizó hacia la calle dejando entre los dedos de Nerea los restos húmedos del pañal. Durante un segundo, el tiempo que su madre tardó en reaccionar, permaneció suspendida de la nada, el negativo de un fantasma

manoteando inútilmente en el vacío. Pero Nerea consiguió atraparla antes de que comenzara la caída. Sollozando, regresó al dormitorio y se derrumbó sobre la cama con la niña en brazos mientras regaba su cabecita de lágrimas y besos avergonzados. Y cuando, por fin, consiguió controlar el violento latido de su corazón, cuando el estruendo que retumbaba en sus sienes se redujo a un repetido golpeteo de sangre y remordimientos, comprendió que, por vez primera desde la muerte de Camilo, sonreía.

Amaba a su hija.

Bilbao parecía dormitar bajo los tejados del Casco Viejo. Era la imagen extraña de un villorrio de casas apretujadas, de balcones sin secretos de tan juntos, de fachadas coloridas rozándose con la punta de los aleros. Un pequeño lago de tejas verdecidas acurrucado a la orilla del Nervión, la espigada torre de la catedral como la proa de un buque naufragado. Dejando atrás los puentes colapsados de vehículos, la ciudad se extiende en un orden caótico hasta las laderas alfombradas de cemento que la encierran en su asfixiante abrazo. Siguiendo la línea de la ría, su mirada tropezó con el blanco mediterráneo de una pasarela fuera de lugar, con el gesto serio del puente La Salve, abochornado por las cercanas curvas del museo Guggenheim, con la torre Iberdrola, brillante en la penumbra de la tarde, y con el hierro falsamente oxidado del palacio Euskalduna. Sobre ellos, sobre los iconos de una ciudad cada día más ajena, más fría y lucrativa, se cerraba una niebla extrañamente cálida. Las cimas del Ganeta, el Pagasarri y el Arraiz se escondían tras aquel velo. A medio camino, recostado en la ladera de Artagan, el tanatorio vigilaba el incesante movimiento de las hormigas de traje y corbata, de tacones afilados o botas de escolar, con la tranquilidad de quien sabe que, tarde o temprano, todos pasarán por sus asépticas dependencias.

Con un escalofrío, Arzamendi se separó de la ventana para regresar al indeseado abrigo de conocidos, familiares y lejanos allegados de Rosa María que abarrotaban la sala. La mayor parte eran antiguos colegas del banco, amistades labradas frente a una ventanilla, junto a una mesa y un ordenador, compañeros hechos amigos a través del contacto diario, por encima de roces inevitables, respuestas agrias y silencios hoscos. También había directivos, sombras fuera de lugar que repetían como autómatas las mismas frases sin

sentido mientras espiaban la puerta con incomodidad mal disimulada. Entre ellos estaba Begoña, su hija. Enfundada en un discreto traje oscuro que realzaba la rotundidad de sus formas y el dorado de su melena, asentía sin palabras al acelerado discurso de un muchacho a quien Antonio no conocía. Contuvo un gruñido, ocultó los puños en los bolsillos y comenzó a caminar entre los presentes como un oso borracho. Nadie se lo dijo directamente, pero la forma en que muchos se enteraron de su relación con la fallecida era tema común en las conversaciones. Maldiciendo sin palabras, se abrió paso hasta la esquina donde un joven de aspecto abatido y pupilas enrojecidas aceptaba las condolencias de un montón de desconocidos.

—Hola, Ander.

Ander Etxabe no se parecía físicamente a Rosa María. Cuando, un año después de iniciar su relación, ella le presentó a su hijo, Antonio se encontró frente a un muchacho de ojos azules y cabello rubio, tez pálida, frente amplia y labios blanquecinos. «Es la viva imagen de su padre», dijo Rosa tomándolo entre los brazos como a un niño pequeño. Por aquel entonces, Ander ya vivía en Amsterdam, donde terminó su proyecto de Ingeniería y encontró trabajo. Pero cada vez que regresaba a la casa de su madre, ella le prodigaba tantos y tan asfixiantes cuidados que, en ocasiones, Antonio intuía en su rostro un rubor infantil. Ander adoraba a su madre. Por eso, y porque había aterrizado en Loiu hacía apenas un par de horas, ofrecía el aspecto de un cadáver en espera de la autopsia.

—Hola, Toño —respondió abandonando la esquina que le servía de refugio para fundirse con él en un breve abrazo—. Tenía ganas de ver un rostro amigo entre tanta gente que no conozco.

—Bueno... —Arzamendi abarcó con un gesto el ruidoso vacío que los rodeaba—. Compañeros de trabajo, conocidos de la oficina... Ya sabes.

—Sí, ya sé.

Se estudiaron sin palabras valorándose mutuamente, valorando lo que pudo haber sido. Ander, un hombre independiente, solitario como su madre, era desde hacía años algo parecido a un hijo en la distancia. Antonio conocía a la perfección sus triunfos y sinsabores. De boca de su pareja viajó por las

geografías del golfo Pérsico y Extremo Oriente, lugares adonde la empresa lo envió como responsable de proyectos. En realidad, Antonio Arzamendi era la única familia que le quedaba.

—¿Qué planes tienes? Quiero decir —se apresuró a añadir—, ¿vas a quedarte mucho tiempo? ¿Te han dado permiso en el curro?

—Sí. Me quedaré todo el tiempo que necesite, aún no he decidido cuánto. Sabes que me tocó el marrón de Libia, ¿no? —Miró a Antonio y este asintió—. Desde la muerte de Gadafi, el tema está muy convulso, así que cuando las circunstancias lo permiten tenemos que acelerar para que las plantas estén al máximo de su potencial lo antes posible. Solo he cogido cuatro semanas de vacaciones en estos tres años, y todas las he pasado aquí.

Estaba bien hablar de algo diferente, pensó Antonio. Tras dos días y una noche completa imaginando el momento en que un desconocido apuñala a la mujer que amas para robarle un bolso, hablar de ingeniería o de inestabilidad política en Libia resultaba más llevadero.

—La empresa lo sabe —seguía Ander—. Me han dicho que regrese cuando me sienta preparado, sin meterme prisa.

Un par de conocidos se acercaron a presentar sus condolencias antes de perderse camino de la puerta. Begoña hizo lo mismo; saludó con dos besos a Etxabe, se fundió en un largo abrazo con su padre y desapareció murmurando algo sobre su marido, el tráfico hasta Neguri, el coche y una espera innecesaria.

—¿Qué dice la policía? —preguntó Ander cuando volvieron a quedarse solos—. ¿Están seguros de que fue un robo? ¿Un puto robo, así..., a lo bestia?

—Sí. Un robo. Según la tele, alguien lo vio desde el otro lado de la ría. El asesino la apuñaló, cogió su bolso y salió corriendo hacia San Francisco. Todavía no lo han pillado.

Ander no respondió. Algo velaba su mirada, algo que no era cansancio ni dolor. Algo que, con el tiempo, bien regado y abonado, podría resultar peligroso. Antonio creía conocer al muchacho. Pero cinco días compartidos cada año, y las descripciones de una madre que lo idolatraba, no bastaban para alcanzar el alma de nadie. Y esa alma desconocida, oculta bajo la

educada capa de sus excelentes modales, afloraba a unos ojos que no brillaban de rabia o frustración, sino que ardían en un fuego bajo y oscuro, un fuego que consume sin ser visto.

—Un puto moro, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Digo... —Ander comenzó a caminar, muy despacio, hacia la salida—. Digo que habrá sido un puto moro. Todos sabemos quiénes hacen estas cosas. Y Bilbao la Vieja está repleta de moros de mierda que vienen a vivir del cuento y nos pagan apuñalándonos por la espalda. Igual que en Amsterdam.

—Ander, por favor... ¡Déjate de chorradas! Nadie sabe quién mató a tu madre, y cuando lo cacen lo de menos será saber dónde ha nacido o qué idioma habla. ¡Joder, chaval! Tú trabajas en Libia, has montado plantas en Túnez y en Marruecos. Tú, mejor que nadie, sabes que en todas partes hay gente de todo tipo. No puedes generalizar así.

—Sí. —Ya en la puerta, se volvió y clavó el extraño azul de sus pupilas en los ojos de Antonio, quien no pudo evitar retroceder un paso—. He estado en todos esos sitios. Por eso los conozco. Por eso los ingenieros no nos mezclamos con la escoria local.

Cuando la silueta del hijo de Rosa María, un extraño para quien pudo ser su padrastro, se perdió entre los coches del aparcamiento, Arzamendi sacudió la cabeza en un absurdo intento por desechar aquellas últimas palabras. No tanto por las palabras en sí, meros vocablos que, en todo caso, ya había intuido de manera discreta en labios de otros conocidos. Fue la violencia con la que Ander las arrancó de su garganta la que le pareció exagerada. Comprendía su dolor, su pérdida. De hecho, los compartía como nadie más podía hacerlo. Pero aquel odio indiscriminado...

La sala donde continuaba el velatorio, los pésames quedos y las sonrisas descolgadas de labios indiferentes comenzaron a ahogarlo. Regresar al abrigo de quienes, un año después de abandonar el banco, solo veían en él al protagonista del siguiente cotilleo carecía de sentido. Sopesaba cómo escapar de aquel encierro cuando vio que Jon Larralde le hacía señas desde la terraza

del bar. «Un tanatorio con bar y terraza con vistas sobre Bilbao. Hay que joderse».

Recostado sobre la barandilla, fingiendo seguir con la mirada el juego de luces de las calles, Larralde llevaba tiempo esperándolo para hablar con él lejos de miradas inquisidoras.

Mientras Antonio se dirigía a la barra, tomó asiento junto a la mesa más discreta del local y aguardó a que su amigo, viejo y renqueante, se sentara a su lado.

—Cuéntame algo —disparó Arzamendi antes incluso del primer trago—. Necesito saber que habéis avanzado en la investigación. Y el chico de Rosa ni te cuento cómo lo necesita.

Larralde se encogió de hombros.

—No tengo nada, Toño. Ya lo siento.

—Bueno, eso no es del todo cierto, ¿no? —respondió al tiempo que dejaba el vaso en la mesa para, inclinado hacia delante, remarcar cada palabra—. Dice la tele que hubo un testigo. Ayer no me contaste nada de un testigo, Jon.

El *ertzaina* bajó la mirada. Dio un trago a su cerveza y se aseguró de que no había nadie cerca.

—Sí. Hubo un testigo. No te lo dije porque no tiene mayor importancia. Un latino lo vio desde la otra orilla, pero no fue capaz de aportar casi nada. La ría es más ancha de lo que parece, y distinguir algo de una margen a otra en plena madrugada es jodido. Vio que un hombre con un chubasquero o una sudadera oscura se abalanzaba sobre Rosa, la derribaba y salía huyendo. Avisó al conductor de un coche que subía hacia San Francisco para que nos llamara, porque no tenía móvil. También intentó socorrerla, pero fue inútil.

Antonio apuró otro trago, pero el rioja no logró borrarle el sabor a hiel que ascendía por su garganta. Imaginó a Rosa derrumbada sobre el asfalto húmedo, un desconocido inclinado sobre su cuerpo sin saber qué hacer, incapaz de impedir que la sangre corriera por la acera y, mezclada con la lluvia reciente, se perdiera en los desagües.

—Tienes los datos de esa persona, ¿verdad?

Larralde se removi6 inc6modo en la silla. Por eso no le haba hablado antes del testigo.

—Sabes que no puedo d6rtelos.

—S6 que la Ertzaintza no puede facilit6rme los. Tambi6n s6 que eres mi mejor amigo.

El oficial no dijo nada. Se limit6 a observar a Antonio mientras este regresaba a la barra para reclamar al camarero que dejara de racanear con la botella y volv6a p6lido y abatido, m6s derrotado al correr de los minutos.

—He o6do por ah6 —dijo mientras, con m6s trabajo del que cabr6a esperar, se acomodaba en la silla sin soltar el vaso— que toda esa zona est6 plagada de c6maras. ¿Qu6 me dices, Jon? ¿Es cierto que ten6is diecinueve c6maras grabando en Bilbao la Vieja?

—No. —Larralde vaci6 su vaso y clav6 los ojos en los de Antonio—. No hay diecinueve. Hay muchas m6s. Y otras formas de vigilancia pasiva de las que no pienso hablarte. Aun as6, no tenemos nada.

—¿Nada?

—Nada. —Se recost6 en el respaldo y cruz6 los brazos. Antonio not6 la frustraci6n que cruzaba el rostro del polic6a—. Absolutamente nada. Ninguna c6mara enfocaba la acera de El Perro Chico. Hay una que barre la calle de Marzana, pero est6 colocada casi encima de donde atacaron a Rosa, as6 que no grab6 nada interesante. Se la ve caminando sola por la calle, acercarse al objetivo y desaparecer al situarse debajo. Y nada m6s. Una c6mara de tr6fico colocada en el puente de la Merced graba el momento en que el testigo comienza a hacer aspavientos con los brazos desde la Ribera y sube por la pasarela peatonal, pero eso es todo.

—¿Est6s seguro?

—A ver... —Larralde cambi6 de postura, aunque lo que lo incomodaba era el devenir de la conversaci6n—. S6 se ve al asesino. Espera —a6adi6 ante el brusco gesto de Arzamendi—. Si6ntate. Se lo ve. Sabemos que es 6l, pero nada m6s. Mira, a esa hora, justo cuando el testigo comienza a subir por la pasarela, la c6mara que enfoca Conde Mirasol capta a alguien que corre hacia San Francisco. Pero de espaldas. Lleva un chubasquero negro con capucha.

Guantes. Vaqueros y botas. Cruza San Francisco y sube hacia Cortes. Y allí lo perdemos.

—¿Cómo es posible?

—Mala suerte —gruñó el *ertzaina* regresando a su pose de furiosa resignación—. En Cortes hay varias cámaras, pero debió de colarse por alguno de los ángulos muertos, que al fin y al cabo son inevitables. Lo único seguro es que no siguió recto por la escalera. O giró a la derecha, o giró a la izquierda. Ambas aceras están ciegas en ese punto.

—¿Y no vuelve a aparecer?

—No. Aun así, no saques conclusiones. Pudo meterse en algún portal, sí. Pero también en alguno de los locales que continuaban abiertos. O pudo seguir por el lado ciego de una de las aceras hasta Aretxaga o Cantalojas.

—Pero eso sería demasiada suerte, ¿no?

—Sí —gruñó Jon con un brillo apagado en la mirada—. Demasiada suerte.

—Y, retrocediendo en el tiempo, ¿no se sabe de dónde llegó?

—No. Pero pudo cruzar el puente de la Merced por la acera de la derecha. La cámara de tráfico en ese momento apuntaba hacia la Ribera... Y las nuestras no cubren todo el puente.

—Bueno... —Antonio dejó el vaso en la mesa y extendió la mano hacia el *ertzaina*—. La dirección del testigo, por favor.

El tren permanecía detenido en la estación, maltratado por la violencia del viento y la lluvia. A través de los cristales, se distinguía el perfil distorsionado de Sodupe, la silueta de una iglesia, calles de color naranja y el letrero luminoso de una entidad financiera. En el asiento de enfrente, dos niños jugaban con un móvil a todo volumen mientras su padre hacía lo mismo con el suyo. No pudo evitar un suspiro. Esa misma mañana había aventado las cenizas de Camilo contra la cortina del aguacero. Y algo cambió. Como si con ese gesto, tan triste como cobarde, hubiera dado carpetazo a la parte más importante de su vida para recluirse en un porvenir de pañales sucios, papillas y vómitos infantiles. Se frotó los párpados, furioso consigo mismo. Su nieta era la razón de su presencia allí, una razón de grandes ojos oscuros, piel suave y gorjeos de alegría cada vez que el abuelo le buscaba las cosquillas. Lamentar un futuro sin emboscadas a media noche, sin golpes de Estado ni proyectiles incendiarios era absurdo. A través de la ventana vio que el convoy procedente de Bilbao se detenía dejando expedita la vía única que conduce a la capital. Se recostó en el asiento, cruzó los brazos y a su mente volaron las imágenes en blanco y negro de Santa Clara en los años sombríos de Batista, de los campos azucareros donde tíos y primos dejaron su salud a cambio de una supervivencia más cara cada jornada; las de su madre, desdibujadas por la edad y el paso del tiempo, asomada a la ventana del bohío en espera de un amante que jamás llegó.

Su visita a Gordexola fue una pérdida de tiempo. El pueblito, derramado a lo largo de la carretera como un rosario de caseríos con balcones erosionados y vanidosas mansiones flanqueadas de robles y cocoteros, parecía encogido bajo la niebla. Caídos los párpados de puertas y ventanas, dormía, o hibernaba

en espera de un sol imposible. El cementerio estaba cerrado a cal y canto, lo mismo que la casa de cultura y la biblioteca municipal. Rastrear el paso de los Arechabala en busca de una improbable confirmación de su linaje era utópico en aquel valle de sombras y llovizna.

En eso pensaba Osmany, en la frialdad de las casas sin gente, en la grandiosidad falsa de unas mansiones cuyos cimientos se enraizaban en un feudalismo caribeño rayano en la esclavitud, en la tristeza de las palmeras vencidas por la fría humedad del otoño vasco, en preguntas nunca planteadas porque no encontró a quien interrogar, cuando el tren se detuvo y, bajo la gran balconada del andén, las luces de Bilbao le anunciaron su destino. Su mente seguía lejos, perdida en geografías tropicales, en tiempos de independencia y Revolución, mientras atravesaba el puente del Arenal, enfilaba su calle y subía hasta el cuarto piso. Por eso, el grito que lo recibió apenas traspuso el umbral lo pilló desprevenido.

—¿Dónde está Camilo?

—¿Qué?

—Que dónde está Camilo. ¿Qué has hecho con mi marido, viejo hijo de puta?

Nerea estaba fuera de sí. Pálida, desgredada, se envolvía en la misma bata raída con que dejaba pasar los días. Pero sus ojos no eran el conocido espejo apático donde parecía imposible rescatar un atisbo de vida; ahora brillaban clavados en el rostro incrédulo de su suegro.

—Ya te lo dije.

—¡A mí no me has dicho una mierda!

Tomó aire e intentó contar hasta diez. No lo consiguió. Nerea se abalanzó hacia él con los puños apretados y comenzó a golpearle el pecho con más angustia que ira, sin fuerza y con miedo. Miedo a que, con los restos de Camilo, se perdiera para siempre un proyecto de vida que jamás existió. Osmany comprendía a medias la reacción, el temor a la soledad, al futuro, en una persona dependiente como ella. Pero él tampoco estaba en su mejor momento. Con una sola mano le sujetó los brazos y la obligó a separarse.

—¡Ya vale! Te dije que mi hijo no podía quedarse encerrado ahí, en la mera cocina. Que quería llevarlo al valle de su abuelo. Y me dijiste que hiciera lo que me diera la gana. ¡Me lo dijiste!

—Estás contento, ¿no? Eres feliz, ¿a que sí? El gran capitán Arechabala, el héroe de Cassinga, tenía razón. Siempre tienes razón, ¿verdad?

—¿De qué diablos hablas?

Nerea siseaba. Minúsculas gotas de saliva se filtraban entre sus dientes y le resbalaban por la barbilla, una imagen de demencia que, por un momento, a Osmany se le antojó demasiado real.

—En Cuba me dijiste que no sería feliz con Camilo. Me lo dijiste muchas veces. Te crees muy listo porque piensas que has acertado, ¿eh? Pues fui muy feliz mientras estuvimos juntos, ¿te enteras? A pesar de tus discursos y tu puta ética de carcamal, fuimos felices.

—Estás enferma.

—¡Lárgate!

Osmany retrocedió.

—¡Fuera de mi casa! Mañana mismo quiero que recojas tus cosas y desaparezcas de mi vida. Ni Maider ni yo tenemos nada que ver contigo. ¡Vete y no vuelvas!

No había nada que hacer. La mujer era incapaz de razonar, incapaz de escuchar una respuesta, de esgrimir un argumento. Osmany dio media vuelta y abandonó el piso haciendo temblar las paredes con el portazo. Bajó la escalera dando rienda suelta a la rabia contenida y caminó a buen paso en dirección a la ría.

La lluvia mojaba su piel, pero no aliviaba su enfado ni su malestar. Al margen de lo injusto, de lo irracional de las acusaciones de Nerea, regresar así a la realidad triste del piso de Camilo, a su ausencia y sus propios deberes como suegro y abuelo, disparó una rabia que se estrelló contra todos con quienes tropezó aquella jornada interminable: la muchacha del bar de Gordexola, las fachadas mudas de los palacetes, los ruidosos niños del tren. Y, como un bumerán, la ira retrocedió para golpearlo en pleno rostro. Comprendió lo que siempre supo: no estaba en Bilbao para pasear por valles

llenos de melancolía. No cruzó el Atlántico para dilapidar el tiempo recorriendo Bizkaia en trenes lentos hasta el aburrimiento y autobuses capaces de detenerse en cada caserío, en cada curva. A lo largo del día, Nerea debió de sentirse desamparada, sola con la pequeña, abandonada en una casa poblada de fantasmas y ausencia. Maldijo en voz baja, se recostó en una herrumbrosa barandilla metálica y escudriñó el paisaje de sombras que lo rodeaba.

A sus pies, el Nervión formaba remolinos de espuma sucia a lo largo de un cauce no siempre suficiente para sus acometidas. El rugido de las aguas se mezclaba con el rumor de algún vehículo descarriado, el lejano ulular de una alarma y el sordo golpetear de la lluvia contra la capucha de su chubasquero. A su izquierda, el edificio del mercado, en plena rehabilitación, se rodeaba de andamios y toldos que bailaban desganados bajo el vendaval. A la derecha, el aguacero barría la escalera de la pasarela peatonal, desierta a esas horas de la noche. Al otro lado de la ría, Bilbao trepaba por callejas lúgubres, entre edificios destartalados cuyas esquinas compartían mendigos que rebuscaban en los contenedores, traficantes, chulos reales y chulos de pose, prostitutas de acentos extraños, navajas en los bolsillos y perros defecando en las basuras. Allí apareció Camilo. Desmadejado sobre una de las isletas creadas por la escoria en el fondo del cauce, con una herida de arma blanca en su espalda, los ojos abiertos e inertes. Alguien lo vio a media mañana, cuando la marea bajó dejando al descubierto las miserias abandonadas durante siglos en la cuenca, detritos industriales, carros de supermercado y el cadáver de un negro. Según Nerea, la policía sospechaba que lo apuñalaron allí, justo delante de donde Osmany se encontraba en ese momento, y desde allí lo arrojaron a las aguas. No sabía nada más. Sacudió la cabeza, negando a un interlocutor invisible, y se apoyó con ambas manos en la balaustrada. Había prometido cuidar a su nieta, sí. Y lo haría. Pero pensaba cazar al criminal que le robó a su hijo.

Permaneció allí casi una hora, interrogando sin palabras a los testigos mudos, a las fachadas roídas, a los portales de goznes enmohecidos, a los autobuses que llegaban hastiados a la parada situada a pocos metros de

distancia en busca de viajeros que nunca estaban, a las contraventanas cerradas a cal y canto, a las farolas y las aceras. Por fin, aterido de frío, decidió regresar.

Ya en el piso, disfrutó del calor denso del salón, del suave ronquido procedente del dormitorio de Nerea, del aroma acre a cocina y pañales. Llegó hasta su cuarto tanteando en la oscuridad, pensando una disculpa para su nuera cuando, al encender la luz, descubrió una hoja garrapateada sobre su cama:

Lo siento. Puedes quedarte hasta que regreses a Cuba.

Aquel día, plagado por entero de despedidas, frustraciones y desánimo, terminaba con una tregua.

Markel Arana echó hacia atrás el taburete, se frotó los ojos con la lentitud del agotamiento y clavó la mirada en la pantalla. Ya estaba. Solo había que pulsar la tecla «Subir» y el artículo rebasaría las estrechas fronteras de su apartamento para navegar a toda velocidad hasta cada rincón del planeta. Suspiró. ¿Debía hacerlo? Por primera vez desde la creación de New-Berriak NBk se sentía en condiciones de adelantarse a los medios de masas. La información que parpadeaba allí aportaba a los asesinatos del fin de semana datos nuevos, ignorados o, tal vez, censurados de forma consciente por la televisión pública y los periódicos de los biempensantes. Datos que desmentían las primeras tesis esbozadas por los reporteros, que dispararían el interés de los lectores. Las visitas a su web se multiplicarían. Los anunciantes, también. O eso esperaba. Aquel archivo podía ser la primera piedra de un porvenir esquivo. Dejó caer la barbilla sobre el pecho y lanzó un vistazo al reloj. Las cuatro de la mañana. Estaba exhausto. Aun así, prefirió leer, una vez más, sus propias palabras. Una noticia como esa debía redactarse con cuidado.

JUSTICIA

¿Existe una relación entre los dos crímenes de este fin de semana?

New-Berriak NBk se encuentra en disposición de afirmar que sí. Y quiere denunciar que las autoridades ocultan a los medios informaciones de vital importancia a la hora de comprender ambos sucesos.

José Antonio Martínez, divorciado, padre de un niño de siete años, fue asesinado en algún momento de la noche del sábado en la plaza Indautxu, un lugar por lo general bastante transitado. Le faltaba la cartera, lo que, según la policía, apuntaría a un robo. Pero los responsables de la investigación ocultaron en todo momento que el cadáver estaba debajo de un banco donde alguien

escribió la palabra «Justicia» con espray rojo. Este periodista se acercó a comprobar la veracidad de las informaciones facilitadas por vecinos de la zona y, para su sorpresa, se encontró con un banco recién pintado. Sin embargo, el trazo de las letras todavía es perceptible. Muy borroso, es cierto, pero legible bajo la capa de pintura blanca. Pone «Justicia», como se aprecia en la fotografía de la derecha.

José Antonio Martínez, fundador y único propietario del Grupo M-Tínez, era, como los medios oficialistas han dicho, un emprendedor. Pero en el sentido más peyorativo de la palabra. Una consulta en internet basta para comprobar que en los últimos diez años creó siete empresas diferentes, casi todas relacionadas con el sector de la construcción (instalaciones eléctricas, fontanería, climatización, inmobiliaria), que fue haciendo quebrar de manera consecutiva dejando tras de sí un largo reguero de cadáveres en forma de empresas subcontratadas y proveedores condenados a la ruina. Este emprendedor modélico consumaba una suspensión de pagos tras otra saliendo indemne y con los bolsillos llenos. También es sencillo comprobar a golpe de ratón que sus empresas trabajaban casi siempre en obras públicas y, casi siempre, para los mismos ayuntamientos.

Luz M-Tínez, la instaladora eléctrica del Grupo M-Tínez, la única de sus empresas con facturación real, quebró hace cinco meses dejando varias obras sin terminar y arrastrando con ella a una serie de proveedores que sobrellevaban como podían la crisis en la construcción y la competencia asiática. Una de ellas, Cables y Engranajes S. L., tras más de cincuenta años afincada en Lamiako, deja en la calle a cuarenta trabajadores. La deuda de M-Tínez con ellos asciende, si hemos de hacer caso a las denuncias publicadas por el comité de empresa, a dos millones de euros. Según otra fuente, la misma semana en que Martínez echaba definitivamente el cerrojo se compró un Mercedes GL, un todoterreno de lujo valorado en noventa mil euros.

Tal vez la muerte de José María Martínez no se debiera a un robo. Tal vez lo mató la misma persona que escribió «Justicia» junto a su cuerpo. Y, tal vez por eso, la Ertzaintza se empeñó en ocultarlo a los periodistas.

Poco después, en otro punto de Bilbao, una mujer, Rosa María Villate, era apuñalada por un individuo que le robó el bolso. Así nos lo han contado. Pero, al igual que en el caso anterior, hay algo que no nos han dicho. Junto al lugar donde la apuñalaron, en la fachada del restaurante El Perro Chico, alguien escribió la misma palabra: «Justicia». Con rotulador negro esta vez, en trazos rápidos y gruesos, como se aprecia en la fotografía. «Justicia». Nos preguntamos de nuevo: ¿guardan relación ambos crímenes?

Rosa María Villate estaba, como insisten los medios, jubilada. Con tan solo cincuenta y seis años, acababa de prejubilarse del Banco de Crédito Monetario, donde fue directora. No olvidemos que el BCM ostenta el dudoso honor de ser la segunda entidad financiera que más gente ha desahuciado en el País Vasco. ¿Tenía alguien motivos para odiarla? ¿Tenía alguien motivos para reivindicar justicia junto a su cadáver? ¿Tenía esa mujer, o las oficinas donde trabajó, alguna relación con José María Martínez o con alguna de las víctimas de sus quiebras anunciadas? ¿Es casualidad que dos personas que pueden haber dañado a mucha gente con su actividad económica sean asesinadas el mismo día, o que junto a ambos cuerpos alguien escriba la palabra «Justicia»? Este reportero opina que no.

Cerró los ojos, se oprimió los párpados con los pulgares provocando una fugaz constelación de puntos luminosos, y algo dentro de sí intentó tomar las riendas. Podía llamarlo ética, podía llamarlo temor a equivocarse, podía

llamarlo recelo. En el fondo, aquello que pugnaba por aflorar, por imponerse a los motivos que lo habían llevado a redactar el artículo en esos términos, se llamaba profesionalidad. Y Markel lo sabía. Todo lo escrito sobre Martínez era cierto o, por lo menos, existía en la red, si acaso las verdades virtuales y anónimas de internet constituyen algún tipo de certeza. Pero sobre la mujer no sabía nada. Ningún rastreo en Google había dado resultado, ninguna base de datos había aportado nada en absoluto. Por eso, para buscar similitudes con el empresario asesinado, se centró en los desahucios del BCM y lanzó al aire preguntas sin respuesta buscando provocar la reacción del lector, buscando excitar sus instintos más primarios para forzarlo a seguir leyendo, seguir conectándose cada mañana a NBk para confirmar que era cierto, que alguien con ansia de justicia ejecutaba a banqueros y empresarios.

Abrió los ojos y regresó al desagradable resplandor del portátil, a aquellas letras que flotaban sobre un fondo azul y blanco. Y comprendió que la ética no paga hipotecas ni llena el frigorífico. «Al fin y al cabo, tampoco digo ninguna mentira», pensó para sí con un suspiro mientras pulsaba la tecla «Subir» y el artículo emprendía un camino largo y fulgurante hacia todas partes.

«Bueno, casi ninguna».

MARTES

4 DE NOVIEMBRE DE 2014

Que la lluvia dibujara una quebradiza cortina sobre la alfombra del Cantábrico no era excusa para renunciar a uno de los pocos placeres que María Estela Delgado se permitía. Abandonar, rendirse al calor de las mantas cuando el sirimiri barre los tejados sería dilapidar sobre el colchón la mayor parte de esas madrugadas que reservaba para sí misma. Por eso, porque esperar a que escampe no es una opción en otoño, terminó de atarse las zapatillas, se puso el chubasquero y, tras un vistazo dubitativo hacia los cristales empañados del dormitorio, salió a la calle.

El mar rompía contra el muelle con la resignación de una fiera domada, frustrado frente a las murallas que protegen el Abra de sus embates. Allí dormían los yates y los veleros de los potentados de siempre, bienes forjados al abrigo del acero y la mano de obra barata, y de los nuevos ricos de trajes de Armani y jerga financiera incomprensible. Las grandes mansiones de piedra y vidrieras, alzadas cien años atrás con el sudor y, en ocasiones, la sangre de centenares de obreros anónimos, firmadas por arquitectos de renombre como Smith, Achúcarro, Amann o Bastida, apoyan su ceñudo señorío a escasos metros de la desembocadura de una ría flanqueada de fábricas y astilleros, el lugar donde cimentaron sus fortunas. De allí, de esa orilla izquierda sembrada de adefesios habitacionales, extrajeron el hierro. Allí alzaron las torres colmenas donde encerrar a los trabajadores llegados de las estepas castellanas y la Galicia depauperada de distancia y dejadez, jornaleros que, buscando mejorar sus vidas y las de sus hijos, se dejaron huesos y salud en la tarea de enriquecer más aún a los ya ricos. Y de esa orilla, cuna de su riqueza y poder, renegaban cada vez que, al asomarse a sus ventanas, veían esas siluetas de hormigón afear el idílico entorno de sus sueños.

María Estela no pensaba en eso mientras corría. En realidad, durante la hora que duraba su ejercicio matutino intentaba no pensar, intentaba olvidar preocupaciones, peleas, dinero, bancos y sindicatos; concentrarse solo en el rumor de sus zapatillas sobre el suelo húmedo, en el sincrónico golpetear de las gotas sobre la capucha de su chubasquero. Disfrutar de la nada, del silencio, de ser, simplemente, una mujer que, protegida por la oscuridad de la madrugada, corre en paralelo a una playa desierta. Olvidar, por una hora, que era la presidenta y directora general de Construcciones Delgado.

Sin embargo, olvidar no es tarea fácil. Olvidar pertenece al feliz mundo de los miserables, al de aquellos que, durante ocho horas al día, realizan un trabajo mecánico y sin importancia en oficinas, obras o restaurantes para regresar de noche a un hogar donde apagar las neuronas y encender el televisor. Pero la presidenta y directora general de una empresa que operaba en España, Portugal y el norte de África, que movía centenares de obreros y millones de euros, no podía permitirse el lujo de cerrar los ojos del cerebro y descansar. Por eso afrontaba cada mañana los desapacibles amaneceres del Cantábrico con la absurda esperanza de ser, durante unos fugaces minutos, una mujer de cuarenta y cinco años que hacía *footing*. Y por eso, cuando regresaba a la amplia soledad de su mansión, con problemas financieros, reclamos sindicales, contratos perdidos y accidentes laborales bullendo en su mente, la asaltaba la frustración de saberse diferente. Superior, sí. Superior en poder, en riqueza, tal vez incluso en inteligencia, a quienes la rodeaban. Diferente. Y sola.

Hacía años que María Estela convivía de forma más o menos pacífica con la soledad. Cuando asumió que su fortuna, la fortuna que su padre forjó, atraía a moscones y sinvergüenzas con la facilidad con que su altanería los repelía, decidió que las relaciones de pareja no eran para ella. El flirteo, ese acoso y derribo más cruento de lo que se finge, le resultaba agotador. Invertir energías imprescindibles para la constructora en satisfacer los caprichos o la autoestima de hombres sin destetar era un derroche inasumible. Necesitaba de todo su tiempo, de toda su capacidad, para que el monstruoso conglomerado de acero, cemento y fuerza de trabajo se mantuviera a flote en un océano, el

inmobiliario, que no perdonaba a los cobardes. Solo el guardaespaldas que el viejo la obligó a contratar cuando ETA entró en sus vidas exigiendo, como un ministro cualquiera, parte de los beneficios de la empresa, fue capaz de penetrar una coraza endurecida a fuerza de costumbre.

Dejó a su espalda el paseo de Zugazarte, hileras de tilos escoltando las mansiones de los poderosos, se sacudió las gotas que pendían de sus pestañas, lluvia amanecida extrañamente salada, y se obligó a pensar en las finanzas. Recordar a Pablo, su sombra, confidente y guardián en el sentido más militar de la palabra, durante cuatro largos años, era peor que negociar con los sindicatos. Recordar sus músculos bajo la camisa y sobre su piel desnuda, el calor de su saliva, sus ojos oscuros, turbios de guerra y deseo, era un lujo que no pensaba permitirse. Un 20 de octubre, ETA anunció que abandonaba la actividad armada. El 21, Pablo fue despedido sin que las airadas protestas de su padre sirvieran para nada. Demasiada complicidad, demasiado hablar sin palabras, cada vez menos espacio entre ambos, cada vez más roce de dedos agarrotados de pluma y gatillo, más ansias de volver a cabalgarlo en el asiento trasero del Mercedes. Librarse de él era lo mejor, alejarlo de su vida y sus anhelos. Acertó, porque María Estela Delgado nunca toma una decisión errónea. Por eso no comprende por qué, tres años después, la lluvia sigue sabiéndole amarga cuando afronta el vacío de la playa de Ereaga sin la callada protección de su sombra.

El vendaval arrecia mientras corre en paralelo al arenal desierto, a las olas que rompen con tristeza de otoño. Siempre arrecia cuando no hay lugar donde refugiarse. Pero una mujer capaz de enfrentarse a los repetidos conatos de huelga de sus obreros, a las veladas amenazas de los delegados, no teme a una llovizna que se cree lluvia solo porque el viento del norte la empuja contra los rostros. Acelera, y el golpeteo de sus zapatillas sobre los charcos consigue, poco a poco, adueñarse de su mente. Es un sonido rítmico, un *splash* acompasado; primero uno, después otro y luego otro y otro más, una repetición hipnótica que se impone a las preocupaciones del día a día, a las demoras en los pagos, al cáncer de su padre y a la brusca virilidad del

guardaespaldas, hasta conseguir que la presidenta y directora general de Construcciones Delgado sea, simplemente, una mujer a la carrera.

Quizá por eso no se fijó en él. Era una silueta recostada en la barandilla, un cuerpo indefinible, velado por la molesta cortina de agua, que miraba el mar ajeno a su presencia. Quizá por eso, porque cabalgaba a lomos de algo semejante a un olvido impuesto y efímero, no intuyó la emboscada en aquel lugar sin huida posible, entre la playa y las primeras casas del Puerto Viejo. Quizá porque María Estela Delgado consiguió dormir su mente calculadora, no comprendió a tiempo que nadie se dedica a contemplar el paisaje a las seis y media de una lluviosa mañana de noviembre. Lo único cierto es que, cuando intuyó el brusco movimiento del hombre al pasar a su lado y notó el dolor en su pecho, no tuvo tiempo de sorprenderse.

Maiden no dejaba de llorar.

Osmany llevaba veinte minutos paseando de un lado a otro de la casa con la niña en brazos, meciéndola y susurrándole al oído las pocas canciones que conocía, temas de Carlos Puebla o Compay Segundo que poco o ningún efecto tenían en la pequeña. Por los cristales no entraba más luz que el débil resplandor de una farola situada varios pisos más abajo. El alba no tenía prisa por llegar, aunque el rumor de los vehículos que profanaban la zona peatonal indicaba lo contrario. Debían de ser más de las ocho, hora de ir al trabajo, hora de comenzar la jornada, de pelearse en los vagones del metro o fichar a la puerta de la oficina. Para Osmany, hora de cambiar pañales.

El llanto de la pequeña lo despertó. Nerea roncaba junto a la cuna y no oía, o no quería oír, las quejas de su hija. De noche, apenas la niña esbozaba un gemido, el contacto de la mano de su madre bastaba para devolverla al sueño profundo de los bebés. Pero cuando el alba rozaba los cristales, la mujer fingía no oír sus lamentos para obligar al abuelo a abandonar la agradable incomodidad de su catre. Conteniendo un suspiro, entró en el dormitorio. Olía a heces infantiles, a sudor acre y a dejadez. Se llevó a Maiden al salón e intentó cambiarle el pañal sin manchar el sofá, algo que logró a medias. Pero ella no dejaba de gimotear, de lanzar patadas al aire y golpear con las manitas. Agotado su limitado arsenal de son, a Osmany no le quedaban recursos con los que afrontar un desafío imposible a sus habilidades. Sin soltarla, entró en la cocina para beber agua. Y cuando la niña se abalanzó hacia el vaso, se sintió más inútil de lo que solía.

La leche en polvo estaba en un recipiente metálico cuya tapa abrió con la torpeza de su mano izquierda. No era sencillo moverse con la nieta

culebreándole en un brazo, pero no había más remedio. Consiguió, a duras penas, preparar el biberón y meterlo en el microondas sin volcarlo. Más difícil le resultó sacarlo y comprobar la temperatura de la leche mientras impedía a la pequeña arrebatárselo a la fuerza. Por fin, jadeando, se derrumbó sobre el sofá, acomodó a Maider en su regazo y, con una sonrisa embobada, una sonrisa que, probablemente, su hijo no vio jamás, le dio de comer.

Se durmió apenas terminó de devorar el desayuno. Osmany, sin desprenderse de esa expresión de abuelo primerizo, la llevó a su propia cama, donde improvisó una endeble barrera protectora con la almohada y el edredón, la besó en la frente y regresó a la cocina.

El frasco de café soluble estaba en las últimas. Echó un par de cucharadas en una taza oscurecida por el tiempo, la rellenoó con agua y la puso en el microondas. Por la ventana del patio entraba olor a huevos fritos, a beicon y pan tostado. Obedeciendo a las protestas de su estómago, fue hasta la nevera, pero allí solo había un cartón de leche, un mohoso frasco de ketchup y un recipiente en el que se deshacían los restos precocinados de unos fideos chinos. Arrugó la nariz con desagrado y decidió conformarse con el falso placer de aquella taza con agua caliente coloreada.

El amanecer dibujaba con trazos indecisos el contorno de los muebles y los objetos inservibles que adornaban el salón. La mayoría de ellos parecían muy viejos, barcos encerrados en botellas, muñequitas con faldas andaluzas, caracolas pegadas a pequeños cofres con dibujos de playas abarrotadas; souvenirs arcaicos, recuerdos llegados de Torrevieja, Benidorm o las islas Canarias. También estaba la talla de la mujer desnuda, una figura de madera azabache que Camilo compró en un mercadillo de La Habana. Y fotografías, muchas fotografías de la fugaz pareja: Camilo y Nerea del brazo en el Malecón. Camilo y Nerea en la playa, él negro y musculado, ella insignificante y lechosa. Camilo y Nerea en el aeropuerto de La Habana, debajo del letrero que anunciaba el vuelo a Madrid. Y, en el centro, Camilo y Nerea vestidos de boda en una ceremonia tan falsa como la sonrisa de él, como la esperanza de ella. Junto a los retratos, una carta llamó su atención. Una especie de documento oficial con doble membrete, el de la BBK, banco

donde, que él supiera, Nerea no tenía cuenta alguna, y el de un despacho de abogados. Tras confirmar de un vistazo que seguía dormida, se atrevió a leerla. Siguió leyendo el resto de los papeles amontonados a su lado. Y la preocupación regresó a su rostro.

Suponía que la economía de su nuera no era boyante. Creía recordar que jamás llegó a trabajar y, salvo la vivienda, no heredó gran cosa de sus padres. Pero esas notificaciones revelaban una realidad peor de lo que imaginaba.

La BBK reclamaba a su nuera casi dos mil quinientos euros, más de mil por el uso de la tarjeta de crédito y el resto por descubiertos en cuenta. Intuyó, por el extracto que acompañaba la reclamación, que dejó a deber ese dinero en las fechas en que conoció a Camilo. No había movimientos posteriores a 2012. Cuando la deuda se hizo inasumible, simplemente retiró la pensión y dejó de aparecer por el banco. Hizo lo mismo en Laboral Kutxa. Consiguió el anticipo de dos mensualidades y volvió a cambiar de banco, tal como denunciaba la carta de una empresa de recobros.

La financiera de un supermercado le exigía cuatrocientos cincuenta euros por el aplazamiento del pago de una lavadora.

Había dos demandas de dos compañías telefónicas diferentes. Entre ambas sumaban más de quinientos euros.

Y una nota manuscrita con la insegura caligrafía de una persona de edad avanzada le recordaba que llevaba desde 2012 sin abonar la cuota de la comunidad de propietarios, lo que, sumado a dos derramas, ascendía a dos mil trescientos cuarenta euros.

Sacudió la cabeza descorazonado. Sabía que la mera propiedad de una vivienda era, en el capitalismo, una inagotable fuente de gastos. Pero las cifras que esos documentos gritaban con grandes dígitos de color rojo escapaban a su imaginación. Sus ingresos como jubilado del ejército no llegaban, al cambio, a cuarenta euros mensuales. Deber dos mil trescientos y pico a la comunidad de propietarios era algo absurdo a su entendimiento.

Pero algo real.

Le temblaban los dedos cuando, atento a la acompasada respiración de Maider y su madre, revisó la carta del Banco de Crédito Monetario que

coronaba la pequeña montaña de veladas amenazas. Era el extracto de su libreta. Entre una irrisoria pensión de viudedad y los ingresos que percibía de algo llamado Lanbide, Nerea cobraba ochocientos cuarenta euros al mes, dinero que sacaba en efectivo el mismo día del abono. En el poco tiempo que llevaba en Bilbao, Osmany comprobó que ochocientos cuarenta euros no era mucho dinero. Su nuera no podría permitirse lujos. Aunque viendo el perpetuo vacío de la nevera, las ropas de segunda mano de Maider, regaladas por lejanas amistades, la sensación de abandono y pobreza de la vivienda, Osmany se preguntaba adónde iba aquel dinero, evaporado de la cuenta apenas llegaba.

Se apresuró a devolver todo a su sitio cuando un débil crujir de muelles le advirtió que Nerea estaba despierta. Regresó a la cocina y se preparó otro café, algo caliente para engañar a un estómago que reclamaba a gritos comida sólida. Ella murmuró un «buenos días» casi ininteligible, bebió de un trago un vaso de agua y se dejó caer en el sofá sin quitarse el desgastado pijama de felpa, sin lavarse la cara ni intentar poner orden en la maraña de su cabello. Igual que ayer, y el día anterior, y el anterior y todos desde que Osmany llegó a esa vivienda detenida en el tiempo, paralizada por el espíritu ausente de Camilo.

Una hora más tarde entraba en la comisaría de la Ertzaintza de la plaza Zababuru. Cumplido a medias el objetivo de ayudar a su nuera con la bebida, era hora de centrarse en la otra tarea autoimpuesta. No se hacía ilusiones. Él había sido soldado, no investigador. Como capitán, le había tocado administrar cierto tipo de justicia rudimentaria en las zonas donde operaban de forma clandestina, pero no creía que esos conocimientos, adquiridos a caballo entre las academias soviéticas y la sabana africana, le fueran útiles en Bilbao.

Tuvo que esperar mucho tiempo en una estancia minúscula, amueblada con tres incómodas sillas de plástico rojo y una mesita anaranjada sobre la que descansaban dos revistas del sindicato mayoritario del cuerpo, hasta que una

uniformada lo invitó a acompañarla. La siguió a lo largo de un corredor estrecho, sitiado por asépticas paredes de pladur, hasta un despacho tan pequeño como la sala de espera, tan neutro como la expresión de la agente mientras deslizaba el cursor por la pantalla de una aparatosa computadora, sin molestarse en mirar a su interlocutor.

—Buenas —saludó sin mucho entusiasmo—. Soy la suboficial Nekane Gordobil. Es usted el padre de Camilo Valdés, ¿verdad? Por lo visto, desea conocer en qué estado se encuentra la investigación del asesinato de su hijo.

—Eso quiero, sí —confirmó arrastrando hacia delante el taburete en busca de un clima más propicio a las confidencias que a las declaraciones oficiales.

La suboficial se desplazó unos centímetros hacia atrás y se irguió sobre el respaldo.

—Bueno, señor Valdés...

—Por favor, llámeme Arechabala. Nadie me llama jamás Valdés.

Ella enarcó las cejas en un gesto de sorpresa, pero no hizo comentario alguno.

—Bueno, señor Arechabala, es poco lo que podemos decirle, y créame que lo siento. En este caso apenas disponemos de datos, y no hay testigos. No hemos conseguido encontrar un móvil consistente, no tenemos el arma... No hay nada.

—Pero me dijeron —la interrumpió Osmany— que en esa zona hay muchas cámaras grabando, ¿no?

—Sí. Pero no pueden cubrir cada palmo de terreno. No captaron el homicidio.

—De acuerdo. Perdone.

—Verá... —El tono de la *ertzaina* era un poco más amable ahora, como si hubiera recordado que hablaba con una víctima, no con un sospechoso—. Esta es una ciudad con un índice de delincuencia muy bajo para su tamaño. Sin embargo, la zona donde se produjo la agresión contra su hijo es particularmente conflictiva. Allí se concentra la prostitución desde siempre, desde que Bilbao es una ciudad industrial. Y, desde los ochenta, el negocio de la heroína, la cocaína, el LSD y todo tipo de psicotrópicos. Han cambiado las

mafias que controlan el negocio, han cambiado las formas, incluso los estupefacientes, pero casi cualquier acto de violencia en San Francisco, Cortes o Bilbao la Vieja está relacionado con las drogas. Perdóneme que se lo plantee de esta manera, pero ¿su hijo pudo formar parte de este mundillo?

—No. —La respuesta fue tan veloz como contundente, tan directa como dolida—. Seguro que no. Camilo tenía muchos defectos, lo sé. Pero no andaba en drogas.

Gordobil no se molestó en disimular su escepticismo.

—Le resumo lo que sabemos. Según Nerea Goiri, su esposa, Camilo Valdés salió de la vivienda de Somera el jueves 8 de mayo a las diez de la noche. No dijo adónde iba. Pero hemos confirmado que fue al domicilio de Katy Díaz, una prostituta dominicana detenida en un par de ocasiones por posesión de drogas. —Hizo un alto en su exposición, comprobó que el rostro de Osmany no reflejaba emoción alguna y siguió hablando—. Interrogamos a la chica en dos ocasiones, y en ambas nos dijo lo mismo: Camilo estuvo con ella hasta las cuatro de la madrugada, hora en que abandonó su piso, en la calle Cortes. Una cámara de esa misma calle —añadió lanzando a Osmany una sonrisa desafiante que él le devolvió de forma mecánica— lo captó en el momento en que doblaba la esquina, solo, en dirección a la ría, por lo que presumimos que Katy no miente. Según ella, su presencia allí no tenía relación con drogas ni prostitución. Según ella... —La suboficial golpeó un par de veces el ordenador con el bolígrafo—. Eran novios.

Lo imaginaba. Que Camilo fuera fiel a una mujer a quien no quería, de quien solo buscaba un permiso de residencia, era imposible. El sexo, además de su forma de vida, era la principal de sus aficiones. Una vez instalado en su nueva ciudad, volvería a buscarlo. El propio Osmany se lo dejó caer a Nerea antes de la boda. Pero la mujer se mantuvo sorda a cualquier crítica a su relación.

—Su cuerpo apareció en el lecho de la ría con la bajamar, a eso de las diez de la mañana. Presentaba una herida cortopunzante con orificio de entrada en el centro de la espalda y con trayectoria descendente. Una herida de unos catorce centímetros que le perforó el pulmón derecho.

—¿Un cuchillo?

—Sí —confirmó Gordobil—. Estamos casi seguros. El arma, además de larga, era ancha, unos tres centímetros. Y solo tenía un lado cortante. Sin embargo, la autopsia confirma que la causa última del fallecimiento fue el ahogamiento.

—Lo apuñalaron por la espalda y lo tiraron aún vivo al agua —susurró Osmany con voz ronca.

—Sí. —Ahora fue la suboficial quien se inclinó sobre la mesa buscando la cercanía de aquel hombre de expresión derrotada—. Verá, hemos hecho todo lo posible para dar con el asesino de su hijo. Hemos interrogado, en dos ocasiones, a Katy y a las personas con quienes comparte piso. Hemos barrido todos los archivos de vídeo, sin encontrar nada sospechoso. Aunque estuvo varias horas bajo el agua, buscamos en su cuerpo restos de ADN, bajo las uñas, en los nudillos y las manos... No tenemos nada.

—Ni siquiera un móvil.

—Ni siquiera un móvil. Su esposa no nos dijo nada de ayuda. Según la prostituta, Camilo no estaba metido en drogas ni en negocios paralelos. No es que nos fiemos por completo de su palabra, pero si trapicheara seguramente lo sabríamos. ¿A usted se le ocurre algún motivo? ¿Su hijo tenía enemigos? ¿Andaba en algo peligroso o se relacionaba con gente peligrosa?

Osmany negó con un gesto. Encogido en el taburete con la mirada perdida en el sucio vinilo del suelo, era incapaz de moverse, incapaz de hablar. Incapaz de llorar. ¿Qué sabía de su hijo? Nada. No sabía nada. Tal vez Camilo tuvo razón al acusarlo de abandonarlos, de cambiar el amor de la familia por su absurda lealtad revolucionaria. El gran capitán Arechabala, héroe de Cassinga y Cuito Cuanavale, condecorado por Fidel, fue incapaz de proteger a su hijo de un navajero cualquiera.

—Ni idea. —Tras un silencio demasiado prolongado, consiguió explicarse—. Camilo se vino acá el pasado noviembre. Desde entonces hasta su muerte hablamos bien poco. Llamó para decirme que nació mi nieta, pero no me contó nada más. Ojalá pudiera ayudarla.

—Lo entiendo —dijo Gordobil haciendo ademán de apagar el ordenador.

—Pero ¿qué piensan ustedes? Aunque carezcan de pruebas, tendrán alguna teoría, ¿no?

Ella suspiró, cruzó los brazos sobre la mesa y lo escrutó con gesto maternal. Eran muchas las ocasiones en que le correspondía la ingrata labor de borrar de las pupilas de los familiares de una víctima el último rescoldo de esperanza. Explicarles, con otras palabras, que una puta atropellada en un arcén, un yonqui apaleado o un negro apuñalado por la espalda pocas veces encuentran justicia. Que ni los recursos ni el tiempo dedicado a esos crímenes, apenas una breve columna en las páginas de los periódicos, eran comparables con los que se destinaban a asesinatos como los del pasado fin de semana. Que ellos no eran Dios, no podían estar en todas partes, y que era imprescindible priorizar. Formaba parte de su trabajo, por supuesto, pero no le gustaba. Sin embargo, no se le daba mal.

—Voy a serle muy sincera... A pesar de todo, estamos convencidos de que Camilo era un camello. —Con una mano silenció el amago de protesta del cubano—. No porque tengamos pruebas. No porque alguien nos lo haya dicho. Simplemente, porque es la única explicación lógica. Conozco la zona como la palma de mi mano. Mis abuelos vivieron allí toda su vida. Por eso cuando le digo que en San Francisco todo se mueve al ritmo que marca la droga, sé de qué estoy hablando. Probablemente se trató de un ajuste de cuentas. Alguien, quizá un proveedor a quien sisaba, un heroinómano sin dinero o un miembro de un grupo rival lo esperaba en el muelle de Marzana. Se abalanzó sobre él, lo apuñaló por la espalda y lo arrojó a la ría. Tengo que decirle que, sin testigos, sin huellas y sin arma, va a resultarnos muy difícil dar con el asesino.

Cuando Osmany salió de la comisaría, la lluvia había cesado, pero un mar de nubes teñía la luz diurna de ceniza y olvido. Caminó sin rumbo, con las manos en los bolsillos y la mente luchando por volver a Santa Clara, a Lydia esperándolo con Camilo en brazos. Cruzó Juan de Garay sin percatarse de los furiosos bocinazos de los conductores, sin ver a la gente con la que se tropezaba, sin prestar atención a los papeles que el viento hacía bailar sobre

las aceras ni al rugido del tren bajo sus pies. Cuando salió de comisaría, nada de lo que lo rodeaba era real.

La noche en La Ceguera era oscura y, al mismo tiempo, luminosa. Sin bombillas que rasgaran las tinieblas, sin estruendo de radios ni televisores, millones de estrellas iluminaban las siluetas desconocidas y, en cierto modo, fantásticas, que los rodeaban. El perfil giboso del cerro del Diablo se recortaba negro sobre gris frente a la aldea. A sus pies, el río Autana, uno de tantos afluentes del Orinoco, creaba una tranquila playa artificial donde la canoa dormía en espera del mañana. Una pequeña comunidad indígena había colonizado la ensenada y, con vistas a rentabilizar un imposible tirón turístico, alzó en la orilla tres cabañas donde alojar a los visitantes, tres techumbres sin paredes donde Antonio y Rosa eran los únicos inquilinos.

La comida, un filete frito sin gusto ni aliño, lo reclamaba con la tozudez del presente. Pero Arzamendi se sentía mejor en el pasado, en aquel viaje a Venezuela que cambió su vida y sus prioridades. Desaparecida Rosa, comenzaba a comprender que no solo había perdido a la mujer, la compañía amable de un cuerpo cálido bajo las sábanas, la caricia de unos labios cuando aprieta el frío o el silencio compartido frente al televisor. En Venezuela, seis años antes, Antonio también se enamoró de esa vida impensable en su ordenado pasado conyugal: los viajes tomados de la mano con solo un billete de avión y una mochila, las acampadas sin tienda y las playas sin bañador. La vida al margen de reglas, destinos impuestos o relojes. Una vida que Rosa, en breves dosis de un mes cada doce, fue suministrándole hasta engancharlo sin remedio. Por eso la casita de Choroni. Por eso la impaciencia, la espera ansiosa del día en que, abandonado el banco para siempre, lo acompañaría en un Boeing 747 camino del futuro.

Un futuro asesinado con la mujer.

Contuvo las lágrimas y las ganas de lanzar el plato contra la pared de la cocina. Cerró los ojos, apretó los puños, como tantas y tantas veces durante las últimas horas, y al abrirlos regresó a la monotonía, al aséptico blanco de las paredes, al molesto rumor del televisor. A la realidad.

¿Qué podía hacer? ¿Sería capaz él, un jubilado de banca no demasiado maltratado por la edad, afrontar en solitario la revolución planificada con Rosa María Villate en la clandestinidad de tantas alcobas y tantos autobuses herrumbrosos? No lo sabía. No podía saberlo, no era capaz de pensar. Lo único seguro era que no soportaba la visión de aquel filete aceitoso zozobrando en su propia grasa. Tomó el plato y, sin levantarse, lo dejó en la encimera. Entonces se percató de que Tomi, su hijo mayor, llevaba un rato en la puerta, pendiente del televisor.

—*Aita*, ¿ya has visto eso?

A varios kilómetros de distancia, Markel Arana seguía el informativo con idéntica atención. Sobre la mesa, los restos del bocadillo, un vaso de agua, el portátil y un montón de folios garabateados una y mil veces. Y la voz de la presentadora dando cuenta de una noticia que superaba con creces lo intuido, o inventado, esa misma noche.

«El cuerpo sin vida de María Estela Delgado fue encontrado por un vecino que paseaba a su perro. Presentaba una herida de arma blanca en el pecho, a la altura del corazón, sin más señales externas de violencia, lo que, en principio, descarta la posibilidad de un intento de agresión sexual, aunque desde la Ertzaintza insisten en mantener abiertas todas las hipótesis. El ataque debió de producirse en el mismo lugar donde la víctima yacía, el muelle de la playa de Ereaga, cerca del Puerto Viejo, una zona por donde no suele circular gente a esas horas de la mañana».

Markel mordisqueaba el capuchón del bolígrafo como si el exiguo panecillo devorado minutos antes no hubiera saciado su hambre. Pero no tenía hambre o, al menos, no la notaba. Lo que sentía era una mezcla de excitación y temor. La excitación de rozar con la punta de los dedos una primicia que

nadie antes se atrevió a publicar, y el temor a equivocarse, a que más pronto que tarde la policía descubriera detrás de aquellos crímenes a un amante enloquecido o a un yonqui con el cerebro roído. Pero cada dato que el telediario aportaba afianzaba sus esperanzas.

«Según fuentes de la familia, María Estela Delgado no llevaba encima nada de valor cuando salía a correr, por lo que no parece un atraco frustrado».

¿Qué hacían aquellos *ertzainas*?, se preguntó Markel. Mientras la voz de la locutora repetía las obviedades de la nota oficial, las imágenes de la pantalla mostraban un tranquilo paseo a la orilla del mar, las casitas blancas del Puerto Viejo resbalando con pereza hacia el fondeadero que les da nombre y, en primer plano, una cinta policial cerrando el paso a curiosos y reporteros. No había cadáver alguno sobre la acera, pero el cámara se centraba en la gran mancha parduzca que, diluida en lluvia del amanecer, se extendía hasta la calzada. Y la retina de Markel, atenta como un perro entrenado, se percató de la velocidad a la que dos agentes acudieron a recostarse en el murete del paseo.

«Presidenta y directora general de Construcciones Delgado, acababa de hacer frente a una larga huelga después de la dura reconversión a que la empresa se vio abocada como consecuencia de la crisis inmobiliaria. Recordemos que a principios de 2013 la casa matriz de Construcciones Delgado despidió a casi un centenar de empleados alegando falta de carga de trabajo, ausencia de pedidos y pérdidas futuras. Los sindicatos afirmaron entonces que solo buscaba aprovechar al máximo la reforma laboral aprobada recientemente por el gobierno para librarse de los obreros con más antigüedad y mejores sueldos. Según ellos, la prueba era que Construcciones Delgado comenzó a subcontratar obras en Andalucía, Castilla-La Mancha y Madrid a Construção Delgado, su filial portuguesa, donde el salario medio de los trabajadores es la mitad del que perciben los de la casa matriz. El asunto terminó en los tribunales, que hace unos meses certificaron la legalidad de los despidos. Hay quien asegura que María Estela Delgado fue amenazada de muerte por alguno de sus empleados, aunque no hay denuncias al respecto».

Sí. Estaban recostados sobre la barandilla, muy juntos, tapando con las piernas el muro donde aún quedaban manchas de sangre que la lluvia no había conseguido arrastrar. Una pose artificial, una postura poco profesional para dos uniformados de servicio. A no ser que ocultaran algo al indiscreto ojo de la cámara. Temblando de ansiedad, de deseo casi, Markel se pegó a la pantalla. Ahí, entre las piernas de los *ertzainas*, había algo. Algo importante. Algo que intentaban negar a los medios, a la opinión pública. Los ojos le lloraban de estar tan cerca del cristal caliente del televisor. Pero casi lo tenía. Un movimiento, un doblar la rodilla, un estirar la cadera, solo eso. Y llegó. Un segundo. Apenas un segundo, un movimiento imperceptible de una pierna. Pero ahí estaba. Tres letras. Solo tres. Rojas, brillantes, huellas de espray reciente. Una «j». Una «u». Una «s»... «Jus».

«Justicia».

Sansón exhibió su hastío con un bostezo largo y mudo. Al otro lado de los cristales, nada llamaba su atención. El transbordador cruzaba la ría cada pocos minutos cargado de vehículos, trabajadores de expresión cansada y desempleados de mirada perdida. Un remolcador petardeaba en busca de un noray donde amarrarse para dormitar en espera del mañana y, a su paso, las aguas se abrían esparciendo en ondas simétricas lodo, combustible y metales pesados. Grupos de escolares corrían por la orilla derecha del cauce, llenaban de gritos y carcajadas el aire bajo su ventana antes de desaparecer tras una esquina. Al otro lado, en la margen izquierda, el majestuoso Gran Hotel Puente Colgante exhibía sin pudor un lujo vedado a quienes, con la boina calada hasta las cejas, el palillo entre los labios y el bastón acompañando la fragilidad de sus pasos, recordaban tiempos mejores y más duros.

Todo era normal. Otra tarde sin más aspiraciones que saltar de la mesa al alféizar, dejar que el sorpresivo sol de noviembre acariciara su largo pelaje blanco, reposar arrullado por su calor y esperar, con felina paciencia, la llegada de las caricias y la lata de comida. No podía decirse que el gato del fundador de uno de los bufetes legales más prestigiosos de Las Arenas, donde las fortunas crecen y se esconden, viviera precisamente mal.

Pero algo incomodaba a Sansón. Bostezó de nuevo, se sentó con apatía y comenzó a lamerse. En la calle, un inusual viento del sur sobrevolaba el puerto, las elegantes calles de Getxo y las saturadas colmenas de Portugalete y Santurtzi provocando las quejas de quienes, previsores, cargaban con abrigos, chaquetas y paraguas. Sansón, encerrado en un lujoso despacho climatizado, ni sufría por el calor ni padecía los efectos del vendaval. Con un suspiro, giró sobre sí mismo, se agazapó obedeciendo a un instinto jamás

utilizado y olfateó con desagrado. Era el olor. Aquel estudio donde el aroma a lirios frescos lo impregnaba todo, donde el cuero de las butacas brillaba como un cañón recién bruñido y hasta su cesta parecía nueva, apestaba. Se frotó el morro contra el vientre, se incorporó arqueando mucho la espalda, saltó a la moqueta y trotó sin ruido para restregarse contra los pantalones de su dueño. Allí hedía con más fuerza, pero la proximidad de aquellos zapatos conocidos y el cadencioso murmullo de las voces consiguieron tranquilizarlo. Se aovilló debajo de la butaca y, desvelado, permaneció atento a las piernas de los invitados. Sobre su cabeza, las frases iban y venían sin que entendiera su significado.

—Lo que voy a pedirte es, podemos decir, poco ortodoxo. De hecho, no te lo pediría si no supieras que estás en deuda conmigo.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Sansón, el pelo de su lomo se erizó y las garras emergieron de entre las almohadillas de sus patas para clavarse en la moqueta. El olor. Sansón, el gato mimado del bufete, el consentido de la secretaria y casi un hijo para el socio fundador, solo había conocido el peligro en una ocasión. Todavía era un cachorro, una torpe bolita que rodaba de mano en mano entre caricias y halagos cuando, siguiendo los zuecos de la encargada de la limpieza, trotó escalera abajo y abandonó el edificio. Las farolas teñían las aceras, y el rumor de algún vehículo descarriado se imponía al murmullo de voces que llegaba desde la plaza del transbordador. Sansón dio unos pasos tímidos sobre la acera. Estaba solo. La mujer había desaparecido en busca de un contenedor donde abandonar los secretos de unos abogados envejecidos de ambición.

Entonces apareció el dóberman.

Tuvo tiempo de volverse y regresar al portal abandonado antes de que la alargada sombra de la fiera lo alcanzara. Trepó jadeando, sintiendo que su pequeño corazón amenazaba reventar, mientras, en la planta baja, el portero echaba al perro a patadas. Pero durante muchas semanas Sansón seguiría notando aquel olor. Un olor asimilado, en su infantil entendimiento felino, al aliento de la muerte.

El mismo aliento del hombre que susurraba junto a su dueño.

—Te escucho.

La voz de su amo. Suave, tranquila. Tal vez más tensa que de costumbre, algo normal teniendo en cuenta el hedor que anegaba cada rincón de la oficina. Con prudencia, se recostó en la pata de la butaca y cerró los ojos.

—Mañana damos tierra a mi hija.

Sansón se sacudió el sopor que comenzaba a atenazarlo e irguió la cabeza. Había oído algo extraño, un crujido, el chasquido de algo que muy lejos o, quizá, muy profundo, se rompía. Comprendió que nada anormal sucedía en la tranquilidad de su dueño, en las respiraciones acompasadas, en la suave oscilación de la pierna que conocía. Pero algo acababa de desgajarse en algún lugar inaccesible a su imaginación, y aunque el animal ignoraba que ese lugar era el alma del visitante, supo comprenderlo.

—Lo sé, Julián. Cerraremos la oficina para estar todos presentes. Te reitero nuestro más sentido pésame. Ha sido algo injusto y cruel.

El otro se revolvió inquieto en su butaca. Sansón notó su impaciencia, alzó la cabeza y evitó por poco la puntera de un zapato cuando el segundo de los invitados, dos piernas más largas y delgadas que las del dóberman, se recostó en el respaldo.

—Gracias, Alex, pero no he venido en busca de consuelo. No existe consuelo... Tal vez sí exista justicia.

El silencio se cerró sobre las siluetas que permanecían inmóviles, incapaces de hablar, moverse o, incluso, respirar. Un felino de pelaje blanco y casi almidonado dormitaba debajo de una butaca. Sentado en ella, un individuo de cabello cano peinado con escuadra y cartabón intentaba, sin éxito, disimular su nerviosismo. Frente a él, un anciano grueso y calvo de semblante derrotado. A su lado, un hombre más joven en cuyo afilado rostro flotaban ecos del primero dejaba que sus dedos bailaran sobre un arrugado paquete de tabaco. Y cerca de la puerta, como una sombra negra de augurios, la figura cuadrada y musculosa de un sujeto que, a diferencia de los dos primeros, no despedía efluvios de rabia y dóberman.

Olía como el machete de un carnicero.

—Estoy seguro de que podemos confiar en la policía.

—¿La policía? —Un amago de carcajada erizó el vello del lomo de Sansón—. No espero nada de la policía. No. La justicia no tiene nada que ver con tribunales, togas ni policías. No sé si me entiendes...

El fundador del bufete asintió. Alejandro López de Incer era un hombre comprensivo con sus clientes. Sabía de la importancia de la prudencia, de la virtud de callar y obedecer, de la relación directa entre ocultar y ganar. Él llevó, en persona, casi todas las operaciones financieras de su interlocutor. Algunas difusas, otras opacas, ilegales las menos, pero todas, sin excepción, invisibles a ojos de una Hacienda miope. Sí. López de Incer, Abogados y Economistas medró hasta lograr un hueco y un nombre en el estrecho círculo de la burguesía de Neguri, es decir, de Bizkaia, haciendo de la sumisión y el mutismo sus banderas. Por eso, Alejandro se limitó a asentir con un gesto de la cabeza.

—La policía tardará en encontrar al asesino de mi hija, si es que alguna vez lo encuentra. Y a mí no me queda mucho tiempo. —Un suspiro, una nota desmadejada, y Sansón enterró el morro entre las patitas—. Además, si llegan a dar con él, si lo llevan ante uno de esos funcionarios orgullosos de su toga que solamente se preocupan de los derechos de los hijos de puta, no creo que pase más de cinco o seis años en prisión.

—Bueno... —López de Incer intentó romper el hilo de unos desvaríos que se alejaban peligrosamente de la prudencia y la sensatez, dos valores imprescindibles para ser alguien en la alta burguesía de Neguri. Por lo menos, en apariencia—. Todos sabemos que el sistema tiene sus lagunas y que los criminales suelen aprovecharse de ellas, aun así...

—¡Calla!

Sansón dio un brinco, erizó el lomo y hundió las uñas en la moqueta. Su instinto no lo había engañado. Bajo el aspecto débil y desaliñado del anciano se escondía un dóberman, un perro sádico de dientes cortantes y ojos extraviados. La tentación de huir, de correr y abandonar el edificio, era tan poderosa como el temor a abandonar la protección de la mesa.

—Escucha y calla. No he venido en busca de pésames ni consejos, ya te lo he dicho. Yo sé quién ha matado a María Estela. —Desde su posición, el

animal percibió una especie de jadeo, un amago de protesta por parte de su dueño. Pero el dóberman siguió ladrando—: Sí, no pongas esa cara. Desde que asumió el control de la empresa, mi hija no paró de hacer recortes. Ella tenía visión comercial, ¿sabes? Para mí, Construcciones Delgado fue siempre una parte más de la familia. No me refiero a las contratas de Marruecos o de Portugal, ni siquiera a las delegaciones al sur de Madrid. Pero te aseguro que, hasta el momento de cederle las riendas, yo conocía a todos los trabajadores de aquí. A todos los contraté yo. Con todos negocié en persona, aunque amenazaran con llevarme a magistratura o echarme encima a algún sindicato. Buena parte de las obras estaban subcontratadas, y yo ahí ya no me metía. Pero el núcleo de mi empresa era como mi familia. Una familia con buenos hijos, responsables y trabajadores, y con hijos revoltosos e incluso desagradecidos. Pero hijos, a fin de cuentas. Por eso nunca utilicé el despido como herramienta. Y por eso, la llegada de la crisis nos sorprendió demasiado grandes, demasiado rígidos y vulnerables. María Estela asumió el mando, y gracias a ella la constructora sigue en pie. Pero el precio fue alto para los obreros.

Sansón decidió recostarse sobre los amigables zapatos de López de Incer mientras el hedor comenzaba a disiparse y la respiración del hombre perro recuperaba el ritmo acostumbrado. Su dueño seguía sin pronunciar palabra. Desde su posición, el felino solo veía perneras y zapatos, pero los años y la costumbre le habían enseñado a interpretar los movimientos, las palabras y, también, los silencios del abogado. Por eso sabía que en el rostro de Alejandro se dibujaba un gesto adusto, que su ceño casi le tapaba los ojos y que su mirada era más oscura, más concentrada que de costumbre. El gato sabía que su amo estaba preocupado. Lo que no imaginaba era que, además, comenzaba a asustarse.

—Sé que irte al paro con cuarenta y cinco o cincuenta años en un sector donde sobra gente por todas partes puede joderte la vida. —La voz parecía tranquila, pero a Sansón su instinto le decía lo contrario—. Sé que alguno de mis antiguos operarios está prácticamente alcoholizado. Sé de uno al que abandonó su mujer en cuanto dejó de llevar un sueldo a casa. Y sé que hay

gente capaz de matar por eso. Conozco a mis currelas, ¿sabes? Escucha con atención. —La mesa crujió cuando el anciano apoyó sobre ella el peso de su cuerpo—. No quiero excusas. No me cuentes que tus chicos están especializados en temas económicos ni que la legislación les prohíbe investigar asesinatos. Todo eso ya lo sé. Y me la suda. Lo que te pido, lo que te exijo, es muy sencillo. Voy a darte tres nombres. Con sus direcciones, sus números de teléfono. Con todos sus datos. Quiero que me digas quién de los tres es el asesino de mi niña. Quiero pruebas. El resto es cosa mía.

El silencio regresó al despacho con el peso de una losa. Un silencio hosco y premonitorio, un silencio de muertes intuitas. Un silencio que López de Incer trató de quebrar con un amago de protesta.

—Julián, me parece que cometes un error al...

—No te he pedido tu opinión, Alex. Te he dado una orden. Te repito que se trata de algo muy sencillo. Luis Enrique se ocupará de dar las indicaciones necesarias al investigador que elijas. —Al oírlo, las piernas largas y delgadas se doblaron sobre su asiento en un gesto que el gato no supo interpretar—. Pablo irá con él. —No hubo movimiento perceptible en las botas que seguían la conversación desde la puerta—. No pienso permitir que se repita lo de...

Y aquello que se rompía, aquello que Sansón intuyó desgajarse de un tronco moribundo, terminó de partirse en el momento en que un sollozo acalló la última frase de Julián Delgado.

El viento arreció contra la ventana haciendo oscilar las cortinas menos de lo que se estremecieron los nervios de Sansón, acurrucado contra el abogado. El viento arreció, más seco y ronco que nunca, abandonó las altivas calles de Las Arenas y buscó la bocana del puerto, la inmensidad de un Abra que anhelaba el océano tanto como agradecía los diques que lo protegían de sus embates. Y cuando ya se lanzaba sobre las olas, cuando las mansiones de Zugazarte, el desértico arrenal de Ereaga y las casitas blancas de antiguos pescadores del Puerto Viejo quedaban atrás, rozó con su aliento de incertidumbre el cabello de un muchacho que, acuclillado junto al murete que separa la playa del paseo, escudriñaba con una sonrisa la pintura negra que afeaba la piedra y ocultaba a los ojos de los testigos algo escrito esa misma

mañana; una palabra repetida con anterioridad, con anterioridad silenciada, que era al mismo tiempo reivindicación y denuncia. Al menos si, como Markel Arana estaba dispuesto a jurar, esa palabra era: JUSTICIA.

La plaza Miguel Unamuno era un hervidero. No importaba que fuera martes, que las nubes, negras como el otoño, amenazaran tormenta, que las farolas anunciaran la noche y las persianas de los comercios descendieran sobre sus rieles como los párpados sobre las pupilas de los agotados comerciantes. La boca del metro tragaba jornaleros de ceño fruncido, dependientes cansados de dibujar sonrisas falsas, ruidosos grupos de comadres que regresaban al hogar tras el café y las galletas de cada tarde, y escupía una riada interminable de estudiantes ansiosos por olvidar los libros, muchachas con menos falda que carmín y parejas tomadas de la mano, arrastradas por esa marea diaria que refluía de las calles comerciales para desbordarse por Somera, Barrenkale o Santa María, océanos de bares, pinchos y borrachos.

Antonio Arzamendi llegaba a Somera acosado por sus propios fantasmas. Con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en los tejados del Casco Viejo, descendió las calzadas de Mallona recordando la voz agria de Jon Larralde: «Tú verás. El testigo no tiene inconveniente en recibirte, pero sabes que no es una buena idea. Ya me estoy arrepintiendo». Había chantajeado emocionalmente a un buen amigo para satisfacer una ¿curiosidad?, ¿morbo?, ¿autocompasión? que probablemente fuera mejor dejar dormir hasta que se desdibujara y, con los años, desapareciera. Pero era incapaz de sentarse y consentir que el tiempo arrojara lentas paletadas de olvido sobre la herida.

El número treinta y ocho hace esquina con un cantón estrecho, oloroso a kebab y salsa de ajo. Apoyado en la pared, un individuo moreno y bajito vociferaba a través del celular en un idioma desconocido y un grupo de muchachas intentaba tomar asiento en el bordillo de la entrada de una tienda de disfraces sin que sus minifaldas exhibieran más de lo deseado. Antonio

empujó la puerta y accedió a un portal largo y oscuro, más frío que fresco, más raído que antiguo. Era el cuarto piso. Los escalones crujían bajo sus botas mientras, despacio, cada vez más despacio, dejaba pasar ventanas por donde asomaba un patio interior lleno de ropa tendida y verdín en las paredes. No sabía nada del hombre que iba a ver. Solo que era cubano. Que tenía sesenta y seis años. Y un nombre. Nada más.

Abrió la puerta una mujer de unos cuarenta, apenas un espíritu gastado con bolsas oscuras debajo de los ojos, surcos áridos en el hueco de las mejillas y labios finos y apretados. Un bebé lloraba en algún lugar invisible, aunque su llanto apenas conseguía imponerse a los alaridos, los golpes y las carcajadas del televisor. Sin molestarse en invitarlo a pasar, la mujer lanzó un agudo «¡Osmany, es para ti!» y regresó al extremo del sofá, donde el contorno de sus nalgas parecía impreso en el escay.

Osmany Arechabala era un negro alto y delgado, de perilla canosa y millones de arrugas impresas en un rostro amable. Su voz era suave, la mano con que estrechó la suya, firme, y en sus pupilas la curiosidad parecía tamizada por algún tipo de tristeza.

—Si no te importa... —Con un gesto abarcó el estruendo catódico de la estancia—. Hablemos en mi cuarto. Estaremos más tranquilos.

Antonio aceptó de buen grado. Hablar de la muerte de la persona amada en medio de semejante barahúnda no le apetecía lo más mínimo.

En el diminuto dormitorio de Osmany solo había un estrecho camastro pegado a la pared. En la esquina opuesta, colgadas de un toallero fuera de lugar, pudo distinguir un par de chaquetas y unos pocos pantalones. Amontonados debajo de la ventana, unos cuantos libros de tapas gastadas y páginas amarilleadas. Y como única concesión ornamental, una decena de viejas fotos en blanco y negro clavadas en un corcho de bordes roídos. El paisaje a través de la ventana se limitaba a la fachada del edificio de enfrente, sombría y amenazante en la noche recién llegada.

Arechabala se apoyó en la cama y, con un gesto, invitó a Antonio a acompañarlo.

—Antes que nada, disculpa la actitud de mi nuera. Mi hijo falleció este año y ella aún no lo ha superado.

—Vaya, lo siento. —Arzamendi notó que la incomodidad regresaba para enredarse en su garganta—. Quizá haya sido mala idea venir a...

—Ni modo. —Alzó la mano como un árbitro deteniendo una competición—. Cuando el policía me contó lo que querías, acepté enseguida. Te comprendo muy bien. Mi hijo también fue asesinado. Te comprendo muy bien —repitió con voz apagada.

—Lo siento. —Antonio parecía incapaz de decir algo diferente.

—Por eso me vine acá. —El cubano buscaba algo invisible en el blanco envejecido de la pared. Hablaba sin prisa, recordando en voz alta, envolviendo a Arzamendi con su acento profundo y cálido—. Camilo era un buen muchacho. Era inteligente y buen deportista. Pero supongo que los conceptos de mi generación, ya tú sabes, sacrificio, lucha o solidaridad, se nos quedaron viejos. Ahora solo importan los pesos, los grandes *malls* y los carros con aire acondicionado. Él nunca estuvo enamorado de Nerea. —Asintió cuando la mirada de Antonio buscó más allá del dormitorio la figura abúlica del sofá—. Es lo único que pude reprocharle. Yo no supe ser un buen padre, eso es cierto. Mis compromisos me mantuvieron lejos de Cuba durante mucho tiempo. Y no supe impedir que antepusiera el dólar a la Revolución. Pero ¿sabes?, sí le eché en cara que se aprovechara de los sentimientos de Nerea para alcanzar sus fines. No me hizo caso. Aun así, prometió no hacerle daño. Me dijo: «Ella va a darme lo que quiero y yo le daré lo que quiere».

—Y se casaron y se vinieron a vivir aquí.

—Eso es. Este piso es de Nerea. Lo heredó de sus padres, y aquí vivía antes de conocer a Camilo. Se casaron el año pasado. Camilo abandonó Cuba para vivir su sueño, no para formar una familia. Pero el pasado diciembre me dijo que Nerea estaba embarazada. Pensé que, aunque no fuera por amor, asumió el compromiso con su esposa. Pero lo mataron. Alguien lo apuñaló por la espalda y lo arrojó al río.

Antonio asintió sin hacer comentario alguno. No había comentario posible.

—A mí, en Cuba, no me queda nadie. Camilo fue mi único hijo. Mi esposa murió, así que mi nieta es toda mi familia. Y mi obligación. Nerea no trabaja, ya sabes cómo está la cosa. No tiene padres ni cuenta con familiares que la ayuden. Así que dejé mi tierra y me vine *pa'cá*, a cuidar a Maider para que ella pueda buscar trabajo. Aunque está costándole superarlo —añadió mientras las risas del televisor se colaban por debajo de la puerta cerrada y el llanto del bebé atronaba contra las paredes.

—Si no te importa, Osmany —dijo Antonio consultando el reloj con más detenimiento del necesario—, podríamos hablar de lo que viste el otro día.

—Claro, claro. Perdona. A los cubanos nos encanta hablar de nuestras cosas, como si solo lo nuestro importara. ¿Qué quieres saber?

Antonio se removió sobre el cubrecama. ¿Deseaba conocer al detalle ese pasado reciente que le había robado sueños y compañía? Sí. Por eso estaba allí. Lo deseaba o, mejor dicho, lo necesitaba. Tanto como le aterraba.

—Todo. Me gustaría que me contaras todo lo que viste.

—Está bien. —Osmany cruzó las piernas y los brazos y apoyó la barbilla en el pecho en un gesto de reflexiva concentración. No miraba a su interlocutor—. Yo estaba aquí no más, en la Ribera, preguntando al río qué vio la noche en que mataron a Camilo. No estoy loco, no creas, pero desde que llegué suelo desvelarme recordando a mi hijo. Entonces me levanto y acudo al lugar donde lo encontraron, allí, cerca del mercado. —Antonio asintió, pero Osmany no lo veía—. Busco respuestas. Los años me enseñaron a encontrar respuestas. Por eso sigo interrogando a los testigos, no importa que sean de piedra. En eso andaba el domingo bien de madrugada cuando la vi. Llovía. La calle estaba desierta. Y ella apareció sin más. Estaba sola y caminaba hacia el puente, no hacia el peatonal, donde estaba yo, sino hacia el otro, ese por donde pasan los carros. Parecía tranquila. Pero supe que estaba en peligro.

Antonio contuvo las ganas de interrumpirlo. «No es más que un adorno literario», pensó mientras con la mirada seguía el sube y baja de uno de los pies de Arechabala y, en su interior, reproducía con mayor nitidez de la deseada los últimos segundos en la vida de Rosa.

—Por eso crucé —explicó el cubano—. Pero no arribé a tiempo. Por el otro lado llegó un hombre cubierto con una especie de poncho oscuro. Fue directo hacia ella y le clavó un cuchillo, una navaja o lo que fuera en el pecho. No la amenazó. La apuñaló sin más. —Ahora sí fue consciente de la presencia de Antonio a su lado, del gemido que sus labios no pudieron retener—. Me puse a gritar. Y él cogió el bolso y salió huyendo. No pude hacer nada. He visto muchos muertos. Demasiados. Estaba muerta. Paré un coche, pedí al conductor que avisara a la policía y conté a los agentes lo mismo que acabo de contarte.

Cuando calló, el silencio se espesó en el pequeño dormitorio. Los dos hombres miraban más allá de las paredes, reviviendo el brillo de las navajas, el vacío gris de Bilbao la Vieja y el nauseabundo marrón de las aguas de la ría. Antonio no se dio cuenta de que una lágrima descendía por su mejilla hasta que se precipitó sobre su mano. Entonces comprendió que el silencio era tan denso como real. No ladraban los tertulianos su basura diaria ni lloraba la nieta de Osmany en la habitación del fondo. Tomó aire, aquel aire cálido, oloroso a kebab y desesperanza, y trató de sonreír. No lo logró.

—La Ertzaintza dice que fue un robo.

—Lo sé. Lo noté en sus preguntas. Es lo normal, según ellos. Al parecer, esa zona es peligrosa. Pero no fue un robo.

—¿Por qué crees eso? —La voz de Arzamendi sonó más aguda que de costumbre. Más nerviosa. Más angustiada.

—Porque lo vi. Recién te lo conté. El asesino se acercó y la apuñaló. No dijo nada, estoy seguro. Ella ni lo miró hasta recibir el golpe.

—Pero le quitó el bolso —insistió Antonio.

Frente a él, la pared blanca y las fotografías viejas se diluían en un pozo capaz de engullir su comprensión y su cordura. La teoría del robo era la teoría de la mala suerte: estar en el momento menos adecuado en un lugar inapropiado, tropezar con quien no se debe, quizá un yonqui sin dosis, un hambriento sin futuro o un marginado sin nada que perder. Pero las palabras del cubano amenazaban con echar por tierra la única hipótesis vagamente aceptable. ¿Qué quedaba? ¿Un loco homicida que actuaba por diversión, por

despecho hacia la raza humana, un criminal que prodigaba navajazos aleatorios a quienquiera que se cruzaba en su camino? ¿O la víctima fue escogida, señalada de antemano, por un cazador que la siguió hasta dar con el momento oportuno? Un escalofrío lo sacudió, y la voz se le quebró en la última sílaba.

Osmany le apoyó una mano en el hombro antes de responder.

—Mira, el criminal no tuvo intención de robarle el bolso. Se lo dije a la policía. La apuñaló, grité y miró en mi dirección. Me vio por el puente, y buscó en el suelo. Cogió el bolso y se lo llevó. Solo entonces fingió que se trataba de un atraco.

—¿Seguro?

—Del todo.

Antonio contuvo un suspiro y se sorprendió rebuscando en el bolsillo de su camisa. Los vicios de siempre no mueren ni desaparecen. Solo dormitan en espera del momento adecuado para regresar. Hacía diez años, quizá más, que no probaba un cigarrillo, pero el deseo de fumar era tan intenso que podía sentir la feroz caricia de la nicotina en su garganta.

—La Ertzaintza está segura de que fue un robo.

—Sí, claro... ¿Quién va a hacer caso a un loco que anda por las calles de madrugada preguntando a los edificios? ¿A un negro extranjero? La policía, desde luego, no.

Julián García López.

Marcos Urquijo Vara.

Aitor Elorduy Guijuelo.

Tres nombres. Anónimos. Desconocidos. Tres individuos de quienes nada sabía. Tres vidas que seguir, tres coartadas que comprobar. No importaba que investigar un asesinato fuera labor exclusiva de la Ertzaintza, la Guardia Civil o cualquier otro de los muchos cuerpos policiales que se reparten presupuesto y competencias. No importaba que López de Incer, viejo tiburón de sonrisa ajada, insistiera en la necesidad de evitar a las autoridades; es decir, que le impusiera sin el menor rubor la comisión de un delito. No importaba, porque su mejor cliente y, por tanto, quien pagaba su chalet en Punta Galea, los inviernos en Baqueira, los veranos en Maldivas o Seychelles y las botellas de Macallan que lo acompañaban mientras contemplaba el atardecer desde la terraza, era el padre de María Estela Delgado, la mujer asesinada esa misma mañana a dos pasos del Puerto Viejo de Algorta.

No importaba, porque el empeño de aquel anciano roído por el cáncer era tal que envió a su propio hijo a entregarle en mano unos datos que podía haberle enviado por email.

Y la paga se prometía jugosa. Muy jugosa.

Aunque Construcciones Delgado era la principal de sus clientes, Borja Maruri, el abogado experto en fraudes a quien López de Incer recurría con más frecuencia, no vio personalmente a Luis Enrique, el primogénito de Julián Delgado, hasta que un individuo de rostro triste y alargado como un retrato de El Greco llamó al timbre de la entrada. Manteniendo las distancias,

un armario de tez morena y pequeños ojos inquisitoriales esperaba junto a un brillante Porsche Cayenne.

A Luis Enrique Delgado le gustaba el Macallan. Maruri lo notó en el brillo de su mirada en cuanto el recién llegado descubrió, sobre el mueble bar, la botella mediada de añejo 1824, un juego de vasos esperando una mano amiga y una cubitera vacía. Lo confirmó en la terraza, donde acostumbraba llevar a las visitas, mientras el horizonte se teñía de añil y dudas. Y al calor del whisky, cuyos tragos intercalaba con veloces caladas de cigarrillo, escuchó de su boca una historia que apenas difería del informe que López de Incer acababa de remitirle. Una narración que lo ayudó a ubicar en su contexto a cada sospechoso y, de paso, a confirmar que las acusaciones de Julián Delgado se basaban exclusivamente en unos pocos gritos, alguna amenaza mal velada y unos cuantos *posts* en internet.

García, Urquijo y Elorduy habían sido, hasta el verano anterior, los trabajadores más antiguos de Construcciones Delgado. Los tres ingresaron en la empresa cuando su fundador aún visitaba las obras ataviado con una camisa mal abotonada, que no dudaba en remangarse para ayudar en un enlucido o un remate particularmente complicado. De eso hacía más de treinta años. Delgado pasó a ser don Julián, la camisa abierta cedió su lugar a la seda y las corbatas, y, en vez de visitar las obras, se acostumbró a dejarse caer por los despachos de concejales, alcaldes y gobernadores. La empresa se transformó en un gran conglomerado de conexiones invisibles para Hacienda, sindicatos y reguladores. Las cuentas corrientes se multiplicaron, como se multiplicaron los billetes de quinientos euros que llenaban la bóveda acorazada de su nueva mansión en Las Arenas, construida por trabajadores de confianza inquebrantable como García, Urquijo y Elorduy. A pesar de las crisis afrontadas a lo largo de tres largas décadas, las cosas funcionaron de forma aceptable. Hasta la jubilación de don Julián, cuando más violentos eran los embates de la última depresión.

—Los currelas culparon de todo a Estela. —Luis Enrique hablaba sin prestar atención a su interlocutor, pendiente del mercante que atravesaba el Abra camino de la ría, pendiente de imágenes que solo él era capaz de

vislumbrar en las aguas agitadas al paso del buque—. Pero si el viejo no hubiera entregado las riendas a mi hermana, la empresa no existiría. La cosa no se habría limitado a algunos despidos. Estarían todos en la puta calle.

Hubo un cambio radical en la forma de dirigir la compañía. El estilo paternalista fue engullido por la voracidad de la competencia, las enseñanzas de Harvard y las sucesivas quiebras de unos rivales incapaces de afrontar el hundimiento de la demanda. Tres meses después de asumir el timón, María Estela eliminaba de un plumazo al veinticinco por ciento de la plantilla. La empresa, sólida y rígida como un transatlántico, comenzó a soltar lastre, a aligerar su estructura subcontratando proyectos, reduciendo personal y salarios, buscando la agilidad precisa para esquivar, llegado el caso, el iceberg que hizo naufragar a navíos más grandes y antiguos. Potenció la filial portuguesa, creó dos nuevas delegaciones, una en Marruecos y otra en Rumanía, y esas empresas, reguladas por las legislaciones de los países de origen, se ocuparon de las obras de la casa matriz. La plantilla siguió disminuyendo al acelerado ritmo al que vencían los contratos de los eventuales. Sin embargo, casi un centenar de empleados, los más antiguos, permanecieron en sus puestos. Indemnizar con cuarenta y cinco días por año trabajado a noventa y cuatro trabajadores con más de veinte años cotizados resultaba demasiado caro. Hasta que en 2012 el gobierno aprobó una reforma laboral dictada por los empresarios. A los últimos operarios de Construcciones Delgado, a quienes compartieron con don Julián un vino barato a pie de obra, les quedaba menos de un año de empleo.

—Estos tres cabrones —dijo Luis Enrique, y exhaló una larga bocanada de humo antes de señalar la pantalla de la tableta con un dedo amarilleado de nicotina— se tomaron el despido como algo personal. No sé, debían de pensar que la empresa era su mamá, que tenía que ocuparse de cuidarlos hasta la jubilación... o algo parecido. —Dio un trago al Macallan, dejó el vaso vacío en la mesa y encendió otro cigarrillo—. Por lo que sé, después de perder el juicio por los despidos, comenzaron a amenazar a Estela. Elorduy incluso se plantó un día en su despacho gritando como un energúmeno. La insultaban en Twitter, difamaban a la empresa, acusaban a los trabajadores que seguían en

activo de ser unos pelotas y unos esquiroles. Atacaron a mi hermana de todas las formas imaginables.

—¿Fuiste testigo de algún altercado? ¿Algo denunciable?

—Yo no estaba en la empresa, así que en un principio no me enteré de nada. Estela jamás hablaba de ello. Mi padre era el único preocupado, el único que se tomaba en serio las amenazas. Insistió una y otra vez en que volviéramos a contratar a Pablo o a otro guardaespaldas, pero no hubo manera.

Maruri cogió su vaso y dedicó unos minutos a escudriñar la carrocería del lujoso todoterreno de Luis Enrique Delgado, recortada en líneas sinuosas a través de los tiestos que ocupaban parte de la barandilla.

—Entonces... —Apuntó hacia el vehículo con la barbilla—. ¿Ese de ahí trabajaba para vosotros?

—Para Estela. —Sin pedir permiso, se rellenó el vaso, dio un trago y exhaló un largo suspiro de satisfacción—. Fue cosa del viejo. Cuando ETA le exigió el impuesto revolucionario, él mismo contrató a Pablo y le ordenó no separarse de Estela en ningún momento. Y te juro que lo hizo bien. Muy bien. Pero ETA desapareció, y mi hermana se libró de su sombra. Está claro que fue un error.

—Buscó un escolta para Estela. ¿Y para ti? —Maruri lanzó la pregunta al descuido, atento al movimiento circular del whisky entre sus manos, pero pendiente de la expresión del otro al responder.

—También, claro. —Luis Enrique se inclinó sobre la mesa para apagar la colilla en el cenicero y se encogió de hombros con desgana—. Aunque yo no formara parte de la empresa, la extorsión era contra el dinero de mi padre, no contra los activos de Construcciones Delgado. Y la forma más eficaz de hacerle pagar era secuestrar a uno de sus hijos. Pero yo me negué.

—¿No conseguí obligarte?

—Llegamos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Sí. Me comprometí a ser mi propio guardaespaldas. Siempre he sido un buen tirador, ¿sabes? —Con la cabeza ladeada, guiñó un ojo y extendió el

brazo derecho en dirección a las luces del puerto, un fusil imposible apuntando al infinito—. Soy socio de varios cotos de caza, no solo en España. Así que antes que andar con un matón pegado al culo, solicité la licencia para armas de fuego cortas. Y me la concedieron —concluyó con una gráfica palmada al lateral de su chaqueta—. Mira, yo soy un chico de barrio. Cuando el viejo comenzó a forrarse y nos mudamos a Las Arenas, Estela tenía once años. Era una cría asustadiza, siempre detrás de las faldas de mi madre. Pero yo tenía quince. Y vivir en El Peñascal, apelotonados en un infrapiso pegado a la ladera del monte los primeros quince años de tu vida te marca para siempre. Yo el barrio lo tengo aquí. —Se palmeó el pecho con la misma suficiencia con que antes se había palmeado la sobaquera—. Y allí todos sabíamos que, si alguien te jodía, te vengabas de ese pavo. Era la ley del barrio, una ley que formaba parte de nuestro ADN. Por eso existía cierto equilibrio entre las pandillas de macarras que pululábamos por allí. Porque nadie iba a dejar que le tocaran los cojones sin vengarse. Y por eso mi padre supo siempre que, en mi caso, una pistola es suficiente protección.

—Sin embargo...

Maruri dejó la frase sin terminar. Bastaba el vaso apuntando hacia la barandilla, hacia el perfil del todoterreno recortado entre los barrotes.

—Ya te he dicho que el viejo se tomó en serio las amenazas de esos tipos que tienes en el informe. Llamó a Pablo y lo hizo volver. No sé por dónde coño andaba..., creo que en Irak, en Afganistán o en un sitio de esos. Pero Estela se negó en redondo a ficharlo. Ya ves... Dejas un trabajo de la hostia en el otro extremo del mundo y cuando llegas te encuentras en el paro.

—Pero ahora está con vosotros.

—Sí. —Luis Enrique apuró las últimas gotas de Macallan, se levantó y, antes de despedirse con un lánguido apretón de manos, añadió—: Mi padre lo ha hecho venir esta misma mañana. Pero no creo que su trabajo sea protegerme a mí.

La noche terminó de cerrarse sobre los acantilados. Aparcado en la entrada, un Porsche Cayenne dormitaba al abrigo del silencio mientras, en el asiento del acompañante, un individuo bajo y musculoso recordaba fogonazos de una

pasión extraña, una pasión que su jefa le regaló en dosis breves y explosivas. Una pasión cercenada de raíz apenas las fronteras que separan el sexo del amor comenzaron a romperse.

Y el cadáver de esa mujer descansaría pronto muy cerca de allí, en el cementerio alzado sobre el mar y el horizonte para acoger los cuerpos huecos de los privilegiados, una necrópolis de lujo donde ocultar la soledad de quienes reposan bajo el mármol.

Cuando Luis Enrique llegó al coche, le sorprendió comprobar que el guardaespaldas había sacado la pistola y acariciaba el gatillo con la mirada perdida en la lejanía.

Pero le sorprendió más la intensidad del odio de esa mirada.

Aferrado al iPad, Maruri permaneció sentado en la terraza mientras las luces del Porsche se perdían dibujando líneas rojas en la oscuridad. Sentado en la butaca de mimbre, dejó la tableta sobre la mesita que Andrea se empeñó en comprar en Santorini y, como tantas veces, se limitó a contemplar los perfiles de la costa, líneas oscuras que las farolas del puerto y la autopista permitían distinguir en plena noche. Aquel paisaje de siluetas rudas, montañas que se precipitaban sobre el océano y bloques de viviendas empujándose en busca de un espacio escaso, lo ayudaba a pensar. Al menos, en el pasado lo ayudó. Desde que Andrea se fue, era la botella de Macallan la que lo acompañaba en sus cada vez más largos, y menos productivos, momentos de reflexión.

El viento del sur barría con desgana el paseo que, atravesando las viejas baterías de una guerra más próxima de lo que dicen los años transcurridos, bordeaba los acantilados. Un paseo desierto, poblado solo de sombras y recuerdos. Maruri dio un trago largo y volvió a servirse. Al cuarto, o al quinto, los recuerdos comenzarían a desvanecerse, ahogados en la densidad ocre del licor. Mientras tanto, Andrea seguiría ahí, falsa y vaporosa, disfrutando del silencio de la noche como antes del divorcio. Vacío el vaso, tomó la tableta y activó la pantalla. A falta de Andrea, estaba el trabajo. Estaba el dinero.

García. Urquijo. Elorduy. Tres desconocidos de rostros ojerosos, barbas mal afeitadas y expresiones vacías. Tres ratones ciegos carentes de futuro y ambición. Al menos, eso decían las fotografías que precedían a los expedientes. Los tres trabajadores más antiguos de la constructora. Quienes se tomaron el despido como algo personal. Quienes promovieron huelgas y piquetes, llevaron a la empresa a los tribunales y, finalmente, perdieron. Quienes amenazaron a María Estela Delgado de forma reiterada, sin que ella se molestara en interponer denuncia alguna. Los culpables de su muerte, creía el hombre que hizo de López de Incer, Abogados y Economistas uno de los bufetes más prósperos de Bizkaia.

Investigar a tres operarios despedidos.

Un trabajo sencillo. Demasiado sencillo. Confirmar dónde durmió cada uno la noche del lunes, dónde amaneció el martes, pasárselo al viejo en un elegante dossier pulcramente encuadernado y recoger los beneficios.

—Chupado —dijo en voz alta brindando al viento cálido de la noche con un vaso de malta y sueños—. Chupado.

La terraza del bar estaba a rebosar. Eran más de las once de un martes de noviembre, pero la temperatura, más cálida de lo habitual, y los cadenciosos ritmos de The Wailers animaban a prolongar la noche, a pedir otro ron, otro combinado, y dejar pasar las horas sin prisa, rumbo ni destino.

Osmany sostuvo la copa envolviéndola con la palma de la mano e hizo bailar el licor bajo el resplandor de una farola. Un Havana de siete años en una mano, un Cohiba en la otra, la fugaz caricia del viento del sur y el rumor de la música eran argumentos suficientes para sentirse, por vez primera desde su llegada, a gusto y relajado. Si en lugar de *reggae* sonara el Septeto Santiaguero, y en lugar de brisa cálida hubiera calor ventoso, podría sentirse en casa, en compañía de sus viejos camaradas, dando cuenta de la inevitable botella de toda reunión que se precie. Sus colegas estaban lejos, pero Arzamendi, superado el inevitable momento de debilidad, demostró ser un buen compañero de copas. Y no solo porque las pagara.

Antonio también jugaba con la bebida mientras, estudiando a quienes los rodeaban, se sentía viejo y fuera de lugar. En la mesa más próxima, dos hombres de unos treinta años se tomaban de la mano y alternaban caladas a sus cigarrillos con besos y miradas de deseo. Junto a ellos, un heterogéneo grupo de muchachas de cabellos coloridos, abrigos de cuero y maquillajes exagerados reían y gritaban en una extraña mezcla de euskera, inglés y castellano. Dos individuos de rostro cetrino y cráneo rapado intercambiaban confidencias y carcajadas en un idioma desconocido mientras apuraban una bebida transparente como si fuera agua. Y un grupo de cuarentones disertaba a voz en grito sobre la obra poética de un tal Carnero. ¿Qué pintaba allí un director de banca jubilado?

—Entonces... —Osmany dejó el ron y se recostó en la silla—. ¿Estás seguro de que nadie quería mal a tu mujer?

Arzamendi cabeceó conteniendo una sonrisa. El cubano estaba empeñado en referirse a Rosa como «tu mujer», y él no tenía ganas de contradecirlo.

—Seguro. Rosa era buena persona. Tenía muchos amigos y ni un solo enemigo. Nunca se metió en nada raro, no tenía relaciones extrañas. No sé... Me resulta inconcebible que alguien fuera a por ella.

—Lo entiendo. Yo solo puedo contarte lo que vi. —Otra calada, un par de segundos ensimismado en las figuras que el humo trazaba antes de desaparecer empujadas por el viento—. Pero trabajaba en un banco. Dijiste que fue directora en un banco, ¿no? —preguntó, y Antonio asintió—. ¿Algún cliente a quien jodieron la vida?

—No. —La respuesta fue tajante—. No. Rosa, jamás. Fíjate, los jefes tardaron siglos en ascenderla porque, según ellos, no trabajaba en sintonía con la entidad. En nuestra jerga, eso significa que a la hora de vender no tenía en cuenta las campañas comerciales ni los compromisos adquiridos por el banco. Ella buscaba lo mejor para cada cliente.

Dejó caer los brazos en un gesto vago de impotencia. La calva le brillaba bajo la luz anaranjada de la calle. Siguió hablando sin alzar la voz.

—Al final le dieron una sucursal muy pequeña, la de Begoñalde. Allí estuvo siete años, hasta la fusión. Y no te lo vas a creer, pero la Coordinadora Antidesahucios puso su oficina como ejemplo de conducta ética.

Osmany alzó las cejas, esbozó una amplia sonrisa y levantó la copa. Antonio acompañó el brindis y ambos dieron cuenta de sus bebidas fingiendo que no estaban allí para llorar a sus muertos, para recordar sus logros como antídoto para un dolor que ni el recuerdo ni el alcohol mitigarían. A su lado, los dos enamorados dejaban las sillas y enlazaban manos y cinturas, listos para continuar estudiándose en algún lugar a salvo de miradas indiscretas, como la de ese gordito calvo incapaz de disimular su incomodidad.

—Cuando Rosa llegó a la oficina, heredó un préstamo con muy mala pinta. Un mecánico montó un taller y les solicitó financiación. Hipotecó la lonja, pero también le pidieron un aval. —Arzamendi hablaba a toda velocidad,

tratando de disfrazar la vergüenza de que lo hubieran cazado espiando a los chicos de la otra mesa—. Lo avaló su madre, una viuda sin más bienes que su piso y una pensión de seiscientos euros. La operación entró en mora, y así siguió durante mucho tiempo. Y cuando los jefes decidieron que era inevitable ejecutar, Rosa consiguió que liberaran del aval a la madre. Tuvo que pelear mucho con la central porque la hipoteca no cubría las deudas, pero lo consiguió. —Con gesto satisfecho, se llevó el vaso a los labios solo para confirmar, disgustado, que estaba vacío. A su lado, los extranjeros se levantaban para marcharse—. La Coordinadora Antidesahucios, en rueda de prensa, expuso ese caso como ejemplo de actuación correcta de la banca. Así era Rosa.

El cubano asintió, pero Antonio reparó en que no le prestaba atención. Su interés se centraba en los fornidos esclavos que abandonaban la mesa tras los pasos de los muchachos que, de la mano, se perdían al fondo de la calle. Eran dos moles impresionantes, casi dos metros y más de cien kilos cada uno, completamente rapados y uniformados de skinheads. Por eso, más que sorprenderlo, le aterrorizó oír la voz de Osmany interpelándolos desde su silla.

—Amigos... ¡Eh! ¡Amigos! ¡*Továrishchi*!

Se dieron la vuelta, y Arzamendi confirmó su primera impresión. No solo eran grandes e increíblemente musculosos. En sus ojos había algo que no sabría definir, algo frío, inanimado. Algo que no impresionaba a Osmany. Sin molestarse en soltar el puro, les habló en un idioma que él no conocía. Y se asustaron. Antonio, atrapado aún por aquellas pupilas de husky enrabietado, vio perfectamente la sombra de temor que las opacó durante unos segundos. Uno de ellos dio un paso atrás, pero el otro se inclinó sobre ellos, apoyó una manaza en el respaldo de la silla, otra sobre la mesa y, pegando su rostro al del cubano, gruñó algo inaudible. Osmany respondió con voz clara, sin desviar la mirada de aquellos ojos anegados en odio. El desafío se mantuvo unos segundos, el tiempo que el hombretón tardó en incorporarse y, junto a su compañero, desaparecer en la dirección opuesta a la inicial.

—¿Qué ha pasado?

Arechabala tardó en responder. Se llevó el habano a los labios, aspiró con los ojos cerrados y dejó que el humo huyera despacio de su boca. Parecía tranquilo. De hecho, parecía la persona más tranquila del bar. Tanto las jóvenes del Erasmus como el ruidoso grupo de autoproclamados intelectuales se habían callado, y callados seguían, incapaces de retomar sus conversaciones. Apoyó el cigarro en el cenicero antes de satisfacer la curiosidad de Antonio.

—Esos dos nazis planeaban dar un escarmiento a los muchachos que acaban de marcharse.

—¿A los homosexuales?

—Sí. A los maricones. Al menos así traduciría cómo los han llamado. «Homosexual» es muy respetuoso para su forma de hablar.

—Ya, pero ¿cómo has conseguido que no te partieran la cara aquí mismo?

Osmany soltó una breve carcajada. La terraza se vaciaba, como si de golpe todo el mundo hubiera comprendido que, en noviembre, el calor del local era más acogedor que las mesas al aire libre. El viento cambiaba de dirección arrastrando olor a salitre y lluvias cercanas. Pero la tormenta que temían se alejaba a gran velocidad, haciendo repicar las Dr. Martens contra la acera.

—Les he explicado, de forma muy amable, que si me entero de que alguno de esos chicos no llega intacto esta noche a su casa, mañana un almacén de la Ribera recibirá la visita de la policía.

—¿Un almacén de la Ribera?

—Sí. —Osmany apoyó los brazos en la mesa, acercó la cabeza a su interlocutor y bajó la voz—. Solo llevo acá dos semanas, pero, como te dije, paso muchas horas en el lugar donde mi hijo apareció. Y me gusta mirar. Ya conocía a esos tipos. Entran cada noche en el mismo almacén, siempre a la misma hora. Bueno, uno entra y el otro hace guardia. Disimulan mal. Muy mal. Luego se van y cruzan el puente. El que entra lleva la chaqueta cerrada y las manos en los bolsillos. Imagino que solo se trata de hachís, pero da igual. No van a permitirse el lujo de tener que dar explicaciones a un superior más peligroso que ellos por apalazar a un par de maricas... o a un par de viejos aburridos, ¿no?

Arzamendi notó que las piernas le pesaban. Provocando a aquellos salvajes, el negro chiflado acababa de ponerlo también a él en su punto de mira. Seguramente, tendría razón. Dos traficantes no se la jugarían por una tontería. A no ser que la ocasión se les presentara clara y sin testigos. Por ejemplo, si por azar se los cruzaba una noche sin luna. O sin farolas. Tragó saliva. Le supo a sangre.

—Tranquilo, compay. —Osmany puso una mano sobre la suya y le sonrió con la mirada—. Te aseguro que no volveremos a saber nada de esos. Venga, te invito a otro trago, a ver si se te pasa el mal sabor de boca.

Cuando regresó con un par de cervezas y un dolor sordo en la cartera, el rostro de Antonio había recuperado algo de color y sus labios dibujaban, con más torpeza que acierto, una sonrisa descuidada. Aceptó el botellín, improvisó un brindis mudo, vació la mitad de un trago y esbozó una sonrisa casi sincera.

—¿Y haces esto a menudo?

—¿Esto?

—Esto, sí... Encabronar a gente capaz de romperte el cuello con una sola mano.

La carcajada resonó a lo largo de la calle. Había algo en su risa que contagiaba optimismo, algo reconfortante que irradiaba tranquilidad. Hundido por la muerte de Rosa, asustado por el encontronazo con los cabezas rapadas, Arzamendi se encontró riendo sin saber por qué. Estaba a gusto en compañía de Arechabala, no cabía duda.

—Pues, en realidad, es lo que hice toda mi vida. —Osmany se secó los ojos con el dorso de la mano, cruzó las piernas y sonrió—. Joder a poderosos que jodían a gente humilde.

Antonio se reservó un momento para digerir una afirmación tan simple como demoledora. Sabía que el negro era un jubilado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Sabía que sus compromisos lo mantuvieron lejos de su patria durante buena parte de la infancia de su hijo. Pero ¿quién era en realidad? Un individuo de apariencia amable, capaz de amedrentar a dos nazis rusos sin necesidad de moverse de la silla. De golpe, sintió que la distancia

entre ambos se agigantaba, que el momento de camaradería recién vivido quedaba lejos, velado por los secretos ocultos detrás de aquel rostro afable. También comprendió que a Rosa María le habría encantado conocerlo.

—¿Y alguien que se dedica a joder a los poderosos se jubila así, sin más?

—Como todos, compay. Estuve en activo hasta el año pasado, casi cincuenta años en el ejército. Pero ya hice por Cuba todo lo que pude. Ahora es mi nieta quien me necesita. Y uno debe estar donde lo necesitan, ya tú sabes.

Arzamendi no respondió. Apuró el botellín y entró en busca de dos más mientras Osmany dejaba que su mirada se perdiese por el extremo de la calle, saltara la ría y trepara por las calles de ese Bilbao donde, a decir de la agente de la Ertzaintza, droga y prostitución marcan la vida de sus gentes. Y conforme en su imaginación se dibujaba el piso donde estuvo Camilo antes de tropezarse con la muerte, pensó que quizá aún le quedaran fuerzas para librar la última batalla.

¿Qué nos ocultan las autoridades? ¿Qué intereses esconden para negar a la prensa datos de vital importancia a la hora de comprender sucesos tan graves como los últimos asesinatos?

Markel se separó del ordenador y, por enésima vez, se asomó a la ventana buscando en las luces de la calle respuestas que solo él tenía. La silueta de un buque a medio construir destacaba entre las grúas plegadas sobre sí mismas, el monótono perfil de los bloques de viviendas y los restos de viejos pabellones en desuso donde convivían ratas, yonquis y secretos. A este lado de la ría, unos pocos vehículos rasgaban las tinieblas con el brillo de sus faros, repentinos y fugaces. El paisaje de siempre, de todos los días. Coches, casas y cemento donde no hallaría solución a su desasosiego.

Como adelantó New-Berriak NBk, a los periodistas se nos negó la información completa de los crímenes del fin de semana. La Ertzaintza, imaginamos que siguiendo órdenes superiores, ocultó la aparición de la palabra «Justicia» al lado de los cuerpos, tal vez una firma, quizá un mensaje, del asesino. Algo que los lectores de la prensa tradicional ignoran.

Esta mañana, la directora general de Construcciones Delgado, una gran empresa con delegaciones en Marruecos y Portugal, e intereses en otros muchos países de Europa y América Latina, fue apuñalada mientras hacía *footing* en la playa de Ereaga, junto al Puerto Viejo de Algorta.

No. Allí, en las aceras desiertas y las lonjas cerradas, no había respuestas a preguntas que jamás debió plantear. No. Las preguntas que jamás deben plantearse no tienen respuesta. No, al menos, correcta. Y un periodista no debería preguntarse qué estaba dispuesto a sacrificar para conseguir seguidores. Para ganar dinero.

Construcciones Delgado acaba de culminar un brutal proceso de reestructuración, iniciado al amparo de la nueva reforma laboral. Gracias al comodín de unas posibles pérdidas futuras,

comenzaron el despido de decenas de trabajadores. Desde entonces, la empresa subcontrata la mayor parte de las obras a sus filiales portuguesa y marroquí, cuyos costes laborales son mucho menores. Tras un largo proceso judicial, durante el cual su presidenta, María Estela Delgado, fue objeto de amenazas en diferentes ocasiones, la Audiencia Provincial desestimó los argumentos sindicales y mandó al desempleo, sin apenas indemnización, a decenas de obreros mayores de cuarenta y cinco años. Una sencilla búsqueda por internet confirma que las amenazas no cesaron con la sentencia; más bien, al contrario.

Las similitudes con los dos atentados anteriores son demasiadas para no buscar algún tipo de relación. Dos empresarios envueltos en un ERE y quiebras más o menos fraudulentas, y la directora de un banco plagado de desahucios. Cerca de los cuerpos de Rosa María Villate y José Antonio Martínez, alguien, presumiblemente el asesino, escribió la palabra «Justicia». Y sobre el muro contra el que se desplomó María Estela Delgado, recién pintado, como se aprecia en la fotografía adjunta, escribieron exactamente lo mismo. Pueden confirmarlo siguiendo este enlace a la noticia tal como la emitió el *Teleberri*.

Tomó asiento y terminó de leer el artículo. El café se le enfriaba junto al teclado, un café de aromas exóticos, de sabor tan diferente al de la cafetera italiana que parecía otra bebida. Dio un trago y confirmó que el nuevo *banner* estaba operativo y era visible en el margen derecho de la crónica. Sonrió. Sobre la mesa, la cafetera de cápsulas despedía fragancias del Cauca y destellos áureos y violetas bajo la tenue luz de la bombilla. La publicidad destacaba en la pantalla, corría a la velocidad de los párrafos recordando al lector las bondades de los geles vaginales, engordando la todavía famélica cuenta corriente de Markel. Sonrió de nuevo. Tras años de lucha, de aridez mediática y financiera, llegaban los buenos tiempos. La sonrisa se transformó en risa, la risa en carcajada y su dedo en el ratón pulsó la tecla «Subir».

MIÉRCOLES

5 DE NOVIEMBRE DE 2014

El inusual paréntesis de buen tiempo que, de forma fugaz, desterró paraguas y dibujó sonrisas en los semblantes, había terminado. La lluvia regresaba para adueñarse de unos paisajes hechos a su medida, para teñir de naranja el asfalto de las madrugadas, resbalar por los canalones susurrando con voces de metal y marchitar el ánimo de los vecinos que, camino del metro, el autobús o el calor de una cafetería, escondían las orejas bajo el impermeable y la esperanza en meses lejanos del calendario.

Echado en la cama, despierto y sin ganas de levantarse, Antonio Arzamendi escuchaba el siseo de los neumáticos, el chapoteo de botas en los charcos, el goteo sobre la barandilla del balcón, y recordaba otras mañanas lluviosas cuando, con las ventanas abiertas y los cuerpos desnudos, disfrutaba junto a Rosa de los sonidos invernales improvisando trópicos bajo las sábanas y volcanes entre las piernas. Redescubrir el sexo a los cincuenta y cinco fue algo extraño y maravilloso. Preparar una cena a base de sushi y vino blanco, encender las velas, elegir la música y, en cuanto ella se desprendía del abrigo, abalanzarse sobre su escote y conducirla a la cama dejando que las velas se consumieran en una temblorosa agonía sin testigos. Caminar cogidos de la cintura y notar que su mano buceaba autónoma en busca de la lencería. Sentirse inerme, indefenso, mientras Rosa torturaba sus sentidos rozándolo apenas con las yemas de los dedos y la punta de la lengua. O pasar una noche entera desnudos en una playa desierta, en la cómplice compañía de una botella de cava, crustáceos desconocidos y una luna sonriente, haciendo el amor sobre la arena. Extraño. Maravilloso. Perdido para siempre.

El reloj marcaba las nueve cuando, sin nada mejor que hacer, se levantó y dejó que las piernas lo arrastraran afuera del dormitorio. De forma mecánica,

se preparó un café, se echó azúcar y lo removió. Pero su mente seguía atrapada en el cuerpo de Rosa, en sus pechos caídos, las estrías de sus piernas y la dulzura de su mirada. Tenía carácter, claro que lo tenía, pero era una buena persona. Que alguien la señalara como objetivo de sus odios, rencores o delirios era impensable.

Los minutos pasaron en la desidia de una taza vacía, una vieja mesa de cristal con una sola silla y el incesante llanto de la lluvia en la ventana. Pasaron huecos, sin nada que hacer, sin nadie a quien acompañar o esperar, hasta que su hijo Tomás decidió sacudirse las legañas y dejarse caer por la cocina.

Tomi, como lo llamaba su madre, fue siempre una sombra para su padre. Una sombra de relieves difusos que, desde la adolescencia, se arrastraba por la vida sin dejar huella de su paso. Entonces, en la frontera de los catorce, comenzó a sustituir a familia y amigos por un mundo interior rico y diverso, inspiración de las muchas obras de arte que engalanaban su cuarto. Para Antonio, su introspección, su mutismo y su necesidad de ensuciar lienzos con borrones de pintura gris y negra era una forma de disimular, tal vez autojustificar, una holgazanería de dimensiones colosales. Dormía casi hasta mediodía, dejaba transcurrir las horas en el sofá jugando con el mando a distancia, despotricaba contra el trabajo y los éxitos de su hermana menor, como si las envidias que regaron su infancia crecieran en vez de atemperarse, salía todas las noches con amigos igual de apocados, y se encerraba en su habitación a fumar un porro tras otro en espera del momento en que el mundo reconocería su arte y galerías de los cinco continentes se pelearan por las migajas de alguna fugaz exposición. Excusas, simples excusas para dejar pasar el tiempo sin alejarse del sólido paraguas monetario de sus progenitores. Antonio lo contempló con desinterés, como a todo lo que lo rodeaba, como a todo lo que conformaba un presente sin Rosa María. Pero, por una vez, Tomi quería enseñarle algo.

—Oye, *aita*, ¿has visto esto?

Era la tableta, abierta en la página de un blog mal diseñado y peor formateado. Lo encabezaba el pretencioso nombre de «New-Berriak NBk»,

pero no era diferente a la bitácora de un crío.

—¿Qué?

—Esto, esta noticia de aquí —insistió ampliando la pantalla.

«¿Qué nos ocultan las autoridades?», preguntaba un titular cuyos caracteres se ahogaban bajo la molesta publicidad de algún tipo de lubricante sexual. Antonio cerró los ojos. Otra de las aficiones de su hijo: las conspiraciones. Desde el atentado contra las Torres Gemelas hasta la epidemia de ébola. Desde el hundimiento del *Titanic* hasta la desaparición de Pertur. La larga mano de la oligarquía financiera mundial, Wall Street y la CIA estaba, según Tomi, presente en cada tragedia, accidente o atentado que conmovía a la opinión pública. Teorías defendidas hasta la saciedad en comidas familiares o frente al catódico presentador del telediario, fundamentadas, no en sus vastos conocimientos de historia, geografía económica o geopolítica, sino en sus visitas a tres o cuatro páginas web de dudoso origen y extraña financiación. Antonio suspiró e hizo ademán de alejarse sin soltar la taza, pero su hijo lo retuvo aferrándose a su brazo.

—¡Espera! Léelo, ¿quieres? Me lo han recomendado por Twitter. De hecho, ahora mismo es *trending topic* en España. Habla de Rosa.

Antonio se sentó y tomó entre sus manos la tableta. Primero con miedo, después con incompreensión y, por fin, con rabia, leyó los dos artículos, el publicado aquella mañana y el relacionado con las muertes del fin de semana.

—¿Quién ha escrito esto? ¿Cómo se puede ser tan miserable, tan hijo de puta? —Se levantó de un salto y comenzó a dar vueltas en torno a la mesa con los puños apretados y el rostro encendido—. ¿Qué tipo de periodista escribe esta basura?

—Aita, por favor, tranquilízate. Vale, se ve que al tío le va el sensacionalismo, y no se molestó en investigar a Rosa. Pero lo importante es esto. —Amplió con los dedos el espacio dedicado a las imágenes, evitando a duras penas el *banner* del *sex shop*—. Mira... «Justicia», escrito en la fachada de El Perro Chico, justo donde la mataron. También se distingue en el banco donde se cargaron al empresario ese de la electricidad. Y en esta captura de

un fotograma del *Teleberri* se ven claramente la «J», la «u» y la «s» al lado de la última víctima. El resto lo tapan las piernas de los *ertzainas*. ¿Lo ves?

Sí. Lo veía. Lo veía y, por mucho que intentara negarlo, aquello confirmaba parte de las burdas mentiras, o medias verdades, vomitadas en el texto. Aquello armaba de razón al impresentable redactor de la crónica, pero también al cubano, empeñado en afirmar que el robo nada tuvo que ver en el asesinato de Rosa. Pero entonces... ¿la mataron por dirigir una sucursal bancaria? No. No podía ser cierto.

Cuando la vibración del móvil anunció la llamada, Jon Larralde no necesitó mirar el número para saber quién era. En su ordenador decenas, cientos de tuits con los *hashtags* #muertealosbanqueros, #muertealosempresarios y #justicia, sobre todo, exhibían una alegría enfermiza por los crímenes cometidos en Bilbao, felicitaban a los verdugos y, sin vergüenza alguna, animaban a masacrar a responsables financieros, empresarios y políticos, en aras de la #justicia. Los ojos le dolían, la cabeza le dolía y la rabia amenazaba con desbocarse. ¿Sería la fiscalía tan rigurosa con esos descerebrados que festejaban el odio y la sangre como cuando los asesinatos los cometía ETA? Daba por hecho que no, pero esperaba que, como mínimo, hiciera algo.

Con quien la Ertzaintza iba a hacer algo, y pronto, era con el autor del blog responsable de todo aquello. Según sus cálculos, el muchacho ya debía de estar dando explicaciones a los agentes de la comisaria de Erandio. Sacudió la cabeza, cerró Twitter y contestó.

—Dime, Toño.

—A ver, Jon, pensaba que éramos amigos... ¿Somos amigos o no somos amigos? —rugió Arzamendi al otro lado de la línea.

—¿A qué viene eso?

—¿Se puede saber por qué cojones me ocultaste información sobre lo de Rosa? ¿Qué es eso de un grupo de chalados cargándose empresarios y banqueros? ¿Qué hay de una pintada junto a su cadáver? Pensaba que podía

confiar en ti, joder —concluyó sin fuerzas, con el tono derrotado de la tarde del domingo.

—Toño, escúchame. Siéntate en el sofá, toma aliento y no me interrumpas, ¿vale? —No esperó a oír una afirmación que no llegó—. Imagino que tú también has leído la mierda esa de New-Berriak... o como se llame. Vale. Pues ni puto caso, ¿está claro? Es todo mentira. Mentira podrida, como decíamos de pequeños.

Antonio no dijo nada, no por obedecer a Larralde, sino porque era incapaz de pronunciar palabra. Mentira. Todo mentira. En el silencio de la sala, el estruendo de su corazón era el único contrapunto al vacío donde se hundía poco a poco.

—Hemos mandado una patrulla a por el dueño de la web esa. Le va a caer una buena —siguió Larralde, sorprendido por el mutismo de Arzamendi—. Mira, la noche que mataron a Rosa, nadie escribió nada en ninguna pared. Sabemos hacer nuestro trabajo, no necesitamos que ningún niño recién licenciado nos busque pruebas. No solo peinamos la zona, sino que también la fotografiamos con detalle. No había nada.

—¿Entonces...?

—Ayer detectamos el primer artículo sobre el tema. El que se titula «Justicia». —Percibió la invisible afirmación de Antonio al otro lado de la línea—. Y comenzamos a investigar. New-Berriak no es más que una página que fusila textos de otros medios haciéndolos pasar por propios. Bastante chapucero, vamos. La lleva un chaval muy joven, un melenas con gafitas redondas y cara de alelado. Al menos, así son las fotos que cuelga en su Facebook.

—Sí que investigáis cuando queréis.

—Investigamos siempre, no seas injusto. El caso es que unos compañeros volvieron a dejarse caer por Marzana, para interrogar otra vez a los vecinos. ¿A que no adivinas a quién vieron la noche del lunes pintando la pared con un rotulador?

—¿A un melenas con gafitas redondas?

Larralde sonrió. Arzamendi comenzaba a reaccionar.

—Exacto. Un melenas con gafitas que ahora mismo estará sudando tinta en la comisaría de Erandio.

A través del teléfono le llegó un gañido que a duras penas interpretó como una risa. Algo se le anudó en la garganta. La desaparición de Rosa había transformado, en cuatro días, a un hombre ilusionado por el futuro en un viejo de mirada cansada y desgana en cada frase, en cada gesto. Confiaba que fuera pasajero, pero bordear la sesentena no es buena edad para perder a la persona amada. Aunque ¿acaso existe una edad buena para eso? De forma inconsciente, se encontró negando con la cabeza.

—Escucha, Toño, no iba a contártelo hasta terminar los interrogatorios, pero creo que mereces saberlo. Hemos detenido a un sospechoso.

Un golpe, un rumor de pasos, otro golpe y, por fin, Antonio recogió el móvil del suelo.

—Bueno, ¿y vas a decirme quién es o tengo que rogarte?

—Tranquilo, no hace falta. Guarda tus ruegos a la Amatxu para el Athletic. —Tarde, comprendió que no era momento para chistes—. Ayer nos llamaron desde el departamento de seguridad de Visa para comunicarnos que alguien estaba intentando sacar dinero con una de sus tarjetas. Introdujo tres claves distintas, tres combinaciones diferentes de su fecha de nacimiento.

—Tenía su DNI.

—Eso es. En la sucursal propietaria del cajero, la de San Francisco, nos facilitaron al momento las imágenes del vídeo. Lo demás fue pan comido. Conociendo su rostro y teniéndolo localizado en un punto y una hora concreta, seguimos su camino a través de las cámaras de vigilancia hasta su portal, en la plaza de la Cantera. Lo han traído hace un momento. Yo no puedo estar presente en el interrogatorio, ya sabes que no participo en esta investigación, pero sé que han encontrado en su casa el bolso de Rosa María.

Arzamendi permaneció unos segundos pendiente del teléfono. No era capaz de sentir alivio, satisfacción o alegría por la detención del asesino de su novia. Era otra imagen, la de Ander, la que ocupaba su mente. Ander, tan diferente a su madre. Ander maldiciendo a los moros, a los extranjeros en general, dando

por hecho que uno de ellos asesinó a Rosa por un miserable bolso. Tragó saliva.

—Oye, Jon... Dime, ¿el sospechoso es magrebí?

—Sí. Tunecino, si no me equivoco. Un chaval de unos veinte años. ¿Por qué?

—No, por nada. Mantenme informado, ¿vale?

—Por supuesto.

Antonio abandonó el sofá y salió al balcón. La lluvia mojaba las calles, los zapatos de los optimistas, los paraguas de los resignados. Y comprendió que la detención de aquel miserable no era ningún consuelo. No. Rosa María no iba a regresar; no importaban las pesquisas policiales ni los años que su asesino pasara entre rejas. Entonces oyó el aviso de entrada de un SMS, y no pudo evitar una mueca de disgusto al leer el mensaje:

Antonio, soy Ander, el hijo de Rosa. ¿Puedes pasarte ahora por su casa? Te espero.

Cuando sonó el teléfono, estaba a punto de salir. Nerea llevaba tiempo en la calle, con Maider en el carrito y una expresión un poco menos amargada en el semblante. Cerró la puerta, regresó al salón y descolgó el aparato que presidía la estancia desde tiempos inmemoriales.

—Aló.

—¿Osmany? Buenos días, hombre. Soy Antonio Arzamendi.

Una sonrisa asomó al hueco de su barba. Arzamendi le caía bien. A pesar del dolor que ensombrecía sus ojos, era una compañía agradable, un buen conversador y, sobre todo, un excelente oyente, algo que como cubano sabía valorar. Para él, recién llegado a una ciudad ajena, contar con un amigo o, al menos, un conocido con quien hablar, con quien tomar un trago o fumar un habano en noches de viento del sur era poco menos que un tesoro.

—Carajo, Antonio... ¿A que no sabes de dónde vengo?

—Ni idea.

—De tu banco. Tanto hablar de ello, se me ocurrió que necesito una cuenta para que me manden la pensión y lo que pueda venir. Así que mientras mi nuera daba el desayuno a Maider, me bajé a la oficina de acá cerquita y abrí una libreta.

Arzamendi esbozó una sonrisa muda. La noche anterior, Osmany se explayó sobre el comunismo, sobre el sistema de gobierno de la isla y el ideal internacionalista de forma tan vehemente que, en ocasiones, parecía intentar convencer de sus bondades al antiguo director de banca. Para, al final, terminar atrapado por las redes del capital financiero. Por las del Banco de Crédito Monetario, por añadidura.

—Supongo que te habrán dado algo por hacerte cliente, ¿no? Un juego de cuchillos, como mínimo.

—Sí, chico. ¡Cómo lo sabes! Acabo de guardarlo en la cocina. Un juego de cuchillos nuevito, en una caja bien linda. Da pena abrirla.

—Me lo imaginaba. Con la fusión se encargaron miles de juegos de esos, no me extraña que les queden. Probablemente todos los clientes tienen uno.

Saber que el obsequio no tenía nada de exclusivo a pesar del secretismo con que la muchacha de la ventanilla se lo entregó no disminuyó un ápice la alegría de Osmany.

—Oye, Antonio, yo ahorita tengo cosas que hacer, pero si quieres nos vemos esta tarde. Si te apetece, claro —concluyó en tono dubitativo.

—Puede ser. Luego te lo confirmo. Pero te llamo por otra cosa.

—Dime.

—Verás, me sentía en la obligación de informarte de que han detenido al asesino de Rosa María.

—No tienes ninguna obligación conmigo. Pero me alegra saberlo. ¿Te dijeron quién es y por qué la atacó?

—Sí. Es un tunecino muy joven. La apuñaló para robarle el bolso. ¡Valiente hijo de puta! Con lo fácil que es dar un tirón y salir corriendo... Lo han pillado al intentar sacar dinero de un cajero.

—No es él.

La frase, directa como un balazo, salió de su boca sin tiempo para detenerla. Se arrepintió al momento, pero ya era tarde.

—¿Qué coño dices?

—Escucha, Antonio, perdóname. No quise ser tan brusco. Pero sé lo que vi. El tipo no fue a por el bolso. Fue a por la mujer.

—Era de noche, estabas al otro lado de la ría... ¡Tú qué sabes!

—Lo sé. Podría jurarlo. Ese que han arrestado no robó el bolso. Lo encontró donde lo tiró el otro, y fue tan tonto que quiso usar la tarjeta. Pero no mató a tu mujer.

—¡Ya está bien! —El grito de Arzamendi hizo comprender al cubano que se había pasado—. Mira, te agradezco que me recibieras ayer, que me

contaras tus impresiones, pero estás yendo demasiado lejos. Estás inventando teorías sin base, ni pruebas ni nada. Lo mejor será que lo dejemos aquí. Buenos días.

Arechabala no fue capaz de improvisar una objeción, no pudo argumentar ni tan siquiera despedirse. Con el auricular mudo en una mano y el desencanto en el rostro, comprendió que si aquella tarde quería sentarse en una terraza, solo contaría con la compañía de su nieta.

Poco después, envuelto en un inútil chubasquero, cruzaba la pasarela sobre el Nervión y atravesaba Marzana sin mirar atrás. Aquel lugar anónimo, gris como el resto de la ciudad, escondía respuestas anheladas y esquivas. Era una calle vulgar. A la derecha, marchitos bloques de viviendas y la lonja cerrada de un restaurante. A la izquierda, el muelle y la ría. Al frente, la pasarela y la estrecha carretera que, bordeando un museo de líneas aburridas, moría en San Francisco, donde se articula el tráfico de vehículos, personas y estupefactos de ese Bilbao que los biempensantes intentan evitar. Allí, en algún punto de la calle o el muelle, fue asesinado su hijo, apuñalado a traición por un cobarde a quien no pudo hacer frente. Y junto a la persiana muda de la fonda atacaron a una mujer indefensa, una jubilada que regresaba al hogar tras una noche de celebraciones. Dos muertes sin sentido, sin móvil conocido, sin sospechosos, sin más testigos que la oscuridad y, en el caso de la mujer, el propio Osmany. Con una mano menos firme de lo habitual, se enjugó el agua del rostro y se alejó de allí.

A pesar de la lluvia, en cada esquina de San Francisco había un grupito de jóvenes de rostro carbón y mirada atenta que, protegidos debajo de los aleros, escrutaban a los viandantes con un ojo mientras con el otro vigilaban los movimientos de las dos furgonetas de la Ertzaintza aparcadas delante de la plaza Corazón de María. Los bares estaban casi desiertos, aunque el olor a kebab y carnes sazonadas en exceso inundaba el ambiente. Dos orondas negras hacían guardia a la puerta de su peluquería y una breve hilera de vehículos esperaba con impaciencia a que el semáforo del puente de

Cantalojas les permitiera salvar la trinchera ferroviaria para abandonar esa pequeña África artificial, alzada con clandestinidad y sudor entre las vías y el río, para regresar al Bilbao de siempre, el de las prisas y los rostros huérfanos de sonrisa, el del metro, las iglesias y los atracadores de guante blanco.

La calle Cortes no se diferenciaba demasiado de su paralela. Las mismas expresiones atentas y hastiadas en el rostro de los traficantes, los mismos supermercados con rótulos en caracteres árabes, los mismos bares, los mismos rulos de carne girando sobre el fuego y muchas persianas cerradas en espera de la noche. Algunas mujeres de mediana edad aguardaban en las aceras. Aunque no eran las once de la mañana, aunque sus ropas no llamaban la atención, era fácil darse cuenta de que estaban pendientes de los coches que, más lentos de lo debido, atravesaban la calle calibrando el género, como si Cortes no fuera un lugar donde vivir, un lugar por donde pasear y disfrutar de un trago en compañía, sino un mercado clandestino reconocible a simple vista.

Katy Díaz, la última persona que vio a su hijo con vida, vivía en el cuarto piso de un edificio decrepito cuyo portal apestaba a frituras viejas, humedad y desidia. La suboficial Gordobil no tuvo inconveniente en facilitarle su dirección. Al fin y al cabo, era, o afirmaba ser, la novia de Camilo, así que, de un modo extraño y nada oficial, eran algo semejante a familiares.

A través de las ventanas se veía un patio angosto donde el olor a ropa tendida se mezclaba con aromas a cocido y aguas fecales. Había grietas en las paredes y un tramo de la barandilla estaba suelto. La pretendida prosperidad de aquella ciudad que exhibía ante los turistas curvas imposibles de titanio y barras atestadas de pinchos a precio de oro no alcanzaba a esa orilla donde los extranjeros no llegaban en avión, sino en patera, y las tabernas no servían bacalao al pilpil, sino durum y falafel.

En el cuarto piso solo había una puerta sin indicación alguna, sin placas con nombre, sin timbres ni tirador. Encogiéndose de hombros, golpeó con los nudillos y esperó.

La joven que abrió vestía un desgastado albornoz rosa que apenas le cubría la parte superior de los muslos. La melena, larga y enmarañada, le caía en

desorden sobre el cuello, bajo sus párpados asomaban dos bolsas de agotamiento y su semblante, negrísimo, reflejaba un cansancio más profundo, un especie de hastío vital y resignado. Sin embargo, su belleza dejó a Osmany sin palabras. La dominicana era una mujer de veintiún años, largas piernas, profundos ojos marrones y un rostro, entre aniñado y sensual, capaz de despertar a un tiempo instinto de protección y deseos inconfesables.

—¡Eres el padre de Camilo!

No supo qué responder. Era imposible, una broma de mal gusto, que alguien reconociera en su faz plegada por los embates de la edad y las noches a la intemperie el rostro firme y sin malear de su pequeño. Se sintió orgulloso, nostálgico y, sobre todo, desconcertado. Habían pasado meses desde su muerte, y la muchacha ni lo conocía ni lo esperaba. Sin embargo, ahí estaba, buscando recuerdos y respuestas entre sus arrugas.

Una voz gruñó algo ininteligible, y Katy se apresuró a cerrar la puerta antes de guiarlo por un estrecho pasillo de parquet desnivelado y pósteres coloridos cubriendo sin acierto las fisuras. Llegaron a una especie de comedor por cuya ventana abierta se filtraba ruido de lluvia y motores, el aroma a ciudad huérfana y la poca luz capaz de atravesar la bóveda gris del cielo. Sentados en torno a una mesa de formica sacada de alguna película antigua, dos hombres sonrieron con los labios, pero no con la mirada. Uno de ellos era un dominicano blanco de unos cincuenta años, pelo engominado, bigote fino y arrogancia en los gestos. Katy lo presentó como Brennan o el Irlandés, un amigo de su padre. El otro, un mulato muy joven y completamente rapado, era Bulldog. Osmany comprendió lo adecuado del mote cuando el tipo se incorporó para cederle la silla. Debía de medir más de dos metros. Y estaba gordo. Muy gordo. El gorila imprescindible para cualquier matón, pensó tomando asiento frente a Katy.

—¿Qué querías saber? —preguntó una vez liquidados los formalismos y después de que Osmany rechazara con amabilidad el ron que Brennan le ofreció.

—La policía me dijo que Camilo estuvo contigo la noche de su asesinato. Yo, la verdad, no sé qué ando buscando. Pero si puedes contarme algo... Qué

hicisteis, cuándo se fue... No sé, esas cosas.

—No tengo mucho que decir. —Katy se recostó en la silla y enlazó los brazos cerrando el escote de su albornoz. De su sorpresa cuando abrió la puerta, del brillo de sus pupilas mientras lo escrutaba con avidez, no quedaba nada—. Camilo estuvo acá, conmigo, como una hora. Nos acostamos, pagó y se fue. No volví a verlo. Dos días después vino la policía y le conté lo mismo. Lo siento, de verdad. Pero no sé más.

Osmany asintió y miró por la ventana. Más allá, el aguacero limpiaba el aire de la ciudad, aunque la podredumbre se resguardaba debajo de los tejados. A medio camino, atrapados en el cristal superior, estaban ellos, su reflejo inverso y desdibujado. Él y Katy frente a frente, sonriéndose con más cortesía que amabilidad. A un lado, fingiendo un aburrido interés paternalista, Brennan jugaba con los botones de su impoluta camisa blanca. Detrás de Osmany, la mole de Bulldog proyectaba su sombra sobre la chica.

—¿Desde cuándo lo conocías?

Katy se encogió de hombros.

—No sé. Llevaría tres o cuatro meses viniendo. Era un buen cliente. Tampoco de los mejores, pero era un habitual.

—Dijiste a la policía que erais novios.

Algo atravesó el rostro de la prostituta, algo veloz, fugaz, casi invisible. Algo imposible de camuflar con una risa cascada y el movimiento perezoso de su mano izquierda. Era miedo.

—No, ¡qué tontería! Yo no dije eso. No sé qué entendieron los polis. Les diría que venía a menudo, y vete a saber qué pusieron en su ordenador. Pero no, ¡qué va!

Bulldog estaba ahora mucho más cerca de su silla, tan cerca que notaba el calor que su cuerpo emanaba. Brennan, inclinado sobre los codos, los observaba con la expresión adusta del maestro tentado a estampar el canto de la regla en los dedos de un alumno poco aplicado. Osmany sintió náuseas. Algo en su gesto, en la guayabera abierta, en el bigote impecable y los dientes perfectamente alineados, le recordó a Waldo Buchanan, el Perro, el capataz de la finca azucarera donde, en tiempos de Batista, trabajaron sus tíos. Perro

Buchanan era el responsable de la productividad de su grupo de esclavos negros; qué importaba que la esclavitud estuviera prohibida desde la independencia. También estaba prohibida en el Bilbao del siglo XXI. Brennan era Perro Buchanan. Y tenía un Bulldog.

—¿Sabes si andaba metido en algo sucio o peligroso? Me refiero a drogas, contrabando..., algo ilegal.

—No sé nada —respondió Katy con la voz más tensa y aguda a cada palabra—. Venía, pagaba y se iba. No sé más.

—¿Por qué me mientes?

Y la tensión que, desde su entrada, comenzó a condensarse en el ambiente, a transpirar por las paredes y hacer irrespirable el aire del comedor, estalló. El Irlandés golpeó la mesa con la palma de la mano, un gesto de autoridad y rabia que retumbó en la habitación. Katy dejó escapar un gritito nervioso y encogió las piernas bajo el cuerpo mientras Bulldog, obediente, se inclinaba sobre Osmany hasta rozarle la cara con la papada. Una de sus desproporcionadas manos se apoyó en el respaldo de la silla. Con la otra se levantó el faldón de la camiseta para mostrar la culata de una pistola medio oculta entre el pantalón y la barriga.

—Oye, viejo, deja de marear a la *jeba*, ¿quieres? Tu chico está muerto y enterrado, y ya está. ¿De acuerdo? —Pegó tanto su rostro al de Osmany que la saliva lo salpicó con cada palabra. El cubano atrapó su mirada y la retuvo sin pestañear—. Lárgate y deja de joder, ¿de acuerdo? Tu chico era un putero y le gustaba cogerse a esta. Acá no tuvo problemas. Venía, pagaba, cogía y se marchaba. Así que haz lo mismo. Desaparece y vale de tonterías, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Satisfecho, Bulldog se incorporó y dio un paso atrás. Pero su complacencia duró poco. Lo poco que tardó en notar que, debajo del elástico del calzoncillo, ningún cañón le oprimía la cadera. Lo poco que tardó en ver la HK Compact de nueve milímetros apuntando a su cabeza.

—Gracias por el arma, amigo. —En el tono de Osmany no había ironía alguna. Tampoco ira ni, mucho menos, nerviosismo—. A cambio, te regalo

un consejo: nunca dejes una de estas al alcance de un militar. Solemos agarrarlas —añadió. La cara del joven era un doble círculo de labios abiertos y cejas arqueadas—. Ahora, si eres tan amable, vete a esa esquina y siéntate con tu jefe. No lo veo muy contento con tu numerito. ¿No es cierto, Irlandés?

A pesar del rubor cada vez más intenso que cubría sus facciones, Brennan intentó adoptar un tono conciliador.

—Escucha, negro, nos hemos divertido un rato, ¿eh? Has demostrado que tienes los huevos bien puestos; te has burlado de la inexperiencia del Jonathan y le has quitado la pipa. Bien por ti. Ahora, evitemos que las cosas pasen a mayores. Devuélvesela y nos olvidaremos de todo.

—Que os entregue la pistola, ¿dices? —Osmany sonreía abiertamente. Sin perder de vista a ambos matones, seguía pendiente de la reacción de la mujer que, inmóvil en su asiento, lo observaba con una mezcla de pánico y admiración. O eso quiso creer—. Darle voluntariamente la pistola al malo es algo que solo pasa en las malas novelas. Y esto no es una mala novela. Ahora, tú... —Señaló a Katy con el mentón—. Dime la verdad. ¿Acá, Chicharito y Sopeira tuvieron algo que ver en la muerte de Camilo?

Ella negó con un movimiento vehemente de la cabeza y los brazos. Parecía incapaz de articular palabra, incapaz de apartar la mirada de la brillante atracción del cañón, como si fuera el único punto de luz en una tragedia de grises y sombras. Osmany aceptó la negativa y, sin dar la espalda a los chulos, se dirigió a la puerta.

—Señores, no puedo decir que haya sido un placer, pero es de justicia agradecerles el obsequio. No se molesten en acompañarme, conozco el camino. Buenos días, y ojalá no volvamos a vernos.

Ningún sonido siguió al eco del portazo. Solo el crujir de las suelas de sus botas en los escalones, el susurro de su respiración amplificado por la capucha del impermeable y el siseo de los neumáticos sobre el asfalto húmedo cuando abandonó el portal y salió al aire frío de la ciudad.

Maruri sabía que iba a ser fácil. Pero no imaginaba cuánto.

La lluvia arreció cuando el semáforo se puso en verde y, encogido debajo del paraguas, cruzó a toda velocidad. Tenía los pies empapados, casi tanto como la pernera del pantalón y las mangas de la gabardina, oscurecida por el agua acumulada. Soltó en voz alta un juramento que le valió la mirada reprobatoria de una anciana y aceleró camino de Cantalojas. Odiaba Bilbao. Para él, salir de Getxo, de los largos paseos sobre el acantilado, alejarse de las terrazas elegantemente dispuestas en bares que fueron palacetes, era una suerte de penitencia carente de sentido. A no ser que fuera por vacaciones, claro. Pero cada vez que su trabajo, investigar haberes y débitos ocultos o blanqueados, lo obligaba a acercarse a Madrid, Barcelona o incluso Bilbao, a quince minutos en coche, confirmaba su enfermiza aversión a las ciudades: congestión de tráfico, empujones en las aceras, gente de rostro sombrío corriendo de un lugar a otro, malos olores, ruido de vehículos, cláxones y motores, estruendo de obras inacabables, madres abroncando a sus hijos, hijos renegando de sus madres, jovencitas berreando contra sus teléfonos móviles, y repartidores discutiendo con viandantes y conductores. Bilbao, con su pequeño tamaño, concentraba los excesos y agobios de las grandes urbes en muy pocos kilómetros cuadrados. Era una ciudad de apreturas y estruendo, de ojos grises, cuerpo multicolor y corazón negro. Demasiado para Borja Maruri, hecho a las urbanizaciones de adosados y la grandiosidad del Abra enmarcando el océano a sus pies. Pero el trabajo era el trabajo. Y, por desgracia, no todo podía hacerse por teléfono.

Había estado a punto de completar así, sin abandonar la comodidad de la vivienda, las pesquisas que López de Incer le había encomendado. Sonrió con

melancolía. Quince minutos, seis llamadas telefónicas, un informe casi ultimado, y un sobre lleno de billetes de quinientos euros, sin retenciones fiscales ni declaraciones impositivas. Había faltado muy poco. Apenas una pieza de un puzle sencillísimo que confiaba colocar debidamente con aquel incómodo viaje a la capital.

Decidió coger el toro por los cuernos y llamar directamente a los tres trabajadores cuyos datos le pasaron al alimón López de Incer y Luis Enrique Delgado. Marcó el primer número mientras improvisaba sobre la marcha una historia creíble, lo suficientemente sugestiva para concertar una entrevista. Por ejemplo, pensó, podría ser un abogado del sindicato que les informase de una liquidación pendiente a su favor tras el pago de las indemnizaciones de Construcciones Delgado. De haberlo planificado, no le habría salido mejor.

La esposa de Julián García lo escuchó atenta y muy ilusionada. Lamentablemente, su marido no podría firmar el recibí hasta su regreso. Había encontrado trabajo como capataz en la construcción de un complejo de viviendas de veraneo en Agadir, en Marruecos, donde llevaba los últimos tres meses, y no estaba claro si volvería a casa por Navidad.

Borja agradeció la información, lanzó al aire alguna promesa tan vaga como falsa, buscó el teléfono de la nueva empresa de García y consiguió que desde Marruecos le confirmaran que el hombre no se había movido de allí desde principios de verano.

Para su sorpresa, la mujer de Aitor Elorduy le contó exactamente lo mismo. Maruri escuchó con el ceño fruncido y una punzada de sospecha empañando su optimismo. Por eso, en cuanto colgó, llamó a Agadir y pidió hablar con Elorduy. Pero en su explicación no hubo nada fuera de lo lógico y normal. El responsable de la obra era un portugués con quien ambos habían coincidido muchas veces a lo largo de su vida laboral. Los conocía, le gustaba su forma de trabajar, y estaban en paro. Cobraban mucho menos que antes, pero era un trabajo. Y, sí, estaba encantado de saber que Delgado les abonaría un último pago. Podían quedar en diciembre, si al abogado no le venía mal.

Maruri colgó sintiéndose vagamente incómodo. Esos dos hombres, dos obreros despedidos de mala manera y con una indemnización vergonzosa, que

se dejaban la espalda en obras a dos mil kilómetros de sus familias, regresarían para las fiestas esperando un cheque de su parte, tal vez planeando los regalos de sus hijos o algún exceso inocuo para la cena de Nochevieja. Sacudió la cabeza un par de veces, vació su mente de escrúpulos improductivos y marcó el número de Marcos Urquijo.

Y ahí estaba, bajo un aguacero cada vez más denso y frío, dejando atrás la ciudad de siempre, denigrada pero reconocible, y cruzando la amplia trinchera del ferrocarril para penetrar en esa zona maldita de Bilbao que algunos ya conocen como la Pequeña África.

La esposa de Urquijo no fue amable ni receptiva. De hecho, a Maruri le costó entresacar algo de interés de la acelerada retahíla de insultos y maldiciones que la mujer repartió sin discriminación alguna entre su marido, Construcciones Delgado y todos los sindicalistas del mundo. Por fin, tras aguantar estoicamente un apocalíptico diluvio de gritos, quejas y lamentos, consiguió la dirección adonde «la pequeña rata», que seguía sin pasarle la pensión, se mudó cuando lo echó a patadas por vago y caradura.

Para su desgracia, la pequeña rata eligió un hostel de indigentes en pleno corazón del Bilbao más negro y mísero.

Y llovía a mares.

Conteniendo el impulso de dar media vuelta y desaparecer, Maruri atravesó el puente de Cantalojas. El agua corría en paralelo a las aceras, rebotaba en las alcantarillas saturadas de desechos y anegaba la calzada creando al paso de los vehículos oleajes sucios que salpicaban a los peatones. Desde los soportales, grupos de africanos encogidos en sus ajadas chaquetas de cuero lo estudiaban con las manos en los bolsillos y hastío en las pupilas. Intentó obviar su presencia, ignorar esas miradas que lo traspasaban en silencio, pero no pudo. Cada rostro azabache lo trasladaba a sus últimas vacaciones en Kenia, a esa tienda de campaña donde, tras una inocente batida fotográfica, encontró a Andrea desnuda bajo el cuerpo musculoso de uno de los guías; esas vacaciones cuyo recuerdo lo llevaba a odiar de forma sorda aquel continente adonde juró no regresar jamás.

Ahora, África salía a su encuentro en pleno centro de Bilbao.

«¡Maldito Urquijo! ¡Maldita pequeña rata! No sé para qué he venido aquí —pensó mientras buscaba el número del portal—. Lo más probable es que hayan sido los pirados esos».

Lo vio en Twitter nada más levantarse. Fue entrar en la red y descubrir que muchos de sus contactos retuiteaban noticias, chanzas y amenazas relacionadas con los asesinatos. Siguiendo los enlaces, pronto llegó a NBk, cuyos artículos no le parecieron del todo descabellados. La teoría de un grupo dispuesto a llevarse por delante a cuatro desgraciados empeñados en esparcir miseria para seguir concentrando la riqueza en sus propios bolsillos no le sorprendió. Y que la presidenta y directora general de Construcciones Delgado fuera uno de sus objetivos resultaba incluso lógico. Pero el encargo de López de Incer limitaba las pesquisas a tres obreros sin conexiones con grupos radicales, sin más peligrosidad que algún exabrupto disparado al viento mientras los arrastraban afuera de la sala en la que un juez con ínfulas de dios les destrozaba el futuro. Así que siguió esquivando los charcos, siguió oteando las fachadas y, por fin, entre una carnicería halal y un locutorio donde se hacinaban conservas, golosinas y carteles garrapateados en árabe, encontró el número que buscaba.

El hostel era, en realidad, la vivienda de una anciana que subarrendaba habitaciones con derecho a compartir cuarto de baño y microondas a desheredados como Urquijo. Sin una sonrisa de bienvenida, la mujer lo hizo esperar en un recibidor minúsculo, con espacio justo para un paragüero y un taburete más ornamental que práctico, y se alejó en busca de su inquilino.

Marcos Urquijo tampoco lo invitó a pasar. Se recostó en la pared exhibiendo a partes iguales desprecio e indiferencia, bostezó antes incluso de saludarlo y se mostró en todo momento distante, apático y desagradable. Era un individuo bajo y delgado, completamente calvo, de nariz afilada, labios estrechos fruncidos en un mohín de repulsión y gafas redondas de contable, más propias de un político de cuarto nivel que de un capataz de obra.

¿Qué le contó Luis Enrique Delgado sobre la pequeña rata? Nada bueno, aunque durante el tiempo que pasaron departiendo junto a su mutuo amigo Macallan, ninguno de los empleados de la constructora salió bien parado.

Pero Maruri recordaba con claridad que, según Luis Enrique, Urquijo era el peor. Un individuo mezquino y caradura que solo a base de dorar la píldora a su jefe consiguió que no lo despidieran muchos años antes. Claro que el hijo de Julián Delgado solo participaba en la empresa de forma nominal, así que podía estar equivocado.

Decidió dejar a un lado subterfugios y sutilezas. Estaba empapado, tenía frío y su aversión a Bilbao se multiplicaba por culpa de aquel individuo a quien no se le ocurrió mejor lugar adonde ir a vivir. De modo que aparcó la historia del abogado laboralista, olvidó esquivas promesas de remuneraciones pendientes y se sacó del bolsillo interior del abrigo la placa de la Ertzaintza que, años atrás, le consiguió el propio López de Incer. El viejo tenía contactos. Y carecía de escrúpulos. Algo rentable y sin apenas riesgos.

—Supongo que es por lo de la bruja, ¿no? —dijo la pequeña rata con una voz nasal que complementaba a la perfección su imagen meliflua. Decididamente, era imposible imaginarlo en un andamio.

—Investigamos el asesinato de María Estela Delgado, si se refiere a eso.

—Y vienen a jodernos a los que ya estamos jodidos, ¿eh? Hasta desde el otro barrio nos putea, la muy asquerosa.

—Señor Urquijo... —Borja Maruri dio un paso al frente proyectando sobre el hombrecillo una sombra más amenazante de lo necesario. Advirtió que el otro se encogía—. No estamos jodiendo a nadie. O, al menos, no lo hacemos por placer. Investigamos un crimen. Y usted amenazó a la víctima, así que haga el favor de dejarse de ironías y límitese a contestar mis preguntas. —El otro asintió con un cabeceo, un reflejo inducido por el temor—. ¿Dónde estuvo la madrugada del martes?

Urquijo reculó arrastrándose por la pared, buscando en la distancia un atisbo de la dignidad perdida. Lo consiguió en parte.

—Escuche, agente, esa mujer me destrozó la vida. ¿Ve dónde vivo? En un hostel asqueroso lleno de moros, mendigos y pulgas. Yo antes era alguien, ¿comprende? Dirigía una cuadrilla, alimentaba a mi familia. Pagué la universidad a mis dos hijos, permití a mi esposa todos sus caprichos. Y ahora estoy aquí, ¿comprende?, en esta mierda de sitio. Y todo por culpa de esa

zorra. Yo no la maté. Pero celebro que alguien lo hiciera. Se lo merecía, y me alegro. Lo único que me apena es no haber sido yo quien esparciera sus tripas por esa playa de pijos.

—No ha contestado mi pregunta.

—La pregunta era dónde estuve aquella noche, ¿no es así? —Para sorpresa de Maruri, la pequeña rata se envalentonaba. Su voz era cada vez más firme y en sus ojos brillaba la arrogancia. De repente, parecía disfrutar—. Verá, resulta que tengo coartada notarial. —Soltó una risita seca, una sucesión árida de estornudos carentes de alegría—. Mi tía, la hermana de mi difunta madre, murió hace unos meses. Vivía en Cistierna, en la provincia de León. Y la familia acordó hacer los trámites de la herencia precisamente estos días. Llegué a Cistierna el domingo. Estuve allí, en la casa de unos primos, hasta ayer. A las nueve quedamos con el notario para leer el testamento. Cogí el tren de vuelta a las tres y media. Ya ve que no tuve tiempo de matar a la bruja. Aunque me habría gustado hacerlo.

—¿Y su tía le dejó algo?

—Nada. —El semblante de Urquijo se nubló. Tras el fugaz chispazo de fiereza, regresó la pequeña rata—. No me dejó nada.

Los trescientos once escalones de las calzadas de Mallona eran trescientos once charcos estrechos y alargados donde los críos saltaban entre risas mientras los adultos procuraban no resbalar. De frente y a sus pies, el Casco Viejo se encogía bajo las nubes que rondaban sus tejados, aguantaba el aguacero con resignación de siglos y, como cada invierno, vigilaba de reojo el cauce de la ría en la confianza de verla seguir su camino sin mayores sobresaltos. En la llamada cuesta del Burro, la senda paralela a la escalera por donde los bilbaínos de antaño hacían, en compañía de un carro, un asno y un ataúd, el último de sus viajes, el agua formaba un torrente turbio y veloz que pasaba sobre las alcantarillas sin dejarse atrapar por sus bocas enrejadas. El viento empujaba las gotas contra los rostros y los impermeables, esquivando paraguas inútiles y encontrando, casi siempre, huecos por los que filtrarse y calar la ropa.

Cuando llegó a la plaza Miguel Unamuno, llena de gente cruzando a toda velocidad camino del metro o los comercios, Antonio Arzamendi se preguntó por qué seguía bajando a pie aquellos escalones. Rosa María vivía a solo dos portales del ascensor de Begoña, una mole de cemento racionalista que domina la ciudad con su esqueleto de mantis dormida. Pero es difícil sustraerse a las costumbres de siempre. Más aún si la mente está demasiado ocupada regodeándose en el propio dolor para preocuparse por minucias climatológicas.

La vivienda de Rosa era un apartamento encaramado a la última planta de un edificio comprimido entre la antigua estación de ferrocarril y la montaña, un inmueble de apariencia triste cuyas ventanas posteriores daban a una estrecha cárcava, allí donde la ladera de Artagan cerró el paso a la ciudad

original. Sin embargo, el piso bajo cubierta se elevaba unos metros sobre aquella trinchera, gracias a lo que disfrutaba durante todo el día de una luz inimaginable para el resto de los vecinos y, sobre todo, de una amplia porción de terreno en propiedad, al que se accedía por una pasarela adosada a la puerta de la cocina. «Tengo una buhardilla con jardín en el centro de la capital del mundo —le respondió Rosa la primera vez que, exhausto tras el fatigoso ascenso hasta el quinto, le preguntó por qué no cambiaba de domicilio—. Estaría loca si me fuera».

Ander le abrió con el semblante serio. A pesar de su edad, le recordó a un niño desvalido, un niño de ojos más brillantes de lo debido. Contuvo la tentación de abrazarlo y se limitó a darle una palmada en el hombro, clásico saludo varonil que finge expresarlo todo sin decir nada en absoluto. Lo siguió hasta su dormitorio a través de un pasillo abarrotado de cajas a medio llenar y maletas apoyadas en la pared.

—¿Te marchas?

—Sí. —Ander se inclinó sobre la cama y terminó de guardar en una bolsa unas carpetas de cartón que acto seguido entregó a Antonio—. Aquí no tengo nada que hacer. Ni nadie con quien estar.

Arzamendi intentó improvisar una protesta, más formal que sincera, pero el hijo de Rosa no lo dejó.

—Esto —dijo señalando la bolsa— son cosas del trabajo de *ama*. Las encontré mientras ordenaba la casa. He estado a punto de tirarlas, pero, por si acaso, prefiero dártelas para que compruebes si hay algo que deba devolverse a su oficina... o puede mandarse todo a reciclar.

—Está bien. —Antonio echó una ojeada a las tapas de aquellos expedientes que, a primera vista, parecían préstamos hipotecarios cancelados—. Se los llevaré a Begoña. Si son para destruir, que lo hagan ellos. No puedo mandar datos económicos de clientes a un contenedor.

—Haz lo que quieras. —La voz de Ander era un soplo sin vida, un articular palabras desfallecidas, carentes de entonación y alma—. ¿Ya sabes que lo han pillado?

—Sí.

—Un puto moro. Te lo dije, ¿no?

—Sí —respondió sin fuerzas para enzarzarse en una discusión condenada a terminar de la peor manera posible.

—Son todos iguales —prosiguió Ander al tiempo que, con movimientos bruscos, arrojaba camisetas y calzoncillos al interior de una maleta hasta ese momento medio vacía—. Unos putos ladrones, unos cobardes que vienen aquí a vivir del cuento, a sacarnos la sangre, a violar y asesinar a mujeres indefensas.

—Te estás pasando.

—¿Qué? —Ander se acercó tanto a Antonio que sus rostros se rozaron. Un desagradable aliento a rabia y ayuno inundó sus fosas nasales y diminutas gotas de saliva le rociaron las mejillas—. ¿Acaso vas a defender al hijo de puta que mató a mi madre?

—¡No digas tonterías! —Antonio rehuyó el contacto de sus pupilas, dilatadas por el odio. Bajó la mirada y retrocedió un paso—. Ese cabrón es lo que has dicho y más. Pero no puedes culpar a todos los árabes de los crímenes de unos pocos.

—Tú no los conoces —gruñó regresando, con falso interés, a su equipaje y su ropa interior—. Tú vives en un sitio de puta madre, sin moros que buscan el mejor momento para hincarte una navaja por cuatro duros de mierda.

—No. Tal vez no los conozca, como dices. Pero conozco a los vascos. —Al oírlo, Ander dejó de revolver entre sus prendas—. Y sé cómo me sentía, cómo nos sentíamos todos cuando, después de un atentado, nos tocaba oír cientos de insultos y amenazas dirigidos contra todo un pueblo. Me entiendes perfectamente, porque esto lo hemos hablado con tu madre. Pero ahora estás siendo uno de ellos. Estás diciendo las mismas gilipolleces que los tertulianos de siempre.

—¡Fuera de aquí!

Ander se abalanzó hacia él con tanta furia que Antonio estuvo seguro de que iba a agredirlo. Pero no lo tocó. Se limitó a pasar a su lado envolviéndolo en una ráfaga de ira y resentimiento, abrir la puerta de la entrada y señalarle, siseando, la escalera.

—¡Vete! No quiero volver a verte en mi puta vida.

Karmelo Aketxe no tuvo suerte en la vida. Era su mantra, el lamento repetido a todo quien se animara a escucharlo, algo que ya solo sucedía en las terapias de desintoxicación a las que se veía obligado a acudir para acceder a una metadona siempre insuficiente. A veces, si llevaba tiempo sin beber y el mono estaba moderadamente controlado, se atrevía a susurrar, manteniendo la mirada fija en algún punto del linóleo, que quizá no tomó las decisiones adecuadas. Que quizá no lo apuñaló por la espalda una fortuna esquiva y malcriada, sino su propio albedrío, nublado desde joven por el hachís, el alcohol y la heroína.

La lluvia no le importaba. Años atrás, antes de que el caballo asumiera el control de su vida, fue pescador. Embarcar, dar el breve salto que separa el muelle del navío y sentir debajo de las botas el dócil cabeceo de la embarcación fue durante algún tiempo la única adicción a la que no quiso sustraerse. Sentir en su rostro los embates de un océano celoso de sus tesoros, resbalar bajo las olas izando las redes repletas de atunes; dejar que su mirada se perdiera en el horizonte mientras la proa del barco hendía la superficie del mar era todo lo que necesitaba para saberse vivo, para volar sin abandonar su cuerpo y atravesar mundos fuera de este mundo. Pero Bermeo en los años ochenta era generoso con sus hijos. Embarcarse suponía seis meses de trabajo duro, de dedos sajados por los aparejos y piel cuarteada a la intemperie. A cambio, regalaba seis meses de descanso, de ocio sin ataduras, bolsillos repletos y ninguna obligación. Y ellos, los mercaderes nocturnos que exponen sus tesoros en esquinas sin farolas, supieron aprovechar la situación. Supieron buscarlos. Jóvenes aburridos, sobrados de tiempo y dinero, ansiosos por experimentar, por sentir en tierra firme esa sensación de libertad que

únicamente la cubierta de un pesquero proporcionaba. Jóvenes, una generación completa, exterminados sin necesidad de armas, con solo una promesa susurrada entre tinieblas y unos gramos de un polvo blanco cuya procedencia casi nadie ignoraba. A Karmelo no le importaba la lluvia, porque entre sus gotas gélidas viajaban recuerdos de esos tiempos en los que la felicidad no necesitaba regatearse a un individuo cetrino y maloliente entre los coches aparcados en Cortes.

Sentado en la barandilla de la calle de Marzana, protegido por el alero de un edificio asomado al dique y a la ría, dejaba pasar las horas acechando, con la indolencia de un león desdentado, a gacelas de dos piernas. El aguacero barría el muelle, la pasarela peatonal y los tejados del Casco Viejo, vaciando las calles de curiosos y mirones. Los coches que subían por Conde Mirasol pasaban lejos, con los cristales empañados y la atención de sus ocupantes fija en el asfalto. El Perro Chico y el bar junto al que se resguardaba estaban cerrados. Aunque no eran ni las doce, las condiciones eran ideales para una buena caza. Solo faltaba la presa.

Por un momento, sopesó ir a por el negro que deambulaba de arriba abajo, recorría la calle hasta el final, regresaba para detenerse delante de las persianas dormidas del restaurante y, una vez más, retomaba su absurdo vagabundear bajo la lluvia sin más protección que un estrecho chubasquero comprado en alguna tienda china. Ciertamente aquella figura que rezumaba agua a borbotones no olía a dinero, pero Karmelo sabía que entre las callejas que rodean y circundan San Francisco no encontraría millonarios de billetera abultada y Visa Oro con la clave anotada en el dorso. Unos pocos euros eran mejor que nada. Sin embargo, desistió cuando lo vio abrir dos contenedores de basura y hurgar en ellos sin importarle la mierda adherida a la tapa. Un mendigo demasiado pobre para preocuparse por la mugre.

Desechable incluso para él.

Un individuo apareció por la calle de Aretxaga. El agua que caía desde los canalones embozados lo obligaba a caminar por el centro de la calzada, patinando sobre las losetas que sustituyeron al asfalto como ejemplo de la falsa regeneración de espacios degradados de la que tanto presumía el alcalde.

Desde su posición, además de resbaladizos, los zapatos parecían caros. Como la gabardina de solapas alzadas hasta las orejas y el reloj asomado a la muñeca con que sujetaba el paraguas. Karmelo notó ese sudor especial, ese acelerar de latidos que anunciaba la presencia del objetivo. Cerró el puño en torno a la navaja, abandonó la barandilla y, sin despegarse de la pared, se acercó hasta la esquina.

Borja Maruri llegó a Marzana maldiciendo la elección del calzado, las cuestras enlosadas como suelos de iglesia y la inagotable persistencia de una llovizna camino del chaparrón. Refugiado bajo la cornisa, sacudió el paraguas antes de cerrarlo y confirmó que aquel era el lugar. Un yonqui de mejillas hundidas se recostaba en la fachada, una mujer cruzaba la pasarela arrastrando a dos chiquillos cuyos gritos de protesta se imponían al fragor de la ría. Hacia Bilbao la Vieja, un mendigo negro haraganeaba delante de un portal y, más allá, fuera de la zona peatonalizada, un coche aceleraba buscando el puente de San Antón, las calles sin drogadictos, indigentes ni bolsas de basura rasgadas por perros callejeros. Contuvo entre dientes un juramento dirigido a nadie en concreto, a la humanidad entera, al clima infernal del Cantábrico y a las elegantes zapaterías de Las Arenas, apoyó el paraguas en la pared y buscó en la fachada la palabra que, según aquel artículo difundido miles de veces en las redes sociales, relacionaba con trazos casi infantiles el asesinato de una directora de banca recién jubilada con el de María Estela Delgado.

Entonces notó la hoja de la navaja contra su cuello.

—¡Venga, tío! ¡La cartera! ¡Rápido y sin gilipolleces! ¡Venga!

Tragó saliva. Algo frío le recorrió el cuerpo, le erizó la piel y atenazó sus extremidades. Comenzó a temblar. Maruri nunca se consideró un cobarde, pero entonces, mientras el aliento del heroinómano anegaba sus fosas nasales y el filo del arma le rozaba la yugular, comprendió que, sencillamente, jamás había necesitado poner a prueba su valor. Allí, incapaz de deslizar una mano al interior del abrigo, incapaz de cumplir la orden del asaltante, comprendió que sí, que era un cobarde.

Un cobarde al borde de las lágrimas.

—¿Estás sordo o qué? —Un susurro muy cerca de la oreja, un presionar más fuerte el acero contra el pescuezo—. La puta cartera. ¡Ya!

—¿Por qué no dejas a ese hombre y te marchas sin bronca, muchacho?

Maruri sintió que algo se aflojaba en su interior. Solo tenía que soltar la pasta y el chorizo se iría por donde había venido. Solo tenía que liberar su brazo del pánico que lo mantenía inmovilizado, darle la billetera y respirar de nuevo. No necesitaba héroes. No, mientras la navaja siguiera tan cerca de su cuello. Oyó la cascada risa del drogadicto, y lo que se aflojaba en su interior le humedeció los calzoncillos.

—Viejo, lárgate y no toques los cojones. ¿O quieres ser el siguiente?

Necesitaba decir algo. Necesitaba gritar que sí, que se marchara, que los dejara en paz, que solo era un atraco, no hacía falta convertirlo en carnicería por el afán de gloria de un don nadie. Pero entonces notó que la presión sobre su garganta cedía, que la hoja se alejaba y el asaltante dejaba de oprimirlo contra la pared. Aspiró una bocanada urgente, como si durante los segundos transcurridos con la navaja debajo de la barbilla hubiera olvidado respirar. Volvió la cabeza y comprendió por qué los pasos del yonqui delataban sobre los charcos una huida precipitada.

El mendigo, un negro de perilla cana embozado bajo un plástico barato, empuñaba una pistola.

Las piernas dejaron de responderle, las imágenes se diluyeron. Y se desplomó.

Osmany regresó de la barra con dos cafés y un vaso de agua que Maruri vació de un trago. Estaban en un bar amplio y oscuro, un local con las paredes repletas de grafitis, sin más luz que el mortecino resplandor de unas pocas bombillas y la tenue claridad de la puerta abierta. Olía a serrín húmedo, a alcoholes viejos filtrados en la madera ennegrecida del suelo, a desidia y a café barato. Y a otro hedor más denso y amoniacal, más cercano y vergonzante. Maruri se encogía en la silla, como si con ello pudiera disimular no solo el cerco de sus pantalones, sino también el olor. Por lo menos, pensó

conjurando frío y fantasmas gracias a la taza caliente, eran los únicos clientes del establecimiento, y no parecía que a la camarera, una joven pegada al *smartphone* como si en su pantalla se comprimiera la totalidad de su universo, le importara ni la mezcla de efluvios malolientes ni el charco que el incesante gotear de la ropa iba formando debajo de la mesa. Tomó un sorbo, disfrutó del calor que, desde el estómago, se le extendía por arterias, músculos y amor propio, y concentró su atención en el extraño que, además de impedir el atraco, lo había arrastrado recostado sobre su hombro hasta ese tugurio de Bilbao la Vieja tapizado de carteles *abertzales*, el más cercano al lugar donde sus piernas se negaron a sostenerlo. Al menos, eso creía recordar.

—¿Mejor?

—Mejor —confirmó intentando disimular su vergüenza, su incomodidad y el temor anudado a las cuerdas vocales—. Y gracias.

El cubano respondió con un ademán despreocupado de la mano izquierda, como si enfrentarse a heroinómanos armados fuera algo habitual para él, tan simple como hacer la compra o poner la lavadora. Maruri sintió un escalofrío. Dio otro trago.

—¿Puedo preguntarte qué andabas buscando en ese lugar? Perdona, pero te veo un poco fuera de onda.

Borja asintió con la cabeza inclinada hacia el pecho, notando que afloraba a sus labios una sonrisa amarga y resignada. Estaba fuera de onda, meado, tembloroso y congelado. Aquel negro de la edad de su padre tuvo que arrastrarlo hasta allí tras impedir que le robaran porque la sola visión de una pistola bastó para derribarlo sobre los charcos del suelo. Podía preguntar lo que quisiera.

—Sí. Estoy fuera de onda, como dices. Pero tuve que venir por un tema de trabajo.

—¿A mirar el muro de un restaurante?

—Bueno, el muro, no. La pintada esa de la que se habla en internet.

Arechabala enarcó las cejas en un gesto de desconcierto.

—Sí, verás, el sábado se cargaron a una mujer ahí mismo, donde me atacó el yonqui ese. Y el asesino escribió «Justicia» en la pared. Ya que estaba aquí,

me he acercado a verlo.

—¿Investigas un crimen? Pensé que eso lo hacía la policía.

Maruri se removió inquieto en la silla y liberó una vaharada de orines que lo devolvió de golpe a esos tensos segundos de navaja, amenazas gruñidas al oído, aliento de alcohólico y el cañón de un arma apuntando sin palabras. El mismo punto donde cayó muerta la directora del BCM, una mujer indefensa. Sintió miedo. Otra vez. Y ganas de compartirlo con alguien. El miedo, las dudas, la extraña sensación de desamparo que lo invadía y de la que no lograba evadirse.

—El otro día mataron a otra mujer en la playa de Neguri, supongo que lo has oído.

Osmany asintió.

—Su padre es cliente mío, y me ha pedido que eche un vistazo. Lógicamente, no voy a hacer el trabajo de la Ertzaintza. Me limito a pasar a mi cliente algunos datos para intentar aplacar su pena.

—Vale. —El cubano terminó su café, dejó la cucharilla sobre el plato y apoyó los brazos en la mesa—. Oí lo del asesinato ese. Pero, que yo sepa, no tiene relación con este.

—Parece que sí. Por lo visto, el asesino escribió «Justicia» junto al cadáver de Estela, la hija de mi cliente. Y escribieron lo mismo al lado de un empresario al que reventaron la cabeza el sábado. Y en ese restaurante de ahí, donde acuchillaron a la chica del banco. Por eso he querido cerciorarme. Por si se trata del mismo pirado.

Arechabala consiguió que su rostro no dejara traslucir su extrañeza. No sabía nada de ninguna pintada en los escenarios de los crímenes. Pero había algo que sí sabía con certeza.

—Lamento estropearle el invento, pero el asesino de acá no escribió nada en la pared.

—¿Qué?

—Eso. Que ahí nadie pintó nada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿No oíste en la tele que hubo un testigo? Pues fui yo.

En pocas palabras, Osmany compartió con el investigador los hechos tal como los presenció aquella madrugada no amanecida. Los hechos, y también las sensaciones, esa impresión indefinible de haber asistido a algo que no fue un atraco.

—¿Estabas aquí por eso? ¿Por curiosidad? ¿O por algo más?

—Pues... —Sonrió, pero no había alegría en sus ojos—. Yo también ando en otros temas por allá. —Señaló con la barbilla hacia la parte alta de la calle, donde San Francisco y Cortes confluyen en la plaza de los Tres Pilares—. Y quise acercarme a mirar. Al fin y al cabo... —Apoyó la cara en una mano y siguió hablando con ojos entreabiertos, como si en vez de mantener una conversación, reflexionara en voz alta—. Tenía mis dudas. No de lo que vi, sino de cómo sucedió. El criminal apareció de repente, no cruzó ninguno de los puentes ni subió por la calle esa de los coches...

—Conde Mirasol.

—Esa. Bueno, si apareció de repente fue porque no llegó de ningún sitio. Estaba ahí. Quizá esperando a alguien al azar, alguien a quien robar, como te ha pasado a ti. —Al oírlo, Maruri tragó saliva y se agarró con fuerza al borde de la mesa—. Pero si la esperaba a ella... ¿cómo sabía que pasaría por ahí?

—Si la mujer estaba de fiesta con unos colegas, como se ha dicho, era imposible saber por dónde iría.

—Claro. A no ser que el asesino estuviera con ella.

—No termino de entenderte...

—Bueno. Rosa vivía detrás del Arenal. Según su marido, terminaron la noche acá, en los bares de esta plaza. El último fue esa persiana de al lado, esa donde pone «Inpernu», que, la verdad, no sé qué quiere decir.

—Infierno.

—Ajá. Lindo nombre. Pues el Infierno ese queda justo frente a la calleja donde la mataron. Y por esa calleja se sale a su casa, según el marido.

—Entonces... —Maruri se recostó en la silla, contempló unos segundos al cubano, el mapa del tiempo impreso a trazos gruesos en su rostro, la perilla poblada y entrecana, mientras buscaba en sus palabras, en sus teorías, alguna lógica que conectara con Estela Delgado. No la encontró. Pero la sensación de

que estaba ahí, de que debía seguir buscando, permanecía—. Entonces, según tú, alguien que estuvo con esa mujer se marchó antes para tenderle una emboscada en un lugar oscuro. Alguien que sabía dónde vivía. Alguien que sabía por dónde pasaría.

—Puede ser.

Esbozada la teoría, Osmany mantenía las distancias, como si ese desapego inventado le permitiera analizarla desde más ángulos.

—Sin embargo, la atacó al final de la calle, cerca de la pasarela, cuando ya era visible desde la otra orilla.

—Cierto. Pero pudo ver luces encendidas en un portal; quizá una pareja que tratara de echar un palo..., un polvo, creo que decís aquí; quizá un padre esperando a una hija. No sé... Pero donde lo hizo no hay nada. Un restaurante y un bar cerrados. Solo un portal, que da a la esquina, no a la calle. Era posible ver a ese tipo desde la otra orilla o desde el puente, sí. Pero eso es demasiado lejos.

Borja Maruri guardó silencio. Alguien de su entorno. Alguien que estuvo con ella, que sabía dónde vivía. Una teoría que desmontaba las veloces conclusiones esparcidas por las redes entre insultos y amenazas. Sin embargo, la desazón de encontrarse ante algo importante e intangible, algo relacionado con María Estela Delgado, algo que se le escabullía de entre los dedos en cuanto intentaba asirlo, persistía.

—Entonces ¿la conocía?

—Puede ser.

—¿Y no escribió nada en la pared?

—Nada.

Persistía. A pesar de todo, persistía.

Dejó la chaqueta en la silla y se derrumbó sobre la cama. Fuera, la lluvia comenzaba a amainar, y al permanente rumor de coches se sumaban ecos de lejanas conversaciones, sonido de pasos y gritos alegres de críos al salir de clase. Allí, al otro lado de las ventanas, la vida recuperaba su pulso cotidiano. La gente abandonaba el indeseado refugio de su vivienda para celebrar la tregua del aguacero en bares, comercios y sucursales bancarias. Pero en el estrecho hueco que delimitaban las paredes del apartamento, el tiempo parecía detenido. Por desgracia, hacerlo retroceder era imposible.

Markel Arana se levantó, acarició con las yemas de los dedos el delicado metal de la cafetera e introdujo una cápsula. Con gesto de fastidio, constató que solo le quedaban cinco. Ya compraría más. Si podía. De momento, dejó que el aroma de esos granos recolectados uno a uno en las montañas de Colombia, Jamaica o Cuba inundara la estancia arrastrando consigo parte del miedo aferrado a su vientre desde el momento en que dos uniformados se presentaron en la puerta y, sin molestarse en disimular su desprecio, lo invitaron a acompañarlos.

Estaba en libertad. Todavía. Pendiente de presentarse ante el juez de quien dependía esa libertad esquivada. Libre hasta que algún togado con cara amargada y menos amigos que pelos en la calva dictara lo contrario. Y todo por una chiquillada.

El café estaba agrio. Aunque quizá no fuera el café. Quizá la aspereza naciera en su garganta, donde refluía un sabor ácido de bilis. Apartó la taza y encendió el ordenador. Debía cumplir con su parte.

No se atrevió a negar nada. Los agentes le describieron con una exactitud alarmante los pasos dados la noche del lunes, desde el momento en que se

subió al tren en Erandio hasta su regreso en el último convoy. Y, por supuesto, cómo ascendió hasta la calle de Marzana parapetado debajo del paraguas rosa de un centro comercial, cómo lo cerró para garrapatear aquella palabra estúpida en la fachada de El Perro Chico, exhibiendo ante los vecinos que mataban el tiempo espiando a través de las ventanas su cabello desordenado y las lentes a lo John Lennon. Cuando le enseñaron la bolsita transparente donde guardaban el rotulador que, con toda tranquilidad, arrojó a la papelería de la esquina, comprendió que, para la Ertzaintza, su pequeña actuación no tenía nada de chiquillada. Tragó saliva, escondió las manos bajo la mesa y comenzó a hablar.

Ahora tocaba el desmentido. La ventana de edición parpadeaba esperando el movimiento del cursor, el deslizarse de los dedos sobre el teclado, el comunicado donde reconocería la autoría de la primera de las pintadas, donde reconocería haber inventado una conexión inexistente entre asesinatos. Más pronto que tarde, los grandes medios se harían eco del torrente de loas a los criminales que inundaba la red. Y entonces el mundo sabría que era mentira, que un embustero licenciado en Periodismo había difundido datos falsos y modificado el escenario de un crimen con el bochornoso objetivo de atraer lectores a su blog. Allí acabaría todo. No más *banners* publicitarios, no más anticipos ni contadores de visitas. Adiós a las cápsulas de café expreso, al sueño de un piso en propiedad, un ordenador nuevo, una vida digna de ser vivida. No importaba que la realidad siguiera la senda de su mentira. No importaba la conexión entre los siguientes crímenes, real como la pintura que cubría el banco de Indautxu y el muro de Neguri. Lo sabía. Entonces ¿por qué le costaba tanto redactar el comunicado? ¿Por qué no flagelarse, reconocer el delito y, anticipándose a lectores y tribunal, improvisar una justificación aceptable? Dio un trago al café ya frío, alejó la taza con disgusto y revisó el buzón del formulario de contacto de NBk. Ochocientos cincuenta y seis mensajes.

Desde la ventana de la cocina, la calle dormitaba envuelta en niebla y pereza. Ya no llovía, pero una oscuridad con aroma de invierno se adhería a las fachadas, tan triste como inevitable, tan indeseada como amigable. Tenía frío. Aun así, permaneció asomado unos minutos, estudiando el silencio con brazos cruzados y la nostalgia entre las cejas. Por fin, cerró la cristalera, se sacudió la humedad de los párpados y volvió al dormitorio.

A su regreso, Antonio Arzamendi se dedicó a abrir cajones, rebuscar en los armarios y el mueble del lavabo en busca del aroma de Rosa María, de la suavidad de su piel bajo las sábanas, de la profundidad de unos ojos que las fotografías nunca supieron captar. Allí estaba el cepillo comprado en el viaje a Venezuela, algunas hebras castañas enredadas entre sus púas. La bufanda que llevaba en invierno a la oficina, con restos aún del perfume que solía regalarle en San Valentín. Una camiseta sin mangas y muy estrecha, detalle de una pareja que conocieron en Argentina, que utilizaba cuando se quedaba a dormir. Y una larga lista de trastos, inservibles en ausencia de su dueña, que la resumían y materializaban mucho mejor que lo único que Ander le permitió sacar de su vivienda.

La bolsa con las fotocopias descansaba sobre la mesilla de noche. Su primer impulso cuando, indignado con el muchacho, pero más con su propia boca, abandonó el apartamento, fue dirigirse al despacho de su hija en las oficinas de la dirección regional del BCM y librarse lo antes posible de la documentación, pero desistió ante el vendaval que azotaba el puente. Así que, bajo la protección de los aleros, alcanzó el ascensor de Begoña, regresó al hogar y la dejó en el velador sin molestarse en echarle un vistazo.

Eran doce carpetas de cartón verde de las antiguas oficinas de la Unión Crediticia, donde se archivaban los créditos hipotecarios. Tras la fusión, pasaron a ser amarillas, pero solo para los préstamos firmados desde entonces. Eran verdes, lo que, a primera vista, podía significar que se trataba de expedientes originales, no de copias. Y sacar expedientes de la oficina estaba terminantemente prohibido.

Con la duda en el semblante y algo royéndolo por dentro, regresó al salón, se sentó en una esquina del sofá y esparció el contenido sobre los cojines. No

se había equivocado. Doce expedientes hipotecarios, todos originales; doce carpetas en cuyo membrete figuraba el número de préstamo, los nombres de los prestatarios y, en el centro, llamativos y humillantes, los sellos que delataban el desenlace de cada una de esas doce historias: «Asesoría Jurídica» y «Ejecutado».

Arzamendi se recostó en el respaldo, cruzó las piernas y trató de hacer memoria. ¿Cuántos desahucios conoció a lo largo de sus treinta años en el Banco Monetario? Ninguno en las oficinas donde le tocó trabajar. Y apenas era capaz de recordar alguna mención dispersa en reuniones del departamento de riesgos o comidas informales. Sabía de una pareja que perdió su segunda vivienda en Laredo y de un empresario a quien se ejecutó un pabellón vacío, sin actividad productiva alguna. La mayor parte de las broncas que le tocó aguantar por parte de los clientes se debieron a lo contrario, al celo con que analizaba las solicitudes de activo. Denegar un préstamo a una pareja joven era, en tiempos de burbuja inmobiliaria y rosas financieras, casi un insulto. Pero no sería él quien, al cabo de tres, cuatro, cinco años, cuando ella se quedara embarazada y subieran los tipos de interés, los expulsara de su hogar. Si otros bancos aprobaban operaciones que a él le parecían inviables, sus motivos tendrían. Pero Antonio no escribiría la crónica de un desahucio anunciado. Rosa María, su segunda durante muchos años, compartía esa obsesión. Por eso, cuando la enviaron a Mazarredo le sorprendió la cantidad de desahucios que ejecutaba aquella sucursal enclavada en el opulento centro de la ciudad, entre el museo Guggenheim y el palacete del Athletic. A espaldas del director, Rosa redactó un informe que hizo llegar a su responsable de zona. Pero arriesgarse a una sanción por sacar del banco los expedientes originales no era imprescindible. Ni siquiera necesario.

Cogió la primera de las carpetas y, en el momento de apoyarla en su regazo, sonó el móvil. Cuando vio en la pantalla el número de Jon Larralde, adivinó, antes de descolgar, el motivo de su llamada.

Desde la terraza del chalet, todo era diferente. Allí no había drogadictos de dientes podridos y navaja en mano, miserables hacinados en el sucio hostel de una anciana usurera ni perros provocando la desbandada de ratas gordas como las grietas de las fachadas.

Faltaba mucho para que la tarde cediera al empuje de las tinieblas, pero las nubes ocultaban las colmenas de la margen izquierda del Nervión. Maruri imaginaba que entre las callejas constreñidas por los espantosos bloques de hormigón en el lado erróneo de la ría la gente ocultaba la nariz en los gabanes y, con las manos en los bolsillos, aceleraba en busca de refugio. Pero eso era en la otra margen, donde metro y autobuses vomitaban obreros agotados, niños excitados por su efímera libertad, abuelos hartos de serlo y desempleados de mirada perdida y sin futuro. A Punta Galea, los vecinos llegaban en Audi o Mercedes devorados sin ruido por las puertas metálicas de los jardines. Nadie gritaba en el paseo, azotado por el vendaval y falto de columpios que pudieran atraer a pequeños revoltosos. Nada alteraba la calma de los afortunados.

Vació de un trago el segundo Macallan, se frotó los párpados luchando contra la angustiosa sensación de desamparo que se negaba a abandonarlo y trató de seguir con el informe.

El encargo de López de Incer se limitaba a investigar a tres sospechosos concretos, y eso había hecho. El resultado quizá no gustara a Julián Delgado, pero era inapelable. Dos estaban en Marruecos. El tercero, acababa de confirmarlo vía telefónica, se encontraba el día del crimen de Estela Delgado en la única notaría de Cistierna, a más de trescientos kilómetros de distancia. El trabajo estaba terminado. Bien terminado. Pero era un trabajo cojo. Decepcionante. A pesar de su reciente encuentro con el terror, de orinarse en los carísimos pantalones y permanecer cautivo de miedos recién descubiertos, sentía la necesidad de seguir adelante. De entregar algo más elaborado, más certero que la simple transcripción de dos llamadas telefónicas y una visita a una pensión mugrienta. Y mientras paladeaba el tercer whisky y su calor, poco a poco, le adormecía miembros y dudas, pensó que quizá fuera el cubano, el brillo de sus ojos esbozando sospechas, quien lo animaba a seguir.

Eso, y la indudable gratificación de Julián Delgado si conseguía entregarle algo diferente a una relación de negaciones.

Entonces sonó el teléfono.

Tras casi una hora curioseando en la tableta, Osmany era capaz de pasar de una noticia a otra con cierta habilidad. Sentado en el sofá, con Maider dormida en su regazo, navegaba entre datos desconocidos sin dejar de sorprenderse por la nueva actitud de Nerea.

Cuando llegó a casa, empapado y con una pistola escondida en los pantalones, le sorprendieron el aroma a caldo y cocido, la mesa preparada y la inesperada amabilidad de su nuera, que le indicó el camino de la ducha mientras servía la comida y vigilaba los primeros gateos de la niña. Ni siquiera el olor a kebab que, envuelto en la humedad de la tarde, se filtraba por las ventanas desencajadas, estropeó una sobremesa moderadamente animada, donde la conversación, forzada y lacónica, evitó a Camilo en todo momento. Y tras un café tan malo como siempre, Nerea le prestó el iPad, le puso a la pequeña sobre las piernas y se fue a fregar.

El blog que Maruri le mencionó, New-Berriak NBk, era exactamente lo que aparentaba ser: una página pobre y poco trabajada que mezclaba crónicas robadas a otros medios con anuncios de artículos sexuales y mentiras. Porque las referencias a Rosa María Villate eran mentira. No hacía falta ser detective para comprender que, a pesar de explayarse en datos concretos sobre José María Martínez, la otra víctima del fin de semana, y sobre María Estela Delgado, la empresaria cuya muerte investigaba Maruri, de la mujer de Arzamendi apenas soltaba cuatro vaguedades dirigidas a enardecer a conspiracionistas y anticapitalistas. Además, su asesino no escribió nada en la fachada, así que el redactor no solo era un periodista nefasto, sino también un delincuente dispuesto a sembrar pistas falsas con tal de vender más lectores a sus anunciantes.

Había, sin embargo, una objeción. Lo que el tal Arana esbozaba casaba perfectamente con lo que el propio Osmany presencié desde el otro lado de la

pasarela, porque él no vio un atraco sobrado de violencia, sino una ejecución en toda regla. Con cuidado de no despertar a su nieta, se sacó la tarjeta del bolsillo: «Borja Maruri. Abogado economista. Investigador privado. Experto en delitos económicos». La teoría de una serie de asesinatos relacionados por la misma palabra o, para ser exactos, por la misma razón, venganza camuflada de justicia, era demasiado atractiva para dejarla pasar sin más. Una violenta ráfaga de viento hizo vibrar los cristales y se filtró, fría e incómoda, por los resquicios de los marcos. Notó que Maider se sacudía la pereza. Aquella casa necesitaba obras con urgencia: cambiar las ventanas, reformar el aseo y la cocina, quitar el papel y pintar. Algo impensable, vista la situación económica de su nuera. Acarició el relieve de las letras: «Investigador privado». Maruri le había dado la tarjeta por si recordaba algo, cualquier dato, por insignificante que pudiera parecerle. «Te pagaré cualquier información útil. Mi cliente es muy generoso». Sí. Algo demasiado atractivo para dejarlo pasar. Pero entonces una manita tapó la pantalla y los enormes ojos de Maider se clavaron en los suyos. Sonrió. La razón de su exilio voluntario le tiraba de la barba con los dedos y él no podía dejar de sonreír. Y sonrió aún más cuando, a su espalda, oyó la voz de Nerea.

—Ha dejado de llover. ¿Os apetece dar un paseo?

Habían transcurrido cinco minutos desde la llegada del mensaje, y Markel seguía embobado en la bandeja de entrada sin atreverse a responder. Jugueteó con el ratón, llevó el cursor de una a otra esquina, abrió el navegador para cotillear la prensa tradicional, comprobar los retuits de #justicia y revisar el desbocado contador de visitas de su web. Se asomó a la ventana, comprobó que las farolas comenzaban a parpadear, que los vehículos colapsaban la calle y los niños los parques, que las nubes mantenían su cotidiana amenaza. Remoloneó en la cocina, sala y comedor a un tiempo, y cogió otra cápsula de café. Pero la devolvió a su lugar antes de regresar al ordenador y releer, por décima vez, el email. Y sentir la sensación, tan angustiosa como reconfortante, que precede a un salto al vacío, cuando decides que no hay

marcha atrás y, con los pies aún sobre la roca, te abandonas al vértigo sin cerrar los ojos.

Estaba revisando los correos remitidos a través del formulario de contacto de New-Berriak. Casi todos eran burdas apologías de la violencia y el terrorismo, chanzas, amenazas y felicitaciones a los asesinos, que Markel se planteó eliminar y no llegó a hacerlo. Entre tanta basura, sin embargo, encontró tres ofertas comerciales: tres de las muchas empresas que había visitado en las últimas semanas se acordaban de él. Una sonrisa, un cosquilleo en las yemas de los dedos, y la voluntad de «olvidar» el compromiso adquirido con la Ertzaintza afianzándose en su cerebro. Y cuando respondía a sus nuevos mecenas, una marca de refrescos, un centro comercial cercano y un bufete de abogados, le llegó la última comunicación.

Quieres entrevistarnos? Te corresponde el honor de ser el primero. Mándanos un email a esta dirección y te diremos por qué estamos impartiendo justicia.

Y saltó. Introdujo la dirección en el programa de correo electrónico, y lanzó la primera pregunta:

Quiénes sois?

Incapaz de seguir sentado, regresó a la ventana, pero, como siempre, no halló respuestas en las aceras, brillantes bajo la mortecina luz anaranjada, ni en el cielo oscuro y ojeroso.

La respuesta llegó a su bandeja de entrada:

Somos quienes hacen el trabajo que no hacen los jueces corruptos ni la policía a sueldo de los poderosos. Somos la esperanza de los desheredados. Gracias a nosotros, los obreros no seremos las únicas víctimas de este atraco que llaman crisis.

Tragó saliva. ¿Sería cierto? ¿Estaba, siquiera de forma virtual, frente al cabecilla de un grupo de iluminados dispuestos a llevarse por delante a un

montón de millonarios? ¿Se trataba de un bromista de mal gusto? ¿O de un *ertzaina* que probaba la sinceridad de su arrepentimiento?

Y yo cómo sé que eres quien dices ser?

Si publicas nuestro comunicado, te daremos una pequeña primicia. Y cuando compruebes que no te hemos mentado, podrás entrevistarnos.

Por qué yo?

No es obvio?

Sí. Era obvio. Y una pregunta estúpida. Markel quería la entrevista. Necesitaba la entrevista. Pero, aunque llevaba tiempo flotando en el vacío, aún creía que lograría detener la caída antes de estrellarse contra el suelo.

De acuerdo

Tú publica esto:

*Banqueros, unos ladrones
sin palancas y de día.
Políticos estafadores
juegan a vivir de ti.
Fabricantes de armamento,
eso es jeta de cemento.
Las religiones calmantes
y las bandas de uniforme.
La droga publicitaria,
delito premeditado.
Y la estafa
INMOBILIARIA.
Delincuencia, delincuencia
es la vuestra, asquerosos.
Pero la JUSTICIA es nuestra.*

Qué es esto? Una puta broma?

Markel se arrepintió en cuanto pulsó la tecla «Enviar». Esa no era forma de conseguir unas declaraciones a las que ningún otro medio tenía acceso. Contuvo la respiración mientras el cursor parpadeaba sobre el espacio de los correos entrantes. Llegó el siguiente.

Cuántos años tienes?

Eso no importa

Vale. Pero cualquiera de mi generación sabría reconocer lo que acabo de enviarte. Es «Delincuencia» de La Polla Records. Hemos cambiado el final porque ahora, aquí, estamos cambiando el presente. Piensas publicarla o estamos perdiendo el tiempo?

Sí, la publicaré. Pero necesito esa primicia

Bien. Esta noche le llegará su sanmartín a otro cerdo. Cuando lo veas en el informativo de la tele, comprenderás que vamos en serio

Ahí estaba. El asidero al que aferrarse antes de estrellarse en el abismo, el punto donde la adrenalina desaparecía y solo quedaba el terror, el descarnado terror de estar hablando con un asesino que no se limitaba a reivindicar sus crímenes, que no tenía suficiente con justificar la muerte de mujeres indefensas o de hombres sorprendidos por la espalda. Además, ponía la fecha y la hora del siguiente.

Le temblaban los dedos cuando escribió:

Cómo haremos la entrevista?

Mañana, a las once de la mañana, te mandaré un email. Si no respondes en un minuto, se acabó

De acuerdo. Mañana, pues

Lo dicho: tú publica eso. La JUSTICIA es nuestra

Markel permaneció un buen rato todavía delante del brillo azulado de la pantalla, oyendo los latidos de su corazón retumbando en el silencio de un piso donde el rumor de los coches y las conversaciones a la puerta de los bares entraban sin ser escuchados. Por fin, cuando se convenció de que no recibiría más emails, cogió el móvil y marcó el número de la Ertzaintza.

Sansón se aovilló en el alféizar de la ventana, aunque su instinto le decía que dormir no sería fácil. El contacto con el cristal le resultaba frío y desagradable. El radiador estaba justo debajo de su cuerpo, por lo que el calor comenzaba a ser excesivo. Y aquel olor... El olor del dóberman, más intenso y desagradable de lo que recordaba, olor a rabia que traía malos presagios. Y las voces, cascadas y apocadas; voces de ira entre dientes, de dolor en la garganta. Y estaban también los silencios; el silencio acobardado de su amo, encogido casi en la butaca de cuero negro, y el silencio amenazante del hombre que permanecía de pie, rígido como una estatua sin alma, como un pitbull antes de abalanzarse sobre su presa. El silencio dolía. Sansón intentó hacerse invisible entre la pared y la maceta. No lo consiguió.

—Pero es muy pronto. —La voz de su amo, débil, siempre débil en presencia del dóberman—. No han pasado veinticuatro horas desde que me encargaste el trabajo.

—Suficientes. —Era un gruñido, un eco desfigurado en la garganta, el eco de un interior carcomido—. Te di los nombres, los teléfonos, las direcciones... Todo. Mi hijo fue a su casa para aclararle cualquier duda. No se tarda tanto en visitar a tres currelas. Además... —La voz se suavizó un poco—. No te estoy pidiendo una conclusión. Solo que me cuentes cómo va eso.

López de Incer asintió, cogió el teléfono y marcó tratando de no equivocarse a pesar del temblor, casi visible, de sus dedos. Julián Delgado lo observaba con expresión sombría, los pómulos marcados, el sufrimiento esculpido debajo de los ojos. No necesitaba decir nada, no necesitaba justificar sus prisas. López de Incer sabía que apenas le quedaba tiempo. No era capaz de notar, a diferencia del gato, el hedor del cuerpo en

descomposición, pero sabía que Delgado había tenido sesión de quimioterapia esa misma mañana y, sin embargo, terco como el albañil que levantó un imperio a fuerza de brazos y obstinación, estaba allí, en una silla de ruedas, buscando la respuesta. «No piensa morir sin vengar a su hija», se dijo el abogado dejando a un lado subterfugios lingüísticos y laberintos morales.

A su lado, Luis Enrique callaba. Apenas conocía al viejo abogado y, por experiencia, sabía que en presencia de su padre lo mejor era guardar silencio. Ya intentó convencerlo, a la salida del hospital, de que regresara a la vivienda, se echara en la cama y dejara pasar la tarde mientras las náuseas del tratamiento se diluían poco a poco. Como imaginaba, fracasó. Razonar con su padre era imposible.

Pero si López de Incer desviaba la mirada hacia la pantalla del móvil, si hurgaba en el cajón en busca de nada en concreto y carraspeaba sin motivo era debido a la presencia del tercero. Conoció a Pablo García siete años atrás, cuando Julián lo convirtió en la sombra armada de su hija. Coincidieron en multitud de ocasiones, porque asumió el trabajo con tanto celo que jamás estaba a más de cinco metros de María Estela. Al abogado nunca le gustó, aunque no sabría decir la razón. Quizá se debiera solo a la dedicación exagerada con que el guardaespaldas asumió la protección de la mujer, pues le traía sin cuidado que la amenaza fuera una indigente que pedía limosna o un periodista demasiado molesto. Que terminara en Irak, en una empresa privada de seguridad, no sorprendió a López de Incer. Nunca le pareció el tipo de persona a quien le disgusta el uso de la violencia. Y ahora, tras el asesinato de su hija, Julián Delgado había vuelto a reclutarlo.

Sí. Ese era el verbo adecuado: reclutar.

Cuando Maruri respondió a su llamada, el abogado frunció el ceño. Arrastraba las palabras con la pesadez del alcohol, algo repetido desde que su mujer decidió que un chalet en Getxo y una abultada cuenta corriente no podían competir con otro tipo de atractivos. Frente a él, tres rostros de aspecto fúnebre esperaban algo convincente, y Maruri, una vez más, había bebido. Contuvo la respiración y, escéptico en un principio, esperanzado después y

sonriente al final, escuchó una explicación más trabada de lo habitual, pero, sin duda, convincente.

—Sí. Un momento. —López de Incer tapó el auricular con una mano y se dirigió a su cliente—. Mi investigador ha terminado su trabajo. —Sus años de experiencia lo ayudaron a disimular la satisfacción que le produjo el gesto de asombro de don Julián—. Está redactando un informe para remitírnoslo en breve.

—Olvida el informe. ¿Quién ha sido?

—Nadie. —Alejandro notó perfectamente el velo de contrariedad que opacó la faz exhausta de Delgado, derrotado por la quimioterapia y las ausencias—. Ninguno de los tres —se apresuró a matizar—. García y Elorduy están en Marruecos, trabajando en una promoción de viviendas en Agadir. Ha hablado con ellos y con el responsable de las obras. El tercero, Urquijo, estaba en un pueblito de León, en Cistierna —añadió. Julián Delgado recostó la papada sobre el pecho en señal de conformidad. Conocía a la perfección a sus empleados. Sabía de dónde procedía cada uno—. Esa mañana estuvo en la notaría, preparando los papeles de una herencia. El propio notario lo confirmó a mi detective.

—Entonces, no hay dudas al respecto.

—Ninguna.

—De acuerdo. —El anciano alzó la mirada hacia el escolta, quien se apresuró a asir la silla de ruedas con la delicadeza con que empuñaría un subfusil—. Mañana te pagaré lo prometido, más una pequeña gratificación por la rapidez. Me alegro de que no fueran ellos.

López de Incer comprendió al punto la mentira. Julián Delgado estaba decepcionado. Y lo estaba porque veía alejarse esa venganza para la que hizo regresar a Pablo García.

—Nos vamos.

Guardó silencio mientras Luis Enrique se levantaba y sacaba del bolsillo una cajetilla de tabaco, el guardaespaldas hacía retroceder la silla por la alfombra y Sansón abandonaba su lugar en la ventana y corría a restregarse

contra sus piernas. Entonces oyó pronunciar su nombre, y comprendió que, al otro lado de la línea, Borja Maruri seguía hablando.

—Sí, de acuerdo. Julián, ¿puedes esperar un segundo, por favor? —El gesto de Delgado no fue de curiosidad, sino de hastío—. Mi agente de campo desea añadir algo.

Cuando conectó el altavoz, las palabras de Maruri les llegaron extrañas, ligeramente gangosas aunque, a diferencia de su jefe, lo achacaron a la mala calidad de la conexión.

—Buenas tardes, señores. —A pesar de hacer una pausa más prolongada de lo necesario, no obtuvo respuesta—. Quería pedirles... quería pedir a don Julián que me permita avanzar algo más en este caso. Ya sé que no debemos inmiscuirnos en una investigación policial. Tampoco es mi intención. Pero con un poco de tiempo, creo que podré aportar nuevos datos.

—¿Nuevos datos? ¿Qué significa eso?

—En realidad, poca cosa, no quiero mentirles. —Otra pausa, un chasquido, un golpe de cristal contra madera—. Solo quiero volver a revisar un par de líneas de investigación, quizá hacer cuatro preguntas, y entregarles unas conclusiones que tal vez no valgan gran cosa.

—En cuyo caso no le pagaremos gran cosa.

—Es lo justo.

—¿Y tiene algo tangible que justifique su interés?

—Tengo algo. Quizá no sea tangible, como dice usted, pero le doy cierto crédito. Alejandro, por favor, ¿puedes entrar en internet y enseñar a los señores la página que voy a indicarte?

Pronto, cuatro cabezas se rozaban frente a la pantalla del ordenador, cuatro pares de ojos revisando una noticia desconocida hasta entonces, quizá falsa, extraña en cualquier caso.

REIVINDICAN LOS CRÍMENES DE ESTA SEMANA

Como todos nuestros lectores saben, New-Berriak NBk ha sido, hasta la fecha, el único medio que hizo pública la relación entre los asesinatos de José Antonio Martínez y Rosa María Villate, en la madrugada del domingo, y el de María Estela Delgado, en la del martes. Si bien en algún caso los

indicios no son tan claros como parecían al principio, es innegable que la muerte de dos empresarios y una directora de banca la misma semana, firmados con la misma palabra en, al menos, dos de los escenarios, remite a una autoría común.

No es de extrañar que debido a su trabajo de investigación, su rigor e independencia, los responsables de estos crímenes hayan recurrido a New-Berriak NBk para reivindicar su autoría a través del comunicado que reproducimos, de forma literal, al final de esta crónica. Nuestro informante anónimo definió así a su grupo:

Somos quienes hacen el trabajo que no hacen los jueces corruptos ni la policía a sueldo de los poderosos. Somos la esperanza de los desheredados. Gracias a nosotros, los obreros no seremos las únicas víctimas de este atraco que llaman crisis.

New-Berriak NBk quiere dejar claro que realiza una labor meramente informativa, en ningún caso apologética ni divulgativa de actos fuera de la ley. Publicamos este comunicado por su extraordinario valor periodístico, e invitamos a los lectores a seguir conectados a nuestro diario porque pronto aportaremos nuevos datos del máximo interés.

El artículo terminaba con unos extraños versos desentonados, una especie de poema insultante y amenazador contra banqueros, fabricantes de armamento, policías y la estafa inmobiliaria, algo demasiado burdo para ser, como el periodista lo presentaba, el manifiesto de una banda organizada. Fue Julián quien, a su manera, expuso sus dudas.

—Pero ¿qué puta mierda es esta?

—Es una canción —respondió Luis Enrique, incapaz de separar la mirada de las letras que flotaban sobre el cristal—. Maruri, ¿qué significa esto? ¿Quién ha escrito este artículo y quiénes son esos supuestos justicieros?

—Hola, Luis Enrique. Mira, de momento no sé gran cosa, por eso os he pedido un poco de tiempo. El blog parece la página unipersonal de un crío con ganas de sacar pasta de donde sea. Pero aparte de esta reivindicación cuya veracidad no está demostrada, hay otro artículo mucho más interesante titulado «¿Qué nos ocultan?». —Hizo una pausa en espera de que Alejandro pinchara en el enlace—. Contiene algún elemento sugestivo. El mejor, desde mi punto de vista, es la captura del *Teleberri*. Parece que los *ertzainas* tratan de tapar, de forma intencionada, algo escrito en el muro. He pasado por ahí a mediodía, y está recién pintado. La policía sabe algo que no nos ha dicho.

Teniendo en cuenta el clima social de los últimos años, imagino que la Ertzaintza busca evitar un efecto llamada.

—Es decir, que un montón de hijos de puta se apunte a la moda de asesinar empresarios —gruñó Julián Delgado con los puños cerrados con fuerza sobre la silla.

—Exacto.

—Entonces ¿crees que puede tratarse de un grupo de fanáticos anarquistas, anticapitalistas... o como quieran llamarse? —En el tono de Luis Enrique se percibía la incredulidad.

—Quizá... No estoy seguro. Pero por ahí van los tiros.

Julián Delgado lanzó una mirada de soslayo a Pablo García, un vistazo correspondido con un imperceptible gesto de afirmación. Sansón dejó escapar un bufido y se encogió entre los zapatos de su dueño. En la distancia, la voz de Maruri sonaba extrañamente distendida.

—Y bien, ¿qué opináis? ¿Sigo buscando?

—Siga. —No quedaba ni rastro de derrota o frustración en la voz del empresario. En el cargado ambiente de la estancia, solo flotaba el odio—. Si el resultado es bueno, la paga lo será mucho más.

Aunque la temperatura era fría, la tregua de la lluvia animó a los bilbaínos a llenar las calles y los bares, a asaltar los comercios con más curiosidad que efectivo y a invadir los paseos que, desde el Casco Viejo, acompañan a la ría en su rutinario avance hacia el océano. En Somera, los irreductibles de cada jornada ocupaban los bajos de las lonjas y las puertas de las tabernas, pertrechados con alcohol de supermercado, hachís y haraganería. Osmany ayudó a Nerea a abrirse paso hasta el portal en la confianza de que, aquella tarde, comenzara una nueva época en su relación con su nuera. «Por fin las cosas comienzan a funcionar», pensó mientras sujetaba la puerta para permitir el paso del cochecito.

Regresaban de caminar, durante más de dos horas, a lo largo del Nervión, observando el vagabundeo de las luces sobre las aguas, conociendo rincones de la ciudad o, en el caso de la mujer, reencontrándolos. En ocasiones, algo semejante a una sonrisa curvó los labios de Nerea mientras enseñaba a su suegro la disonante pasarela de Calatrava, un puente de cristal para una ciudad de lluvia interminable; el recio edificio de la Universidad de Deusto, donde la élite gobernante prepara a sus cachorros para ocupar sus propias poltronas; el nuevo Palacio de Congresos, oxidado y varado como un barco arrancado de la ría. Sin perder de vista los edificios monumentales que ocupan el espacio de astilleros, madereras y vías ferroviarias, hablaron de los buenos tiempos, del recuerdo de Camilo, de la sonrisa del abuelo cuando vio a Maider por primera vez, de la niñez pasada de él y la niñez futura de ella. Y así, compartiendo añoranzas y proyectos, regresaron a casa con la sensación de que, en adelante, todo sería más fácil. Nerea tomó entre sus brazos a la

niña, Osmany cargó con el carrito y subieron hasta el cuarto piso. Allí, sentado en la escalera, encontraron a Antonio Arzamendi.

Media hora más tarde, ambos tomaban una cerveza en una amplia cafetería cercana al puente de la Merced. Una cerveza de reconciliación, rumió Antonio. Una buena cerveza, pensó el otro.

—Esta tarde me ha llamado Jon Larralde, mi amigo de la Ertzaintza —fue contándole Antonio mientras atravesaban calles y cantones—. Tenías razón. —Buscó en Arechabala algún signo de satisfacción por la disculpa obligada, pero no encontró nada—. Han soltado al detenido.

—¿Tan pronto?

—Sí. Tenía coartada. Por lo visto, después de pasar unos días en Túnez con su familia, aterrizó en Barajas el sábado a las doce de la noche. O a las cero horas del domingo, como dicen ahora. Y cogió el autobús a Bilbao en el propio Barajas a las dos y cuarto. Llegó pasadas las seis de la mañana.

—Más o menos a la hora del asesinato.

—Un poco más tarde. Según la empresa, llegaron a Termibús a las seis y cuarto. El hombre al que pediste ayuda llamó a emergencias a las seis y ocho minutos.

—Tuvo suerte de que el chofer no corriera un poco más.

—Pues sí. Además, guardaba la tarjeta de embarque y el billete del bus. Y el pasaporte, con el sello de entrada del mismo domingo. Así que, tras confirmar con la aerolínea y la compañía de autobuses que el chaval viajó con ambos, han tenido que soltarlo.

—¿Libre?

—Acusado de apropiación indebida. Ya le llegará la citación.

—¿Y cuál es su historia?

—Ya lo sabes. —Exhibió una sonrisa desganada—. Camino de casa rebuscó entre las bolsas de la basura, por si pillaba algo. Y encontró el bolso de Rosa en un contenedor. Cerrado e intacto. Documentación, medicamentos,

llaves de casa, cartera... Se gastó el poco dinero que quedaba y luego intentó sacar más en un cajero automático. Entonces lo cazaron.

Ya en la cafetería, esperaron en silencio a que el camarero depositara las jarras en la mesa y regresara a su rincón de la barra.

—¿Dónde estaba ese contenedor?

—Es lo primero que pregunté a Jon. Pero no ha habido suerte. Estaba en la esquina de Cortes con Conde Mirasol, no sé si conoces el lugar —dijo Antonio. Osmany asintió con un gesto de la cabeza. El nauseabundo piso donde Katy Díaz vendía su cuerpo y su porvenir quedaba cerca—. Justo debajo de una cámara de vigilancia. Cualquiera que suba desde San Francisco pegado a la fachada queda oculto por los voladizos del edificio. Al parecer, captaron la espalda de alguien que llevaba una sudadera negra con capucha alejándose en dirección a Miribilla. Nada más.

Regresaron a las cervezas y el mutismo. Los coches se apelotonaban frente al semáforo que separaba el tranquilo devenir del Bilbao de siempre del repentino mestizaje de la Pequeña África. Sus luces iluminaban las calles encharcadas, algún rayo de luz rasgaba la cubierta de las nubes y las farolas extendían círculos sobre el asfalto. Por la Ribera apenas había peatones, quizá disuadidos por la cercanía de esa otra margen, trenzada de pieles negras y lenguas ininteligibles. El lugar donde los seres queridos de ambos encontraron la muerte.

Osmany se atrevió a volver al tema.

—¿Puedo darte mi opinión?

—Adelante.

—Sigo pensando que tu mujer era el objetivo. Que el tipo fue directo a por ella. —Los párrafos de NBk, desdibujados en sus recuerdos, asaltaron a Arzamendi—. Pero el sitio me volvía loco.

—¿El sitio?

—Sí. ¿Cómo sabía el asesino que tu Rosa pasaría por ahí a esa hora? Eso ni ella lo sabía.

—Cierto. Por eso pensamos que fue mala suerte. Un chorizo sin escrúpulos, un pirado, un yonqui con el mono...

—Sí. Pero esos no tirarían el bolso sin abrirlo. Y un loco habría atacado a más gente..., no sé, se habría delatado de alguna forma. Pero si la esperaba, ¿cómo supo que pasaría por ahí?

—¿Cómo?

—Solo se me ocurre una cosa. Estaba con ella.

Arzamendi sintió que el peso del vaso se le hacía insoportable. Lo soltó, y recostó en la mesa el cuerpo y parte del alma. «¿Uno de sus compañeros? Imposible».

—Esta mañana me di un paseo por ese lugar. El último bar..., ¿cómo era? ¿Infierno?

—Inpernu —corrigió Antonio.

—Eso. El Inpernu está frente a la calle donde la mataron, esa calle que sale al puente. Pero el resto de los bares están más abajo, cerca del otro puente, el de la iglesia. Para volver a su casa ella debía cruzar el río. Lo más fácil era atravesarlo por el puente ese de la iglesia, no por donde lo hizo. Pasar por ahí solo era lógico si salías del Inpernu.

—Entonces... —Antonio cerró las manos con todas sus fuerzas, incapaz de contener el temblor de cada fibra de su cuerpo—. Entonces uno de los muchachos que estuvo de fiesta hasta el final, uno de sus compañeros, salió un poco antes que ella y la esperó en un portal para apuñalarla sin ningún motivo. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Siempre hay un motivo. Aunque nosotros lo ignoremos.

Se recostó en la silla y se frotó los párpados en un intento de borrar las imágenes que su mente inventaba con sádica precisión. En un intento, también, de contener la tentación de levantarse, de escapar de un local innecesariamente cercano al origen de todo aquello, de esas hipótesis que amenazaban con destruir los rescoldos de un universo en descomposición. Por fin, abrió los ojos y buscó algo de valor en el fondo de su vaso.

—La Ertzaintza ha hablado con los chavales. Los agentes no han notado nada raro, ninguna contradicción, ninguna sombra en sus declaraciones.

—Bueno, no sé... —Osmany era consciente de estar minando los pilares donde Arzamendi apoyaba su vida. Y su cordura. Pero no veía alternativa—.

Supongo que interrogaron a los que estaban con ella cuando se fue. Pero el nuestro se marchó antes.

Antonio dejó pasar unos segundos antes de responder. Las premisas de Osmany no eran descabelladas. Tampoco eran irrefutables. Rascando un poco la superficie, podría encontrar explicaciones diferentes a la presencia del criminal en ese lugar concreto, a su elección de la víctima, al hecho de que abandonara el bolso sin molestarse en abrirlo. En ese momento, sin embargo, no se le ocurría ninguna.

—¿Por qué querría un compañero de Rosa matarla? Desde el domingo he pasado revista a todo lo que sé de ella, que es mucho, y no consigo encontrar a nadie capaz de odiarla tanto, nadie con quien hubiera tenido enfrentamientos serios. La gente que pasó por su oficina la adoraba... Y los capullos de la sucursal de UC donde terminó la ignoraban. No se me ocurre nada. Ni nadie.

—No puedo responder a eso, compañero.

Despacio, arrastrando las piernas y los miedos, Arzamendi abandonó la mesa y, como pudo, alcanzó los aseos. Osmany lo vio marchar sintiéndose culpable, sintiéndose incluso miserable por horadar en la herida, sazónada con desconfianza y temor. Y una vez más se preguntó si ese intento de dar con respuestas no estaría corrompido por la promesa de Maruri: dinero a cambio de datos de interés. Al fin y al cabo, ¿por qué se empeñaba en profundizar en un asesinato del que solo había sido un testigo lejano? ¿Para encontrar alguna relación con el de la empresaria y sacarle algo al abogado?

Antonio regresó con el rostro y la calva húmedos, los ojos enrojecidos y un atisbo de frágil determinación en la mirada. Se detuvo en la barra, pagó dos cervezas más y tomó asiento junto a Osmany.

—¿Has leído la reivindicación de las últimas muertes?

Osmany negó con la cabeza. Cuando cerró la tableta y salió a pasear con su familia, no se había publicado ese manifiesto robado a una vieja canción.

Antonio le contó lo que sabía, los artículos que relacionaban los tres atentados, el tema de La Polla Records usado como amenaza y comunicado, la detención del periodista por la pintada en la fachada de El Perro Chico. El

cubano escuchó en silencio, incapaz de decidir si aquello confirmaba o desechaba sus conjeturas.

—Tu amigo, el policía, ¿qué opina? ¿No le preguntaste cuando te dijo que soltaron al único sospechoso?

—Sí. Hablamos un rato. Él no lleva la investigación, pero la opinión generalizada en la comisaría es que lo de Rosa no guarda relación con los otros dos asesinatos. Nadie escribió nada junto a su cuerpo.

—Es decir, te confirmó que los otros dos mensajes eran reales.

—Sí —confesó enrojeciendo de golpe. Larralde le pidió de forma explícita que no lo contara por ahí.

—Está bueno. Entonces tenemos un grupo dispuesto a asesinar empresarios por el motivo que sea. Incluso podemos creer que la canción de esos...

—La Polla Records.

—¡Menudo nombre! Bueno, incluso podemos creer que hay algo de cierto en eso. Pero ir a por gente que trabaja en un banco...

Arzamendi negó con la cabeza.

—Nosotros somos currelas, como cualquier otro. Claro que hay mucho hijo de puta entre nosotros, pero también los hay entre los obreros de la construcción, los funcionarios, los policías, los comerciales...

—Ya. Aunque... —Osmany se limpió la espuma del bigote antes de continuar—. ¿Todo el mundo piensa así? La directora de un banco no es un mal objetivo para un grupo anticapitalista.

—Pero entonces ¿por qué no escribió nada en la pared? ¿Por qué se llevó el bolso para fingir un atraco?

—Quizá se puso nervioso... No sé. En realidad, no tenemos ni idea de lo que pasó.

—Y si así fuera, ¿qué relación puede haber entre esos pirados y mis compañeros del banco?

Osmany aspiró profundamente antes de responder. Ahí estaba la clave. Una clave colgada del vacío de un razonamiento sin pruebas. Un razonamiento tramposo porque, partiendo de la premisa de una relación entre crímenes, una

premisa que le convenía por motivos que nada tenían que ver con la verdad, buscaba confirmarla sin ningún indicio fiable.

—No lo sé. Sería más fácil encontrar un motivo si lo de Rosa no tuvo nada que ver con los otros dos asesinatos. ¿Conocías a los muchachos que se quedaron con tu mujer cuando te fuiste?

Arzamendi no necesitó hacer memoria. Llevaba cuatro días recreando cada bar, cada calle saturada de cuadrillas, cada esquina donde despedían a quienes, agotados, se desgajaban del grupo. No. Conocía bien a dos, un chico y una chica que coincidieron en su sucursal. A los demás los había visto en alguna reunión o al pasar por otra oficina. Y de alguno ni siquiera le sonaba la cara.

—¿Por qué?

—Porque no se mata por nada. Hace falta un motivo. Siempre hay un motivo. No sé, compay... Puede ser personal, puede ser ideológico o político... No sé. Pero hay un motivo. Seguro. Solo hace falta encontrarlo.

—Tengo que hablar con Larralde —susurró Arzamendi, incapaz de apartar la mirada del vaso de cerveza, incapaz de afrontar los ojos del cubano en los que, quizá, brillara una certeza que no deseaba afrontar.

Shahid Muhammad sabía que era inevitable que todo el barrio lo conociera como Apu. No importaba que, a diferencia del famoso propietario del colmado de Springfield, Shahid fuera paquistaní, musulmán, y que regentara un locutorio. No importaba que su obesidad y su mal genio lo situaran en las antípodas del amable vecino de los Simpson. Desde el día en que, cinco años atrás, abrió por vez primera la persiana del negocio, se convirtió en Apu. Y Apu lo llamaban las envejecidas matronas que, a duras penas, conseguían hacerle comprender el destino de la conferencia solicitada, los sonrientes africanos que adquirirían cervezas frías o bolsas de plátano deshidratado antes de regresar a la rutinaria guardia de sus esquinas, y los ruidosos adolescentes magrebíes que dilapidaban la tarde chateando con amigos diseminados por

toda Europa, creando cuentas falsas de Facebook o compartiendo pornografía entre ruidosas carcajadas y gestos fingidos de vergüenza. Era Apu para todos.

Excepto para ellos.

No necesitó percibir la falsa amabilidad de sus voces ni oír de sus labios su nombre auténtico para comprender que eran policías. Apostado en el mostrador, acostumbraba vigilar San Francisco sin más objetivo que evadirse de los veinte metros cuadrados donde transcurría la mayor parte de su vida, así que, en cuanto aparecieron en la calle, reconoció a los cuatro individuos que ahora lo rodeaban: cuatro blancos de entre treinta y cuarenta años, altos y delgados, con ropa informal y barba de tres días. A su paso, los grupitos de traficantes se diluían entre la gente, las mujeres que hacían guardia delante de las peluquerías agachaban la cabeza y los jóvenes se sentían repentinamente atraídos por comercios de la acera de enfrente. «De hecho, son los únicos en todo Sanfran que no notan el olor a madero», pensaba Apu mientras los observaba a través del cristal sucio del escaparate. Pero cuando entraron en su local, a Shahid se le quitaron las ganas de bromear consigo mismo.

El alivio de saber que aquello no iba con él ni con su establecimiento le duró poco. Lo poco que tardó en advertir que sus rostros se endurecían a cada respuesta, lo poco que tardó en adivinar que cada negativa era una losa sobre su futuro, su economía y, tal vez, su libertad. Porque, aunque quisiera, Shahid era incapaz de ayudarlos.

Todo se reducía a identificar a la persona que utilizó uno de sus ordenadores, el rotulado con el número 2, unas horas antes. Algo sencillo, algo muy sencillo. En la mayor parte de los cibercafés era habitual rellenar una ficha con el nombre y el DNI de los usuarios. Además, en caso de aprobarse la nueva Ley de Seguridad Ciudadana en los términos propuestos por un ministro del Interior empeñado en condecorar vírgenes y criminalizar extranjeros, pronto los locutorios estarían obligados a identificar a todos sus clientes, navegaran por internet o llamaran por teléfono, así que la mayoría de ellos habían instalado programas que, junto con los datos personales del usuario, controlaban el tiempo consumido y las webs visitadas. Por eso, cuando localizaron el lugar desde donde se escribieron los emails remitidos a

New-Berriak, los técnicos de la Ertzaintza dieron por hecho que solo faltaba poner nombre al asesino. O al impostor, si fuera el caso.

Tropezarse con Apu los frustró un poco.

Les dijo que no prestaba atención a quienes usaban sus ordenadores, y pudo sentir el vendaval, cada vez más intenso y más frío. Las nubes se cerraron sobre su negocio cuando confirmó que, en efecto, entraron varios españoles esa tarde, incluidos dos grupos de veinteañeros, pero ni sabía dónde se sentó cada cual ni sería capaz de recordar sus caras ni unos nombres nunca requeridos. Los primeros truenos llegaron al descubrir que las cámaras de vigilancia colgadas sobre la entrada eran dos maquetas que había comprado en Carrefour para disuadir a los niños de meter mano en las cajas de las golosinas. Y cuando se le ocurrió sugerir que tal vez necesitaran una orden para llevarse el ordenador que estaban desenchufando, uno de ellos cerró la puerta y bajó la persiana.

Y estalló la tormenta.

A las once de la noche, la calle Virgen de Begoña parecía, más que nunca, un manto anaranjado extendido a los pies de la basílica, cuya torre recordaba a los vecinos que la antigua anteiglesia era tierra de paz y recogimiento. El eco de los pasos de Arzamendi, amortiguado por el agua de las aceras, era el único sonido que rasgaba la quietud del barrio. Cruzó los brazos buscando calor y algo de consuelo. La humedad se filtraba por los resquicios de su ropa, y su ánimo zozobraba entre sospechas turbadoras y certezas nada halagüeñas.

Un solo día bastó para pasar de la triste tranquilidad de saber que el verdugo de Rosa María, un ladronzuelo sin escrúpulos, había sido detenido, a la angustia de imaginarla víctima de sus propios compañeros, asesinada por desempeñar, como todo el mundo, un trabajo a cambio de un salario. En un solo día renegó de las conjeturas de aquel extranjero de mirada extraña para después aceptarlas como única explicación a lo inexplicable. Perdió para siempre el esquivo aprecio del hijo de su pareja y exprimió, una vez más, la fidelidad de su mejor amigo. Y llevaba encima demasiadas cervezas para

pensar con claridad. Consiguió acertar con la cerradura del portal, entró en el ascensor, se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Para su sorpresa, Larralde no le colgó cuando le contó lo que quería. Le dejó exponer sus teorías sin interrupciones y aceptó comentarlas con los responsables de la investigación. Antonio no se sintió reconfortado cuando colgó. Por el contrario, que un oficial de la Ertzaintza se comprometiera a verificar la verosimilitud de los disparates improvisados por dos vejestorios frente a unas cuantas cervezas significaba que no les quedaban puertas a las que llamar. Quizá porque comprendió su desaliento, Jon Larralde lo invitó a comer al día siguiente, algo que aceptó de forma mecánica. Dejó caer el abrigo en el recibidor y, temblando de frío, se derrumbó sobre el sofá. A duras penas, se desató los cordones de los zapatos, se desprendió de los calcetines y se envolvió con la manta a cuadros que hacía guardia junto a uno de los reposabrazos. A su lado, la bolsa con los expedientes hipotecarios resbaló y uno de ellos cayó sobre la alfombra. Lo contempló con desgana, presa de un agotamiento más allá de la fatiga física, cogió el mando a distancia y se recostó sobre los cojines en espera de una larga noche en vela.

Cinco minutos después estaba dormido.

En el interior del coche olía a tabaco viejo, a carburante mal quemado, a sudor y plástico.

Olía a frustración.

El hombre que, sentado al volante, oteaba el infinito sin comprender que, más allá del muro de tinieblas cerrado contra el cristal, no había infinito perceptible, no notaba el frío que se filtraba por la ventanilla entreabierta. Solo la presencia tangible, física casi, del fracaso.

Detenido con el motor en marcha junto a las ruinas de la vieja fábrica de Schweppes, pendiente de los vehículos que se abrían paso a empujones sobre la loma de Kastrexana camino de Burgos o Enkarterri, Iturgaitz escuchaba a Wagner mientras preguntas sin respuesta se sucedían en su mente.

La pantalla del móvil se apagó y devolvió el vehículo a la oscuridad densa de la noche. Iturgaitz lo contempló un momento antes de bajar del todo la ventanilla y lanzarlo lejos, a algún lugar invisible entre los escombros y los arbustos que tapizan la ladera. No respondería más llamadas. Ya no.

Subió el cristal, subió la temperatura de la calefacción y se dejó llevar por los recuerdos. En algún lugar de un pasado que ya no importaba estaba su vida, los años vividos y los proyectados. Tiempos disfrutados, sufridos o dilapidados en la rutina, pero también trenzados de anhelos que jamás podría realizar. Sueños destruidos no por el azar, la mala suerte o la enfermedad. Sueños destruidos por quienes lo ansían todo para ellos.

El hombre que acababa de llamar parecía nervioso. Según él, había problemas inesperados, riesgos que hacían preciso abortar la operación. Utilizó esa palabra, «abortar», como si el asesinato que tenía planeado fuera un nacimiento, el comienzo de algo bueno, algo mejor que un presente de náuseas y mendicidad.

Y lo era. Era mejor.

Con una sonrisa de rabia, decidió que nada le impediría llevarlo a cabo.

Osmany subió hasta el cuarto piso casi de puntillas. Con mucho cuidado, introdujo la llave en la cerradura y la giró procurando que el clic del mecanismo no despertara a las mujeres. Por primera vez desde su llegada, había disfrutado de una tarde agradable en compañía de su nuera y de su nieta. No quería estropearlo provocando el llanto de la pequeña pasadas las once de la noche. Sin embargo, cuando abrió la puerta y se tropezó con los ojos encendidos de Nerea, comprendió que no sería Maider quien fastidiara el día.

—¡Tú, cabronazo! ¿Quién te crees que eres para traer putas a mi casa? ¿Quién te crees que eres, eh?

—¿Qué?

—Una puta, sí. ¡Una puta negra! —gritó Nerea arrojándole a la cara una bolita de papel que Osmany consiguió cazar antes de que cayera al suelo—.

Se planta aquí, como si esta fuera su casa, preguntando por el padre de mi marido. ¡Una puta, joder! ¿Estás loco o qué te pasa?

Cerró de un portazo dejando a Osmany en la escalera, la sorpresa esculpida en el rostro, una fugaz esperanza abriéndose camino entre sus dudas. Alisó la cuartilla y, bajo la titubeante luz del descansillo, consiguió leer los irregulares trazos de una escritura de apariencia infantil:

Por favor, mañana a las 11 en el K2.

KATY

Abandonó el portal completamente abstraído, tan metido en su propio mundo que ni se percató de haber pisado con las botas militares la mano del borracho que vaciaba un cartón de vino sentado contra el portal. Caminó entre calles soñolientas, medidas por los bostezos de las farolas y el lejano rumor de algún vehículo descarriado, recreando en su imaginación una y mil veces el encuentro con la joven prostituta, inventando decenas de versiones sobre la muerte de su hijo, dejándolas desvanecerse entre la bruma de la noche para reconstruirlas y desecharlas sin tiempo de analizarlas. Faltaban menos de doce horas para la cita, para encontrar ese lugar desconocido bautizado como una montaña inexpugnable, pero Osmany se sentía incapaz de soportar la espera. Vagabundeó, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el pavimento, dejando atrás lonjas cerradas, comercios dormidos y portales entreabiertos en los que parejas de adolescentes fingían amarse con los calzoncillos en los tobillos y las faldas arremangadas. Como siempre, terminó frente al lugar donde, según los investigadores, asesinaron a Camilo.

De los quince días que llevaba en Bilbao, diez los acabó allí, encajonado entre los andamios que envolvían el mercado y la parada del autobús, escuchando el rumor de la ría, veloz de lluvia y otoño, interrogando sin palabras a las farolas, a los arbolitos desnudos y al propio cauce, solícito guardián de secretos invisibles. Nunca consiguió respuestas. Al contrario, las preguntas se multiplicaron cuando presencié otro asesinato. Aspiró el aire frío, húmedo y reconfortante, barrió con la mirada la orilla opuesta, el muelle

y, sobre él, la calleja donde murió Rosa María, donde pudo morir Camilo, y creyó intuir, en el altivo silencio de los bloques de viviendas y el hosco mutismo del cemento, que Bilbao lo rechazaba. Bilbao, como su nuera, se negaba a aceptarlo, indeseado intruso empeñado en remover conciencias y despertar fantasmas. Como metáfora de su propia insignificancia, solo una puta dominicana parecía dispuesta a hablar con él. Aunque, entonces, a su espalda, una voz conocida le recordó que no estaba solo.

—*Továrishch.*

Nunca hasta entonces ese saludo, tantas veces correspondido en la academia Frunze de Moscú, le sonó tan amenazante. Sin soltar la barandilla, subió un pie a la barra horizontal y se volvió aparentando tranquilidad. Allí estaban. Los rusos. Dos tanques de los años ochenta, quizá torpes, probablemente lentos, pero, sin duda, mortíferos. Uno de ellos, el más alto, lucía un puño americano en la mano derecha. El otro empuñaba una barra retorcida arrancada de las obras del mercado. Bajo sus cejas, los ojos despedían chispazos sin vida, como la mueca de sus sonrisas. Confirmaron de un vistazo que no había incómodos testigos a la vista y avanzaron hacia el cubano.

Osmany ni siquiera necesitó pensar. Trepó la barandilla y se lanzó al agua.

Los quinientos sesenta caballos del M6 Coupé rugieron cuando Leonardo pisó a fondo antes de girar bruscamente y tomar la salida de Balmaseda. Circular por una vía urbana, donde las señales luminosas insistían en limitar la velocidad a sesenta kilómetros por hora, no le preocupaba. Tomó a más de cien la curva que, sobre la variante, trepaba la loma de Kastrexana y, en un descenso vertiginoso, se precipitó hacia Las Encartaciones, el estrecho valle labrado por el río Kadagua que une, o separa, Burgos y Bizkaia. El BMW volaba sobre el asfalto sorteando las luces mortecinas del resto de los automóviles, pequeños y fracasados frente a su poder; devorando la distancia, minimizando el tiempo, pero, sobre todo, colmando de placer a su conductor. Un BMW M6 Coupé de quinientos sesenta caballos no es un coche. Es una meretriz presta a satisfacer ansias más allá del sexo, a certificar la hombría de su pagador y, en un éxtasis cercano al orgasmo, convertir en triunfador a cualquier miserable con cien mil euros ahorrados.

Leonardo Goikoetxea fue un miserable. O eso creyó siempre. Criado en un diminuto apartamento de la margen izquierda del Nervión, respirando cada amanecer el cáncer etéreo de los hornos altos de Sestao, no supo lo que significaba estrenar una prenda de ropa o un par de zapatos hasta bien entrada la adolescencia. Las zapatillas de deporte le llegaban desgastadas, atufando a los pies infectos de Gabriel, su hermano mayor. Si sus vaqueros no se caían a trozos era porque sus primos de Getxo, los niños bien de la familia, le regalaban los que se les quedaban pequeños. Y en clase lo llamaban el Punki porque sus cazadoras, heredadas del primogénito, siempre lucían eslóganes de los Sex Pistols o letras de Eskorbuto y Cicatriz que no conseguía borrar. Aunque jamás se atrevió a decirlo en voz alta, se alegró, y mucho, el día en

que Gabriel, con solo diecinueve años, apareció desmadejado entre la basura de una calle desierta, con una jeringuilla colgándole del brazo y el vacío en los ojos abiertos. Entonces comenzó a acompañar a sus padres a comprar zapatos nuevos. Entonces pudo elegir entre las pocas chaquetas asequibles a su economía y concederse raquíticos caprichos. Y comprendió que no era malo celebrar su buena suerte. Que llorar por un hermano carecía de sentido si su pérdida le mejoraba la vida.

Con el tiempo, dejó de esperar la desaparición espontánea de todo aquello que impidiera, o dificultara, el único proyecto claro de su vida: huir de la cárcel de miseria donde lo recluyeron nada más nacer; romper esos barrotes de contaminación, carencias y podredumbre para alcanzar, lo antes posible, el cielo de los elegidos. Era mucho mejor ignorar cualquier impedimento de índole legal, ética, moral o ecológica.

El suave ronroneo del motor, un gigantesco felino tumbado panza arriba, no hacía suponer que viajaba a ciento cincuenta kilómetros por hora. A las once y media de la noche, el corredor era una franja de asfalto desierto iluminada por esporádicos mares de luz ambarina que morían nada más nacer, sumiendo el vehículo en una oscuridad rota por los dos pequeños puntos que brillaban en el retrovisor.

Estaba cansado. Había pasado toda la tarde preparando la defensa para una de tantas causas que el bufete dejaría pudrirse hasta su prescripción, y tenía ganas de llegar a casa. Los juicios lo aburrían, aunque formaran parte de su vida. Como promotor inmobiliario de escaso capital y honestidad nula, conocía bien el camino de los tribunales. Aprendió pronto que, en los contados casos en que sus letrados no conseguían enfangar todo el proceso, las penas eran irrisorias en comparación con la rentabilidad del negocio juzgado. Bastaba crear una sociedad para cada promoción, poner casas y vehículos a nombre de la esposa, y asumir que, muy de vez en cuando, visitaría de forma testimonial la cárcel de Basauri. A cambio, el poderoso abrazo del BMW, la mansión en Villasana de Mena y, oculto a sus acreedores, un caudal creciente e intocable. No pudo evitar una sonrisa al recordar a los compradores de su última urbanización, jamás iniciada a pesar

de que los interesados desembolsaron años atrás el cuarenta por ciento del precio de venta. «¡Miserable!», aullaban mientras, a la puerta del juzgado, la policía intentaba contenerlos. «¡Miserable!». ¡Qué equivocados estaban! Leonardo Goikoetxea había escapado, para siempre, de la miseria.

El interior del Mitsubishi Montero estaba cortado a la medida de Gustav Sørensen. Elegante, pero recio. Cuero negro en la tapicería, relojes deportivos, mucho espacio entre volante y asiento, y buena altura, como demandaban sus dos metros y cinco centímetros de músculo y rabia. Bajo el capó, protegido por la alta barra parachoques, una bestia capaz de remolcar un camión a lo largo de la ría emulando a las sirgueras de cien años atrás. Allí, rodeado de la tecnología más moderna, arrullado por el murmullo del motor, embriagado por el aroma de los asientos, las alfombrillas y el salpicadero, Gustav Sørensen se sentía feliz. Y hacía tiempo que no se sentía así. Desde que la realidad se empeñó en velar la traidora magia de sus sueños.

Dejó que el vehículo se deslizara sin ruido por la salida de la autopista. La carretera descendía en una diagonal huérfana de farolas hasta la ría, justo donde un monstruoso viaducto saltaba el cauce y las viviendas. Sobre su lomo, el tráfico bordeaba Bilbao saturando el aire de contaminación y acelerones, pero debajo, en paralelo a las curvas del Nervión, las casas dormían y los coches se encogían contra las aceras en espera del mañana. Cuando llegó al cruce, detuvo el motor, apagó las luces y esperó.

A Gustav Sørensen lo bautizaron así en el instituto. Gustav era un nombre acorde con su estatura, su larga melena rubia y sus ojos azules. Le gustó tanto que incluso se inventó un apellido. Fue Sørensen en las discotecas cuando, bajo juegos de luces destinados a enmascarar la verdad, las muchachas caían rendidas ante su porte escandinavo. «Sørensen», rezaban las ineficaces tarjetas repartidas a manos llenas durante su breve aventura como autónomo. Y como Sørensen lo conocía quien, hacía unas horas, lo llamó para advertirle del peligro.

«Trabajar con tontos tiene sus riesgos», pensaba tamborileando sobre el volante con las yemas de los dedos. Frente a él, la calle descendía en línea recta hacia el corazón de Bilbao, hacia su centro más lúgubre y olvidado. Por ahí debía aparecer. Le sobraría tiempo para accionar el contacto, para salir de entre los vehículos estacionados en la isleta y abordarlo sin darle opción a reaccionar. En las tinieblas, sus grandes ojos azules despidieron un fogonazo imposible. «Nada nos impedirá seguir impartiendo justicia».

Leonardo Goikoetxea echó un vistazo al retrovisor, miró el velocímetro del M6 y se encogió de hombros. En el espejo, las luces recortaban la distancia entre ambos, a pesar de que el BMW circulaba a ciento sesenta kilómetros por hora. El corredor giraba levemente hacia la derecha, encajonado entre un circuito de karts y un campo de fútbol, allí donde las señales avisaban de su final. A un kilómetro, en la salida de Aranguren, terminaba el doble carril, y la carretera seguía su lento discurrir hacia Burgos con las mismas estrecheces del último medio siglo. Dejó escapar un suspiro condescendiente, molesto con el loco capaz de poner el coche a ciento ochenta en ese punto, y aflojó la presión del acelerador. Si el niño quería matarse por la nacional, que no contara con él. Solo restaban quinientos metros de autovía cuando un destartado Volkswagen Golf se situó en paralelo al BMW.

Surgió, como Gustav había anticipado, de entre los bloques largos y estrechos de Zamakola, por la acera del muelle. Las farolas iluminaban a trompicones su rostro, más avejentado que viejo, la ropa ajada y las greñas descuidadas. El Nervión bramaba contra las rocas del cauce, ansioso por llegar a ese lugar donde, incapaz de permanecer en la reposada calma del Abra, el mar sube a buscarlo cada doce horas. En el interior del Montero, Sørensen pisaba el embrague y sonreía con labios tensos y dientes apretados. Ajeno a todo, el hombre paseaba disfrutando de la tregua de la lluvia, el sonido del río y la calma de una noche sin paraguas. Un fugaz rayo de luna logró filtrarse entre

las nubes y rebotó en el arco de la autopista. Se alzó el cuello de la chaqueta, confirmó que no hubiera tráfico a su espalda y atravesó la carretera.

Gustav lo sabía. Allí, donde Zamakola se une al muelle de Urazurrutia, el peatón se ve obligado a cruzar, o bien a seguir por la calzada. Se ve obligado a exponerse. Allí no hay escapatoria posible. Tampoco testigos, aunque eso era lo de menos. Metió primera e, incapaz de contener un alarido de triunfo, aceleró a fondo. Y cuando notó el impacto, y las ruedas del Mitsubishi pasaron por encima del desgraciado que, segundos antes, disfrutaba del reflejo de la luna sobre un puente, el grito se transformó en una carcajada larga y desquiciada.

Leonardo Goikoetxea creyó intuir su destino en la silueta del Golf, un rectángulo negro recortado sobre el negro de la noche de cuyo interior, como una llamada a la batalla, brotaba a todo volumen «La cabalgata de las valquirias». A medianoche, sin más compañía que alguna farola lejana, los destellos rojos y azules de las señales indicativas del fin de la autovía, y la sombra que lo adelantaba justo cuando desaparecía el segundo carril, sintió algo semejante al miedo. Apenas un fugaz chispazo de pavor pretérito, indescriptible y, por supuesto irracional. Estaba en un M6. Allí, ningún temor, ninguna amenaza, podría alcanzarlo.

Entonces, el Golf frenó en seco.

Y Goikoetxea se empotró contra él a ciento veinte kilómetros por hora.

Percibió el estruendo de la carrocería al doblarse bajo el brutal impacto, el estallido de cristales rotos y el golpe sordo de los airbags cuando se abrieron para envolverlo en un abrazo tan árido como eficaz. Y aún tuvo tiempo de alegrarse de pilotar un BMW, de no ser ya el miserable que, en un tiempo olvidado, conducía un herrumbroso Seat 127 en el que habría muerto en el acto. Durante un último segundo confirmó que el dinero lo podía todo. Incluso salvarle la vida.

El segundo que tardó la bomba en estallar.

Sobre el asfalto quedó una pira de hierros retorcidos y restos humanos, una pira hedionda a carne chamuscada, pólvora y gasolina, cuya humareda dispersó por la carretera y los campos colindantes decenas de pequeños pasquines con una sola palabra impresa: JUSTICIA.

SEGUNDA PARTE

VENGANZA

*somos pequeñas bombas de odio,
es nuestra única solución.
Somos los últimos, los peores.
Somos sobras de esta civilización.
Montando bronca nos desahogamos.
Cuanto más fuerte, más molestamos.
No quieren vernos, pero aquí estamos
marcándonos nuestra pequeña venganza.
Nada nos mueve. No hay esperanza.
¡Venganza!*

La Polla Records,
«Venganza».

JUEVES

6 DE NOVIEMBRE DE 2014

Cuando despertó, las articulaciones le dolían de años y humedad. Permaneció unos segundos inmóvil sobre el colchón, estudiando la oscuridad y las imágenes impresas en su mente: un río de aguas turbias, el perfil verde de la jungla y las siluetas de los soldados de Mobutu. La orden de retirada y las miradas aterradas de los dos jovencísimos congoleños que quedaron sitiados por el ejército gubernamental. Y el momento en que, desobedeciendo una orden directa del propio Ché Guevara, abandona su parapeto para lanzarse contra los camiones militares barriendo de plomo la carrocería. Un acto de insubordinación tan valiente como absurdo, porque los soldados lo siguen hasta a esa torrentera sin huida posible, y la corriente donde busca salvarse es la misma que lo ahoga poco a poco.

Tomó aire, una ansiosa bocanada de supervivencia, y se obligó a recordar que seguía en el piso de su nuera, que el Congo y el fracaso de la utopía quedaban lejos, a casi cincuenta años de distancia. Despacio, abandonó las sábanas oscurecidas de sudor y cojeó hasta la cocina. La noche se cerraba sobre la vivienda, diluida por el tenue brillo de la única farola del cantón. A tientas, buscó la leche y calentó un vaso en el microondas. No necesitó un termómetro para saber que tenía fiebre. Maldiciendo sin palabras a los nazis rusos, acompañó la bebida con una pastilla de paracetamol y regresó a acurrucarse bajo la manta. Otro río, otras aguas turbias y furiosas, acababan de evitar que dos gorilas esclavos le destrozaran el cráneo. Y aunque los temblores no remitían, aunque la cabeza amenazaba con estallarle y la frente le ardía, esbozó una sonrisa al recordar la velocidad de la corriente y confirmar, una vez más, que los años le robaban fuerza y agilidad pero, a

diferencia del común de los mortales, se resistían a compensarlo con prudencia.

Ya nada podía contener a la prensa.

La autovía que une Zalla con Bilbao permaneció cortada toda la noche, rodeada de vehículos de la Ertzaintza que solo permitieron el paso a las ambulancias, sus propios expertos, la comitiva judicial y, por fin, cuando entre las nubes enlutadas comenzó a filtrarse el asustadizo resplandor de la mañana, a las grúas. Los periodistas quedaron fuera, pero eso no fue óbice para que, desde las laderas adyacentes, desde lo alto de sus propias unidades móviles o colándose por los prados lindantes, consiguieran reconstruir el crimen gracias a las imágenes de los vehículos, enlazados en un abrazo mortífero, y a fotografías más o menos explícitas de las víctimas. También vieron las cuartillas que, empujadas por la explosión y el aire cálido del incendio, regaron el entorno con un mensaje que, hasta entonces, solo el autor de un blog cuya veracidad se mantenía en cuarentena se atrevió a divulgar.

Quienes, al despertar, acostumbran encender la radio, poner la televisión como aséptica compañía de cada desayuno o buscar en el *smartphone* novedades capaces de animar una jornada más de trabajo, o de tedio impuesto, supieron al momento que en Euskadi, en un pequeño pueblo de Las Encartaciones, un coche bomba había acabado con la vida de una o dos personas. Se enteraron de que esa misma semana hubo más muertes, camufladas hasta entonces bajo la forma común de la violencia. Tres o cuatro atentados terroristas dirigidos contra quienes, en palabras de los primeros políticos que se animaron a desempolvar las condenas de siempre, constituyen uno de los pilares fundamentales de la sociedad: los empresarios.

A pesar del secretismo del trabajo policial, a pesar de que el responsable del operativo se limitó durante toda la noche a remitir a los reporteros a la

rueda de prensa de la Consejería de Interior, pronto se filtró la identidad de la víctima: Leonardo Goikoetxea, promotor inmobiliario de cincuenta años que regresaba al hogar, un chalet en la localidad burgalesa de Villasana de Mena, cuando lo asesinaron. Un promotor polémico, envuelto en innumerables procesos judiciales de los que, por regla general, salió bien parado, lo que no impidió que su biografía se llenara de intentos de agresión e innumerables amenazas. Amenazas que crecieron de forma proporcional al incremento de las quiebras de sus promotoras y la desaparición del dinero adelantado por los clientes. Los medios pronto establecieron analogías con José Antonio Martínez, directivo de empresas desmanteladas sin asumir las deudas contraídas, y con María Estela Delgado, presidenta de una de las constructoras más golpeadas por huelgas y reducciones de plantilla en los últimos años. Más complicado les resultó relacionarlo con el de Rosa María Villate, en especial tras tropezarse con la nota publicada en 2010 por la Coordinadora Antidesahucios, donde se felicitaba a su oficina por haber liberado de las obligaciones de su aval a una anciana sin apenas recursos en el momento de ejecutar un préstamo inviable. Y cuando, recurriendo a contactos en Interior, confirmaron que la pintada aparecida junto a su cadáver había sido obra de Markel Arana, eliminaron a la mujer de una lista inexistente horas atrás y que, de golpe, contaba con tres víctimas de un terrorismo dispuesto a golpear con bates, cuchillos y coches bomba.

Quienes, soñolientos, hastiados de la lluvia y los madrugones, inundaron las estaciones de metro y autobús, colapsaron con sus vehículos las calles encharcadas o, simplemente, permanecieron en sus hogares observando a través de las ventanas el paisaje triste del desempleo, no pudieron evitar preguntarse si la tranquilidad alcanzada tras el final de ETA no había sido sino un fugaz espejismo de dos años.

Seguía lloviendo.

Un sirimiri repetitivo hasta la extenuación velaba las siluetas de los muelles, del carguero que se alejaba sin prisa de la costa, el perfil encogido del Serantes y las monstruosas pajaritas eólicas aferradas al dique de Poniente. Las nubes ocultaban los últimos destellos de una luna de papel, frágil frente a la borrasca que parecía vivir y reproducirse sobre las aguas del Abra. El viento azotaba las hojas de los árboles y hacía tintinear los mástiles de los veleros atracados en el puerto deportivo. Nadie caminaba por allí aquella fría madrugada de jueves, nadie hacía deporte ni sacaba el perro a orinar entre los coches. Como dos noches atrás, el paseo que une Neguri con el Puerto Viejo de Algorta a lo largo de la playa de Ereaga se veía desierto y oscuro, adecuado para correr y reflexionar a un tiempo, ideal para una emboscada sin testigos.

Hacía años que Maruri no corría ni para coger el tren. Pero solía aprovechar sus largas caminatas entre Punta Galea y Sopela, o desde su vivienda hasta el puente Colgante, para tratar de desenredar las marañas financieras que López de Incer le encomendaba. Pero ahora bajaba a la playa en busca de las piezas de un rompecabezas que no había comenzado a desempaquetar.

Aclarar el destino de fondos mal contabilizados, documentar un desfalco o localizar al culpable de compraventas anormalmente onerosas llegó a convertirse en algo aburrido de tan simple. Al fin y al cabo, los delitos económicos tenían un móvil único y universal: la codicia. Tirando de ese hilo no solía resultarle difícil dar con el dinero evadido, y con el responsable de su desaparición.

Un asesinato era algo nuevo y diferente. Para empezar, no sabía cuáles eran las preguntas importantes, cuáles lo llevarían a una conclusión satisfactoria. Parecía obvio que, en el caso de Estela, el motivo fue la venganza, una venganza travestida de justicia, según la reivindicación borrada por la Ertzaintza. Pero descartar a los principales sospechosos lo devolvía al punto de partida, que no era el quién ni el porqué, sino el cómo. A pesar de que no era criminalista, tenía la vaga sensación de que la forma que el asesino había escogido para perpetrar el crimen decía mucho de él. Un navajazo en plena noche no tenía nada que ver con un coche bomba, por mucho que insistieran los comentarios repetidos hasta la saciedad en el noticiero del radiodespertador. Los métodos delataban que los verdugos de las últimas víctimas habían sido personas distintas. Que formaran una misma banda de pirados no cambiaba esa certeza.

Junto al borrón con el que la policía fue incapaz de ocultar una pintada, esperaba Luis Enrique Delgado. Fue Maruri quien lo llamó, con la esperanza, bastante remota, de que pudiera ayudarlo a desandar los últimos pasos de su hermana. Se saludaron con un rápido apretón de manos, protegido cada cual por su paraguas y sus dudas y, sin necesidad de decir nada, permanecieron unos segundos en silencio en el punto donde María Estela cayó herida de muerte. El lugar, pensó Maruri mientras la mirada de Luis Enrique cabalgaba sobre la cresta de las olas, era perfecto. La curva los protegía de las miradas indiscretas de los vecinos del Puerto Viejo. Desde el otro lado, por donde acababa de bajar el propio Maruri, solo alguien que estuviera muy atento lograría comprender lo que sucedía, si acaso lluvia y tinieblas lo permitían. Pero el atacante dominaba el paseo hasta el lejano restaurante Igeretxe, por lo que, antes del ataque, pudo descartar la presencia de testigos.

—El asesino la vio llegar desde muy lejos. Sola. Sin compañía, sin guardaespaldas. Sin testigos.

Maruri asintió con la cabeza. Parecía que Luis Enrique acabara de leerle la mente, aunque, dado el motivo de la reunión, no tenía demasiado mérito.

—Y ella, ¿no lo vio a él? Aquí no hay donde esconderse. O bien venía corriendo desde el Puerto Viejo, como si él también estuviera haciendo

footing, o estaba aquí plantado, contemplando el paisaje.

—¿A las seis y media de la mañana? ¿Lloviendo?

Maruri se encogió de hombros y echó a andar hacia las casas.

—¿Y si salió de un coche?

Lo había pensado. La posibilidad de que el criminal hubiera llegado en un vehículo fue la primera que se planteó. Y la primera descartada. La carretera moría allí, junto a las escalinatas del Puerto Viejo, donde el Porsche Cayenne de Luis Enrique descansaba con la omnipresente figura de Pablo García en el asiento del acompañante. Un coche solo podía escapar saliendo por donde había entrado. Cuando planificó el atentado, el asesino debió de prever que alguien, desde la distancia, pudiera presenciar el forcejeo, oír gritos o intuir algo extraño en esas siluetas que, bajo la lluvia, esperaban donde no había nada que esperar. Volver por el mismo camino, ya fuera a pie o sobre ruedas, significaba ofrecer al testigo un primer plano del rostro o la matrícula. No. Estaba dispuesto a jurar que huyó a través del Puerto Viejo, que trepó los irregulares escalones que conducen a la antigua villa marinera para perderse entre las calles de Algorta, llenas a esas horas de obreros camino del metro, estudiantes apretujados bajo la marquesina del autobús, y madres ojerosas conduciendo a empujones a sus hijos al colegio.

Como el muelle, como el paseo y la playa, el Puerto Viejo estaba desierto. Las antiguas casas de pescadores se apretujaban en busca de un calor inalcanzable. A pesar de la cercanía del alba, la oscuridad cubría los árboles desnudos de la plaza con un velo de silencio.

Olía a vacío, a senectud de vigas dobladas bajo el peso de los años. A Borja se le hizo extraño el mutismo de las viviendas, las puertas cerradas de las tabernas, las mesas de las terrazas cubiertas con toldos anegados de lluvia y hojas marchitas. El eco de sus pasos rebotaba en las paredes, contagiado quizá del espíritu dormido de una aldea sin ganas de desperezarse.

—Dime, Luisen, ¿conocías bien a tu hermana?

Luis Enrique se encogió de hombros.

—Lo normal, supongo. Ya no éramos unos críos, y los miembros de una familia tienden a separarse a medida que crecen. Nuestra madre murió

estando yo en Italia, en un curso de posgrado, y cuando regresé fui incapaz de permanecer en la casa de mis padres. Al fin y al cabo, llevaba años en el extranjero, y necesitaba mi propio espacio.

—Estela siguió con tu padre.

—Sí. Vivían los dos solos en esa chabola de ahí. —Señaló con un gesto ambiguo el lado opuesto de la bahía, la hilera de mansiones que, alineadas frente al Cantábrico con firmeza militar, parecían diluirse bajo el hastío de la llovizna—. Esa que queda más cerca del Club Marítimo, donde tengo el yate.

—¿Un yate? Eso sí que me da envidia.

—Bueno, no es mío. Es del viejo, pero soy el único que lo usa. A Estela nunca le gustó navegar, y él hace tiempo que apenas sale de casa.

—¿Os veáis mucho?

—Bastante. Cuando estaba aquí, pasaba todas las semanas a hacerles una visita.

—¿No sueles estar aquí?

Mientras hablaba, Maruri no dejaba de buscar con la mirada un bar, una cafetería, una tahona abierta en esas horas todavía soñolientas.

—No mucho. Ya te dije que a mí el tema de la constructora no me va. —Luis Enrique se detuvo a encender un cigarrillo antes de seguir hablando—. Se trata de un sector demasiado maduro, donde el único reto es ganar la mayor cantidad posible de dinero.

—No es un mal reto.

—Ya. Pero hace mucho que el dinero no me importa. Desde que dejamos el barrio y nos mudamos a Las Arenas, he manejado mucha más pasta de la que necesito. No. Lo que me gusta del mundo empresarial es su capacidad para cambiar las cosas.

—¿Te refieres a las nuevas tecnologías?

—Sí. Estudié Empresariales en Deusto porque mi padre quería que lo ayudara a dirigir el *holding*, pero enseguida me di cuenta de que eso no era lo mío. Hubo bronca cuando terminé y, en vez de especializarme en Dirección de Empresas en alguna universidad de prestigio, me apunté a un posgrado de Inteligencia Artificial y Economía de la Información en el Politécnico de

Turín. Cuando has estudiado eso, regresar a Construcciones Delgado es como bajarte del Enterprise y entrar en la Edad de Piedra.

Maruri asintió sin prestar apenas atención. En el extremo opuesto del pueblito, donde las callejuelas empedradas ceden su lugar al asfalto, donde los coches se apelotonan frustrados por no poder invadir con su intolerancia aquel pequeño oasis de calma peatonal, había una cafetería estrecha y descuidada.

Y estaba abierta.

—¿En eso trabajas? —preguntó mientras le franqueaba la puerta del local.

—Hombre, trabajar... Invierto en eso. He metido capital en alguna empresa de inteligencia artificial, de biotecnología y de robótica. Ninguna en España, por cierto. Por eso te digo que paso temporadas fuera. Me gusta cuidar de mis inversiones.

Maruri no respondió. Su interés se centraba ahora en el televisor que dormía acumulando polvo en una esquina, en la reproducción a escala de un bonitero con los aparejos extendidos y el retrato de un marino de rostro anguloso. En las paredes sin ventanas.

La barra era alargada y mate, pulida tras años de permitir que vasos y botellas se deslizaran por su superficie. Detrás, una mujer nervuda los estudiaba con una bienvenida entre los labios y el sueño incrustado en las ojeras.

Fue ella quien, tras servirles un par de cafés demasiado calientes, inició la banal conversación de todo camarero aburrido, sorprendida de encontrarse con rostros desconocidos en horas reservadas a los mismos madrugadores de cada jornada. Maruri no dejó escapar la ocasión.

—No, no suelo pasar por aquí —respondió tras el primer sorbo—. No me pillas de camino a ningún sitio.

—A nadie le pillas de camino. La gente no baja a la playa a estas horas, al menos en noviembre. Yo abro para media docena de jubilados, de esos que no saben quedarse en la cama, como me pasa a mí. Para las seis ya estoy aquí, poniendo cafés y preparando los pinchos de mediodía.

Borja improvisó un ademán distraído mientras confirmaba que, además de la puerta de entrada, el ventanuco de la cocina daba a la calle que subía en

dirección a Algorta. La única por donde pudo escapar el asesino de Estela si decidió hacerlo a través del Puerto Viejo.

—Ya. A mí también me cuesta dormir. Sobre todo, últimamente. —Agachó la cabeza sobre la taza y buscó un tono lastimero—. ¿Sabes la chica que mataron el otro día aquí al lado? Se llamaba Estela. Era amiga nuestra —la mujer le lanzó una mirada de sorpresa y compasión—. Desde entonces, no pego ojo. Me desvelo pensando cómo es posible que alguien se cargue a una tía que hace *footing* sin que nadie lo impida, sin que nadie llame a la policía o haga algo, ¡yo qué sé! Al final, he tenido que venir a comprobarlo por mí mismo. Y la verdad es que por aquí no pasa ni un alma.

Luis Enrique comprendió el movimiento y, con semblante apesadumbrado, le dio un par de palmadas en la espalda, un amigo tratando de levantar el ánimo a un colega hundido tras la desgracia. La mujer cerró una mano sobre su brazo, inerte junto a la taza, y dejó pasar unos segundos para que el silencio dijera lo que las palabras no podían. Después, fue ella quien habló.

—No, ni un alma. De hecho, esa mañana yo estaba en el bar y solo vi pasar a una persona.

Incrédulo, Maruri alzó la cabeza mientras el brazo de Delgado se crispaba sobre su hombro.

—¿A esa hora? —Ella le soltó el brazo y asintió—. ¿Y no has pensado que pudo ser el asesino?

—¡Claro! —La mujer pareció ofenderse por la pregunta—. Por eso llamé a la Ertzaintza cuando me enteré.

Demasiado rápido. Demasiado sencillo.

—¿Y qué fue lo que viste?

—Bueno, ya se lo conté a ellos. Por aquí no pasa nadie a estas horas, mucho menos cuando jarrea. Yo nunca pongo la tele, así que cuando me aburro me asomo a la puerta o la ventana. Y vi a una persona subiendo hacia Algorta. Solo una.

—¿La viste bien?

Comprendió que la ansiedad de su tono comenzaba a ser contraproducente. Ella dio un paso atrás y buscó debajo de la barra una bayeta con la que

entretenerse.

—No, bien no, ya se lo expliqué a ellos. ¿Acaso importa? —susurró sin dejar de frotar platos con el paño.

Maruri regresó a su café en un torpe intento por disimular unos nervios que amenazaban descontrolarse. Estaba cerca, muy cerca. Pero no sabía cómo seguir.

—Tiene razón.

La voz de Luis Enrique se filtró entre las ideas, cada cual más absurda, que la mente de Borja inventaba para tratar de rehacer una confianza que comenzaba a resquebrajarse. Tragó saliva. Una palabra equivocada y se acabarían sus esperanzas.

—Nada nos devolverá a Estela —prosiguió Luis Enrique—, pero si supiéramos...

—El caso es —se apresuró a interrumpirlo Borja— que un amigo, uno de la cuadrilla, llevaba años enamorado de Estela. Bueno, salieron juntos, pero hace unos meses ella lo dejó. Y últimamente está..., no sé, está raro. No quiere hablar de ella, y si alguien la menciona suelta una burrada de esas que no deben tomarse en serio.

Apoyó los codos en la barra y se cubrió el rostro con las manos. Tenía la impresión de que la mentira era fácilmente interpretable en sus facciones. A su lado, Luis Enrique guardaba silencio.

—Solo quiero estar seguro de que no ha cometido ninguna locura.

—¿Le contaste eso a la policía? —preguntó la mujer.

—No. No hemos hablado con nadie. No tenemos motivos para denunciar a nadie, y menos a un colega. Pero tengo miedo. Y no sé qué hacer.

—¿Cómo es vuestro amigo?

—Pues, más o menos como yo —improvisó a toda velocidad—. Igual de alto. Y un poco más flaco. Ahora mismo lleva el pelo rapado. No sé qué más decirte. Guapete, pero sin exagerar.

—Estate tranquilo. —Un par de palmadas en el dorso de la mano, una sonrisa de optimismo—. No fue él. Al menos, no es el tipo que vi yo. Aquel

era bajo y gordito. No era ningún chaval. Y aunque la capucha del chubasquero le tapaba la cara, estoy segura de que llevaba gafas.

—¿Qué coño hiciste ayer?

Nerea estaba en la puerta de la habitación con un pantalón empapado entre las manos y el asco impreso en el rostro. Sobre el parquet caían gotas marrones y malolientes, las mismas que, siguiendo sus pasos, dibujaban entre el aseo y el dormitorio un sucio riachuelo. Osmany se incorporó con dificultad. La cabeza no le dolía tanto, pero el frío lo envolvía en un abrazo repulsivo. Tiritando, tomó asiento en el catre y consiguió enfocar con la mirada la ropa abandonada de cualquier manera cuando regresó de su indeseada visita a las aguas del Nervión. Comprendía el enfado de su nuera. Aquello apestaba.

—Lo siento. Déjalo. Yo lo lavo.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué pasó ayer? —insistió en un tono ligeramente menos arisco del habitual.

—Me caí a la ría.

—¿Qué?

No fue una pregunta. Fue un grito de incomprensión, de angustia. De miedo. Era lógico, pensó el cubano mientras se envolvía con la manta y, haciendo caso omiso del quejido de sus articulaciones, abandonaba el lecho. Pocos meses después de que el cuerpo de su marido apareciera en el fondo del cauce, su suegro seguía el mismo camino. Contarle que saltó voluntariamente para escapar de un par de fascistas rusos no le pareció necesario.

—Me caí. Estaba sentado en la barandilla y resbalé. Los años no pasan en balde.

Nerea no replicó. En su rostro, la duda y la inquietud le afilaban las facciones, le endurecían el rictus de los labios y cubrían sus pupilas de una

fina lámina de humedad. Sin palabras, retrocedió sobre sus pasos. Osmany la oyó trastear en la lavadora. Todavía tuvo tiempo de sorprenderse, y maravillarse, cuando oyó que le gritaba desde la cocina:

—¡Quédate con Maider en el salón, que ahora te llevo un café!

Dueño de un optimismo velado por la sospecha de una gripe incipiente, se acomodó en el sofá, junto a la minicuna donde su nieta dormía ajena al repetitivo bullicio del televisor. Cerró los ojos y recostó la cabeza en el respaldo hasta que una frase lo hizo erguirse y prestar atención:

«... Decenas de panfletos con la palabra “Justicia” rodeaban los cadáveres...».

Nerea no estaba viendo uno de los corrillos que absorbían su interés cada mañana. Impreso en grandes caracteres bajo la imagen del locutor se leía: «Especial Informativo».

Siguió escuchando.

«Estamos a la espera de la comparecencia de la consejera de Interior, que ha citado a los medios para dentro de un par de minutos, a las diez de la mañana».

¿Había dormido hasta las diez? La luz que entraba por el balcón y sus escalofríos se encargaron de confirmárselo.

«Mientras tanto, recordemos que el de esta mañana es el tercer empresario asesinado en Bizkaia desde el pasado domingo. Los tres dirigían firmas del sector de la construcción y, en el pasado, los tres se vieron envueltos en conflictos laborales, quiebras y suspensiones de pagos. Aún no hemos podido confirmar si recibieron amenazas con anterioridad, aunque todo indica que sí, al menos en el caso de Leonardo Goikoetxea».

Osmany se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las piernas y se ciñó la manta sobre el pecho. ¿Quién era ese Leonardo Goikoetxea?

«Nos indican que la consejera va a comenzar su comparecencia. Vitoria, adelante con la conexión».

Nerea llegó con un vaso humeante en una mano y un plato con galletas en la otra, las depositó delante de su suegro y se dejó caer a su lado tras echar un vistazo a la pequeña. Osmany dio un trago, cerró los ojos disfrutando del

calor del café y lo devolvió a la mesita. En la pantalla, una mujer de cabello corto y expresión sombría leía una nota oficial sin apenas mirar a la cámara.

«... Se trata de un tipo de acción criminal inédita hasta ahora en Euskadi. Tras el exhaustivo análisis realizado durante toda la noche por técnicos de la Ertzaintza, podemos afirmar que nos encontramos ante un atentado suicida».

Una pausa. La consejera alzó la vista hacia los periodistas, dejó pasar unos segundos, como si esperara una exclamación de asombro de un auditorio infantil, y siguió leyendo:

«De las marcas del asfalto se deduce que ambos vehículos circulaban a gran velocidad. En el punto donde termina la doble vía, el asesino frenó y el coche de la víctima se empotró contra él haciendo explotar la dinamita que portaba en el maletero. Dadas las pocas horas transcurridas, no podemos confirmar si la bomba explotó a causa del impacto o fue detonada. En cualquier caso, es indudable que nos encontramos ante un asesinato. La posibilidad de que un accidente fortuito hiciera estallar una carga transportada de forma ilegal o irregular se ha descartado por completo. Se trataba de una bomba lista para explotar».

Mientras la consejera hacía un inciso para susurrar algo al oído de uno de sus colaboradores, y en la sala de prensa se extendía el murmullo de los reporteros, Osmany corrió a su habitación y, para sorpresa de Nerea, regresó con una manoseada agenda de papel de color café y un lapicero corto y muy gastado. Cuando la responsable política de la policía siguió hablando, comenzó a tomar notas.

«La víctima, como ya adelantaron ustedes —dijo la consejera de Interior, y lanzó una mirada de reprobación por encima de unas gafas de montura transparente—, es un empresario del sector de la construcción, Leonardo Goikoetxea. El señor Goikoetxea vivía, con su esposa y dos hijos de doce y siete años, respectivamente, en la localidad burgalesa de Villasana de Mena, adonde se dirigía cuando lo mataron. A pesar de lo especulado, desconocemos con certeza el motivo de su asesinato. Es cierto que, en torno a su vehículo, aparecieron muchas octavillas con la palabra “Justicia” impresa, pero los

responsables de la investigación no consideran que se trate de una reivindicación ni un intento de justificar el crimen».

Alguien alzó la mano, incapaz de contener las ansias de iniciar el turno de preguntas, pero, desde la mesa, un individuo calvo con aspecto de haber pasado la noche en vela le ordenó bajarla sin necesidad de despegar los labios.

«El asesino también ha sido identificado. Se llama..., se llamaba Kepa Iturgaitz. Desempleado de cincuenta y cuatro años, divorciado y sin hijos, no tenía relaciones conocidas con organizaciones extremistas de ninguna índole. Como les he dicho, estamos en una fase incipiente de la investigación y las lagunas son muchas. Una de ellas es, de momento, el móvil».

Varios brazos se levantaron de golpe, pero la consejera no se dio por aludida.

«Lo que sí hemos podido confirmar es que Kepa Iturgaitz padecía cáncer de pulmón en fase terminal. Según las informaciones facilitadas por su familia, le quedaba poco tiempo de vida, lo que quizá ayude a comprender el carácter suicida de la acción».

Espiando con disimulo por encima del hombro, Nerea vio que Osmany, tras escribir en su bloc «parado + cáncer», subrayaba dos veces la primera palabra.

«Fruto de unas investigaciones que no se han permitido un minuto de descanso, la policía autonómica ha detenido esta madrugada al cuñado del asesino, un individuo de cincuenta y ocho años, camionero en una empresa de logística de armas y explosivos. El hombre...».

Por un momento la mujer se perdió entre los papeles, hasta que el calvo le señaló un punto de la hoja.

«El hombre, les decía, se llama Benigno López y, conforme a sus declaraciones, hace un par de meses comenzó a pasar a su cuñado cartuchos que distraía de los envíos. Según él, Iturgaitz los vendía a una cantera de Mañaria y con ese dinero iba tirando, ya que apenas percibía ingresos. Sin embargo, no se ha encontrado evidencia alguna de esas supuestas transacciones».

La consejera separó sus apuntes, se quitó las gafas para frotarse los párpados con parsimonia, bebió agua y, cuando se dirigió de nuevo a los informadores, su voz había perdido el tono neutro de quien lee una notificación oficial. Ahora era tajante, la voz de una mujer acostumbrada a ser obedecida.

«Quiero hacer un llamamiento muy especial a la prudencia y la responsabilidad de los medios. Hasta hoy, nada nos permite relacionar este crimen con los acaecidos esta semana. Hablar de terrorismo, como se ha oído esta mañana de forma demasiado profusa, no solo es imprudente, sino que, de acuerdo con los datos objetivos, es incierto».

Osmany entornó los párpados y, sobreponiéndose al dolor de cabeza, procuró concentrarse. Su iluso afán por conseguir dinero aportando al abogado datos útiles a su investigación le quedaba grande. Demasiado grande. No estaban ante la venganza de un obrero despedido, sino frente a algún tipo de grupo terrorista. Aunque, respondiendo a la primera cuestión de los periodistas, la consejera seguía empeñada en negarlo.

«No digo que no haya puntos de unión entre los asesinatos. Digo que nosotros no los hemos encontrado. Usted me pregunta por pintadas aparecidas en los escenarios de las primeras muertes, y yo le pregunto de dónde obtiene usted sus informaciones. ¿De un blog llamado New-Berriak? Le recuerdo que su autor ha sido detenido por falsear datos relativos a una investigación oficial, por lo que reitero mi llamada a la prudencia a la hora de obtener, manejar e interpretar los detalles de este caso».

El periodista insistía.

«Pero ¿las pintadas mencionadas existían o no?».

La consejera también.

«Eso forma parte de unas pesquisas bajo secreto de sumario, por lo que no puedo facilitarles más datos».

Ahora no fueron murmullos, sino protestas airadas y quejas en voz alta las que interrumpieron las palabras de la consejera de Interior. La mujer consiguió mantener la compostura mientras duró la rabieta, más infantil que profesional, aunque sus labios se veían pálidos y tensos.

«Perdone, consejera, pero ¿el empeño del Gobierno Vasco en negar el carácter terrorista de estos atentados puede deberse a un afán por evitar la intromisión de la Audiencia Nacional?».

La reacción de la política fue fulminante. Cerró la carpeta, se apoyó en la mesa y, con la boca muy cerca del micrófono, dejó que sus palabras fluyeran lentas y aceradas.

«No sé si es usted consciente de la gravedad de su acusación».

Hubo un amago de rebelión entre los presentes, que el calvo cortó de raíz.

«Insinuar que desde esta consejería se oriente a la Ertzaintza a actuar en uno u otro sentido por motivaciones diferentes a la mera búsqueda de los asesinos es un insulto a la institución, al gobierno y a esta consejera».

Se levantó y, dando la espalda a los periodistas, abandonó la sala de prensa sin importarle que, como alumnos malcriados, estos comenzaran a vociferar apenas la profesora abandonó el aula.

Maider eligió ese momento para despertar y llenar el ambiente de lamentos y un acre hedor a heces. Nerea la tomó entre sus brazos y se la llevó hasta el barreño que usaba como bañerita. Él, por su parte, se recostó en el sofá y revisó la libreta. Las anotaciones recientes ocupaban una de sus pequeñas páginas. En las anteriores, datos y frases dispersos en torno a las muertes de Rosa y Estela, entresacadas de sus conversaciones con Arzamendi y Maruri, y, en el interior de una de las tapas, los teléfonos de ambos. Estudió las palabras yermas sobre el papel reciclado, pasó un dedo por el número de Maruri riéndose de su propia ingenuidad, de esa arrogancia que le hizo creerse un detective capaz de alimentar a su familia gracias a una perspicacia inexistente. El viento se filtró por el hueco de la ventana y le recordó que las necesidades seguían ahí, que la casa pedía reformas, las deudas saldarse y la nevera algo de vida interior, cuando lo sobresaltó el chillido del teléfono.

—¿Arechabala? Hola. Aquí Maruri..., Borja Maruri.

—Hola, Borja. ¿Ya oíste el noticiero?

—Claro. Como todo el mundo. Pero necesito hablar contigo urgentemente. ¿Podemos vernos esta mañana?

Osmany echó un vistazo a la burda imitación de carillón que, colgado junto al perchero, hacía oscilar su péndulo de plástico con una rutina impuesta por las pilas. Las diez y media.

—No sé, chico... —Bajó la voz mientras comprobaba si estaba su nuera—. Quedé a las once en un sitio que se llama K2, y no sé ni qué es ni dónde está.

—¿El K? ¿No me dijiste que vives en Somera?

—Sí.

—Pues el K2 es el bar que hay como a mitad de la calle, junto a la tienda de semillas. Tardarás dos minutos en llegar.

—¡Ah, bueno! Gracias.

«Como investigador —pensó—, no tengo precio».

—De acuerdo. En ese caso, nos vemos a las doce en el mismo sitio, el K2, ¿vale? Es un buen lugar para tomar una cerveza y hablar. Al menos lo era antes... Imagino que seguirá igual.

—Está bien. A las doce, pues.

Nerea salió del aseo con la pequeña envuelta en una toalla. Jadeando, se desplomó a su lado, secó a Maider con movimientos enérgicos, demasiado bruscos a tenor de las quejas de la niña, y le puso el pañal mientras interpelaba a su suegro.

—Osmany, hoy quería hacer unas compras fuera de Bilbao. ¿Te importa quedarte con ella toda la mañana?

Después de colgar, Maruri se recreó en la marea de nubarrones, negros como ovejas proscritas, que corría sobre los tejados de la margen izquierda. La lluvia remitía, y el viento del norte empujaba la borrasca tierra adentro dejando sobre el mar un cielo azul intenso y una temperatura más invernal que de otoño. En el Abra, un carguero traspasaba el límite de los diques, y los remolcadores que lo habían ayudado a recobrar la libertad regresaban a Portugalete dibujando una estela blancuzca sobre las aguas. La playa seguía desierta, pero por el paseo asomaban, como muñecos de un juego infantil, los primeros ociosos con ropa de deporte o acompañados de sus perros. El Puerto Viejo, encogido contra la ladera, era invisible desde la vivienda, pero el recuerdo de sus callejas vacías, anegadas de lluvia y silencio, flotaba en su optimismo, intacto a pesar de las últimas noticias.

Tenía una descripción. Vaga, casi fantasmagórica, pero una descripción. Con ella en mente, pasó más de dos horas revisando las fichas de los últimos trabajadores que Construcciones Delgado había despedido, cotejando nombres y fotografías con informaciones sacadas de la red, sin encontrar nada. «Bajo, gordito, con gafas y no era ningún chaval», se dijo, eran unos atributos demasiado etéreos para poder contrastarlos en las decenas de ventanas superpuestas del ordenador. Tampoco el hijo de Delgado fue capaz de ayudarlo. Nadie casaba con esos datos. O, dicho de otro modo, había demasiada gente de mediana edad, no muy alta y rellenita, aunque su concepto de «gordito» podía ser diferente del de la dueña del bar. Pero no se dejó desanimar por aquel fracaso anunciado. Tras los sucesos de la mañana, la teoría de una venganza personal perdía consistencia. La consejera de Interior podía argumentar falta de pruebas o secretos sumariales, pero esos crímenes

encajaban como la última pieza de un puzle en la definición de terrorismo. Por eso, sin descartar que sonara la flauta, poco le quedaba por hacer. Solo tratar de cotejar su descripción con la aportada por Osmany, entregar el informe a Delgado, cobrar lo que el viejo tuviera a bien darle y enviárselo luego a la Ertzaintza. Miró el reloj mientras el viento le desordenaba el cabello. Las once menos cuarto. Pensó que debía prepararse para ir a Bilbao.

A Nanna Hammad le sorprendió no encontrar a Apu detrás del mostrador del locutorio. No era de las clientas más habituales, pero desde su llegada a Bilbao, tres años antes, visitaba aquel local mugriento y saludaba con una cortés inclinación de la cabeza a su desagradable dueño al menos una vez al mes, cuando, frente a uno de sus lentos ordenadores, chateaba durante quince minutos con sus abuelos. Era su primo Adham quien tecleaba desde un pueblito cercano a Casablanca, pero Nanna imaginaba los rostros expectantes de los ancianos pegados a la pantalla, esperando sus noticias con la ansiedad de la distancia, expatriados de sus seres queridos sin haber abandonado su tierra. Y desde entonces, desde hacía tres años, siempre fue Apu quien le indicó dónde sentarse y quien, sin cruzar palabra, le cobró el tiempo consumido. Que su lugar lo ocupara una mujer de mirada triste y asustadiza no dejaba de ser una simple alteración de la rutina. Le extrañó más ver en el ordenador contiguo a un blanco de unos treinta y cinco años, mal afeitado y vestido con falsa dejadez. Y a otro de edad semejante y similar aspecto en el de detrás, y a otro más en el contiguo a la puerta. Fuera, enmarcados por el escaparate, dos hombres y una mujer fingían conversar aunque, de forma demasiado evidente, vigilaban ambos lados de la calle. Negó con la cabeza y giró el monitor hacia su derecha. No tenía nada que ocultar, pero escribir rodeada de policías no le hacía ninguna gracia.

Antonio Arzamendi terminaba su segundo desayuno cuando sonó el móvil. Dobló el periódico, lo devolvió a su lugar en la barra y miró la pantalla. La

foto de su hija, Begoña, brillaba sobre el cristal, una imagen capaz de iluminar incluso mañanas como aquella, saturada de tristeza y vacíos. Despertó con una resaca espantosa, los huesos molidos tras toda la noche en el sofá, y tiritando. Se arrastró hasta el dormitorio, se envolvió en la manta e intentó descansar. Imposible. Apenas cerraba los ojos, sombras desconocidas de inexistentes compañeros de oficina se abalanzaban sobre la silueta indefensa de una mujer recién jubilada y la apuñalaban hasta que el interior de sus párpados se anegaba de vísceras y sangre. Se obligó a ducharse, a buscar ropa limpia en el armario y a abandonar la vivienda, donde Tomi dormía ajeno a todo lo que no fuera él mismo. Caminó sin rumbo por las amplias calles del barrio, bajo la torre altiva de la basílica, entre los tilos que la circundan y la plaza de Juan XXIII, libre de niños y griterío en esas horas tempranas, hasta que el estómago le pidió clemencia. Entonces buscó un bar sin ruido de televisores ni estruendo de comerciales vociferando a través de los celulares, pidió otro café, un pincho de tortilla y se enteró, por crónicas breves y sesgadas, filtradas a los periódicos poco antes del cierre de las rotativas, del asesinato de otro empresario. Aún digería la noticia, paladeando un sabor agrio que el desayuno no había podido mitigar, cuando lo llamó su hija.

—Hola, *aita*. ¿Qué tal estás?

Buena pregunta. ¿Qué tal estaba? Desanimado, deprimido, hundido en una sima de pena y sospechas, de pánico y celos. Cada dato adicional sobre la muerte de su novia, cada sospecha aflorada entre cervezas era un golpe demoledor a todo en lo que creía, a sus recuerdos del pasado y a su fe en el futuro.

¿Qué tal estaba? Mal. Muy mal.

—Bien. Tirando, pero bien. ¿Vosotros?

—A tope, como siempre. Yo, aquí, metiendo horas como loca, y José otra vez de viaje...

Arzamendi cerró los ojos y dejó que las palabras de su hija dibujaran escenas de agradable rutina en su cerebro. Begoña siempre hablaba del trabajo, de su pelea diaria con directores de sucursal, directivos de la central,

fluctuaciones de mercado y productos financieros cada vez más complejos y menos rentables. También solía presumir, con falso tono de resignación, de los compromisos de su marido, responsable en la zona norte de una de las mayores empresas de distribución del país, aunque le gustaba matizar de forma innecesaria que, gracias a la fortuna de su familia, trabajaba solo porque le gustaba. No era el tipo de conversación hogareña que Antonio deseaba, chascarrillos sobre nietos no nacidos, anécdotas de excursiones a la playa o la nieve, pero era mejor que el horror impreso en las páginas del diario y sus insomnes pesadillas.

—Bego —la interrumpió derrotado por sus fantasmas—, ¿tú crees que alguien de la empresa pudo matar a Rosa?

—¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—No sé, no sé... Tonterías mías, no me hagas caso. —Se arrepintió enseguida de dar voz a sus temores—. Oye, he de pasarme por ahí. Su hijo me dio unas cosas que tenía en casa, unos hipotecarios cancelados, y prefiero entregártelos a ti que devolverlos a la oficina esa de la UC.

—Bueno, si quieres, puedo ir a recogerlos. Así me invitas a un café, ¿vale?

—No, déjalo, que no estoy en casa y no tengo ganas de volver.

—¿Seguro? No me cuesta nada, de verdad.

—Seguro. Ya te los llevaré. Te dejo, que voy a dar un paseo por el Casco Viejo, a ver si alguien me invita a un *txikito*. —Su intento de sonar desenfadado resultó patético, pero fue incapaz de hacerlo mejor—. Un beso.

El viento era frío pero agradable y, a sus pies, al final de los trescientos once escalones de las calzadas, el agua brillaba sobre los tejados del Casco Viejo como si la ciudad de su infancia se empeñara en recordarle, una vez más, que el sol siempre asoma después de la tormenta.

En su cuenta de correo, las líneas que señalaban los comentarios recogidos en el formulario de contacto de New-Berriak se acumulaban sin que Markel tuviera tiempo, ni oportunidad, de abrirlos. Bastante tenía con leer, a toda velocidad, el encabezado del primero antes de que otro lo relegara durante los

breves segundos que tardaba en llegar el siguiente. Ni en sus sueños más optimistas habría sido capaz de imaginar semejante avalancha de mensajes, basura en su mayor parte, si bien algunos, una cantidad que superaba con creces sus expectativas, eran de empresas que había visitado en los últimos meses, potenciales anunciantes a quienes entregó un torpe boceto de unas tarifas que ya pensaba en retocar al alza. Pero eso sería cuando le permitieran zafarse de la estrecha vigilancia de los agentes, cuando abandonara la comisaría de Erandio, donde permanecía enclaustrado desde las nueve de la mañana, y le devolvieran el control de su blog, intervenido en espera de que el exhibicionismo de los asesinos los llevara a delatarse. Algo que debería haber sucedido a las once en punto.

Pasaban cinco minutos de las once, y el mal humor era palpable. El mal humor de los policías, y el nerviosismo del joven periodista, que veía pasar una tras otra las propuestas de patrocinio sin poder satisfacer su curiosidad. Lo único que le importaba ahora, pasado el plazo que los terroristas fijaron, era coger el portátil, correr hasta su casa y responder afirmativamente a todos quienes parecían empeñados en llenar su blog de *banners* y su cuenta corriente de euros contantes y sonantes. Sin embargo, las finanzas de Markel Arana no eran una prioridad para los uniformados. En torno a él, cuatro *ertzainas* mantenían la mirada fija en cuatro pantallas diferentes, todas conectadas a NBk y el email de Markel. Con cuidado, revisaban los correos con los dientes apretados y algo semejante a la ferocidad en la mirada, reenviaban a una lista los que, en una primera lectura, podían ser constitutivos de delitos de apología del terrorismo o de injurias contra víctimas o fuerzas de seguridad, es decir, la mayoría, y borraban los demás, incluidas esas ofertas comerciales a las que Markel fiaba su prosperidad y de las que, cuando llegara a su vivienda, no encontraría rastro alguno. Esa mañana, los policías no serían los únicos que saldrían frustrados de comisaría.

Katy Díaz esperaba sentada a una mesa del fondo, junto a una chimenea donde se amontonaban revistas usadas que nadie leía. Vestida con un amplio chándal azul, zapatillas de deporte, y el cabello recogido en una coleta, a Osmany se le antojó una colegiala recién salida de la clase de gimnasia. Evocó el ambiente opresivo del apartamento de la calle Cortes, las siluetas amenazantes de Brennan y Bulldog, empeñadas en recordarle a cada paso su función y su destino, y le pareció que todo aquello formaba parte de otro mundo, de un universo que no podía estar ahí mismo, a solo un puente de distancia. Se obligó a sonreír, pidió un café bien cargado y tomó asiento.

Mientras la camarera limpiaba la mesa, llevaba a Osmany su bebida y anotaba el total de ambas consumiciones en una nota que dejó junto a su taza, guardaron un silencio incómodo, un silencio de impaciencia y dudas. Solo cuando la mujer regresó detrás de la barra, Katy se animó a contar al cubano lo que no pudo revelar entre las sombras de su vivienda.

—Camilo hablaba mucho de ti. —Sonrió ante la incredulidad de Arechabala—. Sí, no pongas esa cara. Estaba orgulloso de su padre. Condecorado por Fidel, héroe de Cassinga, de no sé cuántos sitios más. Incluso le salvaste la vida al Ché Guevara.

Osmany la interrumpió conteniendo una carcajada emocionada.

—¡No, qué va! Oí eso más veces, y nunca supe de dónde salió la bola. Yo solo ayudé al Ché a levantarse cuando se cayó desde un tejado. El resto es historia —repuso encogiéndose de hombros.

—Bueno, a mí Camilo me lo contó así. Aunque yo no lo creí. No me creía nada de lo que contaba. Todo parecía irreal. —Con un movimiento de los brazos abarcó el espacio entero—. Parecía una historia de superhéroes, de

dibujos animados. Pero luego —añadió perdiendo esa expresión soñadora— apareciste en mi casa y ahuevaste a esos cabrones sin necesidad de levantarte de la silla. Y comprendí que Camilo tenía razón. Por eso he querido hablar contigo. Necesito tu ayuda. Y tú la mía.

Osmany no dijo nada. Tenía calor, demasiado calor, y su dolor de cabeza aumentaba de forma lenta e imparable. Estuvo tentado de levantarse para pedir a la camarera una pastilla de paracetamol o, en su defecto, un ron añejo, pero no deseaba interrumpir a Katy.

—Creo que el hijueputa que mató a Camilo —dijo, y alzó una mano para frenar la impaciencia del cubano— es el mismo que está jodiéndonos la vida a mi padre y a mí.

Un segundo de silencio, una mirada fugaz hacia la puerta, añoranza del arma que dormía bajo su colchón.

—Verás, llegué acá hace año y medio, más o menos. Mi papá llevaba unos meses viviendo con un conocido y, según él, las cosas iban bien, así que me mandó llamar. Me envió dinero para el pasaje y me mudé al piso que conociste, con él y su amigo.

—El Irlandés.

—Sí. Enseguida me di cuenta de que por teléfono no me contó toda la verdad. Mi viejo, que en República Dominicana era capataz de finca, se dedicaba al tráfico de drogas.

—¿Brennan también trabajaba en una finca? ¿Así se conocieron?

—Sí. ¿Por qué?

Osmany recordó a Perro Buchanan, recordó sus dientes irregulares y la guayabera blanca, seguro de que un capataz de haitianos en una finca agrícola dominicana no se diferenciaba demasiado de un caporal batistiano.

—Por nada. Sigue, sigue.

—Brennan y papá eran pequeños intermediarios. No simples camellos, pero poco más. Trabajaban para un tío al que llaman el Enano. No sé su nombre, y creo que ellos tampoco. Dicen que es argelino, pero habla como la gente de acá. Incluso vasco habla. Les pasaba la droga y ellos la distribuían entre los camellos. A veces también la vendían. Era fácil y poco arriesgado,

así que mi papá estaba encantado. Sin embargo, un día lo detuvieron con una cantidad muy grande. Desde entonces está en la cárcel de Basauri, en espera de juicio. Mi papá nunca habla de ello conmigo para no preocuparme, pero...

Osmany conocía la historia. No la de Katy y su padre, la del Irlandés o la de Bulldog, sino la de tantos y tantos desheredados ansiosos por alcanzar el sueño de la opulencia que, de forma invariable, terminan hacinados en prisiones repletas de extranjeros mientras sus jefes, enriquecidos a costa de su libertad, disfrutan de un coñac en los restaurantes más selectos de Barcelona, Madrid o París.

—El problema es que, según el Enano, mi papá le debe el dinero de la droga confiscada. —Katy miraba al frente, hacia la pared oscurecida por el tiempo y la apatía. En sus labios se percibía un temblor que era incapaz de disimular—. Dice que hará que lo maten si no le pagamos los veinte mil euros de la mercancía. Tiene muchos amigos dentro de la cárcel, ¿sabes? Traficantes de poca monta, drogadictos que lo pincharían por la espalda a cambio de cuatro reales. —Su voz se transformó en un susurro apenas audible—. Lo matarán si no cumplimos con los pagos.

Osmany la observó en silencio al tiempo que se masajeaba con las yemas de los dedos la sien derecha, donde los pinchazos eran constantes. Había allí algo demasiado manido para ser cierto, demasiado artificial. Pero no sabría decir qué... ni dónde.

—Brennan y Bulldog estaban más asustados que yo. Según ellos, después de cargarse a mi padre, les llegaría el turno. Y me forzaron a conseguir el dinero lo antes posible.

—Te obligaron a prostituirte.

—Sí. Al principio ellos solo me buscaban clientes y vigilaban que nadie se propasara conmigo. Yo no veo la plata. Cada euro se lo dan al Enano. Pero la cosa empeoró. Con el tiempo, dejaron de comportarse como dos amigos preocupados y se convirtieron en mis chulos. Bueno, el chulo es el Irlandés. Jonathan es su guardaespaldas.

—¿Te maltratan?

Katy permaneció muda unos segundos. Inmóvil. Un par de lágrimas se desprendieron del vértice de sus párpados y fueron a estrellarse contra la mesa, cerca de la mano extendida del cubano.

—Me pegan cuando protesto o cuando doy mi opinión. Me quitaron todo lo que tengo, incluido el pasaporte y el celular. Me violan cuando quieren.

Osmany apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las palmas de las manos.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Juan..., Juan Díaz. ¿Por qué?

—¿Qué piensan hacer cuando Juan Díaz salga de la cárcel y descubra que su amigo está violando y vendiendo a su hija?

La joven se volvió hacia la barra, absurdamente pendiente de los movimientos de la camarera, que secaba vasos y cubiertos. A través de los bafles, un cantante de voz aflautada repetía un estribillo sin sentido, algo como «baga biga higa laga boga sega», en una cadencia ascendente que llenaba el local de un eco apocalíptico y lastimero. Alguien pasó a su lado buscando los aseos, alguien abrió la puerta del bar y con ello dejó entrar los rayos de un sol inesperado. Katy, con la mirada perdida más allá del mostrador, boqueaba como un pez fuera del agua.

—Lo pienso muchas veces. Y todo lo que se me ocurre me da miedo.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, que sepan que no va a salir. O que piensen matarlo apenas salga. O que me maten o me desaparezcan para ocultar lo que hicieron. — Hundió la cabeza entre las manos y, durante unos minutos, se abandonó al llanto.

Arechabala aprovechó para tomarse el café, ya frío, y tratar de encontrar el resquicio intuido a lo largo de la narración, ese lugar donde fallaba, se quebraba y perdía credibilidad. Aunque tal vez no hubiera ninguna grieta. Tal vez fuera la propia historia la que, por repetida y obvia, resultaba increíble. Sin embargo, estaba dispuesto a jurar que Katy no mentía, pensó devolviendo la taza a su platillo y paladeando el sabor amargo de la bebida.

—¿Qué hay de Camilo?

Despacio, sorbiendo aire por la nariz, retomó la postura sobre la silla. Las lágrimas llenaban su rostro de regueros sucios y acentuaban el brillo de sus ojos. Temblaba mientras se limpiaba las mejillas con el chándal.

«Si está mintiendo, es la mejor actriz que conocí nunca».

—Cuando comprendí que Camilo me quería de verdad, que lo suyo no era encoñamiento con una puta, le hablé del Enano. Le expliqué quién es, cómo nos chantajea con la vida de mi papá. Le dije que si me prostituía era por su culpa, que Brennan y Bulldog jamás habrían conseguido nada sin sus amenazas.

—Y fue a por él —gruñó Osmany sin separar apenas los dientes.

Ella cabeceó amagando una sonrisa que no consiguió curvar sus labios.

—Tú habrías hecho lo mismo, ¿verdad? Sí. Me prometió ocuparse. Un día lo llevé a la esquina de Sanfran donde el Enano suele estar controlando la calle, pero entonces no quiso abordarlo. Se quedó con su cara para buscarlo cuando estuviera solo, por si las cosas se torcían.

—La noche que lo mataron ¿iba a buscarlo?

—Sí.

La frente le ardía y en su pecho el fuego comenzaba a desperezarse. El odio que latía en su interior desde que supo del asesinato de Camilo se desbocaba a pesar de sus esfuerzos, cada vez más débiles, por controlarlo.

—¿Cómo es ese tal Enano?

—Muy moreno. Tiene pinta de moro, ya te dije, pero creo que nació acá. Ojos verdes, unos treinta años, rapado...

—¿Cuánto mide?

—¿Medir? No sé. Es más bajito que yo, desde luego. Por eso lo llaman como lo llaman. ¿Eso importa?

—Si es más bajo que tú, rondará el metro sesenta, como mucho. Camilo debía de medir uno ochenta y cinco. —Osmany hablaba en voz tan baja que Katy hubo de apoyarse en la mesa para entenderlo—. Según la policía, tenía una herida de trayectoria descendente en el centro de la espalda. Cuando pinchas a alguien de esa forma, de arriba abajo, el movimiento natural del

brazo te lleva a clavar el puñal más o menos a la altura de tus ojos... o unos centímetros por debajo.

—A Camilo lo mató un enano.

—Exacto.

La música paró, y el silencio se hizo espeso, silencio de sospecha y venganzas, de rabia y temor. El tiempo pasó de puntillas sobre ellos, inmóviles frente a sendas tazas vacías, ajenos al bar, ajenos al mundo y a ellos mismos. Hasta que, para sorpresa de Osmany, Maruri tomó asiento a su lado.

Había olvidado la cita por completo. Quizá de forma consciente. No tenía ganas de hozar en las muertes de desconocidos a quienes nada lo unía. No, al menos, mientras el cadáver de su hijo pudriéndose en las aguas de la ría siguiera impreso en el paisaje, flotando como una diapositiva proyectada contra una pantalla etérea y multiforme.

Pero Borja no se dio cuenta. Desde que sus ojos se acostumbraron a la estudiada penumbra de la cafetería y reparó en la muchacha de rostro aniñado y labios sensuales que acompañaba al cubano, fue incapaz de fijarse en otra cosa. Hablaba con Osmany o con la camarera, pero su atención se desviaba a la línea de su cuello inclinado, al mechón que, rebelde, le caía sobre la oreja, a su tez negrísima y sus dedos inquietos. De golpe, olvidó el objeto de su presencia allí, más pendiente de incluir a la muchacha en conversaciones banales que de cotejar los recuerdos de Osmany con los rasgos del posible asesino de Estela. Hablaron de la infancia de ella en República Dominicana, de la de Camilo en Cuba y la de Borja en la tranquila monotonía de Getxo, de un presente que Katy se inventó sobre la marcha y de proyectos de un futuro imposible y, sin embargo, soñados en voz alta. Dejaron pasar el tiempo sin prisa, departiendo sobre Dios y el diablo sin más objeto que la mutua compañía, hasta que ella tuvo que irse. Maruri fue a la barra para hacerse cargo de las consumiciones y Osmany aprovechó para inclinarse hacia Katy y susurrarle con voz enronquecida:

—¿A qué hora puedo acercarme para que me señales al Enano?

—¿Hoy?

—Hoy.

La dominicana se mordió el labio. Controló como pudo sus temores y tomó aire.

—Intentaré salir entre las once y las once y media. Pero no puedo prometértelo. Espérame en la esquina de Cortes con Cantalojas, donde el San Remo.

Y sin tiempo de arrepentirse, se despidió de Maruri con un ademán de la mano y se marchó, dejando tras de sí un aroma indefinible que al abogado le pareció esencia de cama deshecha y al cubano le recordó al penetrante olor de la pólvora.

—Así que tu hijo estaba liado con esa chica, ¿eh? —dijo Borja palmeándole la espalda—. Pues no me importaría nada hacerle un favor. Venga, no pongas esa cara. Te invito a comer, y hablamos de lo nuestro.

La persiana llevaba cinco minutos cerrada, pero dentro todavía quedaban clientes. Delante de la mesa de uno de los comerciales, una pareja muy joven fingía atender las explicaciones del gestor con las manos enlazadas y la mente en el piso cuya señal acababan de entregar. En el despacho de la directora, una anciana de nariz curva como el gesto de sus labios insistía en que cobrar tres euros y medio por enviar dinero a Córdoba era un atraco a mano armada. En ventanilla, Unax comenzó el arqueo de la caja con las sensaciones contrapuestas de siempre: los bancos, incluido el que pagaba su nómina, eran unos chorizos. Pero si los clientes tuvieran ocasión de dirigir uno, elevarían a Rothschild al cielo de los inocentes.

Mientras terminaba de empaquetar calderilla, contar efectivo y traspasar el sobrante del dispensador automático, le comunicaron por email el destino del día siguiente. Gruñendo, amontonó monedas y billetes sobre una silla y la empujó hasta la habitación de la caja fuerte. Lekeitio. Lo mandaban a Lekeitio. Abrió la caja y, sin ahorrar en golpes, depositó los cartuchos en su interior. Lekeitio estaba, como mínimo, a una hora de coche por una carretera semejante a un muelle destensado: subidas, bajadas y miles de curvas escondidas tras la niebla, anegadas de lluvia y, quizá, hielo. Y ni siquiera le pagaban los kilómetros.

Cuando regresó a su puesto, la vieja abandonaba la oficina sin dejar de maldecir, pero los enamorados de la hipoteca aún soñaban despiertos frente al gestor. Preparó la documentación, la depositó en el buzón, sacó el *smartphone* y comenzó a bucear por internet. A diferencia de los compañeros asignados a una oficina concreta, el trabajo de los volantes solía terminar una vez cerrada la caja fuerte. Había, por supuesto, directores que desempolvaban listados

olvidados entre temas más urgentes y los obligaban a telefonar a desconocidos para ofrecer a ciegas seguros, tarjetas o fondos de inversión que ellos eran incapaces de vender. Pero si la jefa no decía nada, no sería él quien tomara la iniciativa de molestar a los clientes durante el almuerzo para meterles con calzador productos que no necesitaban.

Alguien llamó a la puerta, pero Unax siguió a lo suyo. Ya se ocuparía la directora de echar a quienes consideraban el horario de los demás un mero formalismo, salvable con solo tocar un timbre. Sin embargo, el rumor de las botas y el susurro estático de una radio le hicieron alzar la mirada. Y comprendió que la media docena de uniformados que, a paso ligero, se desplegaban por el patio de la sucursal, iban a por él.

Era un restaurante clásico de Bilbao. Llevaba allí, medio escondido en la calle del Perro, desde que Arzamendi era capaz de recordar, desde mucho antes de la asfixiante aparición del turismo, desde mucho antes de que el alcalde Azkuna se apropiara de una ciudad que era de todos para cederla a precio de saldo a restauradores, hosteleros, taberneros, turistas, borrachos y botelloneros. Un restaurante de los de toda vida, con una separación decente entre las mesas, salones donde acoger a los grupos más numerosos o recoger a las parejas, y una carta escasa en literatura y prolija en buena materia prima. A diferencia de las tascas reconvertidas donde decenas de mesitas se encajonaban en el espacio de cuatro o cinco, era un lugar ideal para conversar en compañía de un solomillo y un crianza. Allí lo citó Larralde, preocupado por el recurrente eco de naufragio que percibía en su voz.

—Tienes buen aspecto —dijo Jon procurando que se notara la ironía.

—Gracias. Tú, en cambio, pareces un policía a punto de jubilarse —gruñó Antonio con la cara oculta tras el menú.

—Eso espero.

En la amplia sonrisa de su amigo, Arzamendi adivinó su ansia por dejar atrás la placa, el arma y el uniforme. Estuvo a punto de hacer algún comentario sarcástico, pero se contuvo. ¿Qué culpa tenía Larralde de su amargura?

—Supongo que no tienes nada que contar —dijo una vez que la camarera desapareció camino de la cocina.

—Pues, en realidad, sí —respondió Jon tras un primer trago y un gesto de aprobación—. Lo que no sé es si te gustará oírlo.

—A eso hemos venido, ¿no?

—De acuerdo. —Larralde dejó la copa, apoyó los brazos en el mantel y bajó el tono—. Te diré que mis compañeros se tomaron muy en serio tu sugerencia.

—¿Mi sugerencia?

—Sí. Investigar a la gente que se marchó justo antes que Rosa.

—No fue idea mía. Fue de Arechabala.

—¿Quién?

—Arechabala. El testigo del asesinato. Tú me diste sus datos.

Larralde lo observó un momento a través del cristal curvo de la copa. Estuvo tentado de preguntarle cómo nació esa teoría, cuántas veces habló con el testigo sobre el asesinato o si había algo más que debería contarle. No lo hizo.

—Vale. De quien fuera. El caso es que, con todo el mundo centrado en la hipótesis del robo con violencia, no se dio importancia a lo que Rosa hizo antes de llegar a Marzana. Las dudas comenzaron al soltar al tunecino.

Antonio resopló en un gesto de hastío y buscó refugio en el rioja. «¿Dudas?».

—Ayer me reuní con Nekane, no sé si la recuerdas. Una chica que empezó conmigo. Una chavala muy maja. Muy lista. Ahora es suboficial.

—¿Gordobil?

—Exacto. Bueno, Nekane lleva el tema de Rosa. Está especializada en San Francisco, Cortes, Bilbao la Vieja, y conoce a un montón de camellos, yonquis y navajeros de poca monta, de los que pululan por ahí. También tiene sus contactos, ya me entiendes.

—Sus chivatos.

—No hace falta que hables tan alto, ¿no? —Larralde echó un vistazo inútil por encima del hombro—. El caso es que Nekane también lo había pensado. Descartado el móvil del robo, parece que fueron a por Rosa. Y como Rosa jamás pasaba por esa calle, el asesino tuvo que seguirla. O saber dónde estaba.

—Sí, claro, a ella también se le ocurrió. ¡Por supuesto! —Ahora fue Arzamendi quien procuró que no hubiera dudas sobre la ironía de sus

palabras.

—Como sigas burlándote, me levanto y pagas tú esto, ¿eh? —amenazó Larralde sin un ápice de convicción—. Bueno, sea como sea, Nekane se puso ayer mismo a revisar las declaraciones de los chavales. Preparó una lista de los que se fueron de Bilbao la Vieja antes que Rosa. Solo son tres. Y separó a un sospechoso.

Las copas tintinearón cuando Antonio, de manera inconsciente, apretó el puño sobre el mantel.

—¿Quién es?

—Se llama Unax Mendiguren. ¿Lo conoces?

Hizo memoria. Durante la cena le presentaron a Unax y a algún otro, jóvenes contratados como volantes por el BCM, eventuales que pululaban de una oficina a otra en función de las necesidades de la empresa y cuyos horarios, flexibles hasta la extenuación, servían para cubrir las bajas o las vacaciones de compañeros con sueldo fijo y buenas condiciones laborales. Nunca habían coincidido. Un chico majo. Como todos.

—No. ¿Por qué Gordobil lo considera sospechoso?

—Por lo que nos han dicho en el banco, ese chaval lleva casi cinco años como eventual, encadenando contratos de sustitución, por carga de trabajo y rollos de esos. El caso es que justo antes de la fusión los responsables de recursos humanos pidieron a la oficina en la que llevaba más tiempo un informe de cara a hacerle fijo. El informe fue tan malo que lo despidieron. Volvieron a llamarlo meses después, por necesidades de la empresa, pero sin ninguna esperanza de ofrecerle un contrato indefinido.

Arzamendi tomó un trago largo, demasiado agrio para un rioja, antes de preguntar:

—¿Qué sucursal?

—Begoñalde. La oficina de Rosa.

—Entonces ¿no se parecía en nada?

—En nada, compay. Lo siento.

Osmany terminó de rebañar el alioli de la paella con el último trozo de pan, se llevó la mano a la barriga y se recostó con el gesto satisfecho de un recién espulgado. De alguna manera se sentía así, como un perro famélico, apaleado y cubierto de parásitos a quien alguien acababa de dar un baño y poner un cuenco de comida. Sabía que pronto, traspuesto el umbral y de vuelta al frío de la calle, regresarían las pulgas y el hambre, regresaría una cotidianidad que, desde su llegada a Bilbao, solo le regaló pulgas de dolor y rabia, y hambre en sentido literal. Por eso aceptó la invitación de Maruri. A pesar de la inflamación de su garganta y de la ansiosa necesidad de enfrentarse al camello, la promesa de un menú completo, en un local acogedor donde dejarse mimar por la amabilidad de los camareros, y la certeza de una conversación ajena por completo a la ausencia de Camilo no tardaron en convencerlo.

Además, no tenía ganas de tropezarse con Nerea. Cuando, a través del portero automático, le dijo que se quedaba a comer con un amigo, el desabrido «Haz lo que te salga de los cojones» que vomitó el interfono certificó lo acertado de su elección. Seguía enfadada por su negativa a ocuparse de Maider justo esa mañana. En el caso de su nuera, cada avance en una normalización amistosa de la relación iba seguido de un retroceso más desagradable.

Lo único que lamentaba era no poder dar a Borja lo que buscaba.

—¿Estás seguro?

—Completamente. El tipo que vi era alto y delgado. Por su forma de correr, yo diría que no era mayor. Y aunque no distinguí su cara, estoy seguro de que no llevaba gafas.

Maruri se encogió de hombros en un gesto demasiado indiferente para ser sincero. Escondió su decepción tras la copa de vino y fingió interesarse en su bacalao a la vizcaína. Por su parte, Arechabala se desentendió de sospechas y testigos, y atacó su entrecot con la decisión de quien lleva una semana alimentándose de fideos chinos y pan de molde.

—¿Qué andas buscando? —preguntó mientras, terminada la carne, brillantaba el plato con más pan, provocando en Maruri una mezcla de

hilaridad y pena—. Después del atentado de anoche, no creo que puedas ofrecer nada a tu cliente.

—Ya. Yo tampoco. Pero si me hubieras confirmado que era el mismo tío, le habría dado una descripción. Conociéndolo, seguro que algo nos habría pagado.

—¿Nos?

—Sí, claro. Te prometí una parte si me ayudabas, y estás ayudándome.

El cubano agachó la cabeza para ocultar una sonrisa avergonzada. No había hecho nada. Nada útil para el padre de la presidenta de la constructora. Pero Borja estaba empeñado en pagarle de algún modo la ayuda prestada durante el asalto del yonqui, un pago que Osmany estaba seguro de no merecer, pero necesitaba. Un pago que no llegaría si el abogado se presentaba ante su cliente con las manos vacías.

—¿Qué opinas? ¿Hay dos asesinos o la chica del Puerto Viejo vio a otra persona?

—Hay más de dos asesinos. Digan lo que digan desde el Gobierno Vasco, hay una organización terrorista detrás de todo esto. Y están tan fanatizados que incluso se inmolan como los yihadistas. Vale, el tío tenía cáncer —agregó ante el amago de protesta del cubano—. Pero en mi vida se me habría ocurrido que aquí hubiera gente capaz de hacer eso.

—Un hombre de lo más normal. Vendía seguros, estaba casado. Y luego se queda en paro y la mujer lo abandona. Y le diagnostican el mal bicho ese. — Osmany notó que la voz le salía ronca, como siempre que recordaba los últimos días de Lydia, calva, demacrada y derrotada de antemano—. ¿Y cómo se mete en un grupo terrorista?

—Imagino que ahora mismo medio cuerpo de la Ertzaintza se pregunta eso —respondió Maruri con el mismo fingido desinterés de minutos atrás—. ¿Qué quieres de postre?

—Supongo que tendréis algo más, ¿no? —Arzamendi dejó la cucharilla y retiró el pastel vasco sin apenas probarlo. El nudo de su estómago era cada

vez mayor—. Un informe laboral no es razón para matar a nadie.

—Es lo único que tenemos. Y te recuerdo que ese informe privó al chico de un trabajo cómodo, bien pagado y de por vida. No sé si es razón para matar a nadie. En realidad, creo que no existe razón alguna para matar a nadie. Pero en este curro de mierda he visto a gente matar por una mirada, por un móvil o por cuatro putos euros.

—Entonces su muerte no tiene nada que ver con el atentado de esta mañana, o con los anteriores, ¿no?

—Bueno, que yo sepa no se ha descartado nada... Aun así, parece que no. Nekane también forma parte del grupo que investiga este tipo de terrorismo, pero si se confirma la autoría de Mendiguren, será obvio que no hay ninguna relación.

—La consejera se empeñó en que no lo llamáramos «terrorismo».

—Sí, pero nosotros no somos políticos. El caso —añadió apoyándose en la mesa— es que se trata de una organización de carácter extremista y violento. Un montón de fanáticos dispuestos a matar, incluso a morir, por pura venganza.

—«Justicia», lo llaman ellos —repuso Arzamendi negando con la cabeza—. Justicia... Hay que ser hijo de puta.

Larralde esperó a que la camarera se llevara los restos del postre antes de agregar nada. Arzamendi recorría con las yemas de los dedos los bordados del mantel, los labios blancos de tan prietos, las pupilas brillantes y la esperanza perdida en un abismo de odio y silencio.

—Lo tenemos, Toño. Tenemos un móvil. Y encontraremos pruebas, te lo aseguro. Solo falta llevárselo al juez. Y una vez terminado, seguir adelante. ¿Me oyes? Hay que tirar *p'alante*.

—No lo tenéis, Jon. Lo único que hacéis es dar palos de ciego. Rosa jamás habría provocado el despido de un compañero. Ella no era así. Lo que me parece es que no tenéis ni idea de lo que hacéis.

Larralde se obligó a recordar su amistad con aquel viejo de aspecto desvencijado que se atrevía a dudar de la Ertzaintza; se obligó a ponerse en su lugar, a imaginar su vida si a Laura, su compañera de los últimos cuarenta

años, la hubieran acuchillado en una calle desierta. Se obligó a no levantarse y abandonar el restaurante. Aunque le costó un gran esfuerzo.

—Mira, Toño, a veces los casos se resuelven así. Dando palos en todas direcciones y a todo dios. A Nekane le parece creíble lo que me contaste ayer, así que ahora dan los palos en esa dirección. Hoy mismo van a detener a Unax. Entraremos en su casa, su ordenador, su móvil. Rebuscaremos donde haga falta. Y haremos que confiese. —Se inclinó tanto sobre la mesa que estuvo a punto de volcarla—. Si es culpable, pagará por ello, no te quepa duda.

—Y ha tenido que ser un jubilado cubano quien os encaminara —murmuró Antonio sin un ápice de entusiasmo.

—¿Qué?

—Osmany Arechabala, el testigo de la muerte de Rosa. La idea fue suya.

—Bueno, aunque no me hubieras contado nada, se habría abierto esa línea de investigación, así que...

—Me gustaría que lo conocieras —lo interrumpió Antonio mientras, ignorando el celoso refunfuñar del *ertzaina*, se sacaba el móvil del bolsillo—. Vive aquí mismo. Podemos quedar con él para tomar el café.

Apenas un par de habituales ocupaban la barra del bar, y una pareja se encogía en la esquina más discreta, aprovechando la tranquilidad del mediodía para intercambiar miradas, lenguas y algo más. La música era un murmullo inaudible, y el calor de los radiadores y la tenue luz de las lámparas invitaban a dejarse llevar, a dialogar sin estridencias, desvelar secretos o dilapidar el tiempo sin hablar, compartiendo una copa, un periódico o, simplemente, las horas.

A pesar del resplandor cobrizo de su vaso, a pesar de sentirse a gusto en compañía de Maruri y Arzamendi, Osmany habría preferido irse a casa. La cabeza le dolía, y algo le oprimía la garganta, algo que nada tenía que ver con la rabia, la culpa o el miedo. Necesitaba envolverse en una manta y dormir un par de horas antes de la cita con Katy Díaz. Pero Arzamendi apareció en el restaurante justo cuando se preparaban para marcharse, y la curiosidad pudo más que la certeza de un resfriado incipiente. La promesa de un Havana de siete años también tuvo algo que ver.

Larralde se vio arrastrado contra su voluntad hasta el lugar donde, según los gritos de la nuera, comía Arechabala. Y no le gustó la liberalidad con que Arzamendi los informó, tanto a él como al otro desconocido, de los pormenores de la investigación. Pero pronto comprendió que tanto el abogado como el cubano estaban al corriente de prácticamente todo. Engañada de algún modo su conciencia por no haber desvelado nada nuevo, porque las pesquisas sobre las que divagaban no le concernían y por el calor del segundo pacharán, se decidió a participar, como uno más, de la conversación.

—Hay algo que no entiendo. —Osmany, con las manos debajo de la barbilla, repitió la pregunta planteada minutos antes—: ¿Cómo acaba un

vendedor de seguros de cincuenta y pico años en un grupo terrorista?

No hubo respuesta. Larralde se encogió de hombros en un ambiguo gesto de indiferencia, Maruri se concentró en el color del Macallan y Arzamendi hizo bailar los hielos en su vaso. Él fue el siguiente en hablar.

—Yo tengo otra pregunta. Si ese individuo estaba tan fanatizado que llegó al extremo de morir matando, ¿por qué no se cargó al empresario que lo mandó al paro?

—Para eso sí hay respuesta. Mis compañeros han estado esta mañana con el presidente de Seguros Altube, donde curra. Por lo visto, es una empresa familiar, antigua pero pequeña. Comenzaron comercializando seguros de auto en una oficinita de Rekalde en los años ochenta y, hasta esta última crisis, crecieron a un ritmo lento, pero constante. En 2008 tenía quince oficinas, una media de tres empleados por sucursal y toda una red de agentes autónomos. Pero llegó la crisis, y los bancos comenzaron a perder dinero o, bueno, a ganar menos que antes. Y se lanzaron a vender seguros como locos. Con sus redes de distribución y haciendo ofertas muy agresivas, echaron del mercado a la competencia. Las grandes compañías aguantaron el golpe. Las pequeñas corredurías se adaptaron a mercados locales muy concretos. Las de tamaño medio, como Altube, lo tuvieron más difícil.

—Básicamente, los bancos tuvimos la culpa de que el asesino ese se quedara en la calle, se radicalizara y se convirtiera en una bomba humana, ¿no? Supongo que también le provocamos el cáncer.

—Joder, Toño, déjame hablar, ¿quieres? Os cuento lo que me han dicho, nada más. Según el presidente de Altube, se vieron obligados a realizar un ajuste muy severo hace unos años. Tanto que todo el personal contratado se fue a la calle. Desarrollaron una web para la venta de seguros y se quedaron solo con comisionistas.

—Yo no he preguntado cómo llegó ese individuo, ese... ¿Cómo se llamaba?

—Iturgaitz.

—Vale, yo no te he preguntado cómo llegó Iturgaitz al paro, sino por qué se cargó a un empresario que no tenía nada que ver con él.

—Te lo estoy contando. Se llevaba bien con su jefe. No le guardaba rencor. Según él, comprendió que la culpa no fue suya, sino del mercado.

—El mercado no existe. Existen las personas —susurró Osmany paladeando el último trago de ron.

—Quizá fuera eso. —Maruri ignoró las palabras de Arechabala—. Quizá en ese punto decidió vengarse del capitalismo, no del jefe que lo despidió para evitar que la compañía se hundiera. Quizá esa fue la razón que lo llevó a integrarse en un grupo terrorista. Miradlo desde su perspectiva: desempleado, arruinado, abandonado por su familia, muriéndose. Es difícil no caer en el radicalismo.

—¿Y cómo se integra uno en un grupo terrorista? ¿Pone un anuncio en el periódico... o algo así?

Nadie respondió. Larralde y Arzamendi parecían más o menos de acuerdo con sus palabras. Osmany contemplaba el fondo de su vaso sin ganas de pensar, extrañando su cama y, al mismo tiempo, anhelando el momento de enfrentarse al Enano y sus pesadillas. Maruri llamó la atención del barman haciendo ondear sobre la mesa cuatro dedos extendidos y el móvil de Larralde anunció la llegada de un mensaje.

—Era Nekane —explicó con una sonrisa de triunfo—. Han detenido a Unax Mendiguren.

—¿Y ese quién es?

—El asesino de Rosa Villate, la primera de las víctimas. Lo que significa que su muerte no está relacionada con las demás. Sobre la locura esa de Justicia no sabemos nada. Y, en realidad, a quienes estamos aquí lo único que debería importarnos es que tenemos al hijo puta que mató a Rosa.

Antonio se disculpó y, con paso inseguro, fue a encerrarse en los aseos. Sobre la mesa, las bebidas recién pedidas, huérfanas y olvidadas, se diluían en el agua de los hielos como el optimismo en las conclusiones policiales. Nadie tenía motivos para estar satisfecho. Ni siquiera Larralde, más preocupado por Arzamendi que aliviado por la rapidez con que se daba carpetazo a la muerte de la novia de su amigo. Osmany permanecía en silencio con la cabeza gacha, los párpados cada vez más gruesos y juntos. Solo Maruri parecía recordar que

su trabajo no era investigar la muerte de la directora de banca, sino la de María Estela Delgado.

—Una jubilada del sector financiero es asesinada el mismo día que comienza una serie de atentados contra empresarios de la construcción, ¿y es pura casualidad?

—Eso parece —respondió Larralde, pendiente de la puerta de los aseos.

—¿Y no tenéis algo sobre el resto de los crímenes? ¿No ha habido un solo testigo, aunque sea de forma lateral?

El policía se encogió de hombros.

—Ni idea.

Arzamendi regresó con semblante serio e ira en los labios. Se desplomó en la silla y, de un trago, vació medio pacherón. En sus ojos brillaba un reflejo opaco de violencia. Algo, pensó Larralde, mejor que el vacío de jornadas precedentes.

—Ya os he dicho que estoy fuera de este tema. De hecho, en comisaría soy de los pocos que no integra uno de los grupos de trabajo.

—Estás viejo —dijo Antonio, y le palmeó la espalda con una especie de afecto beodo.

—Será eso. Ahora me encasquetan los accidentes. Ayer atropellaron a un tío en La Peña, y el conductor se dio a la fuga.

—¿Otro muerto? Este no sería empresario por casualidad, ¿no?

—Hombre, estrictamente hablando, sí. —El *ertzaina* notó el repentino interés en los rostros que lo rodeaban y se apresuró a matizar su afirmación—. Tenía un bar en Bilbao la Vieja y una chavala contratada, así que, en realidad, debemos considerarlo un empresario.

—Un empresario con mala suerte en una mala semana para los empresarios.

—Pues sí. He hablado con su exnovia. Asegura que era un pobre diablo al que nada le salía bien. Montó el bar con un socio, que un día desapareció con la recaudación y lo dejó a cargo de los préstamos. Cuando las cosas comenzaron a funcionar, lo estafaron en la compra de un adosado. Para colmo, ayer se quedó jugando al mus con unos amigos con los que se juntaba

todos los jueves. De lo contrario, no habría estado en la calle a esas horas, y no se habría cruzado con ese coche. Uno de esos compañeros de partida es un agente que conozco. Me ha dicho que era un buen tío con mala estrella.

Arzamendi se levantó para pedir otra copa y a Larralde le sorprendió verlo tambalearse camino de la barra. ¿Tanto había bebido? Ya era hora de hacerlo parar.

Maruri también se levantó.

—Si no os importa... —Mientras hablaba miraba alternativamente el reloj y la cartera, de donde sacó un billete de cincuenta que dejó junto a su vaso—. Voy a ver si llego a Las Arenas antes de que me cierren el bufete.

Osmany aprovechó para escabullirse. Por desgracia, el Havana 7 no era tan eficaz como habría deseado y, además de dolor de cabeza, comenzaba a notar unos escalofríos nada prometedores. Musitó una disculpa en voz tan baja que se diluyó en el inaudible hilo musical y, casi a la carrera, salió en busca de su cama.

Jon Larralde permaneció en su silla haciendo bailar el licor en el interior de la copa y observando a Antonio Arzamendi, quien, como un niño autista, dibujaba cruces sobre la mesa con el agua de los hielos.

—Sí, un momento, por favor.

Luis Enrique dejó el teléfono en su base y activó el altavoz. En el centro del salón, cuyas cristaleras reflejaban la agonía del sol sobre el Cantábrico, Julián Delgado descansaba en un sillón apenas suficiente para su tamaño. Respiraba con pesadez, como si precisara ahorrar oxígeno con la misma avarienta paciencia con que, a lo largo de su vida, ahorraba billetes. Abajo, en una cámara blindada, se amontonaba el fruto de tantos años de lucha, de tanto esfuerzo y sacrificio: millones de euros libres de peajes fiscales, engorrosas testamentarías y declaraciones de cualquier tipo. La certeza de que lo único imprescindible para seguir vivo era ese oxígeno, más caro con cada inspiración, le llegó demasiado tarde. Solo cuando vio el lento descenso del ataúd de su hija hasta el fondo del panteón, comprendió lo absurdo de aquel mar de dinero ordenadamente apilado en grandes archivadores. Absurdo e inútil. Aunque aún estaba a tiempo de dar a su fortuna algún tipo de utilidad. En cuanto López de Incer le revelara el nombre del asesino.

—Hola. Buenas tardes, Julián. Buenas tardes, Luis Enrique. —Desde el otro lado de la línea, la voz del abogado sonaba firme y optimista. Sonaba como siempre, como antes de la advertencia de Delgado, como antes de que este le hiciera saber que no podía rechazar su encargo.

—Dime, Alex.

—Borja, mi investigador, acaba de pasarse por aquí para informarme del desarrollo de sus pesquisas.

—No me digas... —El gruñido surgió de algún lugar a mitad de camino entre su garganta y el infierno.

López de Incer tardó un momento en responder, sorprendido por el tono de ultratumba. A través del auricular solo les llegó el impacto de algo que caía y un maullido lejano.

—Bueno, lo cierto es que cree que ha conseguido una descripción del asesino.

—¿En serio? ¿No será un tipo bajo y gordito, con gafas y de mediana edad?

Ahora el silencio fue más largo, más tenso y confuso. López de Incer tragó saliva mientras en su mente, habituada a deslealtades y cuchilladas por la espalda, se dibujaba todo tipo de teorías.

Hasta que comprendió que el jadeo ahogado que cruzaba la línea era la risa de Julián Delgado. O algo parecido.

—Perdona, Alex, perdona. Cuando consiguió esa descripción, tu detective estaba con mi chico, ¿no te lo ha contado?

—Pues no —gruñó el abogado, furioso y aliviado a un tiempo.

—¿Te ha explicado algo más?

La voz de Delgado regresó al tono de siempre, al de los últimos días, un tono que regurgitaba odio y ansiedad, fiereza y derrota a partes iguales.

—No. De momento no. En realidad... —La pausa fue larga, demasiado larga para tratarse del clásico recurso teatral de un letrado habituado a enfrentarse a jueces de todos los colores—. En realidad, cree que no puede aportar nada nuevo, que ahora es cosa de la Ertzaintza.

A través de las ventanas, el mar era una lámina negra recortada por las luces del dique, donde algunos botes dispersos se dejaban mecer en el vaivén de las olas. Dentro, la oscuridad resbalaba desde las esquinas como una gigantesca telaraña que se abatiera, sigilosa, sobre los hombres. En su centro, la respiración del viejo, ronca y fatigosa, se imponía al silencio del crepúsculo. Luis Enrique paseaba en círculos por la estancia como un animal enjaulado. Al otro lado del teléfono, Incer esperaba.

—Si no te importa, hablemos mañana. Buenas noches.

—De acuerdo. Buenas noches.

Era incapaz de saber cuánto tiempo llevaba inmóvil, agradeciendo las sombras cerradas sobre la vivienda. El sofá, el silencio y sus recuerdos eran todo lo que necesitaba cuando, de regreso al hogar, dejaba de fingir que la vida seguía su curso.

Un zumbido lo hizo regresar de esa apatía mártir donde llevaba días refugiado. Larralde se interesaba por su estado a través de WhatsApp. Sonrió, aunque sus labios no llegaron apenas a curvarse, y dejó que el teléfono resbalara hasta la alfombra. Comprendía a Jon. Se preocupaba por él, pero su aguante no daba para seguir escuchando sus lamentos. Bastante hizo invitándolo a comer, contándole más de lo que debería, acompañándolo a casa y asegurándose de que entraba en el ascensor. Jon era un buen amigo. Pero su paciencia no era eterna. Pensando que le debía una respuesta, se inclinó en busca del móvil, y sus dedos tropezaron con un cartón que sobresalía de debajo del sofá. No recordó de qué se trataba hasta que lo tuvo sobre las rodillas y encendió una de las lámparas.

Era uno de los hipotecarios que se trajo de casa de Rosa, lo único que Ander le permitió llevarse como recuerdo de la mujer que amó. Aquella mañana guardó la bolsa con las carpetas en un armario del dormitorio, pero el que tenía entre las manos debió de resbalar durante la noche mientras roncaba sobre los cojines. Sin mucho interés, abrió las cubiertas y echó una ojeada a la documentación. Pero pronto abandonó el sofá, recuperó el resto de los expedientes, los desplegó en la amplia mesa del comedor y se concentró en su contenido.

Dos horas tardó en apartar la mirada de los informes crediticios, las copias de las declaraciones de la renta, las notas registrales, los informes de

solvencia y las resoluciones judiciales. Los ojos le dolían, la cabeza estaba a punto de estallarle y algo ardía en su interior, algo palpitante, más violento que la rabia. Fue a la cocina, se mojó el rostro en el fregadero, cogió una cerveza de la nevera y regresó a la silla, a las carpetas abiertas sobre la mesa, al bloc de notas repleto de párrafos, tachones y diagramas, a las preguntas sin respuesta. O con demasiadas respuestas.

Tras revisar ocho de los préstamos, no albergaba dudas sobre los motivos de Rosa para sacarlos de la oficina e impedir que, llegado el caso, alguien pudiera destruirlos. Porque mucha gente estaría interesada en sustraer a la mirada de los auditores unos informes que, a primera vista, no contenían nada abiertamente ilegal.

Cogió el cuaderno, se dejó caer en el sofá y, lápiz en mano, repasó las líneas maestras de sus apuntes. Todas las operaciones, ejecuciones hipotecarias que abarcaban el período entre 2007 y 2012, tenían deficiencias que, por sí solas, podrían considerarse exceso de laxitud en el cumplimiento normativo. Pero las semejanzas eran demasiadas. Para empezar, todas las fincas hipotecadas eran chalets. Todos los prestatarios, parejas de jóvenes ambiciosos cuya capacidad de pago dependía de ambos sueldos. En todos se aplicó un tipo de interés inicial excesivamente bajo, una oferta comercial más agresiva que la de la competencia, que parecía calculada ex profeso para animar a los prestatarios a meterse en algo que, en realidad, excedía a su capacidad. Ajustando el precio a los sueldos de los solicitantes, se los empujaba a embarcarse en una aventura cuyo desenlace estaba sellado de antemano. Porque, en todos los casos, con la primera revisión de tipos, la mensualidad subió y comenzó a estrangularlos.

Apretó los párpados, se pinzó el puente de la nariz con la yema de los dedos, se frotó los ojos y los abrió de nuevo. En el salón, la penumbra era insoportable de tan acogedora. De forma mecánica, cogió el mando y encendió el televisor buscando ruido blanco, los manidos diálogos de las teleseries o los anuncios una y mil veces repetidos. El silencio comenzaba a asfixiarlo, como antes lo asfixió la compañía de amigos y conocidos.

El ansia desmedida de la Unión Crediticia por captar volumen, por crecer y hacerse acreedora de una fusión ventajosa no justificaba tal cúmulo de despropósitos. Quizá explicara, en todo caso, el obvio relajo de quienes debieron hacer cumplir las normas de prudencia bancaria. Una dejadez cómplice, pensó en cuanto confirmó que todas las casas ejecutadas las había vendido la misma agencia inmobiliaria, que todas las había tasado una desconocida sociedad ajena al banco.

Incapaz de permanecer sentado, se levantó y comenzó a ir del salón a la cocina, de esta al dormitorio y de vuelta al salón, un sendero de pasos repetidos como las conclusiones que no lograba arrancar de su mente. Lo que Rosa había descubierto durante su último año de trabajo era muy grave. Pero estaba ahí, en el archivo, visible para cualquiera que supiera mirar. Eso era, quizá, lo más inquietante. Quienes las firmaron, quienes las autorizaron a sabiendas de que más pronto que tarde ejecutarían las garantías, es decir, desahuciarían a los propietarios, se sentían invulnerables. Hasta que Rosa los desenmascaró.

Rosa estaba muerta.

Regresó al sofá con otra cerveza y la galerna rompiendo contra su cráneo. No tenía todos los elementos del mecanismo, pero sabía que involucraba a mucha gente. No solo en la inmobiliaria, en la sociedad de tasación y, seguramente, en los juzgados. También, y sobre todo, en el banco. En las altas esferas del banco. Por eso nadie cambió al director de Mazarredo en los últimos veinte años. Por eso ninguno de los gestores provenía del Banco Monetario. De hecho, y hasta que ya no hubo donde relegar a los empleados prejubilables, incluso los administrativos eran de la extinta Unión Crediticia. ¿Estarían todos involucrados? Costaba creerlo. Como costaba creer que ninguno se hubiera percatado de nada en ese tiempo.

En el televisor, un busto de pelo engominado anunciaba una conexión en directo con la sede del Gobierno Vasco, donde la consejera de Interior repetía, en rueda de prensa, datos insustanciales sobre los asesinatos. Subió el volumen mientras, en su mente, la trama de embargos fraudulentos giraba a un ritmo creciente. La mujer de semblante adusto, la misma de la mañana,

confiaba en el pronto esclarecimiento de los crímenes, y Antonio solo veía la papada del director de Mazarredo; la nariz ratonil del interventor, hundida siempre en una inalterable montaña de papeles; el rostro abúlico del viejo presidente de la UC. La consejera divagaba sobre las diferencias entre terrorismo y violencia indiscriminada, pero Antonio no escuchaba. Encendió el portátil, entró en la página del Registro de la Propiedad y solicitó notas simples de las ocho fincas. ¿Cómo se ejecutaron esas hipotecas? ¿Un solo postor se apropió los inmuebles por mucho menos de su valor? ¿O la caja se las adjudicó para revenderlas después a los empleados implicados? Se recostó en el sofá y trató de retomar el hilo de la rueda de prensa.

La consejera seguía hablando: «Por ahora, puedo confirmarles que trabajamos con la hipótesis de tres personas asesinadas por parte de un grupo que, insisto, desde la Consejería de Interior no consideramos terrorista. La cuarta, la primera en el tiempo, parece motivada por venganzas personales, extremo este que tampoco se ha descartado en las demás».

¿Era verdad? ¿Unax Mendiguren, un chaval que se pasó la noche soltando chistes sin separarse en ningún momento de su cubalibre, asesinó a Rosa por culpa de un informe para recursos humanos?

El ordenador avisó de la entrada de nuevos mensajes en su correo. Desde su informatización, el Registro de la Propiedad respondía a las solicitudes con una celeridad inimaginable años atrás, cuando las colas y la espera eran el día a día de quienes necesitaban conocer el estado de una finca. Ahora, ocho mensajes parpadeaban en la bandeja de entrada, ocho respuestas tan temidas como necesarias.

Los datos no fueron concluyentes. Al menos, en principio. Tres de las viviendas se escrituraron a nombre de tres matrimonios cuyos nombres no le sonaban de nada. Las otras cinco quedaron en manos de una misma sociedad de nombre aséptico: Gestión de Fincas y Locales S. L. Podía tratarse de una inmobiliaria especializada en rastrear chollos en subastas judiciales, o podía ser algo más. Por si acaso, buscó información en una página de análisis comercial. No encontró mucho. En realidad, prácticamente nada. Ni balances ni presentación de cuentas ni datos económicos. Ni siquiera el nombre de los

accionistas. Solo el domicilio social, un edificio de oficinas en Las Arenas. Nada, en realidad.

Regresó frente al televisor. Con semblante menos agrio que por la mañana, y un tono no tan cortante, la consejera respondía a las preguntas de los periodistas. Cerró los ojos. Mareado, se apoyó en el reposabrazos del sofá, dio un par de pasos sobre la alfombra y, entonces, una imagen, un recuerdo, se adueñó de la estancia. Un bar. Repleto de gente. Ruido, vasos entrechocando, música, gritos y carcajadas. Delante de él, Rosa habla con un compañero ya jubilado. Un joven regresa de los aseos trastabillando entre quienes esperan frente a la barra. «¿Has potado?», pregunta una voz. Unax Mendiguren asiente con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. «¿Te acompaño a casa?», insiste la voz. Pero él niega y esboza una sonrisa beoda. «¡Es la despedida de Rosita! ¡Que siga la fiesta!», consigue articular mientras recupera el vaso de una mano amiga y finge un torpe baile que casi da con sus huesos en el suelo.

—¿Y cómo hace un borracho incapaz de mantenerse en pie para apuñalar a una mujer y salir huyendo? —gruñó Antonio al silencio de su salón mientras sacaba el móvil y tecleaba un mensaje para su hija.

—Hay que parar.

Desde el cristal de la ventana, un rostro lo observaba con el ceño y los dientes apretados; un rostro barbado, de larga melena rubia y ojos azules que conocía desde siempre.

Su propio rostro.

El teléfono seguía pegado a su oreja, ese celular que vibraba sin que su pantalla reflejara número alguno, sin que en sus registros quedara rastro del interlocutor que, con voz atropellada, insistía en que la justicia del pueblo, la impartida sin togas ni picapleitos, debía detenerse. Que el sueño en el que se embarcaron en la confianza de alumbrar el camino a los demás había llegado a su final.

Gustav no estaba de acuerdo.

—Estamos cometiendo demasiados errores.

Percibió tensión en el tono de su interlocutor, furioso por la torpeza de los demás.

—Ya me ocupé de eso. Nadie puede rastrear la dirección IP de un muerto.

—Hiciste un buen trabajo. —El hombre de la ventana sonrió a Gustav y, por un momento, le recordó a ese niño grande y torpón, necesitado siempre de los halagos de su padre—. Pero no es suficiente. Si no paramos, corremos el riesgo de que todo se vaya a pique. Es mejor dar un paso atrás que caer por un barranco. Pensé que se lo había dejado claro al tonto de los seguros, y ya ves...

—Bueno, Iturgaitz no va a delatarnos, sobre eso no hay duda.

—¿De verdad piensas que no lo ha hecho ya?

Gustav guardó silencio. La oscuridad densa de la vivienda contrastaba con el océano de bombillas que se agitaba a sus pies, luces blancas y anaranjadas que imprimían sobre la piel asfaltada del valle el perfil caótico de la ciudad. Allí, bajo ese magma de apariencia incruenta, acababan de comenzar una lucha que Gustav no deseaba dar por concluida.

Pero no podía ignorar la opinión del otro. Nadie podía.

—Entonces ¿qué?

—Encuentra al siguiente. Dile que pare.

—¿Y sí se niega?

—Haz lo que debas.

En el cristal, la sonrisa del niño que fue, del niño acobardado por la indiferencia de su padre, se distendió tanto que tuvo que colgar para que no fuera perceptible la carcajada.

Katy esperaba recostada en la pared, pendiente del portal por donde, en cualquier momento, podían aparecer Brennan o Bulldog. La tensión se percibía en su rostro, en el inquieto movimiento de unos ojos demasiado brillantes. Pero quienes pasaban a su lado solo veían un cuerpo exhibido bajo una falda microscópica y un top semitransparente que mostraba y moldeaba a la perfección sus pechos y sus pezones.

Osmany estuvo a punto de ofrecerle su propia chaqueta, pero recordó que llevaba la pistola en el bolsillo y decidió posponer las galanterías para otra ocasión.

El arma fue lo primero que cogió cuando, con la garganta dolorida y la cabeza despejada gracias al paracetamol, despertó de la siesta. Se vistió despacio, evaluando cómo abordar al Enano, cómo sacarle la verdad y, en último término, no dejar huellas. Terminó de ceñirse los vaqueros, se ató las botas militares y, sobre una camiseta que le colgaba lacia de los costados, se puso una vieja guerrera de camuflaje en cuya manga destacaba el relieve de una avispa sobre un fondo de lagos y montañas.

—¿Adónde vas a estas horas? —preguntó Nerea sin separar la mirada del televisor.

—Necesito aire. No me esperes despierta, ¿vale?

—Vale, pero procura no tirarte a la ría. —Se volvió en el sofá buscando la reacción de su suegro al fallido esbozo de chiste, pero solo alcanzó a ver la espalda de una chaqueta militar con un tosco remiendo en el centro—. Y no vengas tarde. ¡Mañana te toca cuidar a tu nieta! —gritó para imponerse al ruido de la puerta.

Katy lo condujo a través de la calle San Francisco, larga y oscura a las once de la noche, repleta de lonjas cerradas, kebabs abiertos y locutorios con las persianas a medio camino entre la bienvenida y la discreción. En las esquinas se repetían los mismos grupos de cada tarde, las mismas expresiones desconfiadas en unos rostros de tierra y carbón, los mismos ojos temerosos y anhelantes. Un bar mugriento dejaba salir lamentos de cante jondo, un coche de la Ertzaintza ascendía sin prisa desde el puente de San Antón y un perro esparcía desperdicios en la acera y miseria sobre la miseria. Cuando la calle se inclinó buscando la cercanía del Nervión, se detuvieron. En aquel punto se cruzaba con otras dos. Una ascendía hacia las antiguas minas de Bilbao, olvidadas siglos atrás, y la otra discurría paralela a la ría hasta el puente de la Merced. Osmany no necesitó buscar la placa para confirmar que, una vez más, estaba junto a la calle de Marzana.

—¿Ves esa escalera? —Katy susurraba como si un hombre y una mujer hablando en plena calle fueran algo sospechoso, como si hubiera oídos a sus espaldas y grabadoras bajo sus pies—. La nueva, esa con las barandillas de cristal —puntualizó. El cubano asintió. Las veía, y las conocía. Estaban junto al pub Inpernu—. Son esos. Es el más bajito de los tres. A los otros no los conozco.

Los observó desde la distancia. El Enano era poca cosa. Flaco y seco como un junco, llevaba la voz cantante. Los otros, dos gorilas que superarían con holgura los cien kilos cada uno, seguían sus explicaciones como un niño sigue las de la maestra, un trabajador las del jefe o un gobernante las del banquero.

—Yo tengo que irme. —La voz de la mujer temblaba, quizá de frío, quizá de miedo—. ¿Qué piensas hacer?

Osmany se encogió de hombros sin sacar las manos del bolsillo de la chaqueta, sin abandonar el reconfortante contacto de la H&K.

—Hablar con él. Ya veremos.

Dejó pasar el tiempo cuidando de no delatar su presencia. Al principio se mezcló con las cuatro o cinco personas que esperaban en la parada del autobús, pero cuando la marquesina se vació buscó refugio en una tasca

minúscula donde solo un viejo de greñas apelmazadas y barba de tres días acompañaba al grueso propietario. Pidió un vino y se apostó junto a la entrada, desde donde intuía el hueco de la escalera. Allí hizo durar la bebida, ante la indiferencia del resto de los parroquianos, más de una hora. Pasadas las doce y media, los coches eran cada vez más esporádicos y los peatones caminaban de manera más rápida y furtiva. De vez en cuando, alguien se acercaba, se colaba tras las barandillas de cristal blanco y reaparecía más nervioso y huidizo. Al Enano no le iba mal el negocio, pero tampoco parecía un gran capo.

El eco de una sola campanada moría en torno a la iglesia de San Antón cuando los tres hombres abandonaron su parapeto y comenzaron a ascender por San Francisco. El cubano apuró las últimas gotas y salió tras ellos. Tuvo suerte. Unos metros más allá, el Enano se despidió de sus gorilas y, solo, giró hacia Miribilla, la curva que enlaza San Francisco y Cortes. Una curva oscura. Y desierta. En completo silencio, acostumbrado a caminar por la selva sin levantar protestas de la vegetación, se acercó al objetivo con la pistola en la mano y la mirada en las puertas de los edificios. Cerca de las luces que anunciaban la presencia de un hotel decrepito, encontró una abierta. Y entró en acción. Sin un ruido, se abatió sobre su presa, la lanzó al interior del portal de un empujón tan fuerte como inesperado, cerró de un puntapié y le apoyó en la frente el cañón de la pistola.

—Las manos en la cabeza. Eso es. Un solo movimiento y te vuelo la tapa de los sesos, ¿está claro?

El Enano no respondió. Se mantuvo en silencio, un silencio arrogante, despectivo incluso. A pesar de la presión de la pistola, su mirada buscaba los ojos de Osmany con algo semejante a un desafío. La frágil luz filtrada a través del esmerilado de la puerta no delataba sombras de temor en su rostro.

—Así que tú eres el Enano, ¿no? —Hablaban en voz muy baja, con la boca cerca del otro y el arma empujándole el cráneo contra la pared—. Por cierto, ¿cuál es tu nombre? Nunca me gustaron los mote.

—Mikel.

—¿Mikel? No es un nombre muy argelino.

—¿Y por qué iba a tener un nombre argelino? Soy de Bilbao.

Arechabala comprendió que era cierto. El camello era muy moreno. Sus facciones eran afiladas; su nariz, como su cuerpo, muy delgada. Pero no era magrebí. ¿A cuántos extranjeros se acusaba impunemente de delitos, grandes o pequeños, que habían cometido delincuentes de intachable apellido autóctono?

—Bueno, Mikel, vamos a hablar de Camilo. Y si aprecias tu vida, espero que seas sincero.

—¿De quién?

—¡De mi hijo Camilo! —bramó empujando con todas sus fuerzas el cañón contra su frente.

—¡Vale, vale! —Ahora sí parecía asustado—. Oye tío, ¿de qué va esto? Ni sé quién eres ni conozco a ningún Camilo. ¿No te envía Mamadou?

—No sé quién es ese Mamadou. Y no vuelvas a insultarme comparándome con la mierda con la que te relacionas. No después de matar a mi hijo.

—¡Eh! ¡Para, tío! Yo no he matado a nadie. —Bajo la tenue luz del portal, el Enano renunció a un desafío que solo podía perder y se fijó en su oponente—. Eres muy mayor para estar con el senegalés. Oye, viejo, ¿y si empezamos por el principio? Y podrías bajar eso.

Osmany lanzó un vistazo a las tinieblas que velaban la escalera y dudó un segundo. Quizá fuera una estratagema, una forma de dejar pasar el tiempo en espera de algún vecino tardío o demasiado madrugador. Pero, por otro lado, necesitaba hacer bien las cosas.

—No bajo nada —contestó, y, sin palabras, Mikel dio a entender que no esperaba otra cosa—. Pero puedo refrescarte la memoria. ¿Qué me dices de Juan Díaz?

—Juan. De acuerdo. Juan trabajaba para mí hasta que lo trincaron. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo lo trincaron?

El Enano se pasó la lengua por los labios y abandonó la poca altivez que le quedaba. Apoyado en la pared, se lo veía incluso relajado a pesar del cañón

que presionaba su frente. Osmany sintió que, poco a poco, sus certezas comenzaban a diluirse.

—Mira, Juan no es mal tipo, pero es un poco pardillo. Me lo presentó un colega que lleva tiempo haciéndome trabajitos.

—El Irlandés.

—Veo que lo conoces. —Por primera vez, Mikel se permitió una sonrisa—. Los dominicanos me ayudan a distribuir la mercancía. Y Juan se apuntó al negocio. Pero el tío es tonto. Se dejó engañar por unos estupas de paisano, y encima intentó huir. Empujó a uno, el pavo tropezó, se rompió el tobillo y al bobo de Juan lo entalegaron acusado de agredir a un agente de la autoridad. Va a pasarse una temporada a la sombra.

—Espera... ¿Está en la cárcel por agresión? ¿No por tráfico de drogas?

—No. Si se hubiera dejado detener habría salido a la calle al día siguiente. Nunca llevamos mucho costo encima.

Osmany estudió su semblante, tranquilo dadas las circunstancias. No parecía preocupado de que su vida dependiera de la verosimilitud de sus argumentos.

—¿Cuánto dinero te debe?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué iba a deberme algo? Todos conocemos los riesgos del negocio. Intentamos minimizarlos, trabajamos con cantidades pequeñas. Pero si te cazan, te cazan y punto.

—¿No lo amenazaste con hacer que lo mataran en la cárcel si los dominicanos no te devuelven veinte mil euros?

—¿Yo? —Ahora la sonrisa de Mikel se transformó en una carcajada, breve pero franca. Era una imagen extraña, un individuo pequeño y al filo de la anorexia, encañonado por un negro que le sacaba veinte centímetros y treinta kilos, riéndose sin separar las manos de la cabeza—. Pero ¿quién te crees que soy? Escucha, a mí unos tíos me pasan algo de mierda, yo se la paso a otros tíos, recaudo lo que me dan y doy su parte a los primeros. Ni tengo contactos en el talego, ni amigos en la policía ni nada que se le parezca.

—¿Conoces a Katy Díaz? —Arechabala procuró que su desconcierto no fuera evidente. La certeza de la venganza se deshacía y se escurría entre sus

dedos.

—Será la hija de Juan, supongo. Pues no la conozco... Ni siquiera sabía que tiene una hija. ¡Espera un momento! La chica de Brennan se llama Katy, ¿no? ¿Te refieres a ella?

—Sí.

—Joder. No sabía que fuera su hija. —¿Estaba sorprendido? Sí. Estaba sorprendido—. Me han dicho que es la puta del Irlandés. ¿Es cierto?

Osmany no necesitó hablar para confirmárselo.

—¡Qué cabrón! —exclamó el Enano—. Prostituyendo a la hija de su colega mientras está en el maco.

—Para pagarte las deudas de su padre.

—¡Que no me debe...! —Dejó la frase en suspenso, con la boca y los ojos muy abiertos.

Osmany supo que acababa de comprender el juego del Irlandés. Y prácticamente confirmó que aquel camello de aspecto insignificante no tenía relación con la muerte de Camilo. Sin embargo, decidió apretar un poco más.

—Mi hijo vino a verte. —Su voz recuperó el tono metálico del principio y la pistola marcó la piel enjuta del Enano borrando de su rostro una tranquilidad falsa—. Equivocado o no, vino a verte. Te exigió que dejaras en paz a Katy. Y tú actuaste como la rata que eres. No tuviste valor para enfrentarte a él y lo apuñalaste por la espalda cuando se marchaba. ¿Pasó así? Contesta y déjate de risitas. Empiezo a estar harto.

—A ver... —Medía las palabras con el temor, o la prudencia, de quien sabe moverse en un campo minado—. Te digo de verdad que no conozco a tu hijo. Nadie, nunca, vino a hablar conmigo sobre esa chavala. No sé qué puedo hacer para convencerte, pero las cosas son como son.

—La herida en su espalda coincide con la que haría un mierda de tu tamaño.

Los ojos de Osmany brillaban en la oscuridad. Era el reflejo de las farolas a través del cristal de la puerta, pero, por primera vez, Mikel temió por su vida.

—Mira, te juro que no he matado a nadie en mi puta vida. No es mi estilo, no lo necesito. Aunque en este negocio tenemos amigos que no gustarían a

nuestras madres. Bastante pirados, y muy fieles. Así que si alguna vez tengo que hacer algún trabajito de esos, me ocuparé de que se haga mientras estoy donde no queden dudas de mi coartada. Quizá detenido en una comisaría, en un programa de la tele o... yo qué sé.

Algo sacudió los recuerdos de Arechabala, algo escuchado cerca, muy cerca de allí, en un bar mohoso donde, empapados, Maruri y él intercambiaban gratitud y confianzas en torno a un café bien caliente.

—Ya —susurró con la mente en otro sitio—. O en una notaría.

—Por ejemplo. Una notaría sería un sitio cojonudo.

Osmany guardó silencio. Y, por un momento, olvidó la razón de su presencia en aquel portal oscuro, olvidó a Camilo y su asesino, y regresó a las promesas esbozadas por Maruri en nombre de su cliente.

—Bueno, viejo, ¿qué opinas? ¿Puedo pirarme?

Osmany torció el gesto sin soltar el arma.

—Una última cosa: ¿cómo quedas con los dominicanos para pasarles la droga?

El Enano se animó. Aquella era una pregunta que podía responder. Y su libertad dependía de esas respuestas.

—No quedo con ellos. Les mando un mensaje en clave y les digo dónde recogerla. Así, ni me ligan con la mierda ni me relacionan con los que la llevan.

—¿En serio? ¿Los avisas a través del celular? A mí me parece una buena forma de delatarte.

Regresó la sonrisa. Regresó el optimismo, y la certeza de que saldría de allí por su propio pie.

—Tengo un montón de móviles con un montón de identidades falsas. De un montón de países, además.

—Claro. Y llevarás alguno encima, digo yo.

—Exacto.

—Pues, como muestra de buena voluntad, podías regalarme uno de esos aparatitos. Y explícame cómo mandas esos mensajes en clave a los dominicanos. Mera curiosidad, ya tú sabes.

Para Jonathan Redondo, más conocido como Bulldog, las noches eran un largo compás de espera, un erial que atravesar en la anodina compañía de la teletienda, los esporádicos gruñidos de su jefe, y el ir y venir de los puteros a quienes recibía y, tras el preceptivo paso por caja, acompañaba hasta la alcoba donde una mujer negra aguardaba para satisfacer caprichos que jamás se atreverían a pedir a sus esposas. Después, cuando el alba teñía de dudas las ventanas y el último cliente abandonaba la vivienda con una mezcla de desprecio y añoranza en la mirada, era él quien entraba en el dormitorio y la poseía con el ansia de las horas perdidas. A veces, a caballo entre el hastío y la excitación, le daba por ojear una de las muchas revistas pornos escondidas en el armario, pero dado que, por lo general, terminaba corriéndose sobre sus páginas, prefería poner la tele, cuya programación pueril contrarrestaba el efecto de los suspiros que atravesaban las paredes.

El timbre lo arrancó de un sopor donde ensoñaciones sexuales y monotonía catódica se mezclaban sin orden ni concierto. Bostezó y se arrastró hasta la puerta sin llegar a sacudirse una pereza que desapareció nada más abrir, cuando un negro vestido de camuflaje lo encañonó con la que fue su pistola.

—Venga, muévete hasta el fondo de la habitación y sin tonterías. Sí, ahí quietito, junto a tu amo. Buenas noches, Irlandés. ¿Te alegras de verme?

Héctor Brennan abandonó a trompicones el taburete donde cabeceaba en espera del próximo cliente. La brusca irrupción de Arechabala lo sorprendió ordenando un taco de billetes de cincuenta euros, que se derramaron sobre el linóleo cuando, rabioso y resignado, alzó las manos y las apoyó en la cabeza.

—¿Qué pasa, *brother*? ¿Tan cansado estás de la vida que vienes a joder a quien puede joderte?

Osmany no se molestó en responder. Ni siquiera en mirarlo a la cara. En contraste con el desafío callado del Enano, aquella bravuconería de culebrón venezolano buscaba disimular, sin conseguirlo, un temor rayano en el pánico. No. Brennan no le preocupaba. Pero la falta de cerebro de Bulldog podía ser un problema. Con la Heckler & Koch apuntando hacia su pecho, retrocedió

dos pasos y abrió la puerta del dormitorio. Un hombre menudo, calvo y lechoso apareció en el umbral esbozando una protesta airada que se desinfló en cuanto se percató del brillo del arma. Recuperó su ropa y, sin vestirse, se perdió escalera abajo.

—Katy, coge tus cosas y ven enseguida. Nos vamos.

Salió embutiéndose la falda, con las botas en la mano y el top enredado por encima de los senos. Algo cercano a la histeria afilaba el timbre de su voz, pero Osmany creyó entrever un destello de esperanza en su mirada.

—¿Estás loco? ¡Nos matarán! El Enano nos matará. Matará a mi padre si dejamos de pagarle.

—El Enano es un pobre hombre, solo un poco menos miserable que estos dos.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Nadie amenaza a tu viejo. Todo es mentira, un invento de este cerdo para jinetearte. Juan no le debe nada. ¿No es cierto, Irlandés? ¿Qué pasa? ¿No tienes nada que decir?

Brennan había enmudecido. Su impoluta camisa blanca estaba arrugada, los faldones le colgaban fuera del pantalón y sobre su fino bigote se acumulaban gotitas de sudor, las mismas que le brillaban en la frente y dibujaban cercos en el lino. Bulldog dio un paso hacia la derecha en un torpe intento de alejarse de la línea de fuego, pero un gesto del cubano lo devolvió a su lugar.

—¿Sabes dónde guardan tus papeles?

—En su cuarto. —Katy señaló a Brennan con la barbilla. Las manos le temblaban demasiado—. En una arquita blindada.

La arquita blindada era una pequeña caja de caudales protegida por una cerradura sencilla, atada con cadena y candado a un agarradero de la pared. Un sistema básico, pero eficiente para mantener dinero o documentación a salvo de visitantes poco violentos. Bulldog la abrió mientras Brennan rumiaba su fracaso y, entre los dedos de Arechabala, la pistola iba de uno a otro. Dentro, enrollados y apretujados, decenas de billetes de todos los colores ocultaban un pasaporte dominicano y un *smartphone*.

—Todo eso es tuyo, chica. Cógelo y nos vamos.

—¡Eh! ¡Un momento! —gritó el Irlandés separando los brazos de la cabeza.

El disparo hizo temblar los cristales. Sus ecos aún rebotaban en las esquinas cuando Brennan se acercó al rostro una mano ensangrentada, dejando al descubierto el vacío abierto entre el índice y el anular. Sin un grito, cayó de rodillas y vomitó sobre el suelo, los zapatos y el dedo amputado.

—Vámonos.

Katy arrojó dinero, teléfono y pasaporte al interior del bolso y, protegida por Osmany, que no dejaba de encañonar a Bulldog, abandonó la vivienda.

—¿Era necesario dispararle? —preguntó al cubano cuando, con la relativa tranquilidad de saber que nadie los seguía, doblaron en dirección a San Francisco—. Ahora te buscará la policía.

—Nadie va a avisar a la policía. —Caminaba sin mirar atrás, con una mano en el brazo de la mujer y la otra en el bolsillo—. Ellos no lo harán, y el disparo no causó mucho ruido. Y no creo que la gente de ese portal llame por un simple golpe. Además —concluyó con la mirada perdida en los recuerdos—, me quedé con ganas de pegar un tiro a Perro Buchanan.

Katy no quiso saber más. Aferrada al bolso con ambas manos, se dejó guiar sin prestar atención a una calle que, a las dos y media de la madrugada, seguía tanto o más activa que bajo la luz del sol; no importaba que las persianas fingieran dormir y las farolas tiñeran las sombras del color de las horas previas al amanecer.

Llegaron a Bilbao la Vieja. Como todos los jueves por la noche, grupos de universitarios inundaban los bares que circundaban el perímetro de la plaza, estudiantes desterrados del Casco Viejo, de los bares cerrados a esas horas tardías, que encontraban en la otra orilla del Nervión un refugio donde seguir la fiesta en espera de la madrugada. Muchas de las persianas que durante el día permanecían cerradas eran locales tapizados de cartelería *abertzale*, tabernas abarrotadas de jóvenes con camisetas reivindicativas y largos cigarrillos de marihuana deshaciéndose entre sus dedos. Pasaron sin detenerse delante del Inpernu y la escalera de las barandillas transparentes, y se

detuvieron frente al local donde Osmany había llevado a Maruri después de rescatarlo del intento de atraco.

—¿Funciona tu celular?

—Sí —respondió la dominicana al cabo de unos segundos de trastear en las teclas.

—Toma. —Se sacó del bolsillo una libretita de papel café y, de entre sus páginas, extrajo una tarjeta de visita—. Llama a este número.

Katy marcó y le entregó el teléfono. Ahora, rebajada la intensidad de los últimos minutos, notaba el frío de noviembre en su piel desnuda. Cruzó los brazos y se acercó a la puerta en busca del calor agrio del gentío, pero antes de que el estruendo de la música la envolviera, tuvo tiempo de oír el saludo, demasiado desenfadado para esa hora de la madrugada.

—Borja, acá Osmany. Oye, compay, ¿no me dijiste que te gustaría hacer un favor a mi amiga Katy? Pues, precisamente...

Cuando se reunió con ella en el interior, una de las muchas arrugas de su ceño había desaparecido. Ignorando las miradas, algunas sorprendidas, deseosas las más, de los borrachos que saturaban el local, se dispuso a esperar, refugiado del frío, la llegada de Maruri.

—Mi amigo no tiene inconveniente en alojarte esta noche. Vive lejos y, según él, en un sitio tranquilo, donde estarás segura. Tardará media hora, más o menos.

Ella no protestó. Sabía que no podía irse con él, con la viuda de su amante, y no se sentía con fuerzas para buscar alojamiento. Además, si desconfiaba del criterio de un hombre capaz de rescatarla a tiro limpio, ¿qué le quedaba?

Con la espalda apoyada en una esquina de la barra, vigilando la calle a través de los muchos afiches que tapaban los cristales, dejaron pasar el tiempo sin hablar. Aquí y allá, grupos de jóvenes conversaban a voz en grito en una lengua que ni la dominicana ni el cubano conocían, imponiendo la ronquera de sus gargantas al estruendo del rock and roll. Osmany dejaba que la mente se le enredara por caminos inocuos, cuando la letra de una canción interrumpió sus reflexiones:

*... De armamento,
eso es jeta de cemento.
Las religiones calmantes
y las bandas de uniforme.
La droga publicitaria,
delito premeditado.
Y la estafa inmobiliaria.
Delincuencia, delincuencia
es la vuestra, asquerosos.
Delincuencia.
Vosotros hacéis la ley...*

De golpe, el fiasco de su encuentro con el Enano, su abordaje a la guarida de los dominicanos y la precipitada huida con Katy pasaron a segundo plano, eclipsados por el recuerdo de una revelación tan obvia, tan simple, que pasó de puntillas sobre ella hasta que la oyó de labios de un narcotraficante acobardado. Las coartadas perfectas no son reales. No suelen serlo. Al menos, si esa perfección incluye notarios, policías o televisiones, como sugirió Mikel. Si pudo prepararse con solo pedir una cita.

—¿Es ese?

—¿Qué?

—El carro que paró ahí. ¿Es el de tu pana?

Maruri gesticulaba desde el otro lado de la calle, visiblemente inquieto ante la expectación que su Clase E Coupé de cincuenta mil euros despertaba en un grupo de chavales demasiado beodos. Uno incluso llegó a sentarse en el capó, con una cerveza de litro sujeta entre las piernas, mientras improvisaba una especie de halago gangoso que el abogado no llegó a comprender. Pero Osmany salió del bar con Katy a su lado, y los borrachos que se tambaleaban junto a la impoluta carrocería desaparecieron al instante. La imagen de la dominicana eclipsó el mundo y el presente. Su cuerpo casi desnudo encarnaba todo el sexo, toda la lujuria que su imaginación podía inventar. Por supuesto, las botas con tacón de aguja, las medias blancas hasta medio muslo, la falda tan corta que no era una falda y el top ceñido y transparente formaban parte de la explotación a la que era sometida. Pero la parte del cerebro que sabía eso, la que debía empujarlo a sentir lástima por ella, rabia y odio hacia los

proxenetas, se desconectó por un momento. El que tardó en reaccionar al marcial saludo del cubano.

—Llévala a tu casa y cuídala.

Borja asintió de forma mecánica mientras abría la puerta del copiloto.

—Mañana te llamo. ¿Estamos claros?

El abogado asintió, incapaz de pronunciar palabra. Tomó asiento y accionó el contacto sin desviar la mirada de las farolas que perforaban la oscuridad de San Francisco.

Osmany se inclinó hacia la ventanilla abierta y le habló en voz baja.

—Por cierto, me dijiste que el principal sospechoso de tu asesinato estaba en una notaría cuando mataron a la mujer. ¿Podrías saber si le dieron esa fecha o la puso él?

—Ni idea —respondió Maruri toda vez que invitaba al borracho a levantar el culo del capó de un bocinazo.

—Intenta averiguarlo. Mañana hablamos. Y muchas gracias por esto.

—Ni se te ocurra darlas. Hasta mañana.

Las luces del Mercedes se perdieron calle arriba, en busca del puente de Cantalojas, de la salida de ese Bilbao cosido con retales de otras tierras, y Osmany quedó solo en la acera desierta, frente a una persiana cerrada donde, en grandes letras rojas, destacaba un nombre conocido: La Taberna Negra.

Si, una hora antes, las palabras del Enano lo remitieron a su primera conversación con Maruri, aquel bar dormido evocaba las palabras de Arzamendi en la terraza del Lamiak, la pormenorizada descripción de los últimos minutos de su compañera.

Sobre la persiana, pegadas con celo, una esquila y una nota manuscrita:

Cerrado por defunción.

Olvidó a Katy y la gratitud de sus grandes ojos oscuros, olvidó a Camilo, la frustración de la venganza esquiva, e intentó abarcar de un vistazo la plaza al completo. Abotargado, no había prestado atención a Larralde mientras divagaban sobre los crímenes, pero creía recordar que la víctima del atropello

que investigaba tenía «un bar en Bilbao la Vieja». Y aunque entonces no intuyó la importancia de ese detalle, aquello era Bilbao la Vieja, a decir de la placa atornillada a una de las fachadas. Frente a él, al otro lado de la calzada, el tugurio del que acababan de salir. Diez metros más arriba, el pub Inpernu, donde Rosa se despidió para siempre de sus compañeros. Y, cruzando desde ahí, la calle de Marzana se hundía en una oscuridad lóbrega, acorde a los deseos de amantes y asesinos.

¿Casualidad?

Sacó la libreta, un lápiz gastado y, sintiendo que las dudas barrían unas certezas impuestas a golpe de televisor, anotó el nombre de la escuela y la fecha de la defunción.

Jon Larralde tardó unos minutos en comprender el significado de los timbrazos que perforaban sus pesadillas. Por fin, manoteando a ciegas, alcanzó el móvil. En la pantalla, junto al indicador de las tres de la mañana, parpadeaba un número desconocido.

—¿Larralde? Buenas noches. Soy Arechabala, el amigo de Antonio Arzamendi.

Apretó los párpados y contuvo el impulso de gritarle que lo sabía, que llevaba noches soñando con ello, previendo el futuro de Toño en esas alucinaciones que lo acosaban apenas se dormía. Logró responder sin que le temblara la voz.

—Sí. ¿Pasa algo?

—Oye, compay, tengo una duda. Antes dijiste que el tipo que atropellaron ayer jugaba a las cartas todos los jueves. ¿Sabes quién cambió el día de la partida esta semana? ¿Fue él?

El bufido atravesó la línea cargado de rabia, alivio e incompreensión. De un vistazo confirmó que no se había equivocado, seguían siendo las tres de la madrugada, y, antes de responder, salió del dormitorio para no despertar a su mujer.

—¿Te has vuelto loco o qué? Estas no son horas de llamar a la gente para hacer preguntas estúpidas. No os di mi tarjeta para esto. Igual en Cuba los funcionarios atienden a cualquier hora, pero aquí tenemos horarios y derecho al descanso. Además, ¿a ti qué coño te importa?

—Escucha, te llamo porque es muy importante. Muy importante —repitió intentando que la seriedad de su tono subrayara la gravedad de la situación—. ¿Fue el muerto quien cambió la fecha? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé. —Se dejó caer en una butaca y recostó la cabeza en el respaldo. Estaba tan cansado que no tenía ganas de protestar—. Fue él, sí. Su amigo en el cuerpo me dijo que el pobre tuvo mala suerte incluso en eso. ¿Y ahora me dirás por qué lo preguntas y me dejarás dormir en paz?

—No tuvo mala suerte. Lo asesinaron.

El salón se encogió de golpe, se transformó en un pasadizo angosto y oscuro. O eso le pareció a Larralde, que en su propio hogar se materializaba el túnel que conduce a la locura. La locura de los demás.

—Osmany, ¿has seguido bebiendo al llegar a casa?

—Ojalá. —Derrumbado en el sofá, con el iPad de Nerea a un lado y dos envoltorios de paracetamol vacíos junto a un vaso, extrañaba la tranquilidad de su casita de Santa Clara, la plática pausada con los viejos camaradas, su poquito de ron y de son—. Pero no. Tuve una noche muy entretenida —dijo, y Larralde notó en su voz el gesto de su sonrisa—. Creo que tu víctima cambió la fecha de su juego de cartas para tener una coartada.

—¿Una coartada? ¿Una coartada para qué?

—Para el asesinato de Leonardo Goikoetxea.

Larralde abandonó la butaca y comenzó a dar vueltas en torno a la mesita, incapaz de tomar en serio las palabras del cubano y, sin embargo, incapaz de cortarlo.

—Mira, ahorita mismo vi el bar del fulano ese. Es La Taberna Negra. Allí estuvo la mujer de Antonio antes de que la mataran. Y tres días después, alguien mata al dueño. Dice la esquila que se llamaba Iker Zabalegi. ¿No es mucha casualidad?

—Puede ser. Pero no lo mataron. Fue un accidente. Y no hay nada que los vincule. ¡Santo Dios! ¿Por qué estoy discutiendo contigo un caso oficial a las tres de la madrugada?

—Porque sabes que el caso no está resuelto.

En el silencio, Osmany comprendió que había dado en el blanco.

—¿Registraste la casa de Iker?

—No. ¿Por qué? Es la víctima de un accidente. No hay razón para allanar su vivienda.

—Hazlo. Es importantísimo. Si no estoy equivocado, encontrarás datos de Rosa. Fotos, rutinas, datos personales...

—¿Insinúas que mi víctima mató a la novia de Toño?

—Eso creo.

—¿Seguro que no has bebido? —A pesar de su intento, Larralde no consiguió imprimir en su acento el tono irónico buscado. Sonó más como una queja, como el lamento de quien, superada la última loma, descubre que la cima lo observa desde la distancia, tan lejana y arisca como siempre.

—Mira, es lógico no relacionar un atropello con lo de esta semana. Sucedió lejos del bar, y el agente que lo investiga no tiene nada que ver con las otras muertes.

—Oficial.

—¿Perdón?

—No soy un agente. Soy oficial de la Ertzaintza.

—Sí, eso. Disculpa. Verás, un conocido me ha hecho recordar que para matar a alguien necesitas una buena coartada. En especial si todo el mundo sabe que quieres matarlo.

—No te sigo. Y son las tres de la madrugada —insistió Larralde—. No tengo el cuerpo para teorías conspiratorias.

—Perdona. Procuraré ir más despacio —el gruñido de Larralde lo alcanzó con total nitidez—. No me gustan las casualidades. Cuando vi que el muerto era el dueño de La Taberna Negra, recordé lo que dijiste sobre su partida de mus con un policía. Y me dije: Si ese tipo tiene algo turbio, pudo cambiar la

fecha de la partida para contar con una coartada en el caso de que lo interroguen.

—¿Por qué iban a interrogarlo?

—Por amenazar a una víctima de asesinato.

—Osmany, esta conversación me aburre. Estás abusando de mi paciencia y de mi amistad con Toño. Te repito que no son horas de...

—Entra en internet y escribe juntos estos nombres: Iker Zabalegi y Leonardo Goikoetxea.

—¿Qué?

—A Goikoetxea lo odiaba mucha gente. Míralo y verás. Era un fulano que se dedicaba a estafar a sus compradores. Y ese pobre diablo, Zabalegi, le adelantó un dineral por una casita que nunca se construyó. Un juez condenó a la empresa a devolverlo, pero no vio ni un peso. Ya sabes cómo funciona esto, ¿no? Sociedades limitadas que desaparecen y no pagan. Acá, en internet, hay cientos de amenazas contra el fulano. Las del tal Zabalegi son de las peores.

Larralde no respondió. Intentaba no hacerle caso, intentaba buscar una excusa para colgar, para librarse de sus desvaríos y regresar al calor de su esposa, pero cada vez le resultaba más difícil. Por un momento, estuvo tentado de sentarse delante del viejo ordenador de sobremesa que llevaba años apagado en el dormitorio de su hijo y teclear el nombre de las dos víctimas de la noche anterior.

—Osmany, todo lo que estás contándome son tonterías. Nadie necesita una coartada para un atentado suicida.

—¿Y si no sabía cómo iban a matarlo? Igual ni sabía quién lo haría.

—Bueno, mira, vamos a dejarlo. Estoy agotado y mañana madrugo.

—Una última cosa, Larralde. Yo pediría ya mismito protección para el dueño de Seguros Altube.

Un bostezo fue la única respuesta. Un bostezo largo, hastiado y, de algún modo, despectivo. Después, un clic y el zumbido de la línea vacía.

En la oscuridad de su vivienda, Osmany Arechabala se encogió de hombros. Apagó el iPad, se arrastró hasta el catre, se arrebujó con la manta y, cinco minutos después, dormía profundamente.

VIERNES

7 DE NOVIEMBRE DE 2014

La lluvia regresó la madrugada del viernes. Regresó más intensa y fría, como si su breve ausencia fuera un acicate para arremeter con más furia contra la ciudad. El agua anegaba las aceras, la calzada y el ánimo de los bilbaínos. Regresaron las botas y los paraguas. Regresaron los gestos tristes, los hombros hundidos, las miradas clavadas en el suelo. Y, con la certeza de que tras aquel otoño inacabable vendría el invierno, regresó el desánimo.

Jon Larralde caminaba con una mano en el bolsillo y la otra empuñando el paraguas como un arma inútil frente a la superioridad del enemigo. A las siete de la mañana, el tráfico comenzaba a apelotonarse delante de los semáforos de Hurtado de Amézaga, a dibujar enigmáticas imágenes en rojo y blanco sobre la pantalla del chaparrón. Los peatones se cruzaban sin una sonrisa, fantasmas envueltos en gabardinas incapaces de protegerlos. La mayoría bajaba en busca del metro, el autobús o el cercanías. Solo unos pocos subían en dirección a Zabalburu, en dirección al sur, geográfico y demográfico, de la ciudad. Larralde era uno de ellos. Caminaba como un autómatas, más atento a los ecos repetidos en su mente que a los rostros intuidos en la penumbra. Ecos de teorías escuchadas en horas que no le permitieron pensar con nitidez y, sobre todo, ecos del whatsapp que encontró en su móvil nada más levantarse:

Unax estaba demasiado borracho para matar a Rosa. Begoña me ha confirmado que Rosa no firmó el informe contra Unax. Su nombre sale en el documento porque ella era la directora, pero la firma no es suya. Rosa estaba de baja. Tan difícil era investigar un poquito?

Le costó mucho no llamar a Arzamendi para poner las cosas en su sitio, para recordarle a grito limpio que los asesinatos son asunto de un equipo de

profesionales acostumbrados a fajarse con delincuentes, camellos, corruptos y terroristas, que si no confiaba en el trabajo policial, lo mejor que podía hacer era dejar de molestarlo. Consiguió contenerse. Lo último que Toño necesitaba era pelearse con su mejor amigo cuatro días después de enterrar a su novia.

Además, a pesar de la última frase, sobrante a todas luces, el mensaje de Arzamendi tenía sentido. Si no fue Rosa quien firmó aquel papel, Mendiguren lo sabría. Detenerlo basándose en un expediente encabezado con el nombre de la responsable, es decir, Rosa Villate, pero firmado por otra persona era un error de bulto. Por lo menos, esperaba que la firma fuera completamente ilegible, pensó como endeble argumento de defensa.

Llovía a mares cuando cruzó Autonomía y, empapado, llegó a la puerta de la comisaría. Sacudió el paraguas maldiciendo el tiempo, la amistad y las teorías conspiratorias, maldiciendo los pocos meses que le faltaban para la jubilación, cuando se tropezó con Nekane Gordobil, con el chubasquero en una mano y las llaves de un vehículo en la otra.

—¡Larralde! ¡Qué bien me vienes! Acompáñame. Acaban de avisar de un tiroteo en el puente de Deusto.

Abrió un coche patrulla y arrancó sin apenas dar tiempo al oficial a ocupar el asiento del copiloto.

—¿Qué pasa con Méndez?

—Su mujer se ha puesto de parto —contestó Gordobil, mientras accionaba las sirenas e invadía el carril bus rozando la carrocería de un vehículo aparcado en parte sobre la acera.

—De acuerdo. ¿Y el tiroteo?

Antes de que Nekane pudiera responder, la radio chisporroteó: «Sospechoso huyendo en moto negra de gran cilindrada. Lo hemos perdido cerca de Sagrado Corazón, dirección Sabino Arana. Se dirige hacia la autopista. Casco y mono también negros».

—Nos pilla demasiado lejos —se lamentó la suboficial. Seremos más útiles en el escenario del crimen.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué seremos útiles en el escenario del crimen? La comisaría de San Inazio está mucho más cerca. Lo más probable es que tengan controlado el escenario. Entonces ¿por qué vamos nosotros?

Gordobil se mordió el labio inferior y un surco de preocupación rasgó su mejilla.

—Lo que pasa es que nosotros llevamos el caso.

—¿Qué caso?

La pregunta de Larralde era retórica. La respuesta danzaba en la sequedad de su garganta, en la repentina ronquera de su voz.

—Han asesinado a un ejecutivo delante de la puerta de la torre Iberdrola. Un motorista le ha pegado un tiro en la nuca y, antes de escapar, ha soltado un montón de pasquines.

—Justicia.

—Justicia —confirmó Nekane dejando que las sílabas se filtrasen entre sus dientes en un silbido decepcionado.

El frío era espeso, tangible. Los limpiaparabrisas apenas alcanzaban a barrer el agua de la luneta y, a través de los aireadores, el aire cortaba la piel de las manos y el rostro. Pero la sensación glacial que atenazaba a Larralde nada tenía que ver con la temperatura ambiente. Intentó hablar, y solo lo consiguió al segundo intento, tras un patético movimiento de los labios inadvertido para su compañera.

—¿El muerto era de Seguros Altube?

Nekane le lanzó una fugaz mirada de incompreensión y se encogió de hombros.

—No lo sé. No sé si lo han identificado.

Permanecieron en silencio mientras obligaban al resto de los vehículos a orillarse en los arcones o detenerse sobre los lagos renacidos en los desagües. Un silencio rasgado por el incesante aullido de la sirena, el bramido del motor, algún que otro bocinazo frustrado y las voces que, a través de la radio, anunciaban que más patrullas se unían a la persecución del sospechoso.

La plaza Euskadi, en la entrada del antiguo puente levadizo que une Deusto con el resto de Bilbao, es una amplia rotonda engalanada con dos bancos y

cuatro farolas. La torre Iberdrola, el monstruo de cristal cuyas cuarenta y una plantas luchan por robar miradas y admiración al cercano museo Guggenheim, preside ese espacio aséptico por donde los peatones cruzan sin mirar camino del parque o el cercano centro comercial. Sin embargo, nadie caminaba por las aceras cuando llegaron, nadie esperaba delante de los semáforos. Cintas con el anagrama de la Ertzaintza impedían el paso a los curiosos que, a duras penas, contenían su ansia de morbo detrás de la barrera. Entre ellos, algunos periodistas pertrechados con cámaras, micrófonos e impaciencia. En el centro del perímetro delimitado, rodeado de un charco rosado que la lluvia extendía y diluía, había un bulto cubierto con una manta. El viento hacía ondear una de sus puntas, que golpeaba pesadamente contra el suelo. Era un movimiento lento y enervante, la llamada de atención de un cadáver abandonado a su suerte bajo el aguacero. Varios agentes de la policía autonómica, con los impermeables rojos cerrados hasta el cuello, esperaban la llegada de la comitiva judicial y los peritos forenses refugiados bajo la entrada de la torre.

Larralde no pudo evitar un gruñido al salir del coche y, cobijando a Nekane con su paraguas, acercarse a ellos. La ausencia de los expertos no era extraña. Desde el aviso no habrían pasado ni diez minutos. Lo que nunca dejaba de sorprenderlo era la rapidez de la prensa.

Un oficial cuyo nombre no entendió los saludó con la desgana de quien, tras abandonar el lecho a regañadientes, comprende que no ha despertado de la pesadilla. En pocas palabras, resumió lo que sabían a partir de las declaraciones de las decenas de testigos que a esas horas cruzaban el puente o accedían a sus puestos de trabajo.

—Un tiro a bocajarro en la nuca. Al parecer, con una escopeta de dos cañones. El forense lo confirmará, pero seguro que tendrá el cerebro lleno de perdigones. El asesino esperaba junto a una moto en marcha, una BMW de gran cilindrada. Llevaba una caja alargada, como si fuera un repartidor de flores, aunque los repartidores no esperan a nadie bajo este diluvio. Cuando la víctima llegó, el motorista sacó el arma de la caja, le disparó a cañón tocante y salió quemando rueda en dirección a Gran Vía. Hay varias unidades tras él.

—¿Y la caja? ¿Y los pasquines? —preguntó la suboficial Gordobil, quien, en espera de la llegada de los demás, era la única integrante del equipo que investigaba los crímenes de Justicia.

—No hemos tocado la caja. Es eso que hay debajo de la otra manta térmica. Seguro que si la cogemos para que no se moje, los peritos nos cuelgan de los huevos —dijo el oficial. Por el semblante de Nekane, nadie pudo determinar si compartía su opinión o, por el contrario, sopesaba seriamente clavarle los testículos al techo del vestíbulo de la torre—. Los folletos estaban dentro. Muchos se desperdigaron por la acera, y el viento se ha llevado algunos. Todos son como este.

Larralde apenas prestó atención al pequeño rectángulo de papel blanco, arrugado y casi deshecho por la lluvia, con la palabra «Justicia» escrita en tipografía Courier. Conocía la historia. Conocía el procedimiento, repetido por cuarta vez esa semana. Eso no era lo importante. No para él, incapaz de controlar la angustia que ascendía por su garganta.

—¿Sabemos quién es? —preguntó señalando el cadáver con la barbilla.

—Sí. Es un extranjero. Británico, para más señas. Se llamaba Richard Campbell. Trabajaba aquí, en Carson, Campbell & Anders, una consultoría de empresas que lleva cinco años en Bilbao. Cuarenta y cinco años, soltero, típico ejecutivo que llega siempre el primero y se marcha el último.

—Un empleado de una consultoría. —Poco a poco, la presión comenzó a ceder, el aire a fluir y la lija que tapizaba su tráquea a disolverse dejando tras de sí el sabor amargo de los malos sueños—. ¿Y qué tenían contra él esos hijos de puta?

—Cualquiera sabe. Con pirados y antisistema no busques explicaciones lógicas.

Los uniformados que controlaban el cordón retiraron la cinta y tres figuras envueltas en impermeables, fantasmas de movimientos lentos bajo la luz azulada de las sirenas, rodearon el cuerpo y alzaron sobre él una especie de tienda bajo la que trabajar a resguardo de la lluvia.

—Siempre hay una lógica —murmuró sin ser consciente de que lo decía en voz alta.

—Por cierto... —Nekane lo cogió del brazo y, de puntillas, escrutó la niebla de su rostro—. ¿Por qué me has preguntado hace un rato si la víctima trabajaba en Seguros Altube?

—No sé. Una intuición.

Larralde se encogió de hombros restando importancia a la pregunta, obviando la respuesta en un intento de dejar atrás la conversación nocturna.

—Pues tienes buena intuición. —La frase del oficial cuyo nombre no pudo entender lo devolvió a unas pesadillas que permanecían ahí, intactas y reales—. Según la web corporativa, Carson, Campbell & Anders ha dirigido los procesos de reestructuración de muchas empresas, sobre todo financieras y aseguradoras. Destaca el trabajo realizado en Seguros Altube. Según ellos, tras varios ejercicios consecutivos en números rojos, pasaron a conseguir beneficios a solo un año de su intervención. Aquí lo pone, mira.

Larralde no miró la pantalla del *smartphone*. No pudo. No veía nada de cuanto lo rodeaba, nada del macabro decorado de sangre diluida, siluetas acucilladas sobre un cadáver y luces veladas de amanecer lloroso. En su mente solo había espacio para el rostro avejentado de un negro desconocido, un jubilado recién llegado a la ciudad que, cuatro horas antes, le desveló el objetivo de los asesinos. Abandonó la protección de la torre y, sin rumbo, caminó entre los charcos, como si necesitara que el aguacero limpiara la culpa que lo asfixiaba. Cuando Osmany le sugirió proteger al propietario de Seguros Altube, Larralde se limitó a bostezar, cortar la comunicación y regresar a la cama. Nada habría cambiado de haberle hecho caso, porque Campbell no trabajaba en la compañía. Nada, salvo esa sensación de culpa que se negaba a abandonarlo.

A paso ligero, regresó junto a Nekane mientras, a través del móvil, pedía que le pasaran con su superior en Zababuru.

—Comisario. Aquí Larralde. Sí, buenos días. Sí. Estoy en el lugar de los hechos. Sí. No. Llamo para otra cosa. Es muy urgente, por favor. Necesito una orden de registro para el piso de Iker Zabalegi. Sí, la víctima del atropello de anteayer. Sí. Tengo indicios de que allí encontraremos pruebas que lo vinculan al asesinato de Rosa María Villate y toda esta locura de Justicia. No,

no se me ha ido la olla. Le repito que es urgentísimo. Salgo directamente hacia su domicilio. Entraremos en cuanto me confirme por teléfono que tenemos autorización. Sí, gracias. Otra cosa... Organice una reunión con todos los agentes del caso para dentro de un par de horas. ¡Por supuesto que formo parte del grupo! Llevo la muerte de uno de los asesinos.

Cuando colgó no sentía frío. El agua le resbalaba por la barba, le goteaba desde el cabello y le empapaba la ropa y el vello del pecho. Pero tenía calor. El calor de la ira, de la rabia contra sí mismo, incapaz de actuar a tiempo de salvar una vida, pero también el calor de la excitación, de saberse en el camino correcto, de tener entre sus manos el nudo clave de una trenza que, con cuidado, podría deshacer.

Nekane intentó protestar cuando supo que abandonaban el escenario del crimen para registrar la vivienda de un fallecido en un accidente, pero Larralde no le dio opción. Frente al precinto policial se amontonaban vehículos policiales, ambulancias y decenas de agentes llegados de las comisarías de Zababuru y San Inazio. Allí no había nada que hacer, salvo dejar trabajar a los peritos y confiar en que la persecución del motorista terminara de la mejor manera posible.

—Esta no es forma de palmarla —oyó Nekane que comentaba uno de los recién llegados mientras, bajo el paraguas de Larralde, regresaba a su propio vehículo—. Los sesos desperdigados a la puerta de tu oficina, tus colegas viendo cómo te pudres en el asfalto.

—Hay peores maneras de morir —respondió otro empuñando el transmisor en un incomprensible gesto de triunfo—. Al asesino le ha resbalado la moto en la autopista, a la altura de Saltacaballo. Un tráiler le ha pasado por encima.

Desde la puerta, Nerea lanzó un descuidado beso en dirección a la cuna de su hija y desapareció escalera abajo. Osmany la vio marcharse sin una palabra, triste por ese desapego expuesto sin rubor, pero, al mismo tiempo, satisfecho de disponer de un día entero para vagar en compañía de su nieta.

Su optimismo comenzó a diluirse cuando afrontó el vacío de la nevera. Por un momento, estuvo tentado de envolver a la niña en una mantita, ponerse el chubasquero y bajar al K2 en busca de un café de verdad y uno de los pinchos que abundaban en la barra. Pero recordó cuánto le cobraron a Maruri, y comprendió que los lujos y los placeres del Casco Viejo de Bilbao no estaban hechos a la medida de los posibles de un jubilado cubano.

Maider se puso a llorar. Osmany rogó, a alguien en quien no creía, que ese llanto, creciente y desafiante, no fuera una forma de exigir la presencia de la madre, porque Nerea no regresaría hasta bien entrada la tarde. Por si acaso, la tomó entre sus brazos y probó a acunarla mientras, con torpeza militar, buscaba el tarro de la leche y el de los cereales. Calentó agua en el microondas, removió los polvos en su biberón y confirmó, descorazonado, que su dolor de cabeza seguía ahí. Suspir  y termin  de preparar el desayuno de la pequeña. El día se presentaba largo. Largo y aburrido.

Las mañanas de invierno, o de otoño invernal como era el caso, ejercían en Borja Maruri una especie de atracción hipnótica que lo retenía durante largos minutos frente al mirador de la vivienda, pendiente de la niebla cerrada sobre el Serantes, de la oscuridad densa de mar adentro y las olas ribeteadas de espuma sucia. Pero al oír el crujido de una puerta y el sonido de pasos

descalzos sobre su cabeza olvidó por completo la magia de la tormenta. Nervioso como un niño el día de su primera cita, regresó a su sitio.

Katy bajó la escalera sin ruido, con la prudencia de quien se sabe desconocida para los anfitriones. Alcanzó la planta baja, ocupada casi en su totalidad por una enorme cocina comedor con vistas al mar, y se detuvo sin saber cómo interpretar la sonrisa del dueño de la casa. Cuando, tímida como un animal recogido en la calle, se animó a acercarse a la mesa abarrotada de frutas, pasteles, tostadas y mermeladas, Borja se sacudió la turbación y le acercó una silla.

—¿Has dormido bien?

La dominicana llevaba una camiseta suya que la cubría hasta la mitad de los muslos. Con la melena suelta y el rostro limpio de maquillaje y pintalabios, le pareció más guapa, más deseable, que la noche anterior, cuando salió de aquel tugurio vestida para provocar a quien pudiera pagarle.

—Sí, gracias. Pero ¿qué es todo esto?

—He madrugado y he salido a hacer unas compras. Como no sabía qué te gusta desayunar, he comprado un poco de todo.

No pudo evitar una breve carcajada mientras recorría, incrédula, el catálogo de manjares expuestos sobre el mantel. En los restaurantes de los hoteles de cinco estrellas de República Dominicana donde, durante unos pocos meses, trabajó de camarera, los clientes no disponían de semejante variedad. Se sirvió una taza de café y, despacio, midiendo cada movimiento, cogió un plátano de la fuente central. Sin perder de vista a Maruri, se lo acercó a los labios antes de devolverlo entre risas al frutero.

—Me gustan más los pasteles —dijo cogiendo un donut de chocolate con glotonería infantil—. ¿Y a ti?

—Sí, también —susurró Borja, consciente del rubor de sus mejillas—. ¿Tienes plan para hoy?

—Bueno, hoy tenía cita para ver a mi papá.

La cuchara voló sobre el sofá, realizó una parábola dispersando papilla y aterrizó en su regazo. No tuvo tiempo de enfadarse. Los chillidos de Maider, empeñada en esparcir el desayuno por el salón, se transformaron en risa en un segundo. La tomó de la manita, pegó su gruesa nariz a la de ella e improvisó un rugido que transformó la risa en carcajada y la pelea en diversión. Entonces sonó el timbre.

—Perdone, ¿no está Nerea?

La mujer lo observaba con una mezcla de sorpresa, desconfianza y, sobre todo, ancestral curiosidad de vecina aburrida. Osmany la había visto antes, a través de la ventana del patio. Vivía enfrente, una anciana de unos ochenta años, cabellos blanqueados y millones de arrugas en torno a los párpados.

—No. Ha salido y tardará. ¿Puedo ayudarla?

—Usted es el padre de Camilo, ¿no es cierto?

Osmany asintió sintiendo que el orgullo lo envolvía en un abrazo agradable y doloroso. Era la segunda vez que alguien lo reconocía en su hijo. O viceversa.

—Bueno, imagino que se lo puedo decir a usted. Es que me toca ser la presidenta de la comunidad de propietarios, y solo quería recordar a Nerea que debe unas mensualidades.

—¿Y es mucho lo que debe...? —La angustia que sintió al registrar furtivamente las cartas de su nuera regresó, amarga y amenazante.

—Verá... —La mujer parecía turbada, pero no tanto como para guardarse sus opiniones—. En realidad, desde que murieron sus padres, que en paz descansen los benditos, no ha pagado ni una cuota ni una derrama. Yo sé que está pasándolo mal la chiquilla, pero, qué quiere, la vida es dura para todos. Yo cobro una pensión de viudedad de seiscientos euros, y nunca he dejado de pagar mis facturas. Cuando vino Camilo pensé que todo se arreglaría, pero qué va. Y luego lo matan al pobre muchacho... Yo lo comprendo, no crea que no, pero el edificio necesita arreglos, necesita mantenimiento, y eso lo pagamos entre todos.

—Sí, entiendo.

En la mente de Osmany, las cifras bailaban y se multiplicaban, los números rojos invadían el espacio como un dibujo animado y los pinchazos en la frente, que el paracetamol no llegaba a mitigar, le impedían pensar con claridad. Necesitaba dinero, era obvio. Y, con un poco de suerte, tal vez se encontrara en disposición de conseguirlo. Tenía que llamar a Maruri, tratar de obtener algo material de las conclusiones de aquella larga noche. Pero la vecina no tenía prisa por marcharse.

—Y esta es la nena. ¡Pobrecita! Tan pequeña y huerfanita ya. Pero su padre velará por ella esté donde esté. Además, su abuelo es todo un hombretón. — Arechabala no supo si alegrarse u horrorizarse ante la mueca de aquella dentadura postiza—. Cuídela mucho. Es una niña muy lista.

Desde el interior de la vivienda, el estruendo del teléfono acudió en su auxilio.

—Usted perdone, tengo que contestar.

Sin esperar respuesta, cerró, dejó a Maider sobre el parquet y descolgó el auricular.

—¿Osmany? Aquí Maruri..., Borja Maruri.

—Hola, Borja. Precisamente pensaba en ti. Por cierto, ¿qué tal está Katy?

—Bien, muy bien. —Mientras hablaba, Borja seguía el continuo ir y venir de la mujer desde el dormitorio hasta el cuarto de baño y viceversa, el cabello húmedo recogido en una pequeña toalla blanca, el cuerpo envuelto en otra no mucho mayor, disfrutando del espectáculo de su cuerpo y su sonrisa, del aroma a gel, champú y algo más dulce e indefinible—. Ahora saldremos a comprar un poco de ropa. La muchacha no puede ir por la vida con las pintas de ayer, ¿no crees?

—Claro, claro. Oye, compay... —En su tono, Maruri notó la incomodidad del cubano—. Cuando te pedí ayuda no quise imponerte la obligación de cuidar a nadie, ¿sabes? Era un momento de urgencia y no supe a quién acudir. Pero no te sientas obligado a nada, ¿estamos?

—Tranquilo, Osmany. Ayer me pediste un favor y lo hice. Todo lo que pase en adelante será decisión mía, no te preocupes.

—De acuerdo. De todos modos, no sé si lo sabes, pero Katy no necesita que le compres nada. Ella tiene su platita.

—Lo sé, lo sé. Me lo contó en el coche. De hecho, me enseñó el bolso y se empeñó en pagarme el alojamiento. —En el silencio de la línea, Borja intuyó con nitidez la sonrisa de Osmany, amplia como la de un padre orgulloso—. Alguien debería explicar a esta chiquilla que no se puede ser tan confiada con los extraños.

—Técnicamente no eres un extraño. Llegabas de mi parte.

—Sí. Y confía en ti a ciegas. Aunque si la mitad de lo que me contó es cierto, yo también lo haría. Oye, ¿de verdad le arrancaste un dedo a un mafioso de un tiro?

—Fue sin querer —reconoció Osmany—. No apunté al dedo, sino a la mano. —El resoplido de Maruri atravesó el auricular de forma casi literal—. Y, además, ese no es ningún mafioso. Solo un camello barato que se aprovechaba de la hija de un amigo. Un miserable del que no hay por qué preocuparse.

—Pues Katy le tiene miedo.

El cubano no respondió enseguida. Sabía que Brennan era una rata cobarde, un miserable con suerte y sin escrúpulos. Pero los cobardes acostumbran ser peligrosos para las personas vulnerables. Son los cobardes quienes golpean a ancianas para robarles el bolso, quienes insultan y amenazan en su puesto de trabajo a empleados que tienen prohibido replicar, quienes obligan a prostituirse a niñas indefensas. Sí. Los cobardes pueden ser peligrosos.

—Dile que no se preocupe. El Irlandés y su perro no volverán a molestarla.

Alguna ventana debía de estar abierta en el chalet porque una ráfaga fría como una premonición atravesó el pasillo y acarició la nuca del abogado.

—Borja, quería saber —siguió Osmany con una naturalidad aterradora— si pudiste hablar con la notaría, si sabes quién cogió la cita para lo del testamento que te dije.

—Sí, por eso te he llamado. —Maruri se obligó a regresar al presente, a olvidar ese futuro intuido, falso como todo porvenir—. No me han explicado

gran cosa. Por lo visto, la fecha estaba reservada para dos semanas antes, pero alguien la cambió.

—¿No saben quién?

—No. La recepcionista afirma que llamó un hombre preguntando por la fecha de la escritura de herencia de doña... bueno, como se llamara la vieja, y cuando se la dijo insistió en cambiarla para este martes.

Poco a poco, las piezas encajaban allí donde Osmany deseaba verlas encajar. Alguien necesitaba que la firma tuviera lugar el martes. Alguien quería certificar su inocencia vía notarial. Alguien que conocía el día y la hora de un asesinato del que sería el principal sospechoso. Porque fue ese alguien quien señaló a la víctima. Desde el suelo, Maider se aferró a sus pantalones y, con la torpeza y la tozudez de los diez meses, consiguió ponerse de pie. Su abuelo le acarició el cabello de forma mecánica, sin llegar a comprender la importancia de aquella proeza.

—¿Puedes explicarme a qué viene esto? ¿Volvemos a sospechar de Urquijo?

—Sí. Creo que si nos juntamos con un lápiz, un cuaderno y uno de estos cacharritos que navegan tan rápido por internet, podríamos encontrar alguna respuesta más.

—Hecho. ¿Dónde y cuándo?

—Pues yo hoy no puedo salir de casa —respondió Osmany mientras la niña clavaba en su rostro dos enormes ojos marrones con la cabeza muy erguida y la boca abierta en una inmensa sonrisa de satisfacción. Con el brazo libre, la levantó, la sentó en su regazo y comprendió que no se trataba solo de un compromiso: no deseaba separarse de su nieta. Aunque la conversación acababa de recordarle un trabajo pendiente. ¿Dónde había guardado el móvil que el Enano le había «regalado»?—. Ni a desayunar bajé. Si oyes ruidos por ahí, no es que tengamos animales. Son mis tripas.

—Bien. Dame una hora y media más o menos. Acompaño a Katy a comprar un poco de ropa por aquí cerca, luego la llevo a la cárcel de Basauri, a ver a su padre, y después voy para allá.

—Está bueno. Mi nuera no llegará hasta la tarde. Nos sobra tiempo.

—Por cierto... —Maruri se detuvo. Se fijó en que Katy acababa de salir del dormitorio vestida con la única ropa que tenía, y sintió que se le aceleraba la respiración. Con un gesto, le señaló una gabardina colgada junto a la entrada, y cuando aquella piel oscura dejó de deslumbrarlo consiguió seguir hablando —. ¿Lo de esta mañana también tiene que ver con Urquijo o qué?

—¿Qué pasó?

—¿No te has enterado? Pues vete poniendo los telediarios. Nos vemos en hora y media.

Todavía llovía cuando el Mercedes salió ronroneando del garaje y giró hacia Algorta. Maruri conducía despacio, disfrutando del calor de la calefacción en los asientos y la callada presencia de la dominicana a su lado. El siseo de las ruedas sobre el asfalto, el rumor casi inaudible del motor y el eco de conversaciones solo imaginadas componían una banda sonora acorde con su estado de ánimo. Detenido en un semáforo, sopesaba la posibilidad de anular la cita con Arechabala para llevar a la joven a un buen restaurante, cuando sonó el teléfono. Contuvo un chasquido de fastidio, activó el manos libres y dejó que la voz ronca de Luis Enrique Delgado se colara a través de los altavoces.

—Borja, solo llamaba porque mi padre quiere confirmar lo de ayer.

—¿Lo de ayer?

—Sí. Que abandonáis la investigación. Que lo dejáis en manos de la Ertzaintza.

El semáforo se puso en verde y Maruri arrancó mientras las dudas de Osmany barrían el sueño de una comida tranquila con la mujer que contemplaba el paisaje desde el asiento del copiloto.

—Pues, en realidad no. —A través de la línea le llegó el susurro del auricular al cambiar de hombro de apoyo. Y, enseguida, el chasquido de un mechero—. ¿Te acuerdas del tío del que te hablé, el cubano que fue testigo del primer asesinato?

—El pirado que se pasa las tardes en la ría preguntando a las farolas quién mató a su hijo.

—Ese, sí. Pues tiene una teoría descabellada...

—A la vista de cómo quiere atrapar al que se cargó a su hijo, no me extraña.

—Y esa teoría devuelve a Urquijo al centro del meollo.

—¿Urquijo? ¿No habíamos quedado en que el capullo ese tenía una coartada irrefutable?

—La tiene. Perfecta. Tan perfecta que parece hecha a medida.

Durante unos segundos se dejaron envolver por el silencio. El coupé navegaba por la autovía rumbo al centro comercial que, como un moderno castillo al consumismo, destacaba en lo alto de una pequeña colina. Borja y Katy seguían el repetido movimiento de los limpiaparabrisas y, lejos pero presente, Luis Enrique Delgado rumiaba las palabras del abogado.

—De acuerdo. Maruri, ¿podrías venir a casa de mi padre para ponernos a ambos al corriente de esa «teoría descabellada»?

—Por supuesto. En cuanto tenga todos los datos, me paso por ahí. Ahora me dirijo al piso de Arechabala. —Sonrió a Katy mientras entraban en el aparcamiento del centro comercial—. Tenemos una pequeña reunión allí para terminar de aclarar las cosas. Si te parece, luego me paso por vuestra casa.

El sonido del humo al colarse entre los labios de Delgado fue claramente perceptible a pesar del ruido de la portezuela de Katy al abrirse.

—No. Si a tu amigo no le importa, prefiero formar parte de esa reunión vuestra.

Cuando Luis Enrique colgó y el silencio volvió a adueñarse del habitáculo, Borja Maruri necesitó recapitular para confirmar que no solo lo había invitado, sino que incluso le había facilitado la dirección de Osmany sin consultarlo con él. En el momento de abandonar el vehículo, Katy se había inclinado hacia su asiento para regalarle un beso de gratitud en la mejilla. Y mientras esos labios rozaban su piel con castidad infantil, nada de lo que había más allá, ni la pregunta de Delgado, ni la reunión planificada con

Arechabala, ni la tormenta que comenzaba a formarse sobre el Cantábrico, mereció un segundo de su atención.

Cuando Antonio Arzamendi colgó, la oscuridad era más densa y el silencio más intenso. Arrojó el teléfono al otro extremo del sofá y resbaló por el respaldo hasta quedar tumbado boca arriba, mirando sin interés las molduras del techo y los brazos de la vieja lámpara, clásicos y decadentes como el resto del mobiliario, como su vida antes de Rosa, como su vida desde que la perdió. Se cubrió el rostro con un brazo, dispuesto a abandonarse a un llanto siempre al filo de los párpados. Sin embargo, cinco minutos después sus ojos permanecían secos, sus dientes apretados y parte de la apatía había desaparecido a manos de la rabia. Sin molestarse en buscar las zapatillas, abandonó el sofá, sacó del armario la bolsa donde guardaba los expedientes hipotecarios de la UC y tomó asiento frente a la mesa del comedor.

Larralde acababa de confirmarle la identidad del asesino. No era, por supuesto, oficial. De cara a la investigación, lo descubierto no dejaba de ser un indicio más. Concluyente para ellos, aunque cualquier abogado defensor lo calificaría de circunstancial. Algo sin importancia. El criminal nunca sería juzgado.

Jon lo había llamado desde el domicilio de Iker Zabalegi, la persona atropellada el miércoles en La Peña. En un principio, a Arzamendi le costó comprender el motivo. Su investigación nada tenía que ver con Rosa. Poco a poco, no obstante, la voz profunda de Jon, más grave que de costumbre, fue construyendo los pilares de una certeza tan firme como increíble.

En la vivienda del dueño de La Taberna Negra, un pequeño apartamento destartado donde la ropa se amontonaba frente a una lavadora estropeada, acababan de encontrar una cámara digital con fotografías de Rosa María Villate: Rosa saliendo de la oficina del BCM en Mazarredo, entrando en su

portal de la calle Askao, caminando por el paseo Campo Volantín o atravesando los jardines de Albia. Aquel individuo de quien nada sabían, que nunca tuvo relación alguna con Rosa, la seguía. Según Larralde, buscaba familiarizarse con sus costumbres, con sus rutinas. Incluso con su físico.

—Creo... —Jon hablaba despacio, midiendo cada palabra antes de dejarla ir, cuidando la entonación e incluso las pausas—. Creo que buscaba un lugar donde abordarla. Juraría que no la conocía, que no sabía nada de ella. Por eso tantas fotos. Para reconocer su rostro a la primera. Y encontrar el lugar y el momento adecuados.

—El lugar y el momento adecuados ¿para qué?

Una pausa, una inspiración profunda. Un chasquido de frustración.

—Para matarla.

La teoría de Larralde o, como el propio Jon reconoció, la teoría de Arechabala que él suscribía era, en esencia, una locura. Una locura que, de modo inexplicable, cuadraba. El dueño de La Taberna Negra asesinó a Rosa en pago de otro asesinato. Nadie lo relacionaría con una mujer en cuyo camino jamás se cruzó. Y nadie podría inculparlo cuando otro miserable acabara con su propia víctima, dado que tendría tiempo de buscarse una buena coartada. Una locura.

Conocer la identidad del asesino no consiguió cambiar el estado de ánimo de Antonio. No le alivió confirmar que no la apuñaló un compañero de oficina, ni lo embargó la rabia al comprender que su muerte fue moneda de cambio de otra muerte. Derrotado, se dejó llevar por la tristeza hasta que, poco a poco, comprendió el significado último de la llamada: alguien encargó el asesinato de Rosa. Alguien que la conocía. Y ahí, entre las desgastadas carpetas de la UC, podía haber una respuesta.

Acarició con las yemas de los dedos la tapa del primer expediente, uno de los cuatro que le faltaban por revisar, el último por orden de fechas. Una gruesa compilación de fotocopias, informes en Word, escrituras y tasaciones. Como los anteriores. Como todos. Otra prueba de las dimensiones de una estafa que, camuflada en el vendaval de la crisis financiera, desposeyó de su

vivienda a una docena de familias, como mínimo. Pero Antonio no necesitaba más pruebas. Ya no. Necesitaba culpables. Necesitaba nombres.

Buscó el teléfono entre los cojines desperdigados por el sofá, marcó el número de la centralita del BCM, regresó a la silla y, mientras esperaba, abrió el préstamo. Sin demasiado interés, pasó una página tras otra, más atento a los zumbidos del auricular que a las nóminas, las declaraciones de la renta y las notas registrales amontonadas sobre la mesa. Profundizar en las operaciones no era imprescindible. Lo importante era saber a quiénes salpicaría el escándalo.

—Banco de Crédito Monetario, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

Era una voz anónima, fría y cortés. Tras la fusión, hubo tantos cambios en la dirección territorial que ya no conocía a casi nadie.

—Hola, buenos días. ¿Podría pasarme con Begoña Arzamendi, por favor?

—Un momento.

Habían transcurrido muy pocas horas desde que descubrió la importancia del material hallado en casa de Rosa, horas dilapidadas entre el alcohol y la almohada. Aun así, no comprendía por qué no había recurrido todavía a su hija. Ella había sido la depositaria del dossier elaborado por Rosa. Ella podía confirmarle si en sus páginas aparecían nombres, pruebas contra pesos pesados de la extinta UC, contra personas con mucho que perder. Personas con dinero. Y poder.

—La señora Arzamendi comunica. ¿Desea que le deje a la espera?

—Sí, por favor.

Doce familias expulsadas de sus hogares, viviendas de alto *standing*, en un lapso de cinco años. Doce desahucios perpetrados, sí, esa era la palabra, perpetrados siempre por la misma sucursal, a través de prácticas irregulares y torticeras. La responsabilidad del director estaba fuera de toda duda. Pero la magnitud y el volumen de lo estafado hablaban de impunidad. Alguien lo protegía. Alguien impedía las visitas sorpresa de los auditores, alguien solventaba las dudas de los analistas de riesgos, las reclamaciones de los prestatarios al departamento central de atención al cliente. El jefe de zona de

la UC estaba jubilado. El territorial también. ¿A cuánta gente involucraba la trama?

A través del móvil, una voz mecánica interrumpía el empalagoso estribillo repetido hasta la saciedad por un cantante de nariz taponada, para recordarle que su llamada seguía a la espera.

Tomás entró con un vaso de leche en una mano, las ojeras marcando las líneas de la fiesta del día anterior. Sin hacer ruido, se sentó al lado de su padre y se tomó el desayuno en breves sorbos desganados mientras fisgaba sobre su hombro. Antonio ni se dio cuenta. Sujetó el aparato entre el hombro y la cabeza, y abrió la tasación. Ahí estaba. El último de los chalets robados por aquella mafia cuyas dimensiones desconocía, casi una mansión en pleno centro de Neguri, cuna de la burguesía vasca. Revisó los datos gruñendo por lo bajo. Ladrones, sí, pero elegantes. La casa tenía seiscientos metros cuadrados divididos en tres plantas, más dos mil de terreno y garaje para cuatro coches. Había muchos palacetes así en Neguri, pero ninguno accesible al sueldo de un empleado de banca, por alta que fuera su posición en el escalafón. Allí solo cabían grandes empresarios, ricos de cuna y alcurnia, y presidentes de esos consejos de administración que gobiernan imperios multinacionales. Terminó de pasar las páginas, sorprendido por el valor asignado por la tasadora, y se detuvo en la última, donde tres fotografías exhibían el edificio desde diferentes ángulos.

—Disculpe. La línea de la señora Arzamendi ya está libre. Le paso. Buenos días.

Colgó. Dejó caer el teléfono, se acodó en la mesa y permaneció así largo tiempo, con la mente en blanco y la mirada fija en esas imágenes que mostraban con todo lujo de detalles la grandiosidad de la vivienda de su hija.

Hacía frío, pero Markel se resistía a encender el radiador. Envuelto en varias capas de camiseta, jersey y chaqueta, no dejaba de repetirse que los periodistas que hicieron historia, quienes derribaron gobiernos armados solo de perseverancia y viejas Remington cojas de una letra, comenzaron como él, obligando a sus dedos a golpear el teclado a pesar de los temblores, obligando a su mente a encontrar nuevos enfoques a las noticias de siempre aunque las tripas protestaran y las reclamaciones del banco se acumularan sobre la mesilla.

Pero intentar convencerse no es lo mismo que estar convencido.

No había hecho nada desde su regreso de la comisaría. Ni una palabra, ni una actualización, ni un comentario a los mensajes, cada vez en menor número y menos entusiastas, llegados a su formulario de correo. No respondió a los anunciantes dispuestos a pagar por ver sus siglas flotando sobre las crónicas de New-Berriak porque no había ofertas que responder. Cuando, tras su frustrante paso por el cuartelillo, comprobó que la Ertzaintza había eliminado de su buzón amenazas, proclamas apologéticas y ofertas de patrocinio, tomó aire y trató de recordar los nombres de las empresas cuyo email pudo intuir. Una llamada debería bastar para retomar la propuesta comercial e informarlos de sus tarifas.

Para su sorpresa, todas las compañías con quienes contactó negaron tener interés alguno en su blog.

Y ahí seguía, sentado a la mesa de la cocina con el ordenador encendido, el abrigo abotonado hasta el cuello y la nueva cafetera de cápsulas vacía y arrinconada contra la pared, incapaz de reaccionar a pesar de la proliferación de atentados con una firma que solo él fue capaz de descubrir.

En la pantalla, los tuits con el *hashtag* #justicia se repetían a velocidad de vértigo. A cada declaración de condena más o menos pretenciosa, cientos de tuits respondían insistiendo en los supuestos delitos, nunca juzgados, de las víctimas. Aunque la investigación permanecía bajo secreto de sumario, pronto se difundió la identidad del asesino de aquella mañana, elevado a la categoría de héroe por quienes aprovechan el anonimato de la red para sentirse más valerosos, sabios e importantes de lo que jamás reflejaría ningún espejo. Se trataba de un transportista de cuarenta y nueve años llamado Iñaki Hernando, un autónomo arruinado que, tras vender el camión para hacer frente a las numerosas deudas contraídas en un sector de rentabilidad decreciente y competencia salvaje, sobrevivía con la limosna gubernamental de cuatrocientos dieciséis euros mensuales. Divorciado y con dos hijos a quienes no pasaba pensión, era aficionado al motociclismo, aunque el vehículo utilizado en el atentado era robado. También le gustaba la caza. La escopeta sí era suya, una de las pocas propiedades que mantuvo después de la separación conyugal.

El nombre de su víctima, Campbell, también rozaba el *trending topic*. Pero a diferencia de los medios de comunicación tradicionales, empeñados en subrayar la incongruencia de asesinar, en nombre de la justicia, a un emprendedor extranjero que eligió Bilbao para instalarse, los tuiteros destacaban el carácter depredador de la consultoría, especializada en la destrucción de empleo digno y estable. Gráficos improvisados a toda velocidad comparaban el número de trabajadores de las empresas a las que había asesorado Carson, Campbell & Anders antes y después de su intervención, datos obtenidos de webs oficiales que, alineados sobre un gráfico de barras, resultaban espeluznantes. Detalles que utilizaban muchos enardecidos navegantes, cuyos datos pronto obrarían en poder de la fiscalía, para sostener que el terrorista era Campbell. Que Hernando fue el juez.

Markel abandonó el taburete y comenzó a dar vueltas por la vivienda sacudiendo los brazos contra el pecho. El frío se colaba entre sus muchas capas de ropa, le atería los dedos y azulaba el contorno de sus labios. Furioso con los informáticos de la policía, con la cobardía de los posibles anunciantes

y, sobre todo, consigo mismo por inventarse noticias que no tardaron en hacerse realidad, abrió una ventana y se asomó a la calle. El viento, saturado de humedad, le golpeó el rostro y alborotó su cabello desgredado. Abajo, entre los coches apelotonados sobre las aceras, algunos paraguas se movían buscando refugio en bares y portales. La gente, ajena al frío del otoño o al invierno interior de cada uno, salía a afrontar la vida a pesar de derrotas y sinsabores. Él debería hacer lo mismo. Pero no tenía ganas.

A las doce de la mañana, las aceras eran pequeños raudales por donde la lluvia se precipitaba camino de la ría. Los atascos de cada jornada eran más largos, las maldiciones más frecuentes, el frío más intenso. La calle olía a humedad, niebla y dioxinas. En Zababuru, los coches iluminaban los cruces, oscuros en pleno mediodía, y la gente corría a protegerse bajo los amplios soportales de las monstruosas colmenas que, sin éxito, intentaban evadirse de la miseria anidada en sus cimientos. Frente a la comisaría, aguantando el chaparrón con ácrata resignación, media docena de jóvenes embutidos en amplios chubasqueros portaban una pancarta que el viento se empeñaba en convertir en un trapo ilegible. Shahid Muhammad se abrió camino entre ellos con la cabeza encogida, la túnica barriendo los charcos, los pies congelados y un labio partido. El aguacero, las proclamas de los manifestantes, las prisas del resto de los peatones, no importaban. No existían, en realidad. Solo existía el calor de su locutorio, las descaradas risas de los adolescentes a quienes recibía con el ceño fruncido, las voces de los africanos regateando el precio de un paquete de patatas o el agobiante zumbido de los ordenadores a la hora del cierre. Regresar a una rutina mil veces maldita y, sin embargo, añorada como la patria donde recogerse y olvidar.

Estaba libre. Sin cargos. Las amenazas de encausarlo por obstrucción a la justicia se diluyeron como el humo, como la frustración de quienes lo detuvieron, como terminarían diluyéndose los cardenales en su piel morena. Incluso el sabor agrio de la injusticia llegaría a desaparecer. El tiempo sabría cómo hacerlo.

La gente lo miraba mientras, sin paraguas ni impermeable, atravesaba la carretera y aceleraba hacia la calle San Francisco. La ropa se pegaba a su cuerpo, pesada de lluvia y suciedad; sus sandalias resbalaban sobre las aceras y por el rostro le caía un torrente que sus manos no conseguían limpiar.

En el fondo, pensó cuando el semáforo lo obligó a detenerse en García Salazar, tuvo suerte. Algo cambió en las últimas horas, algo desconocido pero perceptible a simple vista. Cuando lo devolvieron al diminuto cuartito de los interrogatorios, no se encontró con los dos jóvenes sobrados de adrenalina y faltos de paciencia de la noche anterior. Un oficial entrado en años, de barba poblada y ojos tristes, lo recibió con un correcto apretón de manos y un extraño «Gracias por venir», como si estuviera allí en respuesta a una amable invitación, como si no lo hubieran llevado a golpes. A diferencia de los primeros, no lo atosigó con preguntas sobre su negocio, sus papeles o su familia. No dejó resbalar entre dientes amenaza alguna, no dio a entender que es más sencillo anular un permiso de residencia que concederlo ni lo presionó una y mil veces para obligarlo a reconocer fotografías de personas que no le sonaban de nada. Se limitó a ponerle delante la imagen de uno de sus clientes habituales, un individuo de aspecto enfermizo que regentaba un bar cercano al locutorio, escuchar sus explicaciones y acompañarlo a la salida. A la libertad.

La trinchera del ferrocarril se abría a sus pies, negra y vacía. Atravesándola en un salto de siglos, el puente de Cantalojas une Bilbao, la ciudad de lluvia perpetua y gestos fríos y arrogantes, a su patria adoptiva, la Pequeña África erguida entre viejas minas y recuerdos proletarios. El semáforo cambió, y Apu cruzó rumbo al hogar.

El mensaje destacaba en la bandeja de entrada como un pasado renacido. Markel buscó a tientas el taburete, incapaz de apartar la mirada de la pantalla, y se dejó caer frente al ordenador. La sensación de *déjà vu* era tan intensa que, por un momento, volvió la mirada hacia la encimera solo para confirmar que la cafetera, único elemento nuevo de la cocina, seguía en su lugar. Tragó saliva y tomó el ratón. La mano le temblaba. Despacio, condujo el cursor

hasta el mensaje y cuando la pregunta que encabezaba el correo cambió de color, aspiró con fuerza en un intento baldío de exorcizar temores irracionales, y lo abrió.

¿Quieres una exclusiva de verdad?

Puedo pasarte pruebas escaneadas de algo muy gordo. Pero están incompletas. Tendrás que recopilar algunos datos. Nada de inventarte cosas. Si se te ocurre atacar a la banca con pruebas inventadas, te destrozarán. Pero si lo haces bien, tu web se convertirá en una referencia del periodismo de investigación contra corruptos y chorizos. Si estás dispuesto a currártelo, contéstame y hablamos.

Seguía lloviendo, la calefacción continuaba apagada y el viento taladraba las paredes. Pero Markel se despojó del abrigo para teclear, a toda velocidad, una respuesta.

Estaba sudando.

Maider llevaba media hora dormida cuando llamaron a la puerta. Media hora de paz aprovechada para no hacer nada, para desplomarse en el sofá, cerrar los ojos y permitir que el silencio le aliviara el dolor de cabeza. Desde la marcha de Nerea hasta el momento de caer exhausta sobre el hombro del abuelo, la niña no dejó de multiplicar los pinchazos que torturaban sus neuronas. Descansar, disfrutar de unos minutos de calma, con la cabeza reclinada en el respaldo, la respiración en suspenso y la mente lejos de aquella ciudad de edificios recortados contra la lluvia, era un placer irrenunciable. Hasta que el timbre lo obligó a renunciar.

Le sorprendió no encontrar a Maruri al otro lado. Quien, con el rostro demacrado y los ojos enrojecidos, se apoyaba en la pared como si estuviera a punto de desplomarse, era Arzamendi.

—Necesito hablar con alguien. Con alguien que no sea Jon.

Osmany se retiró para franquearle la entrada. Antonio pasó arrastrando las botas, con el impermeable chorreando sobre el parquet y los labios tensos y pálidos. Pero no de frío, comprendió el cubano señalándole el perchero.

—¡Eh! ¡Espera! No me cierres.

En un inesperado contrapunto al tono fúnebre de Arzamendi, la voz de Borja Maruri sonó alta y optimista.

—Pasa, compay. Pero sin ruido. Al que me despierte a la pequeña lo boto por el balcón.

Más que caminar, el abogado se deslizaba sobre la punta de los zapatos, con una sonrisa bobalicona en el rostro y un toque soñador en la mirada. No se percató del acento acre de Antonio ni de la expresión preocupada del cubano en el momento de entregarle dos pesadas bolsas de plástico.

—¿Y esto?

—Hombre, si vamos a pasarnos la mañana trabajando, tendremos que tomar algo, ¿no? Son cuatro cosas para un desayuno, un almuerzo o como lo llames. ¿Preparamos la cafetera?

La sola mención del café consiguió suavizar su dolor de cabeza. Quizá, a fin de cuentas, lo suyo no fuera fiebre.

—De acuerdo. ¿Vienes, Antonio?

—Os espero aquí, si no os importa.

Vaciar las bolsas y alinear su contenido en la encimera exigió de todo su autocontrol. Allí, provocadores como la manzana de un paraíso inventado, se mezclaban donuts de chocolate, cajas de galletas, una docena de pasteles, fruta de todo tipo, un cartón de leche y un paquete de café. Más aún: también había jamón y lomo ibérico finamente cortado, medio queso, una hogaza de pan rústico, dos botellas de rioja y unas cuantas cervezas.

—Café de Nicaragua. —Sorprendido, Osmany tomó el paquete de café molido y leyó el dorso del envase—: «De las montañas de Matagalpa». Excelente café. Y muy buenos recuerdos. —Sonrió mientras buscaba un cuchillo para abrirlo.

—Qué, ¿también hiciste de las tuyas en Nicaragua? —preguntó Maruri.

—Bueno, ya tú sabes. Los sandinistas y la Revolución somos como hermanos. Pero no pretendas que te cuente mi vida así, de golpe.

—Vale. Eso lo dejamos para otro día. Oye, Osmany, igual he metido la pata invitando a otra persona.

El cubano se encogió de hombros.

—Hombre, no sé... Cuatro cabezas piensan mejor que tres. O que dos y media —añadió señalando a Arzamendi, derrotado en el sofá.

—Se trata del hermano de una de las víctimas. Luis Enrique Delgado. Creo que te comenté que me ayudó con la descripción del asesino.

—¿Y ese hombre puede dedicar la mañana de un viernes a divagar con un par de jubilados?

Maruri dejó escapar una risita no exenta de cierta envidia.

—Es rico, Osmany. Vive de sus inversiones en empresas de alta tecnología. Y del dinero de papá, supongo.

—Me parece bien, compañero. No tengas pena.

Osmany llenó la cafetera, la puso al fuego y, tras una palmada y un guiño cómplice, salió a ver cómo seguían Antonio y su nieta.

Delgado llegó justo cuando, con el estómago lleno y los pinchazos de las sienes reducidos a latidos sordos y esporádicos, dejaban morir la conversación banal que acompaña a las comidas para afrontar el motivo de aquella estafalaria reunión. Se presentó acompañado de Pablo García, quien hizo ademán de quedarse esperando en el portal. Osmany no se lo permitió.

—Ni modo, amigo. Acá tardaremos un poco, y no vas a quedarte ahí quieto con este frío. Además, no quiero que me asustes a los vecinos —añadió con una sonrisa de complicidad a la que el guardaespaldas correspondió antes de entrar y tomar asiento en una silla alejada del conciliábulo improvisado en torno a la mesa.

—Antes de nada —dijo Maruri mientras separaba la taza y, acto seguido, encendía la tableta—, acláranos qué pinta Urquijo en todo esto. Lo descarté nada más empezar. Su coartada es perfecta.

—Exacto. —Arechabala remarcó sus palabras golpeando la libreta con el lapicero—. Tan perfecta que parece preparada.

Arzamendi no se inmutó. Conocía, por boca de Larralde, las teorías del exmilitar. Delgado enarcó las cejas con extrañeza mientras Maruri seguía con sus preguntas.

—¿Crees que se preparó una coartada? ¿Por qué?

—Porque todos sospecharían de él, ¿no es cierto? ¿No es lo que pensó el padre de usted? —respondió mirando a Luis Enrique.

—De hecho, sigue convencido de que es él. —Sacó un cigarrillo, consultó con la mirada al cubano, quien señaló a Maider, y lo devolvió a su lugar con una mueca de fastidio—. Pero no pudo matar a nadie desde la notaría. Y no creo que con sus ingresos pudiera pagar a un sicario.

—Pues lo pagó. Pero no con dinero.

Borja hizo tamborilear los dedos con el ceño fruncido. Poco a poco, aquel razonamiento extraño comenzaba a filtrarse entre los resquicios de sus dudas.

—Es decir, que Urquijo quería matar a María Estela, pero sabía que lo cazarían enseguida. Tenía motivos, la amenazó en muchas ocasiones, casi siempre delante de testigos o por las redes sociales. Así que se buscó a otro para que hiciera su trabajo. Y se preparó una coartada para ese día.

—Sí. Eso creo.

—Entonces será imposible pillarlo.

—Quizá no, compay.

En las arrugas del rostro del cubano no había indecisión, ninguna señal de que aquello fuera un farol o una broma de mal gusto. Arzamendi olvidó su actitud impasible, cada vez más interesado.

—¿Piensas hacerlo desde el salón de tu casa, con un cuaderno, un ordenador y un par de cafés?

—¿Por qué no? —respondió Osmany sin inmutarse—. Comencemos por el principio.

—¿Y cuál es el principio?

—El principio... —Hablaba despacio, haciendo oscilar el lápiz como un maestro que explicara un teorema de apariencia compleja cuya lógica interna fuera de lo más sencilla—. Es un grupo de fracasados. Gente estafada, arruinada, con ganas de venganza.

Maruri dejó escapar un silbido.

—¿Y se repartieron los crímenes entre ellos? ¿En serio?

—En serio.

—Así que se trata de venganzas personales. Lo dijimos desde el principio, abogado —gruñó Luis Enrique sin dejar de tamborilear sobre la mesa con dos dedos rubios de nicotina.

—Larralde opina lo mismo. —Arzamendi intervino por vez primera. Su voz carente de entonación contrastaba con la aguda sorpresa que afilaba cada frase de Maruri—. De hecho, la Ertzaintza tiene pruebas contra el hijo de puta que mató a Rosa. Según Jon, gracias a ti —añadió rozando el brazo de Arechabala.

—¿Qué estamos perdiéndonos? —Borja miraba alternativamente a uno y otro con un enfado fingido en los labios.

—Verás... Ayer, cuando recogiste a Katy, parqueaste delante de La Taberna Negra. Estaba cerrado, porque a su dueño lo habían atropellado hacía dos días.

—El accidente que investiga Larralde.

—Eso. Pero justo ahí estuvo Rosa María antes de que la mataran. Demasiada casualidad, ¿no?

—No veo por qué.

—A Rosa María la mató alguien que estuvo con ella. Y alguien que estuvo con ella muere al poco tiempo.

—Sospechabas de uno de sus compañeros.

—No. Yo nunca dije eso. Dije que el asesino estuvo con ella. Y ella estuvo en ese bar, así que...

—Ya. Pero no la conocía. No sabía quién era, dónde vivía...

—Sí lo sabía —interrumpió Arzamendi—. En su piso han encontrado pruebas de que llevaba tiempo siguiéndola. Fotografías tomadas en el trabajo, en el camino a casa... Dice Jon que buscaba familiarizarse con ella, con sus costumbres.

—Es decir... —Maruri extendió los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza durante un par de segundos antes de recuperar su postura en la silla—. Según tú, ese individuo iba a cargarse a Rosa para que otro acabara con una tercera persona —Osmany asintió mientras garrapeaba en el cuaderno—. Pero ¿para qué tanto seguimiento si luego la ataca cuando pasa por su bar?

—Fue un error. Improvisó, y se equivocó.

—No entiendo.

—Volvamos al principio. Gente con ganas de venganza. Gente que amenazó en público a los culpables de su ruina. ¿Estamos? —Todos asintieron al unísono, como alumnos frente a la severidad del maestro—. No sé cómo, pero coincidieron y empezaron a hablar. Y uno, el más loco, los convenció para vengarse.

—Pero no podían cargarse a un empresario al que llevaban tiempo amenazando en público. La policía no tardaría en cazarlos —gruñó Delgado.

—Correcto. Así que se los repartieron. Yo mato al tuyo y tú al mío. Así nos da tiempo a buscar una coartada. Pero el dueño del bar... ¿Cómo se llamaba?

—Iker Zabalegi. —Antonio no necesitó consultar papel alguno.

—Ese. Metió la pata. Imagínate, está siguiendo a una mujer a la que debe chapear y, de repente, ella entra en su bar. No pudo desaprovecharlo. Ella salió y fue al Inpernu. Él sabía dónde vivía, así que sabía por dónde se marcharía. Improvisó. Por eso no llevaba nada para escribir «Justicia» en la pared. Y si Rosa no estaba sola, o no llegaba, no pasaba nada. Seguiría con el plan original.

—Pero así —repuso Delgado, haciendo girar un cigarrillo apagado entre los dedos— debió de dejar sin coartada al que le encargó el asesinato.

Arzamendi se levantó, murmuró una disculpa y se perdió camino de la cocina. Osmany lo siguió sin moverse del sitio, con una sensación extraña en el pecho.

—Por raro que suene —Maruri seguía con la teoría de Arechabala—, empiezo a pensar que tienes razón. Debemos suponer que cada atentado tiene su propia lógica. Ya conocemos la identidad de tres asesinos. Sabemos a quién mató cada uno. Podríamos descubrir a cambio de qué muerte.

—La pregunta es: ¿debemos seguir con esto? —intervino Osmany—. ¿Merece la pena pasar el día deshaciendo este arroz con mango en vez de explicar todo a la policía y olvidarnos?

Los rostros se volvieron hacia Luis Enrique Delgado, incluido el del guardaespaldas, que desde su esquina seguía la conversación con la discreción propia de su misión. Delgado asintió con la cabeza.

—Mi padre necesita respuestas. Y yo también las quiero. —Delgado alzó la mano hasta la mitad de su pecho antes de continuar, un reflejo, pensó Osmany, habitual en quien acostumbra llevar un arma en la sobaquera—. No vamos a esperar a la pasma. Si hay una opción de salir de aquí sabiendo quién mató a mi hermana, quiero hacerlo.

Junto a la ventana, Pablo García asintió en silencio. Las venas se marcaban en sus puños, y el recuerdo de María Estela se empeñaba en renacer, más fuerte y vivo a cada frase. Osmany lo observó con disimulo. Era un hombre robusto y de apariencia pétrea cuyos ojos brillaban más de lo debido en la penumbra de la estancia. Siguiendo la línea de su mirada tropezó con la cuna de Maider y, encima, la ventana, en cuyos cristales empañados intuyó la imagen falsa de un viejo avariento regando de billetes sus regazos, un viejo sin más objetivo en la vida que vengar a su hija. Un fugaz chispazo de advertencia reactivó los martillazos en su cráneo. No podía equivocarse. A diferencia de la policía, ellos no necesitaban pruebas que aportar al desconocido anciano de faz retorcida y sacas de dinero debajo del lecho. Les bastaba la certeza. Pero las consecuencias podían ser irreparables. Como sucede con el resto de los animales, nadie es capaz de prever la reacción de un millonario herido.

—Bueno... —El cubano buscó una página de la libreta, hizo una marca con el lápiz y expuso sus conclusiones—. Por partes. El tal Zabalegi quería vengarse de Leonardo Goikoetxea.

—Ese Leonardo era...

—El del coche bomba. Estafó a Zabalegi con un chalet que no se construyó. Basta con entrar en internet para encontrar sus amenazas.

—De acuerdo. Ya sabemos a quién se cargó ese tipo y a quién ordenó que se cargaran. —Maruri tecleaba sobre la pantalla de la tableta mientras hablaba—. ¿Siguiente?

—Al constructor lo mató un corredor de seguros llamado Kepa Iturgaitz.

—El de Seguros Altube.

—El mismo.

Arzamendi regresó de la cocina arrastrando los pies, como si el esfuerzo de alzar uno y luego otro rebasara sus fuerzas. Tenía húmedos el rostro y la calva, y una cerveza mediada en la mano. Se recostó en la mesa e hizo ademán de seguir la conversación, aunque sus ojos no reflejaban interés. En realidad, pensó con sorpresa Maruri, esas pupilas muertas no reflejaban nada.

—Vale. Y también sabemos a quién quería llevarse Iturgaitz por delante.

—Richard Campbell. Por lo que pude ver mientras intentaba dormir a la nena —dijo Osmany, y con un gesto de la mano abarcó el iPad y la cuna—, era socio de una cosa llamada Carson, Campbell & Anders, que se dedica a ayudar a las empresas a despedir trabajadores. Iturgaitz fue una de sus víctimas. Tras el despido, vino el divorcio. Después, el cáncer.

—A Campbell —puntualizó Maruri, que seguía con un bolígrafo los párrafos que bailaban en la tableta— lo ha matado esta mañana un camionero aficionado a la caza, Iñaki Hernando.

—¿Qué sabemos de él? Apenas tuve tiempo de leer nada.

—De momento, poca cosa. Por lo visto, hace un par de años tuvo que vender el camión para hacer frente a sus deudas. Desde entonces, no ha vuelto a currar. Divorciado también. Vivía en Zaramillo, a unos diez kilómetros de Bilbao.

—¿No pone para quién trabajaba? ¿Quién lo despidió? ¿De quién querría vengarse?

—No veo nada. —Sus dedos bailaban frenéticos sobre la pantalla, pasando de un medio a otro, de un blog a un periódico, para tropezar siempre con la misma noticia, redactada de forma idéntica en cada escrito—. Por lo visto, era autónomo. Tendré que buscar con más calma.

—Bueno, dejemos eso. —Arechabala salió y regresó con cinco cervezas. Puso cuatro sobre la mesa, ofreció la quinta a Pablo García, que la rechazó sin una palabra, y se dirigió a Luis Enrique—: Busquemos al asesino de su hermana y al que pagó para que la mataran. —Un bufido a su espalda le hizo comprender el error—. Y al que quería acabar con Rosa, claro —añadió. Arzamendi no dijo nada. Cogió su segundo botellín y vació la mitad de un trago largo—. En el caso de María Estela, las cosas están claras, ¿no?

Delgado asintió mientras Maruri echaba un vistazo al documento donde guardaba las conclusiones de sus entrevistas con los trabajadores señalados por Julián Delgado. Todos habían amenazado a la empresaria, tanto a la salida del juzgado como en foros digitales menos anónimos de lo que probablemente creían. Pero mientras que Aitor Elorduy y Julián García llevaban meses en Marruecos, con la vida rehecha tras el despido, una familia esperándolos en el

hogar, Marcos Urquijo se vio expulsado a patadas de su casa, no se hablaba con sus hijos y compartía una especie de pensión ilegal con un montón de fracasados a quienes despreciaba. Era el candidato perfecto. Recordó su mezquina suficiencia cuando presumió de su coartada notarial, esa risita más semejante a la tos de un tuberculoso que a una auténtica expresión de alegría, y si le quedaban dudas desaparecieron sin dejar rastro.

—Estoy de acuerdo. Urquijo es el instigador.

—Vale. Parece obvio que ese hijo de puta mandó matar a mi hermana. Entonces, a falta de saber quién fue el autor material, ya podemos informar a mi padre.

Pablo García se incorporó y se ajustó la chaqueta, como respondiendo a una orden de su jefe.

—Quizá deberíamos aportar alguna prueba, ¿no? —En la voz de Osmany se percibía la inseguridad, el miedo a las consecuencias encarnadas por los movimientos marciales del guardaespaldas. También el miedo a perder la remuneración esperada si se empeñaba en poner trabas a las conclusiones.

Se odió por ello.

—No necesito pruebas. Lo sabíamos desde el principio. Necesitábamos una confirmación, y ya la tenemos. Las pruebas se las dejamos al juez.

—A ver si avanzamos un poco más antes de informar a tu padre. —Algo en el tono de Luis Enrique, en la voracidad de sus ojos enrojecidos, en la mirada de complicidad que intercambió con Pablo García enfrió los ánimos de Maruri—. Deberíamos saber a quién se cargó Urquijo y, sobre todo, quién atentó contra tu hermana —dijo Borja, y Delgado bajó la cabeza en un gesto contemporizador—. Al fin y al cabo, lo que tu padre quiere es información. Cuanta más podamos ofrecerle, mejor.

—De acuerdo. —Fue más un gañido que una respuesta—. ¿Puedo echar un cigarro en la cocina?

Salió. García regresó a su silla, al paisaje lluvioso de la calle, a los recuerdos siempre presentes de María Estela Delgado. Y Osmany sintió que la tétrica sombra de la justicia callejera se diluía poco a poco. Dio un trago antes de seguir desenredando la madeja.

—Conocemos a los asesinos de Rosa, del constructor y de Campbell. Urquijo no pudo matar a Estela. Así pues, o bien asesinó a José Antonio Martínez el domingo en la plaza Indautxu... o aún no le llegó su turno.

De una u otra forma, en la mente de todos se reprodujo el retrato de una hilera de criminales con barba de tres días, ojeras violáceas y puñal en ristre, esperando que un reloj señalara el momento de ejecutar al siguiente empresario, auditor o responsable financiero. Era una imagen falseada de sus propias sospechas, una exageración sacada de un cómic o una película de serie B, pero, como toda exageración, servía para ilustrar la realidad. Quedaban asesinos con deudas pendientes. Quedaban vidas por cobrarse.

—Urquijo no pudo matar a Martínez el domingo. Estaba en Cistierna. Además, a ese hombre le destrozaron el cráneo a golpes. No lo creo capaz de tanto.

—Era capataz de obra. No te fíes de las apariencias.

Maruri desechó la observación de Osmany y vació el botellín con una mueca de desagrado. Estaba caliente.

—No pudo hacerlo desde Cistierna.

—Vale. No sabemos quién mató a Martínez. Quizá el que señaló a tu mujer. —Arqueó las cejas en dirección a Antonio Arzamendi, pero no obtuvo respuesta—. O quizá otro. No sabemos cuánta gente hay en la lista.

Osmany cambió de página y les enseñó un denso gráfico de nombres y fechas entrelazadas. Maruri se inclinó hacia él, pero fue incapaz de comprender una palabra.

—Esto es lo mismo, pero al revés. Aquí no tenemos a los asesinos, sino a las víctimas. Estas flechitas señalan a las personas que los querían ver cantar el manisero. A ver si las completamos.

No era la una del mediodía, pero la oscuridad se cerraba sobre el salón en un falso crepúsculo de nubes bajas e invierno prematuro. Maider se removió en la cuna, sacó una mano del edredón, suspiró y volvió a dormirse. Solo su respiración y el golpeteo de la lluvia contra los cristales rompían el silencio en que los demás aguardaban las palabras del cubano.

—No sabemos quién quería muerto a Martínez ni quién a Rosa —dijo, y Antonio apretó tanto la cerveza que los nudillos se le tiñeron de blanco—. Pero algo sí sabemos. A Estela la señaló Urquijo, por echarlo a la calle. —Al oírlo, Maruri mostró su conformidad—. Al constructor lo condenó el de La Taberna Negra por timarlo con un chalet. —Según hablaba, marcaba con lápiz la saturada hoja del cuadernillo—. A Campbell, lo señaló el vendedor de seguros al que despidieron por su culpa. Todos amenazaron a los muertos con anterioridad. Por eso, si usamos esto —añadió al tiempo que, con una sonrisa, palmeaba el iPad—, es posible que podamos encontrar a los que faltan.

—Si necesitaban una coartada, será porque su odio hacia los muertos era de dominio público, ¿no es eso? —Maruri se inclinó sobre su tableta con la esperanza en el semblante—. Y todo lo que es de dominio público está en internet. Buscando amenazas en las redes, es probable que demos con ellos.

—No será tan fácil, compay —murmuró Arechabala mientras manipulaba con torpeza la pantalla.

Delgado regresó entonces, cuando comenzaban a bucear en busca de asesinos que quizá se delataron meses o años antes de pensar en cometer un crimen. García le lanzó una mirada interrogante, pero no obtuvo respuesta. Arzamendi se levantó y desapareció por el pasillo, aunque nadie se percató. Estaban ocupados tecleando en el navegador los nombres de José Antonio Martínez o Grupo M-Tínez junto a palabras clave como «amenaza», «querella», «denuncia» o «despido». No se dieron cuenta de que el tiempo pasaba y Antonio no regresaba; de que Maider se incorporaba en la cuna, escudriñaba la penumbra con sus enormes ojos castaños y volvía a derrumbarse sobre la almohada; de que, en la calle, el granizo ocupaba el lugar de la lluvia y rebotaba en los canalones en una danza de hielo y anarquía; de que pasaron más de tres cuartos de hora sin hablar, abriendo y cerrando páginas de internet, anotando nombres en una libreta, tachándolos y recuperándolos de nuevo. No se dieron cuenta de nada hasta que Arzamendi, con los ojos enrojecidos y los faldones de la camisa fuera del pantalón, se dejó caer sobre su silla como un fardo carente de ánimo y voluntad.

Maruri dejó escapar un suspiro desganado.

—Tenías razón. Va a ser más difícil de lo que esperábamos.

Luis Enrique asintió con un gesto de preocupación. En el explorador de su móvil mantenía abiertas siete pestañas con siete nombres diferentes.

Más o menos como los demás.

—Fijaos. —Maruri levantó el iPad y fue pasando revista a la senda de querellas y amenazas trazada por Google—. M-Tínez, más que una empresa de construcción, era una máquina de fabricar demandas. Veamos: Ricardo López le reclama la finalización de un chalet que dejó a medias. Ángela Larrauri, que por lo visto trabajó para él, lo denunció por impago de nóminas y por acoso. Todos los socios de una cooperativa de Galdames han interpuesto demandas en su contra porque les construyeron un pabellón con tantas deficiencias que no han podido utilizarlo. Torres S. L., una empresa de material eléctrico subcontratada, quebró al no poder cobrar sus encargos. Una asociación ecologista de Basauri lo denunció por vertidos ilegales y agresión.

—¿Agresión?

—Sí. Por lo visto realizaron una sentada a la puerta de la empresa y de repente aparecieron dos gorilas que los molieron a palos. Según lo que pone aquí, uno de los chavales perdió la visión de un ojo. Las amenazas más salvajes que he encontrado provienen de su novia.

—Yo vi lo mismo, aunque soy viejo para estos trastos. No vamos a sacar nada de todo esto.

—No. —Delgado tenía otro cigarro en la boca, si bien no hizo amago de encenderlo—. Pero, si os digo la verdad, a mí ya no me interesa. Por mí, que se ocupe la Ertzaintza. Ya sé lo que quería saber. —Cabeceó hacia García, se sacó el mechero del bolsillo, se desperezó arqueando la espalda y esbozó un gesto de despedida—. Así que me marchó. Felicidades por vuestro trabajo. Borja, esperaré a que le comuniqués al viejo tus conclusiones antes de darle mi opinión. Pero procura no tardar, ¿de acuerdo?

Desapareció seguido del guardaespaldas, y el sonido firme de sus pasos al bajar por la escalera los acompañó el tiempo que permanecieron en silencio, rumiando sus propias conclusiones. O la falta de ellas.

Cuando ya no se los oía, Maruri se precipitó en busca de su teléfono.

—¿Qué haces?

—Mira, Osmany... —Mientras hablaba, tecleaba en busca de un número en la agenda—. Luisen me cae bien, pero no voy a permitir que se quede con el mérito. Hemos llegado hasta aquí por dinero, no por otra cosa. —Levantó el móvil en un gesto de triunfo—. Ahora nos toca cobrar.

—Espera un poco. ¿Y las pruebas? Acá no tenemos nada sólido.

—Lo sé. —Dejó el teléfono en la mesa y cogió aire. La recompensa estaba ahí, al alcance de sus manos. No dudaba de las conclusiones, pero comprendía los recelos del cubano—. Oye, Julián Delgado no es un juez. Es solo un anciano que necesita comprender por qué mataron a su hija. Y está dispuesto a pagar muy bien por la respuesta, por una respuesta que tenemos delante de nuestras narices. Hagamos lo que hagamos, su hijo se la dará. Así que, solo por si acaso, mejor nos adelantamos.

Osmany no dijo nada, pero el abogado sorprendió su furtivo vistazo al roído marco de la ventana, por donde el viento de tormenta se colaba buscando la cuna de Maider. Comprendió que estaba convenciéndolo.

—Además, apenas hable con López de Incer, llamaremos a Larralde. ¿Cómo lo ves? No creo que esté pensando en venganzas ni nada por el estilo. García está aquí para proteger a su hijo, para nada más. —Borja cayó en la cuenta de que ni él mismo se lo creía—. Avisamos a la Ertzaintza ahora mismo, y si esos dos pretenden alguna tontería, llegarán tarde. Urquijo ya estará detenido.

Había ganado. Su instinto de abogado le anticipó lo que el gesto del otro terminó por confirmarle.

—¿Te importa que llame desde otra habitación?

Cuando desapareció en el dormitorio de Nerea, Osmany palmeó la espalda de Arzamendi y le oprimió el hombro con el afecto de la amistad recién labrada.

—Tranquilo, compay. Solo nos falta saber quién señaló a tu mujer. Y ese no se nos escapa, te lo prometo.

—Yo ya sé quién es. —Antonio alzó la cabeza, vencida entre los hombros, y buscó al cubano con la mirada ciega de quien no desea ver—. Es Begoña.

Es mi hija. Mi hija ordenó matar a mi mujer.

Seguía lloviendo, pero los pequeños grupos de siempre ocupaban la entrada de los bares con un *txakoli*, un *pintxo* o un cigarro de marihuana entre las manos. Desde los tejados, el agua se precipitaba en anchas cascadas salpicando a quienes, impertérritos, disfrutaban del vino y el tabaco refugiados debajo de los aleros. Olores a setas y ajo, a tortilla y hachís llenaban el aire de una calle que en pocas horas recibiría la riada humana de cada viernes, caudal de jóvenes ansiosos de conversaciones trabadas, compañía difusa y alcohol sin freno. A mediodía, Somera fingía disfrutar de la calma mientras, sin prisa, se preparaba para el vendaval.

Empapado, Larralde caminaba al abrigo de las fachadas, atento al número de los portales y a no llevarse por delante a ninguno de los precoces borrachos desmadejados en el bordillo de los comercios. Tras una mañana de incertidumbre, revelaciones inesperadas, reuniones eternas e interrogatorios infructuosos, estaba desfallecido. Por eso, cuando encontró un hueco para interesarse por el estado de Toño y este, secundado como una voz en off por el acento caribeño de Arechabala, le ofreció una pizza y unas cervezas, aceptó enseguida. Necesitaba alejarse de la comisaría, disfrutar del placer de la comida basura y olvidar, durante un par de horas, la tensión del grupo de trabajo. Y, no podía negarlo, deseaba saber por qué ese cubano al que apenas conocía parecía ir siempre un paso por delante de él.

Ascendió la escalera curioseando, a través de las ventanas enrejadas, la ropa recién lavada que se oreaba junto a los extractores de las cocinas. El suavizante y el aceite quemado se mezclaban en el breve espacio de aquellos patios cubiertos con uralita, donde la lluvia inventaba ecos falsos de grandeza.

Con el agotamiento en el rostro y la cazadora en una mano, llamó al timbre del cuarto piso.

Arzamendi devolvió a Maider al regazo de su abuelo y se levantó para abrir. El cuerpo le pesaba, cada día más grueso y oxidado. Le pesaba el alma, el vacío de su novia y de su hija, y le pesaba el desaliento, mayor y más profundo a pesar de los esfuerzos de Osmany por mantener vivo siquiera un rescoldo de esperanza.

Quería creer en sus palabras. Quería estar, como el cubano, convencido de la inocencia de Begoña, estar seguro de que a una directiva de banca le resultaría imposible confabularse con un fanatizado grupo de víctimas del neoliberalismo para planificar semejante matanza. Pero algo más allá de la razón se lo impedía. Arechabala no dejaba de insistir en la imposibilidad de mezclar agua con aceite, en que alguien arruinado por culpa del capitalismo no aceptaría asesinar para proteger a una banquera. Pero Antonio era impermeable a sus argumentos. Aunque estaba de acuerdo en que Begoña no pudo matar a golpes a José Antonio Martínez, único crimen para el que no tenían candidato, le bastó recordar que desconocían el número de empresarios señalados por una Justicia falsa como la ética de un sicario. En último término, recalcó haciendo caso omiso a las repetidas negaciones de los demás, su hija siempre pudo pagar a quien hiciera su trabajo.

—Sobre todo, Osmany —insistió con un gruñido más quejumbroso que desafiante—, ni una palabra a Larralde. Por el momento.

Cuando el *ertzaina* llegó, la comida ya esperaba en la mesa, impaciente como las preguntas al borde de los labios. Aparcando preámbulos innecesarios, se lanzaron a saciar el hambre y satisfacer la curiosidad.

—Ya no tenemos dudas sobre la secuencia de los asesinatos. —Larralde hablaba, masticaba y vaciaba la botella como si dispusiera de solo cinco minutos para el almuerzo—. Hemos puesto bajo protección a Gonzalo Ibargüen. —Se recreó un momento en los rostros desconcertados de los demás, terminó su porción de pizza y cogió otra—. Quizá os suene su nombre. Fue durante años presidente de la patronal de Bizkaia. Tiene una flota de camiones de la hostia y controla buena parte del transporte por

carretera de todo el territorio. En los últimos años consiguió meterse en el tráfico que genera el puerto de Bilbao, desplazando a la mayor parte de los autónomos que operaban allí, incluido nuestro último asesino. Un sindicato lo acusó abiertamente de utilizar prácticas mafiosas para amedrentar a los camioneros, aunque no hay denuncias firmes al respecto.

—Es decir, que Hernando pudo culparlo de su suerte.

—Eso es. Nos tememos que sea el siguiente de la lista.

—A lo peor la lista es más larga de lo que pensamos.

Guardaron silencio mientras digerían la comida y la última frase susurrada, sin apenas fuerza, por Arzamendi. Jon le pasó la mano por la espalda, un gesto de camaradería que no obtuvo respuesta, abrió otro botellín y continuó exponiendo los pormenores de la investigación ante dos jubilados y un abogado a quien, como al cubano, tampoco conocía demasiado. «Igual saco más resultados de esta reunión que de las de comisaría», se dijo.

—No sabemos cómo es la lista. Pero estamos seguros de que Ibargüen está en ella. Aun así, hasta que no logremos detener a alguien, no tendremos gran cosa.

—¿No había nada en el domicilio de Hernando?

—Nada que no supiéramos. Evidencias de que seguía a Campbell. Búsquedas por internet, un par de fotos en el móvil. Nada más.

Sentada en las piernas de su abuelo, Maider esparcía restos de salami por la mesa, las sillas y el suelo ante la permisividad de Osmany, más pendiente de las palabras del oficial que de las travesuras de la pequeña.

—¿Y los otros? El del bar de Bilbao la Vieja, el vendedor de seguros...

—Nada. Y es una pena, porque estuvimos a punto de cazarlo. Tenías razón. —Larralde fingió quitarse un sombrero inexistente ante Arechabala—. Iker Zabalegi asesinó a Rosa. En cuanto se confirmó, comprendí por qué lo atropellaron. —Sonrió otra vez—. Esta mañana, el dueño de un locutorio de San Francisco lo ha identificado sin ninguna duda. Zabalegi mandó los mensajes reivindicativos al blog del crío ese. Alguno de sus cómplices leyó la noticia y comprendió que estaba descubriéndolos. Uno que no era tan tonto como él, y sabía lo fácil que resulta rastrear una dirección IP. Y decidió

quitárselo de en medio. De lo contrario, Zabalegi llevaría días detenido y el caso estaría casi resuelto.

Maider comenzó a llorar. En el silencio que siguió a la última frase, trenzado de muertes y oportunidades perdidas, el llanto infantil fue una bocanada de aire fresco, una excusa para sacudirse la tensión, cambiar de postura y recordar, por unos segundos, que la vida se resumía en el cuerpecito azabache que reclamaba los brazos del abuelo, no en una secuencia de crímenes enumerados con la frialdad de una distancia inexistente.

Antonio cogió a la niña y la durmió arrullándola contra su pecho, Larralde valoró la posibilidad de vaciar una tercera cerveza y Osmany se levantó para preparar café. Alineó las tazas sobre la encimera, puso la cafetera al fuego y, al sacar el azucarero, descubrió un diminuto reguero blanco sobre el mármol. Solo cuando lo limpió con el dorso de la mano comprendió que no se trataba de azúcar.

Regresó al salón cargado de café y pasteles. Arzamendi devolvió a la niña a su cuna y se unió a la conversación.

—¿Y qué sabéis del atropello? Quizá sea la vía más fácil.

—Puede ser. El punto de Zamakola donde lo arrollaron es de sentido único. El coche no pudo dar la vuelta y salir hacia La Peña porque la calle queda encajonada entre la ría y un carril que discurre por encima de su nivel. Además, las huellas confirman que siguió hacia Bilbao la Vieja, donde tenemos una cámara de tráfico. Por el análisis de la rodada sabemos que se trata de un cuatro por cuatro, así que revisamos las imágenes de la media hora anterior a la llamada a emergencias buscando todoterrenos.

—¿Y...?

—Solo pasó uno. Un Mitsubishi Montero azul metalizado.

—Pero entonces... —Maruri estuvo a punto de volcar su taza al inclinarse sobre la mesa—. Entonces ya lo tenéis.

—No. Todavía no. —Había optimismo en el tono de Larralde, aunque su negación enfriara las expectativas de los demás—. No se distingue la matrícula. Cuando el Montero entra en el radio de la cámara lleva otro

vehículo tan pegado a él que no vemos nada. Y no vuelve a aparecer en ninguna otra cámara.

—¿Y ahora?

—Toca seguir trabajando. Tengo a un compañero buscando todos los Montero azul metalizado matriculados en Bizkaia, Cantabria, Álava y Burgos en los últimos seis años. En las imágenes no parece más viejo. Claro que en origen pudo ser de otro color. También pudo venir de otra provincia o, rizando el rizo, del extranjero. Pero por algún sitio hay que empezar.

Por algún sitio había que empezar. Aunque el principio fuera erróneo, absurdo incluso de tan sencillo, como la relación de tres sospechosos improvisada por el padre de una víctima. Había que empezar a investigar, pensó Maruri, tirar de hilos invisibles que tal vez no llevaran a ningún sitio, quizá solo para negar teorías, descartar sospechosos y remover el aire viciado en torno a los cadáveres. Porque, en ocasiones, la realidad se burla de la pretendida sagacidad de los detectives y regresa al punto de partida. Por ejemplo, a Marcos Urquijo Vara, la pequeña rata. Maruri decidió que había llegado el momento de explicar a Larralde sus propias conclusiones.

A Jon no le hizo gracia enterarse así de detalles que desconocía hasta la fecha. Ninguna gracia

—Sabes que inmiscuirte en un caso de asesinato puede considerarse obstrucción a la justicia, ¿verdad?

—En ningún momento he interferido en las investigaciones de nadie. — Borja se incorporó de un salto, más ofendido que preocupado por la amenaza implícita de las palabras de Larralde—. Me limité a seguir las indicaciones de mi cliente sobre tres de sus antiguos trabajadores.

—Te guardaste información importante, tal vez vital para resolver el caso. —Larralde alzó tanto la voz que desde la cuna les llegó un breve quejido de protesta—. No me toques los cojones con argumentos de picapleitos.

—Yo no me he guardado nada. Vosotros hablasteis con el padre de Estela Delgado, igual que yo. Si no os contó eso, el problema es suyo. Y de vuestra incompetencia.

—A ver, compañeros... —El tono de Osmany era suave, casi meloso. Tono de calor caribeño—. Al que me despierte a la niña, lo mato. Y no hablo en broma. —Se permitió una sonrisa antes de continuar—. Mira, Larralde, hasta ahorita mismo no comprendimos que Urquijo es uno de ellos. Su coartada era buenísima, no lo olvides. Y ahora que sabemos por qué era tan buena, te lo estamos contando, ¿no es cierto?

Jon Larralde tomó un breve sorbo de café, evitó la mirada de Borja y fingió darse por satisfecho. Maruri, por su parte, se encerró en el hosco mutismo de un muchacho reprendido injustamente.

—Y vosotros, ¿no tenéis vuestra propia lista de sospechosos?

—Sí, claro. Ya estamos tomando declaración a gente con deudas pendientes con los muertos. Es un tema muy lento, y muy laborioso. Son muchos sospechosos. Demasiados, diría yo. Y los interrogatorios, muy complejos. Estamos preguntando a tipos que odiaban a una persona dónde estaban cuando asesinaron a otra. Todos se encogen de hombros. Todos estaban en casa, durmiendo o viendo la tele, lo que será verdad en la mayor parte de los casos. Solo podríamos confiar en sacar algo de los registros domiciliarios, pruebas que los relacionen con las víctimas, seguimientos o algo parecido. Pero el juez no está por la labor de facilitarnos órdenes de registro sin ninguna prueba, solo con indicios cogidos por los pelos.

Osmany removía una y otra vez su café, tan azucarado que a la cuchara le costaba recorrer el fondo de la taza. Su mente estaba fuera, de regreso al puente de la Ribera, a la lluviosa madrugada de domingo y la esquina de Marzana. Rosa María Villate caminaba tranquila, borracha y algo acelerada, sin sospechar que la muerte rondaba cerca, allí donde Iker Zabalegi la esperaba con un cuchillo del bar. Desempleados, desheredados, estafados inflamados de ira asesinando a personas a quienes no conocían para que otro se cobrara su propia deuda. En algún punto, en algún momento, alguien trenzó sus caminos con puntadas de odio, alguien los convenció para embarcarse en una locura de venganzas enlazadas, de crímenes repartidos como papeles en una obra de teatro. Alguien que comprendió al instante la torpeza de Zabalegi al contactar con New-Berriak, alguien a quien no le

tembló el pulso cuando ejecutó, u ordenó ejecutar, a uno de los suyos. ¿Podía ser Urquijo? Por lo que le contó Maruri de su encuentro con la pequeña rata, no parecía probable. Quedaba alguien por desenmascarar. Alguien capaz de influir en la voluntad de los demás, capaz de convertir a desesperados que quizá no precisaran más que una mano amiga y un hombro donde apoyarse en bombas andantes en busca de objetivos desconocidos.

—¿Y no es posible hacer ruedas de reconocimiento con los sospechosos? —Maruri se decidió a abandonar su pose de niño maltratado—. La dueña del bar del Puerto Viejo podría reconocerlo si vuelve a verlo.

Larralde lo escrutó con una expresión severa que, sin embargo, no camuflaba el brillo burlón de su mirada.

—¿Puerto Viejo? ¿Bar? Ningún medio ha publicado nada al respecto.

El abogado se replegó a toda velocidad, una crisálida arrepentida de su prematura eclosión. A su lado, Arzamendi fue incapaz de evitar una carcajada de timbres etílicos.

—¡Joder, Jon! ¿Todavía no te has enterado de que estos dos no se chupan el dedo? Si no fuera por ellos, seguiríais dando palos de ciego por ahí. Deja de tocarle las narices al chaval, hombre.

El *ertzaina* encajó el golpe con deportividad y una sonrisa. Y una mirada ansiosa hacia el mueble bar que nadie se ofreció a abrir.

—De acuerdo. Sí, es una buena idea, pero muy complicada en el contexto actual. Si ni siquiera nos dan órdenes de registro...

—Y, hablando de todo... —Antonio parecía despertar de un profundo letargo, quizá debido a los últimos coletazos del alcohol—. ¿Qué pasa con Unax? ¿Ya lo habéis soltado?

—No. —Larralde sacudió la cabeza, añorando cada vez más esa copa que no pensaban ofrecerle—. Todavía no. Creo que saldrá esta tarde. Pero dudo que la honorable consejera dé una rueda de prensa para explicar los pormenores.

No llovía cuando Arzamendi, con las manos en los bolsillos y la papada sobre el pecho, cruzó el puente del Arenal. No importaba que fuera viernes, que a las seis de la tarde las luces iluminaran una ciudad sumergida en sombras de noche y borrasca, que una marea humana inundara las aceras siguiendo los caminos contrapuestos de comercios y bares. Begoña estaría en su despacho de la dirección regional, con el ordenador encendido y la puerta abierta para que el jefe supremo tomara nota de su presencia. De repente, las habladurías de los envidiosos, los chismes chabacanos de quienes se vieron adelantados en la carrera hacia la cima, las alusiones a sus escotes y su forma de inclinarse sobre los superiores alumbraron en la mente de Antonio una certeza negada hasta entonces. Recordó la dulzura de su voz en las reuniones de coordinación con los prebostes de la central, las blusas de tirantes en pleno invierno, la facilidad de su risa durante las pausas para el café con los directivos, y le sorprendió no haber comprendido hasta entonces que ni su gran inteligencia ni su capacidad de trabajo bastaban para satisfacer su ambición. O, como mínimo, para satisfacerla en los cortísimos plazos que ella misma se había marcado.

En el semáforo de la plaza Circular, la gente se amontonaba con la impaciencia de quien teme el cierre de las tiendas, con la urgencia del sediento de alcohol y ruido, con el hastío del paseante. El tranvía que subía por Buenos Aires tardaría en trazar el semicírculo de la rotonda para seguir hacia el Casco Viejo. Los faros de los vehículos y el rojo de los semáforos se reflejaban en el asfalto húmedo, iluminando las calles de luz indecisa, dibujando sombras en los rostros alegres y abismos en el de Antonio Arzamendi.

«La casa está a nombre de José. » No recordaba cuándo lo dijo, si fue durante la conversación informal de una cena o en alguno de sus inacabables monólogos sobre la perfección de su vida y su matrimonio, pero Antonio sabía que aquella mansión no era suya. No de forma nominal. Entonces dio por hecho que se trataba de una herencia o algo semejante, una muestra más de ostentación de la acaudalada familia de su yerno. Ahora comprendía que no, que su hija evitó la escritura de propiedad para que nadie relacionara la vivienda que el BCM había expropiado con una de sus directivas. Rosa, ingenuamente, entregó el informe a una de las personas involucradas en la estafa. Ella no conocía el palacete de Neguri, donde nunca llegó a estar, ni los apellidos de José, con quien apenas se cruzó dos o tres veces en su vida. Y tampoco quiso compartir con él sus conclusiones, recordó Antonio mientras luchaba por contener las lágrimas.

El tranvía pasó, dejando a su espalda una estela verde y difusa, ecos de semblantes ilusionados y chirrido de rieles. El semáforo cambió, y la riada invadió la calzada, ansiosa por recuperar unos minutos injustamente robados por esa misma ciudad que alimentaba sus instintos. Entre ellos, Arzamendi se sentía zozobrar, arrastrado hacia el final de una historia de terror. Una historia que terminaría poco más allá, en el rectángulo iluminado de la tercera planta, cuando acusara a su hija, dejando a un lado todo subterfugio, de robar, de aprovecharse de su posición para arrebatar injustamente a una familia su vivienda. Cuando le preguntara si tuvo algo que ver en la muerte de Rosa María.

La puerta se abría a Gran Vía escoltada por columnas decimonónicas, relieves de inspiración barroca y maderas nobles y ennegrecidas, espejo de un poder atemporal y caduco. Le recordó la boca abierta de un depredador de fauces hambrientas. Detenido frente a ella, dejó pasar los minutos intentando no pensar. Tenía miedo. Mucho miedo. Apretó los puños en el interior de los bolsillos, pero no pudo dominar unos temblores que achacó al frío. Aspiró buscando con la mirada la ventana del despacho de su hija y, entonces, el autobús que pasaba por su casa se detuvo a su lado. No pensó. Solo se dejó llevar. Y cuando, sentado junto al cristal empañado, a salvo del viento otoñal

y de sus propios fantasmas, el rugido del motor certificó su cobardía, se tapó la cara con las manos y se abandonó al llanto.

La diferencia entre una casa y un hogar estriba en detalles pequeños, insignificantes a veces, que solo quienes carecen de lo segundo comprenden en toda su plenitud: el olor a comida filtrándose por debajo de la puerta de la cocina, unas zapatillas de felpa desperdigadas en la entrada, regueros de juguetes diseminados como minas en espera de un tobillo, fragancia de gel y champú suavizando la pegajosa humedad del cuarto de baño abierto, una cama deshecha o una habitación desordenada. Padecer esas pequeñas molestias y perderlas marca la frontera entre una vida y una existencia, entre encarar el futuro y dejar que los años transcurran sin más, entre realidad y virtualidad.

Borja Maruri llegó a acostumbrarse al orden frío de su vivienda, al calzado perfectamente alineado en el armario, a la cocina impoluta e inodora, a sus cenas frías, a la oscuridad de sus largos pasillos y la paz de las noches en silencio, acompañado por el océano y la botella de añejo 1824. Llegó, en plena borrachera de soledad, a convencerse de que estaba mejor así, dueño de su tiempo, su chalet y su destino. Un convencimiento que saltó por los aires cuando, al abrir la puerta que comunicaba el garaje y la vivienda, estuvo a punto de tropezar con un abrigo dejado de cualquier modo en una silla, sintió en su rostro el vaho que empañaba los cristales interiores, aroma de jabón y perfume, y oyó el viejo disco de 4.40, un regalo de Andrea que jamás entendió. Con una sonrisa embobada y un nerviosismo inexplicable, soltó el chubasquero en la misma silla y entró en el salón.

Katy estaba en el sofá, tarareando en voz muy baja «... quisiera ser un pez para tocar mi nariz en tu pecera» mientras seguía el ritmo con un pie descalzo y ojeaba los álbumes de fotos guardados sobre la chimenea. Borja se recreó unos segundos en la imagen, fascinado, no por la belleza de la mujer, sino por una sensación irreal de reconocimiento, por la certeza imposible de que las cosas siempre fueron así, que en ese sofá se resumía su universo, como si la

dominicana llevara siglos transformando la casa en hogar y su existencia en vida. Ella alzó la cabeza, lo miró a sabiendas de que llevaba un rato espiándola, y guardó silencio. Largos segundos de silencio, roto por la voz de Juan Luis Guerra rogando «una noche para hundirnos hasta el fin, cara a cara, beso a beso, y vivir por siempre mojado en ti».

Cuando Nerea llegó, Osmany miraba la fachada del edificio de enfrente, del que apenas lo separaban cuatro metros. No llovía y, aunque la noche se presentaba fría y desapacible, el bullicio de la calle se colaba por las ventanas. Sentada en la alfombra, Maider levantaba torres con tres cubos de plástico sin amilanarse por la facilidad con que se desmoronaban ni por la indiferencia de su abuelo.

Nerea sonreía en el momento de abrir la puerta. Una sonrisa franca, desconocida para Arechabala, más acostumbrado a la sombra autista de su rostro que a esa curva suave de los labios que dulcificaba su expresión hasta transformarla en alguien diferente. «Milagros del capitalismo», pensó fijándose en el cabello recién cortado y teñido, en las bolsas que llenaban sus manos y chocaban con sus rodillas como si junto al televisor no se amontonaran facturas impagadas.

Nerea dejó las compras en la mesa, cogió en brazos a Maider y su sonrisa se esfumó sin dejar huella.

—Esta niña está cagada. ¿No tienes olfato o qué? Esperabas que me ocupara yo de limpiarle la mierda, ¿eh? Pero ¿tú de qué vas?

Atónito como un marinero frente a una galerna agostiza, Osmany no supo qué decir. Veía la tormenta formarse frente a él, veía los nubarrones cerrarse a toda velocidad, incluso intuía el brillo de los primeros relámpagos, pero seguía aferrado a los remos, incapaz de reaccionar.

—¿Qué? ¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote? Venga, lávala y ponle el pijama. Cuando te plantaste en mi casa sin pedir permiso me dijiste que venías a ayudar con la hija de Camilo, ¿no? ¡Pues venga!

No se atrevió a replicar. Con la niña a cuestas, se encerró en el aseo, llenó el barreño con agua caliente y comenzó a desvestirla. Recordarle que cada mañana, mientras ella dormía, se ocupaba de Maider para que su llanto no la despertara, la cambiaba, la limpiaba y le daba el desayuno solo habría servido para empeorar las cosas. Además, no tenía excusa. En el pañal había pruebas sobradas de que llevaba tiempo sentada sobre sus propias heces sin que él, absorto en problemas de otra gente, se diera cuenta. Era culpa suya.

Era cierto que casi se olvidó de la pequeña. Cuando los demás desaparecieron dejando a su espalda aromas de pizza y triunfo, sentó a Maider en el suelo, cuidando de no dejar a su alcance nada potencialmente peligroso, y se concentró en responder a la pregunta que no dejaba de importunarlo: ¿por qué no se alegraba? Contra todo pronóstico, habían desentrañado una trama criminal lo suficientemente elaborada para despistar por completo a la policía. Un abogado especializado en temas económicos, un jubilado de banca y un militar retirado. E iban a pagarle por ello. No sabía cuánto, pero, a las tres semanas de aterrizar en Bilbao, ya era capaz de ayudar a su nuera con los gastos y las deudas pendientes. Debía sentirse orgulloso. Debía felicitarse, dejar de dar vueltas a todo y disfrutar de la vida y de su nieta. Aun así, algo se lo impedía. Y no sabía qué era.

Hizo con el pañal un pequeño bulto que dejó junto al inodoro, comprobó la temperatura del agua y puso a la niña en el barreño. Como siempre, Maider comenzó a chapotear, feliz con aquel juego, encantada con las burbujas de agua jabonosa y las torpes caricias de una mano grande y áspera. Osmany disfrutaba también de la suavidad de su piel, de la risa recién aprendida, pero su mente se empeñaba en no dejarlo tranquilo. Su mente, adiestrada en el difícil arte de mantenerse despierta en pleno sueño como única garantía de supervivencia en la jungla o la montaña, seguía su propio camino sin que los deseos de su dueño le importaran lo más mínimo.

Algo no encajaba. Era una sensación imposible de definir, una idea sin fundamento ni cuerpo que se aferraba a sus neuronas como un parásito. Algo no encajaba. Y lo que más rabia le daba, pensó mientras frotaba el cuerpecillo de su nieta arrancándole breves carcajadas, era que, por un segundo, todo

encajó. No sabía cuándo ni por qué, pero era incapaz de sustraerse a esa sensación absurda. La sensación de que, a cien metros de la meta, tomaron un desvío equivocado.

La clave estaba en el cerebro. En el organizador de la masacre, alguien tan inteligente como cruel, tan sádico como manipulador. No podía ser ninguno de los tres asesinos identificados. Los dos primeros se delataron de la forma más torpe. Al tercero, Hernando, no se le ocurrió nada mejor que disparar a su víctima en una plaza repleta de gente en hora punta. No. Mientras envolvía a Maider con una toalla para llevarla al dormitorio de su madre, Osmany se reafirmó en la idea de que el cerebro, el hombre, o la mujer, que condujo a cinco, seis, o quién sabe cuántos fracasados, a la locura y el asesinato, seguía siendo una incógnita. Todo remitía a alguien desconocido, quizá uno de los nombres que todavía parpadeaban en el navegador abierto de la tableta, quizá alguien que jamás se hubiera dejado ver.

Pero, en ese momento, su prioridad era terminar con Maider. Y los pañales no aparecían por ningún sitio.

—Nerea, ¿dónde guardaste los pañales?

—En la balda de siempre. —Sentada delante del televisor, revisando el contenido de las bolsas, ni siquiera alzó la cabeza para responder—. ¿Por qué preguntas algo que ya sabes?

No estaban donde siempre. El paquete debía de haberse caído. Vuelto del revés, lo encontró sobre un montón de ropa en el fondo del armario. Osmany cogió un pañal y se lo puso a su nieta, la vistió con el pijama y una diminuta chaqueta de chándal, y se dejó caer en el sofá con ella en las rodillas. Pero, como siempre, su mente seguía su propio camino. Su mente volaba lejos, rumbo a un desconocido pueblo de León.

—Notaría de Cistierna. —La voz hablaba con la indiferencia mecánica de los contestadores—. En estos momentos no podemos atenderle. Le recordamos que nuestro horario es de mañana y tarde de lunes a jueves. Viernes tarde cerrado. Si desea dejar un mensaje...

Arechabala colgó. No deseaba dejar un mensaje. No pudo confirmar sus sospechas, pero recordaba perfectamente las palabras de Maruri sobre el

cambio de fecha de la testamentaria a la que acudió Marcos Urquijo, esa pequeña rata. Lo que significaba que estaban equivocados. Sin separar a Maider de su pecho, marcó el número del abogado.

Los expedientes no estaban tal como los había dejado. Lo comprendió apenas cruzó el umbral y vio el fingido desorden de las carpetas, como si alguien hubiera intentado reproducir, sin conseguirlo, el caos de fotocopias y escrituras notariales desparramado sobre la mesa. A pesar de la oscuridad del salón, era fácil constatar que el desorden no era caótico, sino estudiado.

Le temblaban las manos cuando abrió la cubierta del primer hipotecario, el de la vivienda de su hija, y revisó uno a uno cada documento. Estaba todo. Las notas simples, los informes crediticios, las declaraciones de la renta, las nóminas, las simulaciones, la tasación y las escrituras. Todo. Pero no en el orden correcto.

Sin ruido, abandonó el salón y echó un vistazo al dormitorio de Tomás. Olía a cannabis, como siempre, un aroma dulzón que disimulaba el de los lienzos esparcidos por el suelo. Pero su hijo no estaba. Era viernes, y la noche caía sobre la ciudad como una invitación a hacer estallar la locura. Invitación que Tomi jamás rechazaba.

Regresó al sofá con una cerveza entre las manos, demasiadas preguntas en la cabeza y pocas energías para buscar respuestas. Begoña tenía una llave de la que fue siempre su casa. Quizá había estado allí de visita, tal vez para comer con él, y se tropezó con las pruebas de su estafa exhibidas a la vista de cualquiera. Pero, en ese caso, lo lógico habría sido llevarse las carpetas alegando que pertenecían al banco para negar, con la misma indiferencia con que destrozaba el futuro laboral de sus subordinados, cualquier relación con la trama. No importa la verdad. Importan las pruebas. Y las pruebas seguían sobre la mesa, listas para ser presentadas ante el juez, la prensa o el director general del BCM. No pudo ser ella.

Solo pudo ser su hijo. Pero que Tomás se dedicara a revisar cosas de su trabajo le resultaba difícil de creer. Aunque reconocer en las fotos de la

tasación la vivienda de su hermana pudo despertar un interés poco fraterno.

Tomás nunca tuvo afectos muy fraternos.

Con un suspiro, terminó la cerveza, fue a por otra y regresó al sofá, a la penumbra del salón, a las preguntas sin respuesta planteadas por esos expedientes cancelados. ¿Ellos provocaron la muerte de Rosa María Villate? Intentó dejar la mente en blanco, abstraerse del pesimismo y retomar la pregunta olvidando a su hija, olvidando el rencor sordo que lo carcomía por dentro. Intentó centrarse solo en la respuesta.

¿Qué efectos tuvo el informe que Rosa redactó? Y, sobre todo, ¿qué efectos pudo llegar a tener? Dio un trago, cerró los ojos y, cuando los abrió, comprendió que la respuesta era tan obvia como simple. Y esclarecedora. Ninguno. No importaba su contenido, no importaba a quién salpicara si llegaba a hacerse público. Rosa entregó a Begoña sus conclusiones y dio carpetazo al asunto. Y se jubiló. Nada de lo que sucediera después, ni las posibles denuncias contra los directivos implicados ni los daños colaterales para el prestigio de la entidad, era asunto suyo. Chorón esperaba al otro lado del Atlántico, la casa comprada, el billete reservado. Algo que Begoña, la hija de su pareja, sabía perfectamente. No había razón alguna para eliminar a quien se retiraba voluntariamente del juego. Ni siquiera la venganza, el *leitmotiv* del resto de los crímenes, encajaba. Uno no se venga de quien no ha llegado a hacerle daño. En las tinieblas de la habitación, Antonio revivió la escena con una nitidez asombrosa: tras la fusión, la sucursal de Mazarredo se integra en la red de su hija, que pronto detecta sus turbios negocios. Pero el director de Mazarredo es muy hábil. Le ofrece la joya de la corona, el mejor de los chalets expropiados por la trama, a cambio de silencio y protección. Y ella acepta, porque la ambición es la droga que la mantiene viva, que la hace medrar y, sin darse cuenta, vela una inteligencia menos brillante con cada ascenso. Rosa nunca estuvo en casa de Begoña, no conoce su vivienda ni los apellidos de su marido. Por eso le entrega el informe, un informe que Begoña a buen seguro destruyó con una sonrisa de displicencia. Que alguien, en la sucursal, se percatara de la desaparición de los expedientes originales no significaba nada. Rosa abandonaba la entidad, la ciudad y el continente. No

constituía ningún peligro. No. Aunque le costaba pensar con claridad, aunque el cansancio y el alcohol se abatían sobre su cerebro, Antonio estaba dispuesto a jurar que Osmany tenía razón. El motor de aquella oleada de crímenes era la venganza. Y solo en la venganza encontraría respuesta a la muerte de su pareja, asesinada por alguien capaz de odiarla tanto como él llegó a amarla. Pero ¿a quién pudo hacer tanto daño Rosa?

Los párpados le pesaban, y el botellín vacío se le escurrió de entre las manos y rodó hasta la alfombra. No se movió. Apenas le quedaban fuerzas para nada, excepto para dejarse llevar por el agotamiento, consentir que el sueño lo derrotara y confiar en que, tras seis días de noche interminable, al despertar vería, aunque fuera débil, un resplandor rasgando las tinieblas. ¿A quién pudo hacer daño Rosa? Poco a poco, su respiración se hizo más profunda y acompasada, la cabeza le resbaló sobre un cojín y un leve ronquido inundó la estancia mientras, en algún lugar de su cerebro, un constructor huía de una legión de compradores estafados, una empresaria escapaba de los trabajadores a quienes había despedido y decenas de desahuciados perseguían a una directora de banca.

Nekane Gordobil arrugó la nariz mientras, junto al resto de sus compañeros, seguía a Larralde por una escalera iluminada de forma tan tenue que las sombras, deformadas y multiplicadas, cobraban vida a su paso. En contraste con el frío del exterior, en aquel portal de maderas viejas hacía calor, un calor insano que dulcificaba el recuerdo de la llovizna. La calle hervía de actividad, pero el interior del edificio era como una cripta de muros irregulares, tinieblas en las esquinas y silencio. Ningún niño sollozaba del otro lado de las puertas, ningún perro ladraba, ninguna familia gritaba ni temblaban las paredes por el volumen de los televisores. Era como si vecinos, animales, incluso vigas y columnas contuvieran la respiración en espera de que los policías, indeseados en esa margen del Nervión, se marcharan. Larralde acarició la culata de la HK Compact de nueve milímetros reglamentaria, confirmó que aquel era el piso y llamó al timbre.

El juez tardó cinco horas en conceder la orden de registro para la habitación, el teléfono y el resto de los objetos electrónicos de Marcos Urquijo Vara, sospechoso de inducir al asesinato de la mujer que lo despidió. Cinco horas que empleó en revisar las pruebas acumuladas contra los asesinos muertos, los móviles de los posibles instigadores y la secuencia de los crímenes, desde el de Rosa María Villate, aparentemente improvisado, hasta el de Richard Campbell, cometido a plena luz del día y cuyo desenlace se consumó bajo las ruedas de un camión. No albergaba dudas, ni sobre el *modus operandi* ni sobre la culpabilidad de Urquijo.

Y allí estaban, pasadas las nueve de la noche, esperando en un rellano de maderas desvencijadas a que se dignaran abrirles.

—Como no venga pronto, voy a vomitar —gruñó uno de los agentes, que miraba con gesto de repugnancia la gran mancha marrón que ocupaba el centro del descansillo.

—Dudo que el interior esté mejor.

El chirrido de un cerrojo anunció la llegada de la dueña. Un chirrido seguido de otro, y de un tercero, antes de que las llaves giraran en la cerradura con una lentitud exasperante. Cuando, por fin, la hoja se movió unos centímetros y un rostro doblado de edad y cansancio se asomó al hueco, Larralde le plantó la placa a dos centímetros de la nariz.

—Ertzaintza. Queremos hablar con Marcos Urquijo. Traemos una orden judicial para registrar su habitación. Déjenos pasar, por favor.

—¿Otra vez? —La vieja carraspeó y tosió a un tiempo, como si algo en su garganta luchara por abrirse paso y salir envuelto en mocos y restos de pulmón—. ¿Por qué no se aclaran? Su compañero se lo ha llevado esta tarde.

—¿Han venido de la Ertzaintza a llevárselo? —preguntó Nekane ante el repentino mutismo de Larralde.

—Sí, claro. —La mujer abrió un poco más la puerta, lo que les permitió ver un tramo de pasillo empapelado con motivos de cincuenta años atrás, y las caras de dos inquilinos sorprendidos—. Vino con una placa como esa. Pero solo. No hace falta tanta gente para el mequetrefe de Urquijo.

Como en sueños, Larralde empujó la puerta y accedió al piso. Dos sombras corrieron a esconderse en sus alcobas mientras uno de los agentes entregaba a la mujer la orden de registro y preguntaba por la habitación del sospechoso. Llegaban tarde. Alguien estaba haciendo limpieza, alguien borraba pruebas. Lo que, entre otras cosas, certificaba que, cumplido su cometido, la pequeña rata pasaba a ser un desecho que eliminar. ¿Asesinó a Martínez, destrozándole la cabeza con un bate? ¿O el cadáver de otro empresario descansaba en su oficina, su vivienda o una cuneta sin nadie que lo extrañara? A su espalda, Nekane Gordobil interrogaba a la dueña de la pensión, pero Jon no escuchaba. Vagamente oyó algo sobre una barba y una melena, y sacudió la cabeza con resignación. En cuanto el falso agente se quitara los postizos, sería irreconocible.

La habitación lo recibió con aroma a soledad. El polvo podía mascarse. El polvo y el fracaso. Sobre un vetusto aparador, botellas mediadas de ginebra y coñac. Entre las sábanas, una revista porno. Bajo la cama, para su sorpresa, un orinal y, contra la ventana, la fachada del vecino, surcada de grietas y manchas de humedad. Pero era el vacío, un vacío denso y atronador, lo que llenaba la estancia.

Marzana lo observaba desde la otra orilla, arrogante en su silencio, desdeñosa y altiva. Marzana, tanto la travesía donde ultimaron a Rosa Villate, como el muelle donde debieron de apuñalar a Camilo, ocultaban entre las sombras de sus farolas ciegas las respuestas deseadas, respuestas inmunes a sus pesquisas.

Osmany no estaba donde solía colocarse, pegado al edificio del mercado. El puente de la Merced, por donde los coches saltaban el abismo de la ría para perderse entre las calles de la Pequeña África bilbaína, quedaba ahora más cerca que la pasarela peatonal. Lo que no impidió que, estudiando sin optimismo ni frustración los últimos paisajes de Camilo, volviera a interrogar a las farolas y las aguas sin vida.

Vencido, como sabía de antemano, por la cerrazón de la ciudad, se volvió y escudriñó las calles peatonales, saturadas de bares saturados. Bilbao se preparaba para la fiesta y el descontrol, para las borracheras sin bailes, las parejas casuales y las cuadrillas. Pero junto al semáforo que separa el tráfico que sigue hacia el Casco Viejo del que sube en dirección a San Francisco, no había bares, restaurantes ni colmados sin horario. Solo las persianas cerradas de los comercios, portales sin vecinos y la lonja que centraba su interés.

En los bolsillos de la guerrera, el móvil del Enano compartía espacio con la pistola y un juego de punzones que harían las veces de ganzúa. Revisó el mensaje que había enviado esa misma mañana. No dudaba que Brennan lo había abierto y que, quizá extrañado por el lugar, aparecería a la hora fijada. Un camello no puede permitirse el lujo de fallar a su proveedor, aunque este fuera un «Enano» menos fiero de lo que lo pintaban. Sonrió. Los mensajes en clave de aquel traficante de poca monta iban a resultarle muy útiles. Pero para

que funcionara, los dominicanos debían encontrar la puerta abierta. Esperó. Aunque no le sobraba el tiempo, se obligó a esperar. La cámara de tráfico que vigilaba el puente debía girar lo suficiente para no enfocar lo en el momento de forzar la cerradura.

El molino, asomado al precipicio de Punta Galea como si precisara del viento que dio sentido a su existencia, destacaba en la oscuridad casi tanto como el faro vecino, aunque su objetivo no era guiar barcos hacia la costa, sino conducir parejas con la billetera abultada hasta las elegantes mesas de su interior. Aquel, además de ser el más cercano a su vivienda, era el restaurante favorito de Maruri, por lo que llevar a Katy a disfrutar de su cocina y la tranquilidad de sus salones le pareció lo más lógico del mundo. Y se lo seguía pareciendo a pesar de los venenosos susurros de ciertas viejas amistades de su ex cuando accedió al comedor en compañía de una mujer mucho más joven que él, mucho más hermosa que Andrea y, a decir de las furtivas miradas de maridos y acompañantes, más deseable que todas ellas.

La mesa estaba en una esquina, de cara a la ventana y el mar abierto, de espaldas a las lenguas maledicentes y los gestos de envidia. La música era suave, la temperatura perfecta, el vino excelente y la compañía inmejorable. Pero Maruri no estaba a gusto. Algo, molesto como el goteo de un grifo en plena noche, le impedía disfrutar del sabor del rioja, de la aterciopelada conversación de la dominicana o del calor que sus grandes ojos oscuros irradiaban. Una molestia con nombre y apellido: Osmany Arechabala.

No conseguía borrar al cubano de su mente. Su llamada de horas antes permanecía ahí, incomodándolo con preguntas que remitían a la delincuencia económica en la que estaba especializado. Bien mirado, no tenía sentido. Pero Maruri había aprendido a fiarse de sus intuiciones. Por eso la preocupación que no lo dejaba en paz, por eso el miedo... o algo semejante. Por eso llamó a López de Incer nada más colgar.

Para decirle que se había equivocado. Que Marcos Urquijo era inocente.

—¿En qué piensas?

Katy esbozó un mohín, molesta por el escaso interés con que escuchaba la descripción del barrio de su niñez, de sus casitas bajas y sus tejados de palma. Borja buscó refugio detrás de la copa, apuró un trago y se preguntó si convertirla en su confidente sería buena idea. Decidió que sí. Necesitaba hablar de todo aquello. Y quería hacerlo con ella.

—No podéis vivir sin nosotras —dijo Katy cuando terminó de contarle los pormenores de la anárquica investigación de los últimos asesinatos. Los entrantes y el pescado a la brasa habían desaparecido durante la narración, y los postres estaban en camino.

—¿Cómo?

—¿No te das cuenta? —Con la yema de un dedo le acarició la nariz de forma furtiva—. Me contaste una historia de hombres solos. Sí, ya sé que para ti es una historia de gente sin plata, de gente desahuciada o en quiebra. Pero yo creo que la clave es que se quedaron solos. Que sus esposas los abandonaron. Que se quedaron sin familia.

—La historia está llena de criminales con mujer e hijos.

—Sí. Claro que sí. Los hay capaces de hacer barbaridades, volver a casa y cenar tranquilamente con su familia. Pero ¿cuántos? ¿Podrías juntar a cinco o seis personas con hijos a quienes cuidar y convencerlas para matar a un montón de gente? No lo creo, por muy pobres que sean. Yo conozco la pobreza, te lo aseguro.

Borja escuchó sin decir palabra. Era un punto de vista diferente de su visión economicista. Tuvo la impresión de que no aportaba nada nuevo, pero le gustó ver sus conclusiones desde otro enfoque. Y más aún escucharlas de sus labios.

—Imagínalos. Todos en el bar, insultando a sus jefes, haciéndose los bravos, presumiendo de lo que harían si pudieran. —Al alzar la cabeza se percató de la expresión embelesada de Borja y algo cálido le rozó los lóbulos de las orejas—. Uno de ellos, el más fanático, los retará a hacerlo. ¿Por qué no? No tienen nada que perder. A ninguno lo esperan en casa.

Guardó silencio, con la cabeza inclinada sobre el plato y la tristeza de las últimas palabras flotando en torno a ellos. Maruri mantenía la mirada en su

cabello, en el contraste de la piel negra con los tirantes de la camiseta. Pero, en realidad, no la veía. Más allá de la mujer, más allá de las paredes del restaurante, el cuadro recién descrito se reproducía en su mente con toda nitidez. Hombres solos, alcoholizados, henchidos de odio y sin alguien a su lado capaz de imponer racionalidad a sus desvaríos, de poner un eje a sus universos o, sencillamente, prestarles un hombro donde llorar y desahogarse. Sí. Tuvo que ser así. Pero entonces ¿a qué venía el repentino interés de Arechabala en las finanzas de las víctimas?

El cadáver se balanceaba suavemente, girando en torno al eje de su cuello, donde se clavaba la soga. Un baile, más triste que dantesco, provocado por el agente que rozó el cuerpo con un hombro. Sin embargo, la sensación de que acababa de saltar del taburete volcado bajo sus pies era muy intensa, a pesar del color azulado de sus labios y la tirantez marmórea de su rostro.

Faltaba la lámpara, arrancada para improvisar el cadalso, así que el registro inicial hubo de hacerse bajo la engañosa luz de las linternas, círculos amarillentos reptando sobre los muebles y el suelo, chocando y cruzándose en una carrera absurda por encontrar algo entre mondas de fruta, periódicos amarilleados por el tiempo, colillas caídas de un cenicero a rebosar y un arrugado mapa de Getxo, con el paseo que va desde la playa de Ereaga hasta el Puerto Viejo subrayado en amarillo. Los expertos estaban a punto de llegar, así que mejor no hurgar demasiado, no tocar las gafas caídas a sus pies, destruir huellas con los zapatos o llevarse fibras ajenas en los uniformes. La anciana que llamó para avisar que desde su ventana se veía algo extraño en el piso del vecino les dijo que el hombre se llamaba Roberto Torres, que tenía más de cuarenta años y había sido dueño de una empresa de suministros eléctricos; que cuando su negocio quebró, y su mujer y sus hijos lo abandonaron, regresó al pequeño apartamento de sus padres, fallecidos años atrás, y que, desde entonces, parecía sumido en una depresión que jamás logró superar, la misma que, al parecer, lo llevó a colgarse del techo del salón.

—Dejad de buscar entre la basura y salid de ahí. —Recostada en el marco de la puerta, una oficial de gesto agrio y canas en el cabello esbozó una desagradable sonrisa de suficiencia—. No vais a encontrar ninguna nota. Este tío no se ha suicidado.

—¿Ah, no? ¿Y tú cómo lo sabes, listilla?

—Porque no me paso la vida mirando el puto suelo. Intentó defenderse antes de que lo colgaran de ese gancho —dijo, y con el haz de la linterna apuntó hacia el cuerpo rechoncho y de baja estatura de Roberto Torres, hacia la huella de un puñetazo impresa en la lividez de su faz.

Solo restaba esperar. Se cerró la guerrera, confirmó que los coches aparcados eran parapeto suficiente y se recostó en la barandilla. A su espalda, y a sus pies, el Nervión inventaba olas contra los pilares de la orilla. No llovía, pero el viento arreciaba, cada vez más frío y húmedo. El toldo que cubría los andamios del mercado golpeaba contra la estructura, arrancando quejidos huecos de los tubos y salpicando los vehículos estacionados en el carril bus. La noche se presentaba desapacible. Más para unos que para otros.

El corazón se le aceleró cuando una pareja se detuvo delante de la lonja y, apoyada en la pared, dejó pasar el tiempo disfrutando del contacto mutuo, del calor de las manos bajo la ropa ajena. Tomó aire y se obligó a tranquilizarse. No podía hacer nada, no podía acercarse a la carrera y obligarlos a proseguir su magreo lejos de allí. Se armó de paciencia y siguió esperando.

Desde la otra orilla, la cámara de control de tráfico vigilaba el entorno, de Bailén a la Ribera saltando sobre el puente de la Merced. Fue Larralde quien lo puso sobre aviso al explicar cómo identificaron el Mitsubishi Montero. Por eso pasó largo rato estudiándola, familiarizándose con sus movimientos, antes de elegir el momento de forzar la cerradura de la lonja. Tardó en percatarse de que los jóvenes amantes desaparecían camino de Barrenkale y sus bares. También de la presencia en el puente de los dominicanos. Porque, pendiente de la cámara de control de tráfico, acababa de encontrar una respuesta. Y, en medio de tanta pregunta, una sola respuesta podía cambiarlo todo.

Le costó comprender la verdad. Obcecados en una trama de venganzas, ahogados bajo el macabro aluvión de cadáveres casi diarios, se les olvidó plantear las cuestiones de forma sencilla, hacer las preguntas básicas, las comunes a cualquier crimen. Necesitó quedarse solo, acompañado de los gorjeos de Maider y el eco de una calle llena de borrachos, para comprender que la realidad es, casi siempre, más simple de lo que aparenta. Bastaba con plantear correctamente la primera pregunta.

Y esa, la primera pregunta, se planteó mal desde el principio.

Tenía la clave. Estaba seguro, sobre todo después de la breve conversación que mantuvo con Maruri, a quien prefirió dejar al margen de sus conclusiones. La impaciencia del abogado ya lo había empujado una vez a acusar a un inocente. No tenía intención de repetir el mismo error. Además, nadie lo creería. A no ser que aportara pruebas contundentes, pensó, incapaz de separar la vista de la cámara.

¿Podría conseguir de Larralde la complicidad imprescindible para sus objetivos? Era difícil. Un oficial de la policía autonómica no se prestaría, sin más, a revelar información a terceras personas. Sacar copias de la comisaría era impensable. Pero confiaba en Arzamendi y su chantaje emocional. Sacudió la cabeza con una sonrisa de optimismo y regresó al presente, justo a tiempo de ver que Brennan y Bulldog se detenían frente a la puerta metálica que acababa de forzar. Maldijo sin palabras un descuido que, años atrás, habría pagado con la vida, se deshizo de los fantasmas de un universo paralelo y se agachó hasta quedar completamente oculto detrás de los vehículos.

Bulldog entró primero. Observó sin disimulo a derecha e izquierda y, con la tranquilidad de su corpulencia, se perdió en la oscuridad del local. Brennan, en cuya mano derecha el cubano distinguió el color blanco de una venda, esperó un poco antes de seguirlo.

La otra pareja llegó con la puntualidad de cada noche. Embutidos en las mismas *bombers*, con los cráneos rapados y el eco de las Martens marcando el ritmo de sus pasos, los rusos devolvieron a su mente la imagen de dos viejos tanques de los años ochenta: igual de lentos, igual de torpes. Igual de

mortíferos. Se detuvieron delante de la puerta medio abierta, breves segundos de duda, de sorpresa e incompreensión. Breves segundos para rebuscar en los bolsillos, consultarse con la mirada y decidir. El más alto espío a través del resquicio y susurró al oído del otro, quien asintió sin dejar de vigilar a ambos lados de la acera. Y, desmintiendo la pretendida torpeza de su aspecto, se colaron a toda prisa en la lonja y cerraron de golpe a sus espaldas.

Osmany permaneció apostado frente a la entrada el tiempo justo para oír dos o tres detonaciones diluidas en el rumor del tráfico y el griterío lejano de los bares. Sin esperar a que la puerta volviera a abrirse, sin esperar al previsible aullido de sirenas, sacó el móvil, dedicó una fría sonrisa de gratitud al Enano y sus mensajes en clave, lo arrojó a la ría y, con las manos en los bolsillos, se perdió camino de su casa silbando el estribillo de una canción de Rubén Blades.

SÁBADO

8 DE NOVIEMBRE DE 2014

Trabajar en sábado era una especie de tediosa penitencia, una colección de mañanas perdidas contemplando a través de las cristalerías cómo la lluvia barría la ciudad, cómo el tráfico tardaba en ocupar las avenidas y la gente bajaba corriendo a por el pan y, con suerte, un café y unos minutos de periódico prestado, antes de regresar al abrigo del hogar. Mañanas de revisar listados de seguros, tarjetas o fondos de inversión una y mil veces cotejados, de ordenar papeles como antídoto al sueño y el aburrimiento. No faltaban los directores empeñados en seguir imponiendo la rutina de las llamadas a domicilio, pero eran los menos. Si invadir sin permiso la casa de los clientes para ofrecerles algo que no habían pedido podía considerarse, como mínimo, una falta de respeto, hacerlo la mañana de un sábado era casi delictivo.

Como buena parte de sus compañeros del BCM, Luisa Nogueira dejaba pasar el tiempo ordenando tareas pendientes, lanzando esporádicos vistazos a la prensa digital, conteniendo los bostezos, cada vez más fuertes y frecuentes, y maldiciendo la lentitud de las agujas del reloj colgado encima de la puerta. En la sucursal de Begoñalde, donde llevaba más de diez años, solo estaban ella y el director, un joven recién ascendido que dedicaba la mayor parte de su tiempo a la gestión externa, eufemismo con el que referirse a pagar y dejarse pagar tragos con amigos y clientes de confianza, así que los sábados, sin nadie con quien hablar, sin las ancianas que cada jornada acudían a actualizar la libreta y sacar cien euros, se le hacían especialmente largos.

Aquel sábado, como mínimo, tenía algo en que pensar. Porque la llamada de Arzamendi, un jubilado con quien coincidió al poco de llegar al Banco Monetario, no solo le resultó extraña, sino que, de algún modo que era incapaz de definir, le pareció siniestra.

Luisa no fue a la cena de despedida de Rosa, así que se enteró de la relación de esta con Arzamendi después de que la asesinaran, cuando los cuchicheos sobre sus amores casi sexagenarios se volvieron más importantes que el propio crimen. Probablemente por eso, por el ambiente de revista del corazón que reinaba en el funeral, no se atrevió a acercarse a él para expresarle unas condolencias fuera de lugar. Lo que no imaginaba era que un sábado lluvioso, árido y aburrido, recibiría su llamada.

—Cuando Rosa llegó a la oficina, teníais en mora el préstamo de un taller mecánico, uno avalado por una anciana a la que se eximió de responsabilidad. ¿Lo recuerdas? —Antonio no perdió tiempo en prolegómenos. No se sentía capaz de aguantar formalismos.

—Claro. —Luisa sacudió la cabeza con desgana y, apoyándose el auricular en un hombro, tecleó en la intranet. Una no olvida fácilmente una operación ejecutada—. ¿Por qué?

—La Coordinadora Antidesahucios os felicitó por la forma en que se llevó todo, ¿no es cierto?

Cierto. Fue un pequeño alivio, una compensación minúscula por los malos ratos sufridos durante un proceso tan largo como agotador. Un reconocimiento a la labor de la oficina, a la labor de Rosa, quien durante año y medio hubo de enfrentarse al mismo tiempo a los responsables de riesgos y al titular del préstamo.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué sabes del dueño del taller? ¿Aún es cliente?

—¿Cliente? ¡Si cada vez que venía pensaba que nos partiría la cara! No, qué va. Cuando embargamos el local, canceló todo. No ha vuelto a poner un pie en la sucursal.

Se hizo el silencio. Al otro lado de la línea, Arzamendi rumiaba sus palabras con la hiel de los recuerdos, con la angustia de las evidencias interpretadas mal y tarde. Luisa Nogueira, mientras tanto, abría el expediente en la pantalla.

—Pero ¿por qué? Rosa nunca me dijo nada del prestatario. Solo que no pagaba jamás. Tenía que saber que mantener el negocio era imposible.

Debería estar agradecido por que dejáramos a su madre al margen de la reclamación. Si no me equivoco, el banco perdió mucho dinero con esa operación, ¿no? Dinero que habría recuperado embargando la casa de la avalista.

—Concretamente —dijo Luisa mientras revisaba las cifras con ayuda del cursor—, se imputaron a resultados cuarenta y siete mil quinientos euros en números redondos. No sé cuántas entidades estarían dispuestas a asumir esa pérdida. Su madre sí estaba agradecida. Era una bendita, la señora. Pero el tío no opinaba lo mismo. Te juro que la última vez que lo vimos casi me meo encima. No dijo ni una palabra. Entregó la tarjeta y la libreta, firmó la cancelación y se fue. Pero su forma de mirar asustaba. Además, mide casi dos metros y está cuadrado, así que imagínate.

Hacía demasiado frío en la sucursal. Recordando la conversación, Luisa comprendió que su desasosiego, la intranquilidad que la rondaba desde que colgó, tenía más relación con esos silencios tensos que seguían a sus respuestas que con las preguntas de Arzamendi.

—¿Sabes algo de él? ¿Dónde vive, dónde trabaja...? —La voz temblaba.

¿Luisa intuyó un sollozo de fondo? No estaba segura.

—Sí, claro —respondió—. Es del barrio, y aquí se conoce todo el mundo. Su madre murió hace más de un año. Él estuvo mucho tiempo en paro. Ahora trabaja en el taller de aquí al lado, no me acuerdo del nombre.

—Vale. Ya sé cuál. Me parece que es el único de la zona. —Ahora la voz sonaba ronca. Enronquecida de angustia, de ansia. De urgencia—. ¿Cómo se llama el tío?

—Allende. Gustavo Allende.

El aroma del café inundaba la cocina de sensaciones cálidas del presente y lejanas evocaciones de tiempos de guerrilla y clandestinidad, agua caliente filtrada seis veces con el mismo grano, sonrisas de esperanza en rostros carentes de sonrisa, espaldas dobladas por el peso de la azada y vetustos Garand al alcance de la mano. Recostada en su hombro, Maider se dejaba

mecer sin protestar, con el pañal limpio y la barriga llena de papilla de cereales. A caballo entre los recuerdos de su periplo nicaragüense y la evidencia de un futuro limitado a los abrazos de su nieta, decidió aparcarse el pasado y limitarse a disfrutar de lo bueno del presente, materializado en una taza humeante y el calor de la pequeña.

Su nuera dormía. Osmany no esperaba verla aparecer por el salón, con el cabello revuelto, la amargura en el rostro, como mínimo hasta media hora más tarde. Mejor. Esos minutos a solas con la niña, disfrutando del lujo extraño de un desayuno completo gracias a la bollería sobrante de Maruri, se le antojaban lo mejor del día, prueba de una vejez que lo acechaba a la vuelta de la esquina. «Bueno, solo es viejo quien quiere serlo», pensó al tiempo que acomodaba a la chiquilla en sus rodillas para revisar la prensa en el iPad de Nerea.

Todos los medios se hacían eco del tiroteo. Dos muertos, dos heridos graves en una lonja de la Ribera, una reyerta relacionada con el tráfico de drogas. Los antecedentes de las víctimas y el alijo hallado junto a los cuerpos de los fallecidos hablaban por sí mismos. Varios periódicos aprovecharon para editorializar sobre la ola de violencia que, de repente, se abatía sobre una ciudad tranquila y aceptablemente segura. Osmany no supo si reír o llorar cuando descubrió un artículo de opinión donde un sesudo analista comparaba el Bilbao de la semana a punto de terminar con Ciudad de Guatemala.

Sí se permitió una sonrisa cuando confirmó que entre los muertos había un dominicano de unos cincuenta años, detenido con anterioridad en posesión de sustancias estupefacientes. El otro era un ciudadano ruso, también fichado. Sobre los heridos, uno presentaba una lesión por arma blanca en el abdomen, y el más joven tenía una bala alojada en un pulmón. Apagó la tableta y negó con la cabeza, satisfecho de una forma oscura. Katy Díaz podría respirar tranquila en adelante.

El teléfono quedaba al alcance de su mano, junto a la libreta donde anotaba sus dudas y conclusiones. Faltaban quince minutos para las diez de la mañana. Con cuidado de no despertarla, recostó a la niña en el sofá y cogió el auricular.

Arzamendi debía de llevar tiempo levantado porque respondió entre jadeos, como si la llamada lo hubiera sorprendido practicando deporte o sexo, algo que el cubano borró de su imaginación a toda velocidad. No. No era eso. Caminaba. Y rápido.

—Quería pedirte un favor.

—Tú dirás.

Palabra, jadeo, palabra, jadeo. Antonio no estaba acostumbrado a mantener una conversación mientras andaba. O quizá no estuviera acostumbrado a pasear.

—Mira, compay, necesito que Larralde nos eche una mano. Creo saber quiénes son los asesinos, pero para probarlo...

—¿Lo sabes?

No había sido una pregunta, sino un grito de incredulidad, de esperanza y, también, de miedo. Arzamendi se había detenido y esperaba, con el móvil pegado a la oreja, una conclusión que Osmany no podía darle. Apretó los dientes, furioso consigo mismo. No dejaba de meter la pata.

—No. Bueno, no todos. No tengo claro quién iba detrás de tu mujer, pero seguro que no era Begoña.

—Ya. —Decepción, un eco apagado de tristeza, y otra vez los jadeos, y el sonido de los pasos—. Yo también he descartado a mi hija. No sé qué me pasó. Me llevé tal palo al descubrir lo que había hecho que de golpe la culpé de todo lo malo: de robar a los hipotecados, de matar a Rosa, del cambio climático...

Arechabala intuyó la sonrisa invisible de Arzamendi dondequiera que estuviera, una sonrisa débil, apenas capaz de curvar el vértice de sus labios. Un esbozo de sonrisa tras un amago de chiste.

—Oye, Osmany, si te parece hablamos esta tarde. Estoy entrando en el taller y tengo que dejarte.

—¿El taller? ¿Se te ponchó el carro?

—No. Bueno. Es que...

Algo activó las alertas del cubano. Algo hizo que se incorporara en el asiento sin soltar la mano de su nieta. Algo en el tono de una voz que, de

repente, dudaba. Que desconfiaba.

—Es que quiero hablar con un tío que conocía a Rosa.

—¿Con quién? —La frase salió imperativa de su pecho, una orden en el campo de batalla.

—Te conté que la Coordinadora Antidesahucios felicitó a Rosa por dejar a una anciana al margen del préstamo que avalaba, ¿verdad? El de su hijo, el que montó un taller.

—Sí.

—Pues quiero hablar con él. Por más vueltas que le doy, no se me ocurre ninguna otra persona que pueda sentirse perjudicada por Rosa. O por su trabajo.

—¿Perjudicada?

Maider se volvió contra el respaldo del sofá y allí siguió, ajena a la tensión que desdibujaba los rasgos de su abuelo.

Algo se le escapaba a Osmany. Algo carecía de sentido.

—Pero ¿no me dijiste que estaba agradecido al banco?

—Hombre... Debería estar agradecido por su madre, seguro, pero el hecho es que a él le quitaron el taller.

—¿Le quitaron el taller?

—¡Claro! Ya te lo dije.

—¡Qué coño me vas a decir!

—¡Por supuesto que sí! Se ejecutó la hipoteca sobre el local. Pero no se tocó a la avalista, aunque la lonja no cubrió el total de la deuda.

—Le quitasteis el negocio, se quedó en paro... ¿Y pensabas que debería daros las gracias? ¿De verdad creías que no odiaría a la persona que lo hizo?

Osmany no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Y, junto con la incredulidad, otra sensación arañaba su vientre: el miedo.

—¡Joder! Si ese tío hubiera pedido la hipoteca en cualquier otro banco, le habrían quitado la casa a su vieja. Vivía con ella. Habrían terminado los dos en la puta calle. —Arzamendi parecía ofendido, ajeno al peligro que el cubano rozaba con las yemas de los dedos—. Gracias a Rosa, pudo seguir viviendo con su madre, viviendo de su pensión, hasta que la señora la palmó.

Y ahora curra en un garaje del barrio, aquí mismo, junto a la oficina, así que tan mal no le fue. Si no es por ella, estaría mendigando por las esquinas.

—Antonio, sal de ahí. Vuelve a casa, llama a Larralde y deja que vaya él. ¡Sal de ahí ahora mismo!

—Tengo que colgar. Hablamos esta tarde. *Agur*.

Osmany se abalanzó sobre la agenda, buscó el número y volvió a marcar. Y cuando la voz hueca de una grabación le confirmó que el teléfono móvil estaba apagado o fuera de cobertura, comprendió que Antonio Arzamendi lo sabía. Sabía que iba a enfrentarse, cara a cara, con el verdadero asesino de su novia.

Asomado a la puerta de la comisaría, Larralde escrutaba el tráfico que atravesaba la plaza Zababuru huyendo de una ciudad de fachadas empapadas y barrios sitiados por la niebla; afortunados de fin de semana camino de la aburrida tranquilidad de los pueblos castellanos, solitarios caseríos donde evadirse de la permanente amenaza de la lluvia, del ruido de los borrachos y, sobre todo, de la rutina, encarnada por las calles de siempre, los comercios abiertos y las oficinas vacías. Y, quizá, pensaba con la frente apoyada en el frescor del cristal, de la locura de una cadena de crímenes que no conocían en su totalidad.

Acababa de terminar una reunión corta, tajante y muy desagradable con el comisario. Aunque requirió su presencia para, en teoría, felicitarlo por los avances de los últimos días, pronto confirmó que el único motivo era garantizarse su lealtad. Sin necesidad de expresarlo con palabras, le dio a entender que habría consecuencias si, de forma injusta, alguien concluía que la desaparición de Urquijo, cuya orden de detención se demoró porque el comisario olvidó firmar la documentación en medio de una vorágine de reuniones inaplazables y cafés de media tarde, era culpa suya. Y, de paso, para entregarle el informe de la patrulla que encontró el cuerpo de Roberto Torres.

Había caído el asesino de María Estela Delgado. No se trataba solo del mapa de la zona del crimen o de un par de búsquedas en el móvil. Una tabernera del Puerto Viejo de Algorta reconoció en la foto que acababan de enseñarle al hombre que, el día del crimen, pasó delante de su local.

El problema era que no cayó en manos de la justicia.

Alguien lo había silenciado.

Igual que a Marcos Urquijo.

El sonido del móvil vino a rescatarlo de una pesadilla de rostros desfigurados y cuerpos mutilados dispersos en la cuneta. En la pantalla, un número que reconoció sin tenerlo grabado. Ya nadie llamaba desde un fijo.

—Arechabala, ¿algo nuevo? ¿O habéis montado otra de pizzas y birras?

—Escucha, Larralde, es muy urgente. —Decirlo era casi redundante. La urgencia viajaba en su voz, en la inflexión de cada palabra, en la respiración agitada y el sonido circular de pasos sobre la tarima—. Antonio se volvió loco. Se fue a enfrentarse al asesino de Rosa María.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Ahorita mismo está en el taller, o el garaje... o lo que sea, donde trabaja el tipo al que su mujer desahució.

—A ver, Osmany, tranquilízate. —Abrió la puerta y salió en busca del aire frío de la mañana—. Conozco el caso, pero es lo contrario de lo que dices. Los que pidieron ese préstamo terminaron agradeciendo a Rosa que retirara el aval de la madre. No pueden ser ellos.

—¡Sí! Tiene que ser él. Arzamendi lo sabe. No me lo dijo, pero lo sabe. Cortó la comunicación cuando entraba en el taller y apagó el celular. Sospecha de ese tipo. Y creo que tiene razón.

—¿Por qué?

—Porque cuadra. Porque lo dejaron sin negocio, en paro y viviendo de su vieja, que ya murió. Porque, si Antonio dijo la verdad, Rosa no jodió a nadie más con su trabajo. Y porque... —Se detuvo un momento para tomar aire. Hablaba a toda velocidad, furioso por el recelo del *ertzaina*, por esa absurda pérdida de un tiempo vital para Arzamendi—. Porque trabaja en un taller.

Un taller. Una lucecita se encendió entre las dudas de Larralde, una lucecita débil, titilante, que poco a poco fue ganando intensidad hasta iluminar por completo un escenario de pesadilla.

—Un Mitsubishi Montero es un carro demasiado caro para gente arruinada que sobrevive con subsidios en casas prestadas. —Osmany no callaba. Apremiaba a Larralde con argumentos improvisados sobre la marcha, fogonazos de una realidad que debió comprender mucho antes—. Pero si trabajas en un taller mecánico...

—Tienes un montón de coches a tu disposición —lo interrumpió Jon entrando a la carrera en la comisaría—. ¡Nekane! —Su grito rasgó el silencio de unas oficinas medio vacías, rebotó en las paredes y provocó que media docena de cabezas, pegadas a las pantallas de los ordenadores, se alzaran como suricatas al intuir la cercanía del predador—. ¡Nekane! ¡Deprisa!

—Y puedes reparar los daños sin testigos y sin riesgos. ¿Me crees ahora o no?

—¿Dónde está el puto taller? ¿Toño te lo dijo?

Nekane Gordobil llegaba a la carrera, interrogando a Larralde con una mirada ansiosa. El oficial señaló el coche patrulla aparcado delante de la comisaría y salió tras ella.

—No. Sí. No sé... Me dijo que trabaja en su barrio, cerca de la oficina de Rosa.

—Begoñalde. —Jon cerró con un portazo. La suboficial arrancó y las ruedas chirriaron sobre el asfalto cuando el vehículo policial invadió Zababuru en sentido opuesto—. Solo hay un taller, frente al semáforo del parque Etxebarria. Tardaremos un par de minutos. —Las sirenas despidieron los primeros destellos azulados y su aullido llenó la plaza mientras el coche se lanzaba a toda velocidad por Hurtado de Amézaga—. Oye, Osmany...

Pero Osmany no escuchaba ya. Confirmó que Maider dormía, que la pistola seguía en el bolsillo de su guerrera y que, en el dormitorio, Nerea comenzaba a desperezarse. Y, como si tuviera cincuenta años menos y la selva se cerrara sobre su futuro, se precipitó escalera abajo seguro de que, en un lugar indefinido, el Ché negaba con expresión de disgusto.

El garaje ocupaba los bajos de un solitario bloque de cinco plantas, justo donde Vía Vieja de Lezama, calle de chalets y jardines cercados, confluye con la ruidosa avenida Zumalakarregi. Desde los pisos más altos se avistaba buena parte de la ciudad, derramada por las laderas de los montes circundantes, pero en la planta baja solo se veía una persiana doblada sobre su eje, cuatro o cinco coches ocupando una especie de jardín, y a un jubilado calvo y con barriga escudriñando, sin convicción, el oscuro interior.

Arzamendi comenzaba a arrepentirse de encontrarse allí, solo frente a una lonja llena de vehículos acurrucados contra las paredes, charcos oscuros alfombrando el suelo, herramientas dispersas y fantasmagóricos montones de chatarra que proyectaban sombras bajo la frágil luz de un par de bombillas teñidas de grasa. Un taller como los de su infancia, cuando gestión de residuos, salud laboral y respeto al medio ambiente eran expresiones desconocidas incluso para el diccionario. Un taller pequeño donde no trabajarían más de dos o tres personas, aunque en esa mañana de sábado no había nadie a la vista. Tragó saliva y sopesó la posibilidad de largarse lo antes posible. Quería ver a Allende. Quería enfrentarse a él, escrutar su rostro cuando le preguntara por Rosa Villate, buscar en su gesto, sus respuestas o silencios, la confirmación a sus sospechas. Pero esperaba poder hacerlo en un local amplio y bien iluminado, rodeado de clientes y trabajadores. De testigos. La lóbrega decadencia de aquella lonja vacía lo intimidaba.

Como surgido de la nada, del foso donde revisaba los bajos de una vieja furgoneta emergió un gigante de larga barba rubia, melena desordenada, cercos de suciedad en la ropa y, en la mano derecha, la llave de tuerca más grande que Antonio había visto en su vida. De un modo irreal, le recordó al Poseidón de un reino de aceite y carburantes, un coloso empuñando el tridente con gesto amenazador. No pudo evitar dar un paso atrás.

—Buenos días. —Su voz era cavernosa, voz de sueño atrasado, de resaca y agotamiento—. ¿Puedo ayudarle?

—Buenos días. —No era momento de retroceder. A su espalda, la puerta se abría a la calle, a la luz de la mañana, a la seguridad—. ¿Es usted Gustavo Allende?

—Llámeme Gustav.

Osmany resbaló en el empedrado húmedo de Somera. Salía a Portal de Zamudio cuando perdió el equilibrio y se dio de bruces contra los contenedores de basura arrinconados junto a la fachada. Una mujer, alarmada por el golpe y la edad intuida en las arrugas de su rostro, intentó prestarle ayuda, pero el cubano se incorporó con una agilidad inesperada y prosiguió una carrera mucho más lenta de lo que querría. Mucho más lenta que la de medio siglo atrás.

Las calzadas de Mallona, los trescientos once escalones que separan Bilbao de Begoña y Begoñalde, se le antojaron una trinchera inabordable, un muro imposible de ascender con el lastre de los años y la urgencia. A mano derecha, una boca de metro escupía y tragaba gente con indiferente ecuanimidad. Aunque nunca lo había usado, sabía que uno de los accesos estaba arriba, en lo más alto de las calzadas, un ascensor que superaba la frontera entre el subsuelo y la ladera del monte Artagan en unos segundos. A la carrera, abordó la rampa mecánica del túnel y alcanzó la plataforma sobre los andenes. A sus pies, un convoy desaparecía tragado por la tierra y otro entraba en el andén, donde un grupo de borrachos discutía con un guardia de seguridad. Los elevadores quedaban frente al vestíbulo, más allá de unos tornos que saltó ignorando las imprecaciones racistas de una pareja. Haciendo caso omiso de los pinchazos de sus pulmones, el dolor sordo de su pierna y el creciente retumbar de la sangre en sus sienes, corrió a lo largo del pasillo en cuyo final una joven y un hombre con un niño vestido de futbolista accedían a uno de los ascensores. Con un último esfuerzo, logró colarse antes de que la puerta se cerrara y se dejó caer contra la pared. Tenía quince segundos para recobrar el aliento.

El coche patrulla se saltó el semáforo en rojo, evitó por centímetros la embestida de una camioneta y descendió Hurtado de Amézaga rasgando el aire con el aullido de las sirenas. Nekane esquivó a un conductor que apareció de improviso desde uno de los pasajes perpendiculares, adelantó a un camión y pisó a fondo. A su lado, Larralde no dejaba de marcar el número de Arzamendi, solo para confirmar cada diez segundos que seguía apagado o fuera de cobertura. De repente, los frenos chirriaron, el coche se desplazó unos centímetros hacia el lateral y se detuvo rozando la carrocería de otro vehículo. Nekane golpeó el volante y descargó toda su rabia en la bocina. El semáforo de la plaza Circular estaba en rojo y una decena de automóviles remisos a moverse a pesar del estruendo de la sirena ocupaban los tres carriles.

—¿Y ahora qué?

—Por aquí. —Nekane invadió el carril bus con un volantazo.

De frente, el tranvía ascendía por Buenos Aires dispuesto a bloquear la plaza con su perezoso traqueteo. El coche patrulla aceleró cuando un autobús dobló desde Gran Vía y les cerró el paso.

Se estudiaron en silencio mientras Antonio buscaba, en algún lugar a caballo entre la rabia y la cobardía, el valor necesario para provocar su reacción. Nervioso, lanzó un vistazo a su espalda, pero por la calle, gris de nubes y presagios, no pasaba nadie.

—Oiga, tengo mucho trabajo. ¿Puede decirme qué quiere?

—Sí, claro. —No había marcha atrás. O eso decidió—. ¿Recuerdas a Rosa María Villate, Gustavo?

Y confirmó sus sospechas. La cara del gigante se transformó, mutó de un hastío cansado al odio en menos de un segundo. Sus párpados se cerraron sobre las pupilas, apretó tanto los dientes que Arzamendi oyó su rechinar y, en un reflejo contenido a tiempo, lo señaló con la desproporcionada llave de acero.

—Me llamo Gustav. —También su voz había cambiado. Ahora era un gruñido, un eco amenazante llegado no de la garganta, sino de algún lugar más profundo. Antonio retrocedió otro paso—. Y no sé de qué cojones hablas.

—Me habré equivocado.

Era hora de marcharse, de abandonar esa covacha infecta donde nadie podría ayudarlo, buscar un bar lleno de gente y telefonar a Larralde. Pero entonces lo vio. Y no pudo evitar volver la cabeza hacia él. Aparcado en la esquina más oscura, medio tapado por el resto de los vehículos, había un Mitsubishi Montero azul metalizado.

Cuando se dio la vuelta hacia Gustav, comprendió que se había delatado.

Sabía que lo sabía.

El autobús reculaba con una lentitud exasperante, pendiente de los peatones despistados por la luz del semáforo. A su derecha, un conductor comprendió, por fin, que obstaculizaba el paso y trató de apartarse con tanta torpeza que ahogó el motor en el paso de cebra. Nekane se cansó de esperar. Hundió el acelerador hasta la alfombrilla, giró y, haciendo brotar humo de los charcos, se coló entre ambos vehículos perdiendo el retrovisor derecho. Salió al centro de la plaza al mismo tiempo que el tranvía, contra cuyo morro se lanzó a toda velocidad. Derrapando sobre el asfalto húmedo, consiguió frenar, ponerse en paralelo al convoy y acelerar para adelantarlo trazando una amplia curva sobre la rotonda. Larralde dejó escapar un grito cuando la cabina del tren arrancó el guardabarros y los desplazó un par de metros hacia la acera, pero Gordobil no se inmutó. Enderezó y, como una bala, atravesó Buenos Aires y el puente del Ayuntamiento, cruzó frente al consistorio despreciando el color de los semáforos y entró a cien por hora en la avenida Zumalakarregi, la calle que, replegándose varias veces sobre sí misma, trepa la ladera del Artagan camino de Begoñalde.

—Apaga la sirena —dijo Larralde cuando alcanzaron el parque Etxebarria—. Ya casi estamos.

Sobre la luneta comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

El aguacero lo sorprendió al final del parque, en la acera de Zumalakarregi, por donde el intenso tráfico que accedía a Bilbao y el que huía de la ciudad salpicaban agua y desprecio. Estaba exhausto. La pierna le dolía, respirar era un desafío repetido cada dos segundos, y densos chorretones de sudor le resbalaban por el cuello y los surcos de las mejillas, así que esa lluvia repentina no le molestó. Alzó el rostro hacia el cielo, una tregua efímera y necesaria, confirmó que la pistola seguía en su bolsillo e intentó orientarse.

No conocía la zona. Sabía llegar hasta el parque, que se extendía desde allí hasta el Casco Viejo y el ayuntamiento. Según Larralde, al otro lado de esa avenida saturada de vehículos había un único taller mecánico. Incapaz de contener su impaciencia, esperó junto al semáforo, consciente de que atropellado no sería de ninguna ayuda, cuando un coche de la Ertzaintza atravesó la doble línea de la mediana, invadió el carril contrario y, entre insultos y bocinazos, penetró en el barrio justo delante de sus ojos.

A la carrera, salió tras él.

El primer golpe le partió el cúbito y el radio. Consiguió alzar a tiempo el brazo, consiguió protegerse la cabeza, pero la fuerza del impacto lo derribó, inerte, sobre el cemento. Gustav era una imponente masa de músculo y odio, una máquina de matar equipada con una pesada llave de acero, programada con ira y demencia. Una máquina imparable, al menos para un oficinista jubilado. Arzamendi no tuvo tiempo de maldecir su suerte ni su estupidez. No se acordó de las advertencias de Arechabala, de la llamada debida a Larralde ni de que ese individuo había ordenado asesinar a su novia. Solo pudo alzar las rodillas en un torpe movimiento de defensa y aovillarse como un coleóptero aterrado. El asesino descargó el acero contra su cráneo, pero la pierna doblada desvió el golpe unos centímetros, los justos para que le destrozara la clavícula y le arrancara un alarido de dolor. Como recreándose en su agonía, el gigante recogió el arma y la alzó sobre sus hombros.

—¡Ertzaintza! ¡Quieto!

La voz de la mujer rebotó contra las paredes del garaje, deteniendo por un instante el tiempo y la locura. Desde el suelo, encogido de dolor y sin atreverse a despegar la vista de su agresor, Antonio intuyó la silueta de Nekane Gordobil, las piernas abiertas, el gesto firme, la pistola apuntando al pecho de Allende. Surgido de la nada, Larralde se agachó a su lado y se permitió un largo suspiro de alivio. Habían llegado a tiempo.

—Suelta eso. Las manos sobre la cabeza.

Pero Gustavo Allende ya no era Gustavo Allende. Tiempo atrás, en un momento indefinido a caballo entre el embargo de su negocio y la muerte de su madre, se transformó en quien siempre quiso ser: Gustav Sørensen, el fornido leñador escandinavo a quien nadie se atrevía a dar órdenes. Era él quien impartía justicia, quien ejecutaba a los ladrones y sus cómplices, quien sabía que jueces, políticos y policías eran simples correveidiles de los auténticos criminales. Un hombre libre a quien nadie volvería a joder jamás. No soltó la llave de acero. Se inclinó hacia delante, la empuñó con ambas manos y se abalanzó sobre la suboficial.

—¡Dispara!

Disparó. Bajó la línea de fuego para evitar los órganos vitales y apretó el gatillo. La bala alcanzó el objetivo. Gustav notó que una llamarada le rasgaba el muslo y un trozo de plomo destrozaba su fémur, pero estaba lanzado y nada podía detenerlo. La llave barrió el aire en un veloz semicírculo, impactó en la sien de la mujer y la derribó sobre Larralde, acucillado junto a Arzamendi. El oficial tardó poco en reaccionar, apenas unos segundos en desplazar el cuerpo inerte de Nekane, liberar una mano y alcanzar la pistola, pero, a pesar de la herida, Gustav fue más rápido. Saltó sobre él y le golpeó el brazo en el momento de apretar el gatillo. La pistola salió volando, y el proyectil se perdió en uno de los muchos montones de basura que anegaban los rincones. Allende lo inmovilizó con el peso de su cuerpo y apoyó en su frente la Heckler & Koch de Gordobil.

La detonación retumbó como un trueno sin tormenta. Amplificado por las paredes, o el pánico, su eco se repitió una y otra vez antes de diluirse dejando

tras de sí un silencio tenso de lluvia contra las persianas. Durante un segundo, Larralde tuvo tiempo de contemplar, incrédulo, el cráter abierto en la frente del gigante rubio, el segundo que tardó en desplomarse sobre el cemento levantando una densa nube de polvo. Y cuando se volvió en busca del autor del disparo, solo pudo intuir la cortina del aguacero distorsionando los perfiles de la calle, el abollado perfil del coche patrulla y la anacrónica silueta de un militar cubano en el momento de perderse entre los vehículos aparcados.

La sala de espera estaba casi vacía. A través de las ventanas, el resplandor de las farolas suavizaba la negrura de una noche sin luna ni estrellas, una noche de nubes bajas y, como siempre, sirimiri. Por los pasillos resonaban los zuecos de las enfermeras, los susurros de familiares congregados en torno a la máquina de café, el rumor del viento y, de vez en cuando, los pasos apresurados de alguien con una bata blanca y seriedad en el semblante. Apenas eran las diez, pero en urgencias comenzaban a juntarse los primeros comas etílicos de la noche, los primeros heridos en reyertas de hombrías cuestionadas, las maldiciones de los bedeles, repetidas cada sábado, y los rostros asustados de los padres preguntándose, una vez más, qué buscan sus hijos en el fondo de esas botellas compradas sin rubor ni control alguno en los supermercados. Pero en planta, el silencio acompañaba el descanso de los enfermos.

Recostado en un incómodo banco de plástico, Osmany Arechabala dejaba pasar el tiempo jugando con la cucharilla del café, con la cabeza inclinada y la mente a caballo entre Cistierna, Bilbao la Vieja y la playa de Ereaga. A su lado, Borja Maruri intentaba, sin éxito, olvidar que Katy esperaba en el chalet de Punta Galea. Tras una noche disfrutando de la suavidad de su piel y las caricias de sus labios, se sabía enganchado a una droga a la que no quería renunciar. Aun así, un oxidado sentido del deber le imponía permanecer junto al cubano hasta confirmar que Arzamendi salía bien de la operación.

—¿Crees que encontrarán a Urquijo?

Osmany negó sin separar los labios. Larralde les había explicado los detalles de la detención frustrada de la pequeña rata. No había muchas esperanzas.

También les confirmó que el último de los implicados era Roberto Torres. Nada de novias de activistas golpeados por los gorilas de Martínez ni cooperativistas engañados en la construcción de un pabellón. Roberto Torres era un pequeño empresario arruinado por los continuos impagos de M-Tínez.

Un pequeño empresario que se prestó a apuñalar a una mujer en un paseo desierto de Neguri.

Un pequeño empresario que, en pago, terminó colgando del gancho de la lámpara de su salita.

Osmany no conseguía sacudirse el sentimiento de culpabilidad. Acusar a Urquijo sin pruebas fue un error irreparable. Por eso era incapaz de compartir con Maruri sus teorías. Al menos, mientras no pudiera demostrarlas.

Pendiente de la pantalla del *smartphone*, el abogado parecía ajeno a sus preocupaciones, perdido en algún lugar que no era aquella sala de espera.

—Por cierto, ¿sabes algo de un tiroteo entre camellos rusos y dominicanos? Me refiero al de ayer por la noche, donde la palmó uno llamado H. B.

Arechabala se encogió de hombros sin responder. Maruri regresó al teléfono, pero algo se enredó en el cabello de su nuca, algo gélido y tranquilizador. Sacudió los hombros y cambió de tema.

—¿Algún dato nuevo sobre la muerte de tu chico?

—Nada. Absolutamente nada. —Con la cabeza reclinada, clavaba los ojos en el suelo buscando, a través de vigas y tarimas, respuestas empeñadas en burlarse de sus preguntas—. La agente que llevó el caso es la compañera de Larralde. Y no encontró nada sospechoso en ninguna de las cámaras de la zona.

A través de la puerta del pasillo llegó un taconeo de zapatos femeninos, y una mujer joven, de larga melena rubia y vestido ceñido, se perdió camino de los ascensores. La hija de Arzamendi se marchaba. Cuando llegaron, la vieron con uno de los médicos, la angustia cincelada en la lividez de su rostro, un tono de histeria en la voz. Maruri dejó escapar una risita.

—¿Sabes? Esa chica tiene problemas más importantes que la salud de su padre.

—¿No te pasaste un poco?

—Sí, vale. Lo reconozco. Pero mira... ¿Te suena este blog? —Alzó el móvil para enseñarle la página donde permanecía absorto desde hacía rato.

Osmany asintió. Era New-Berriak NBk.

—¿Otra noticia inventada?

—Nada de eso. Es la historia de las hipotecas fraudulentas del BCM, una parte de lo que Arzamendi nos contó. Esta vez se han tomado en serio su trabajo. El artículo habla solo de dos de las viviendas embargadas, y prueba sus acusaciones con un montón de documentos escaneados. Según él, mañana informará de más casos. Y piensa seguir así toda la semana. Muy hábil.

—¿Antonio le pasó la exclusiva? —Osmany se incorporó para estudiar de cerca el informe.

—Lo dudo.

—Yo también.

—Bueno, dado que aporta documentos escaneados, y los expedientes estaban en casa de Arzamendi, solo pudo ser su hijo. Era la única persona con acceso a ellos. Supongo que no se llevará bien con su hermana, porque el primer caso es el de su chalet. ¡Menuda choza! Incluye una nota del registro con la fecha en que se pone a nombre del marido e imágenes tomadas de su Facebook para demostrar quién es su esposa. En la segunda vive el hijo del antiguo director general de la UC. Por lo visto, la casa está a nombre de una empresa fantasma, pero el periodista fue hasta allí para entrevistarle con una excusa tonta. Fíjate. Hay incluso una foto.

Osmany echó un vistazo al retrato de un hombre de mediana edad con la boca abierta en mitad de un grito de rabia. Sacudió la cabeza y regresó a su asiento. Las tramas económicas no lo fascinaban tanto como a Maruri, quien, abstraído por los datos del artículo, había olvidado incluso la ausencia de Katy Díaz. Lo contemplaba con nostalgia, como a un niño entretenido con su juguete favorito, cuando entró la doctora.

—Pueden pasar. Pero solo cinco minutos, por favor.

Larralde cerró sin ruido y atravesó el pasillo en busca del despacho de las enfermeras. Aquel pabellón del hospital estaba desierto, silencioso en una hora en que las visitas comenzaban a retirarse y los enfermos, después de la cena y la última revisión, se preparaban para la noche. Junto a los ascensores, un carro de la limpieza, un cubo y una fregona esperaban a quien se animara a devolverlos a la oscuridad de su cuartito. Largos regueros de lluvia zigzagueaban en los cristales y, por el hueco de la escalera, el aire subía húmedo y desangelado. Sintió un escalofrío al pensar en Nekane, inmóvil sobre la cama, con un grueso vendaje rodeándole la frente. Su marido estaba con ella, aferrado a su mano, huraño y taciturno. Aunque no dijo nada, aunque no alzó la voz ni dejó caer indirecta alguna, en su semblante se leía el rencor hacia un policía incapaz de proteger a su esposa. Larralde asumió su culpa sin excusas ni dramatismo. Debió secundar a Gordobil, desenfundar la pistola y acompañarla mientras reducía a Allende. Pero falló. Se dejó llevar por la amistad, por el miedo, y cometió el error de interesarse por un herido antes de tener controlado al agresor. Lo sabía, y así lo expuso en el informe que, hacía unas horas, entregó a un comisario extrañamente satisfecho. Pero Nekane Gordobil era suboficial de la Ertzaintza. Su esposo debía saber que, en ocasiones, se enfrentaba a situaciones peligrosas.

Salir de la habitación, recorrer el vacío del corredor sin oír más sonido que el de sus pasos, fue una liberación. Nekane estaba bien. No seguía inconsciente, como había temido al verla hundida entre las almohadas con el semblante pálido y los párpados violáceos. Dormía. El médico le confirmó que había recuperado el conocimiento al poco de llegar, que hablaba y razonaba con normalidad. La mantendrían unos días en observación, por simple prudencia, antes de mandarla a casa.

«Está bien —se repitió mientras, impaciente, daba pequeños puntapiés al mostrador de la enfermería—. No tengo por qué aguantar ningún reproche».

Por fin, tras una larga espera, explicaciones demasiado complejas y equivocarse dos veces de pabellón, alcanzó la habitación de Arzamendi a tiempo de ver a Maruri bajar de dos en dos los escalones con el móvil en una mano y una sonrisa embobada entre los labios. Recordó tiempos pasados,

cuando también él salía corriendo al recibir una llamada de esas capaces de desfigurar el rostro de pura felicidad, y se le antojaron lejanos y extenuantes.

Arzamendi dormitaba. El brillo mustio de sus ojos apenas era perceptible entre los párpados hinchados. Tenía ambos brazos vendados e inmovilizados y una mano cerrada con fuerza en torno a la de Osmany. Seguía aturdido por la anestesia, pero la llegada del policía consiguió hacerlo reaccionar. Un poco.

—Fue él, Jon. ¿Te das cuenta? Fue él.

Larralde asintió sin saber a qué se refería. La voz era gangosa, voz de lengua adormecida, de sueño y droga.

—Fue él —insistió doblando el cuello para alzar la cabeza—. Rosa se volvió loca para ayudarlos, para que no desahuciaran a su madre. Y él la mató. ¿Te das cuenta?

Sí. Hablaron tantas veces de esa operación, de las peleas de Rosa con la central, del reconocimiento de la Coordinadora Antidesahucios que jamás se les ocurrió pensar que Gustavo Allende pudiera odiarla de esa forma sorda y criminal.

—¿Qué quería? ¿Qué el banco pagara sus deudas? ¿Vivir del cuento?

Osmany le dio un par de golpecitos en la muñeca, y Antonio se dejó caer sobre la almohada, con los ojos cerrados y una gota resbalando hacia las sábanas. Larralde, incapaz de decir nada, se limitó a cogerle la otra mano. Durante unos minutos, dejaron transcurrir el tiempo sin palabras; tres hombres en torno a los sesenta, unidos por el silencio y el contacto de los dedos.

El cubano rompió el hechizo, agradable e incómodo a la par, susurrando la pregunta que llevaba horas deseando hacer.

—¿Cómo te fue en la comisaría?

—Bien. ¿Cómo iba a irme? Todo fue en defensa propia. El sospechoso me derribó, cogió el arma de mi compañera e intentó dispararme a la cara. Yo fui más rápido. Tú también lo viste, ¿eh, Toño?

—Justo como lo cuentas.

—Ningún forense se tragará que le disparaste desde el suelo. Hay que ser muy torpe para eso.

—O muy buen amigo.

No era una versión muy depurada, pero en ocasiones los escenarios caóticos, alejados de la perfección, son los mejores. Además, no creía que la Ertzaintza tuviera mucho interés en aclarar las circunstancias en que uno de los suyos había volado la tapa de los sesos a un triple asesino.

—Por cierto... —Larralde intentó ponerse serio—. Un día de estos tienes que explicarme dónde conseguiste una pistola y munición reglamentaria del cuerpo.

—*Okay*. Pero si no sabéis dónde anda vuestro arsenal, tenéis un problema.

—Tenemos muchos problemas.

La puerta se abrió y la misma doctora que les había permitido la visita les recordó que los cinco minutos acordados habían pasado hacía diez. Sin embargo, a la vista de sus rostros compungidos y, sobre todo, de sus manos enlazadas, les permitió quedarse un poco más.

—Pero solo un poco, ¿de acuerdo?

Asintieron al unísono, como niños formales. Ella contuvo una carcajada y cerró, ignorante de que en esa habitación aséptica y poco iluminada tres jubilados, o casi jubilados, conspiraban y resolvían conspiraciones en torno al lecho de un herido.

—¿Sabemos algo más de Allende? Se cargó al de la Taberna Negra, ¿verdad?

—Bueno, viste el Mitsubishi, ¿no? —dijo Larralde. Arechabala se limitó a encogerse de hombros—. Sí. Mató a Iker Zabalegi. También a Roberto Torres. Torres era el que faltaba, el que se llevó por delante a Estela Delgado a cambio de que el propio Allende se cargara al dueño de M-Tínez. ¿No es irónico? Lo asesinó la misma persona que vengó la quiebra de su empresa. Algunos testigos vieron subir a su piso a un hombre muy alto, con la barba y la melena rubias. Una especie de vikingo, según la señora del primer piso.

—No era muy listo borrando pistas —murmuró Antonio.

—Para nada. Lo habríamos cazado enseguida. No necesitamos héroes.

Arzamendi aceptó el reproche desviando la mirada, pero Osmany descubrió en el fondo de sus ojos un brillo que conocía desde siempre, desde la primera

vez que se quedó solo frente a un carro de combate: el orgullo de haberse enfrentado al demonio y vivir para contarlo.

—Debemos suponer que Allende era el chico de los recados, ¿no? —dijo, y Larralde asintió sin interrumpirlo—. El organizador de esta historia lo utilizó para borrar pistas. Para borrar su propia pista.

Guardaron silencio unos minutos, pendientes solo de la oscuridad cerrada más allá de las ventanas y el zumbido de las máquinas adosadas a la cabecera de la cama. Hasta que Osmany se atrevió a decir en voz alta lo que llevaba rumiando las últimas veinticuatro horas.

—Larralde, necesito un favor. —Bajó la voz y se acercó tanto al *ertzaina* que un olor penetrante, a sudor y angustia entremezclados, anegó sus fosas nasales—. Para cazar al cerebro, necesitamos pruebas. Y quizá podamos conseguirlas. Pero no te gustará saber cómo.

—Haciendo algo ilegal, supongo.

—En efecto.

—Algo ilegal que me afecta a mí, ¿no es cierto?

El cubano no necesitó responder.

—Osmany... —Apoyó una mano en su hombro, y ambas frentes, perladas de gotitas densas y turbias, se rozaron por un momento—. Después de lo de esta mañana, puedes pedirme lo que quieras.

DOMINGO

9 DE NOVIEMBRE DE 2014

A veces, el cielo se teñía de invierno en pleno verano. Las aguas del Caribe perdían el color turquesa que tanto gusta a los turistas, y la superficie de ese mar cuyo nombre evoca largas playas paradisíacas y batallas de piratas imposibles se cubría de una espesa capa de alquitrán. Eran los momentos previos al estallido, la calma que anuncia la llegada del huracán. En esos minutos angustiosos, todo era silencio. Todavía no reventaban las olas contra el puerto, ni el viento arrancaba las palmeras que adornaban los aparcamientos de los hoteles. Solo silencio, un silencio de respiraciones entrecortadas y carreras en busca de refugio. Katy Díaz nunca supo si era, como afirmaba su abuela, la forma que el Creador tenía de prevenir a su rebaño de la llegada de la tempestad o si, por el contrario, se trataba del último respiro del Leviatán antes de desplegar su furia sobre la tierra. Pero supo reconocer ese momento en la quietud tensa del Abra.

Siguiendo la senda de sus pasos, Maruri salió a la terraza. Recostada en la barandilla, enmarcada por los colores mustios de las flores, la silueta de la joven era el contrapunto a una mañana de cúmulos cerrados como un muro impenetrable. Parecía de noche a pesar de que, en la planta de abajo, el viejo carillón acabara de dar las diez.

—Se avecina una tormenta de las buenas.

Katy asintió antes de buscar refugio entre sus brazos.

—Si estuviéramos en mi país, te diría que viene un huracán.

Maruri no respondió. Las sombras caían sobre la margen izquierda como fantasmas a la caza de almas descarriadas, trazaban en la bocana una línea de tinieblas y avanzaban, al ritmo lento de las nubes, hacia el interior del territorio. Las contempló con los labios pegados a los cabellos de la

muchacha. El día perfecto para permanecer en el refugio del hogar, para retozar debajo de una manta o dilapidar el tiempo pendiente de los arabescos de la lluvia sobre los cristales.

Pero eso sería luego. Cuando terminara con el encargo de Osmany.

Porque el cubano no tenía intención de dejarlo en paz.

—¿En qué andas ahora? —preguntó Katy cuando lo vio regresar al teléfono con la resignación suavizando su impaciencia.

—Si te soy sincero, no lo sé. —Borja buscó algo en el portátil, marcó y, con el auricular pegado a la oreja, esperó—. Osmany me ha pedido que localice a la familia de uno de los sospechosos en un pueblito de León. Así que, hasta que no consiga hablar con todos los Vara de Cistierna, tu amigo no piensa soltarme.

Katy se encogió de hombros y, con el iPad entre las manos, se dejó caer en el sofá inventando un mohín de aburrimiento.

Llevaban tiempo sin hablar, él saltando infructuosamente de uno a otro número, ella revisando la prensa digital, cuando sonó el timbre de la entrada. Al abrir, Maruri descubrió el Porsche Cayenne de Luis Enrique Delgado estacionado debajo de una nerviosa coreografía de hojas muertas. Recostado en la carrocería, buscando con la mirada la lejana cruz del cementerio donde, a tres metros bajo el suelo, descansaba la única mujer a la que amó, Pablo García esperó a que su jefe entrara en el chalet antes de sacar el paquete de tabaco y perderse en recuerdos que, desde su regreso de Irak, no dejaban de acosarlo.

Débil, todavía lejano, les llegó el rumor del primer trueno.

—A ver, Borja, aclárame lo de Urquijo porque vas a volvernos locos a todos.

Delgado no tenía buen aspecto. Su piel se veía más pálida que de costumbre, dos líneas violáceas delimitaban las bolsas bajo sus ojos y la voz con la que interrogó al abogado arrastraba ecos de resaca. Maruri comprendió que había trasnochado. Y se sorprendió rogando sin palabras que esa imagen

de borracho recién levantado fuera cierta, que su estado se debiera a una noche de sábado exprimida al máximo. Que no tuviera relación alguna con la desaparición de Urquijo.

—Pasa y siéntate. ¿Te apetece un café?

—Prefiero un whisky.

Cuando colgó, Osmany cogió la tableta de Nerea y se quedó mirando la pantalla con la fe de un buscador de oro en un torrente canadiense. Algo de eso había en su forma de vigilar el icono que destacaba en una esquina. Esperaba un email. Y la ansiedad de esa espera le impedía separarse del programa de correo, abierto en la bandeja de entrada de su nuera.

Larralde acababa de confirmarle que, después de bucear toda la noche junto a un par de agentes de fidelidad inquebrantable en las entrañas del programa, había conseguido aislar seis archivos de vídeo que Osmany aguardaba con impaciencia.

—Lo tenemos —le dijo el *ertzaina* con una mezcla de euforia y agotamiento en la voz—. Lo que pasa es que esto no le valdrá a ningún juez.

—Ya. Imagino que no sale nada ilegal, ¿no es cierto?

—Cierto. Además... Bueno, las cámaras tienen un problema.

—¿Las cámaras?

—Sí. Oye, no estoy contándote esto, ¿vale?

Osmany asintió con un gesto, pero desde el otro lado de la línea Larralde comprendió el sentido de su silencio.

—En los bares de esa zona —continuó Jon— se mueve mucha gente del entorno radical. Chavales habituales de la *kale borroka* que, años atrás, podían terminar integrados en ETA. Supongo que te diste cuenta cuando estuviste por allí.

—Por eso pensé que la policía los tendría vigilados.

—Y acertaste. Pero no es tan fácil que un juez te autorice a poner cámaras donde te dé la gana. Así que, en fin..., que no podemos usar estas imágenes.

—Pero ahora sabéis quién es. Solo hay que buscar pruebas por otro lado.

—Exacto. —Un momento de silencio, la incomodidad de la pregunta flotando sobre la línea y la ciudad—. Oye, Osmany, ¿vas a enviárselas a Delgado?

—A Maruri. Es Maruri..., el jefe de Maruri, mejor dicho, quien tiene tratos con Delgado. Se las reenvío y que ellos decidan.

—De acuerdo. Te lo debo. Voy a tratar de dormir un par de horas antes de pasarme a ver a Toño. Un abrazo, Osmany. Y gracias por todo.

—Por nada, compay. Gracias por nada.

Terminó de servir la copa y tomó asiento junto a Luis Enrique. Katy dejó el iPad en la mesa y salió a la terraza, donde se dedicó a disfrutar del resplandor distante de los primeros rayos. La conversación de los dos hombres no le interesaba. Aunque, con la puerta corredera entreabierta, la oía con bastante nitidez.

—Bueno, Luisen... Sobre Urquijo, parece que fue un error acusarlo ante tu padre sin tener pruebas concluyentes.

Delgado se pasó la mano por el rostro, dejó que el humo se escapara sin prisa de entre sus labios y respondió con algo semejante a un gruñido.

—¿Acaso hay pruebas de lo contrario?

El sonido del móvil demoró una respuesta que Borja no tenía preparada. En la pantalla, un teléfono desconocido. Al otro lado, la voz curiosa de una mujer de avanzada edad.

—Hola. Mire, tengo una llamada perdida de ese número.

Musitando una disculpa, se levantó y salió de la habitación. Luis Enrique permaneció en su sitio, dibujando en el aire anillos de alquitrán, vaciando el vaso en tragos lentos y estudiando sin disimulo el perfil de la dominicana recortado más allá de la cristalera de la terraza.

Maruri tardó poco en regresar.

—Perdona, Luisen. Estaba esperando esta llamada para confirmar la teoría de Osmany.

—Tú dirás.

—Se trataba de un familiar de Marcos Urquijo. Una tía de Cistierna. El caso es que cuando hablé con la notaría me dijeron que alguien llamó preguntando por la fecha de la testamentaría. Cuando la supo, la cambió para hacerla coincidir con el atentado contra Estela.

—Eso ya lo sabemos. Y por eso sabemos también que ese hijo de puta se preparó la coartada.

—Ya. Pero Urquijo sí conocía la fecha. —Clavó la mirada en Delgado—. Es lo que acabo de confirmar con esa anciana. Fue ella quien llamó a Urquijo para darle la fecha de la declaración de herederos. Urquijo no necesitaba preguntarla en la notaría. Ya se la habían facilitado.

—¿Y eso te parece significativo?

—Sí. —Maruri volvió la mirada hacia la terraza a tiempo de ver cómo un rayo zigzagueaba entre las nubes—. La notaría avisó a esa mujer del cambio de fecha, y ella volvió a llamar a su sobrino para decírselo. Está segura de que no sabía nada.

—¿Cuál es tu conclusión? —Delgado apuró las últimas gotas de Macallan, cruzó las piernas y se recostó en la butaca. El lado izquierdo de su chaqueta abultaba más que el derecho.

—Urquijo no tiene nada que ver con todo esto. El asesino de María Estela lo utilizó para protegerse en el caso de que la Ertzaintza fuera capaz de desenredar toda esta maraña de Justicia. —Fijó la vista en el techo, en la ostentosa lámpara de Andrea que, de repente, se le antojó un engendro fuera de lugar, y siguió divagando en voz alta—. Y eso nos dice algo sobre el auténtico asesino: conocía a Urquijo lo suficiente para buscar en su entorno una cortina de humo.

—Demasiado complicado. —La respuesta de Delgado se mezcló con el chasquido del mechero y el sonido del whisky al caer sobre los hielos del vaso.

—Sí. El asesino tiene que ser muy inteligente. Muy meticuloso. Ha de tratarse de alguien capaz de manipular a los demás hasta llevarlos a matar a personas que no conocen, alguien que conocía a Urquijo o, como mínimo,

tenía acceso a datos importantes de su vida. Alguien que odiaba tanto a María Estela Delgado que la quería muerta a cualquier precio.

—Quizá no se tratara de odio.

El archivo tardaba en abrirse. Primero, se dibujó en la pantalla el marco azul de un reproductor. En su centro, un círculo gris comenzó, con exasperante lentitud, a cambiar de color al compás al que cargaba el vídeo. Osmany seguía la cuenta atrás aferrado a una paciencia que nunca tuvo, obligándose a recordar que las prisas lo llevaron a acusar a un inocente sin pruebas concluyentes. No podía cometer el mismo error.

El sonido del televisor se filtraba por debajo de la puerta. Nerea, con la niña en brazos, seguía un programa de imitaciones que llenaba el ambiente de música y carcajadas, algo mucho más soportable que los repetidos corrillos de fingidos intelectuales imponiendo a voz en grito las ideas de sus amos. No pudo evitar una sonrisa. Nerea, con su proverbial mal humor, le recordó que nadie pregunta lo que ya sabe; que nadie llamaría a una notaría para enterarse de una fecha ya conocida. Fue uno de sus explosivos accesos de ira lo que lo llevó a replantearse todas las preguntas.

Y ahí dio con la clave: las preguntas.

La primera cuestión que debía resolverse en todo crimen no es el cómo, el cuándo ni el dónde. Para llegar al quién, primero hay que averiguar el porqué.

Concluir que una tercera persona preparó a Urquijo una coartada falsa acabó con los endebles cimientos donde el cubano asentaba sus hipótesis.

Alguien quería desviar las sospechas hacia la pequeña rata. Alguien que sabía de sus repetidas amenazas a la mujer, que comprendió que su perfil encajaba a la perfección en un grupo de marginados con ansias de venganza. Alguien que lo conocía. Alguien frío, meticoloso, que necesitaba eliminar a la presidenta de la empresa sin dejar el menor rastro.

Y la pregunta originaria, la que dejaron sin contestar en la certeza de que todos los crímenes siguieron el repetido patrón del odio, regresó con la urgencia de los errores cometidos: ¿por qué mataron a María Estela Delgado?

Y la respuesta brotó sola, obvia y espontánea.

Por dinero.

El vídeo terminó de cargarse, y en la pantalla apareció una plaza desierta, iluminada por el brillo anaranjado de las farolas; una plaza de fachadas esculpidas en grises y negros, de asfalto vacío y contenedores a rebosar de basura. Sobreimpreso en una esquina, un reloj marcaba las tres de la madrugada del 19 de agosto. La cámara enfocaba las persianas cerradas en una acera estrecha, apenas suficiente para el paso de dos personas. Una de ellas, llena de borrones entre los que destacaba el nombre de La Taberna Negra en grandes letras rojas, se abrió, y media docena de hombres emergieron de las tinieblas del local. Permanecieron allí, invadiendo la calzada vacía de coches, manteniendo a duras penas el equilibrio, hasta que uno de ellos acertó a echar la llave y, con un gesto, disolvió la reunión.

El resto de los archivos eran, según Larralde, iguales. Las mismas o parecidas secuencias, repetidas en un intervalo de diez meses.

Osmany congeló la imagen y contuvo el aliento mientras, pegado a la tableta, revisaba con cuidado cada rostro.

Lo supo desde entonces, desde que aisló la muerte de Estela del resto de los atentados. Pero, sin pruebas, esa certeza, sólida e inquebrantable, valía menos que un castillo de naipes bajo un vendaval como el que azotaba las persianas de su dormitorio. Y la posibilidad de obtener unas pruebas que parecían imposibles llegó mientras seguía los movimientos de la cámara que controlaba el tráfico del puente de la Merced. Sospechaba, casi desde el principio, que aquel grupo de desgraciados dispuestos a cobrarse con sangre su miseria se reunía en La Taberna Negra. No había otro lugar. Probablemente se conocieran allí, solitarios de mediana edad alcoholizándose poco a poco en el vacío de un local mugriento, compartiendo confidencias y odios incontenibles. Y cuando descubrió que los bares de Bilbao la Vieja se llenaban los fines de semana de jóvenes del independentismo radical, supo que la Ertzaintza tendría allí algún tipo de vigilancia. La Taberna Negra era un antro triste donde apenas se juntaban una docena de fracasados

envejecidos de droga y desempleo, pero las cámaras no dejarían rincón alguno sin registrar, controlar y analizar.

Claro que en las imágenes que Larralde le había enviado no se apreciaba nada sospechoso.

El individuo que cerraba la lonja y, con gesto cansado, disolvía aquella patética reunión, era Iker Zabalegi, el propietario. A su lado, con rostros cansados, encendidos o abotargados en alcohol, reconoció a Roberto Torres, Gustavo Allende, Iñaki Hernando y Kepa Iturgaitz, asesinos cuyos retratos llenaban las páginas de la prensa inspirando las loas incendiarias de cientos de tuiteros encogidos bajo el anonimato de sus *nicks*. Junto a ellos, un hombre de faz alargada cuya foto no apareció jamás en periódico alguno.

Sin embargo, lo reconoció al instante.

Luis Enrique Delgado.

Maruri tardó unos segundos en comprender el sentido de la sonrisa de Luis Enrique, esa mueca felina que, diluida en el humo del tabaco, acompañó la última frase. Despacio, consciente de que sus miembros reproducían las órdenes del cerebro con una lentitud exasperante, cogió la botella y se sirvió dos dedos de Macallan. Delgado seguía sus movimientos sin decir una palabra, enmascarado tras la frialdad de la sonrisa.

Con el calor del primer trago regresaron a su mente las preguntas de Osmany, su inexplicable empeño en que investigara las finanzas de la familia Delgado. El jodido cubano lo sabía. Pero, en vez de decírselo, le dio la clave para que lo averiguara por sí mismo.

Cosa que, enredado entre los brazos de Katy, no se molestó en hacer.

Luis Enrique no dejaba de mirarlo. Recostado en el sillón con el tercer cigarrillo entre los dedos, disfrutaba de la bebida esperando las preguntas del abogado con la suficiencia con que un tenista profesional se prepara para restar el saque de un niño.

—Cierto. Quizá no se tratara de odio. Puede haber otros motivos. —Una pausa, un trago apresurado, un vistazo hacia la sobaquera—. Y otros

sospechosos. Quizá incluso del entorno de la víctima.

—¿Por ejemplo? —Delgado arqueó las cejas sin perder en ningún momento la sonrisa.

Maruri valoró la situación. Dijera lo que dijese, era poco probable que reaccionara de forma violenta a pesar del bulto que se advertía debajo de su chaqueta. Katy estaba en la terraza. Pablo esperaba en la calle. Y aquel individuo que, si su razonamiento era correcto, manipuló a un grupo de fracasados hasta convertirlos en torpes aprendices de asesinos, estaba limpio. No iba a dispararle. Aunque eso no aplacó el temblor de las manos que sostenían el vaso.

—Analicemos la muerte de tu hermana desde otra perspectiva. Sin toda esa parafernalia de Justicia, lo primero que se me habría ocurrido es averiguar quién se beneficiaría de su muerte.

Delgado asintió y escondió la cara tras el vaso.

—Por lo que sé, Estela no tenía hijos que ocuparan su hueco en la herencia de vuestro padre. Lo que significa que, muy pronto, serás dueño de un imperio.

—Das por hecho que el viejo no durará mucho.

—Tú también.

Luis Enrique no respondió. Rellenó su vaso, comprimió la colilla en el cenicero y, en el momento de encender otro cigarro, dejó escapar una risita suave que se repitió en las esquinas en una cadencia interminable.

O eso le pareció a Maruri.

—Osmany me pidió que echara un vistazo a tus cuentas, pero no he tenido tiempo —dijo. Luis Enrique sabía que lo habían descubierto. En realidad, era él, era su vanidad, quien se había descubierto. Y no parecía importarle lo más mínimo—. ¿Cómo te va la cosa, Luisen?

—Mal, tío, muy mal. Mis inversiones se han ido al garete, el viejo dejó de pasarme pasta hace tiempo... Si rebuscas por ahí, encontrarás más números rojos que otra cosa.

—Podrías trabajar en Construcciones Delgado. Te licenciaste en Empresariales en una universidad de prestigio, conoces el sector, eres el hijo

del dueño.

Por primera vez, una sombra cruzó el semblante de Luis Enrique. Una sombra que enturbió el brillo de sus pupilas.

—Exacto. Yo soy el mayor. Yo debí ocuparme de la empresa. Pero se la entregó a Estela, a la niña bonita que todo lo hacía bien. Al viejo no le gustan mis costumbres. No le gusta que beba, que trasnoche o que me meta un tiro de vez en cuando. ¡Qué cojones le importará a él! —rugió mientras alzaba el vaso en un brindis no correspondido—. Lo único que importa es que soy mucho más inteligente que todos ellos juntos.

Era la tercera vez que se equivocaba. Sus dedos no estaban hechos para teclear en una pantalla táctil, y la dirección de Maruri se veía tan pequeña en la tarjeta que lo raro habría sido acertar a la primera. Negó con la cabeza, empañó la superficie de la tableta con su aliento y, deteniéndose después de cada letra, consiguió copiarla correctamente en la dirección del destinatario. Tras confirmar que no había errores, pulsó «Enviar». Ahora, los abogados podrían visitar a Julián Delgado sabiendo que le entregaban al asesino de su hija. Que el resultado no fuera de su agrado no era asunto del cubano.

A través de la puerta, la música sonaba cada vez más alta. Nerea había subido el volumen, quizá para ahogar los gorjeos de Maider, o para que Osmany no la oyera seguir el ritmo con un tarareo mustio y desafinado. Sonrió. A partir de ahora, podría centrarse en su familia.

—¿De verdad te sorprende que tu padre no entregara la dirección de la empresa a un yonqui?

Maruri no se dejó intimidar por la mirada de Luis Enrique. No haría nada que diera a la policía una excusa para ponerle la mano encima. Algo que, vistas las pruebas de las que disponían, parecía imposible.

Delgado ensayó una carcajada, hueca como un grito agazapado en la garganta.

—Venga, Borja, no me seas puritano. ¿Ahora es delito un poco de farlopa? Como hagas un control de dopaje en el Parlamento, te llevas al maco a la mitad de los honorables congresistas.

—No. No es delito la coca, ni emborracharse a media mañana ni meterse un chute de lejía. Me parece fantástico que sigas con tus costumbres de macarra de los años ochenta, que dilapides tu dinero en drogas y borracheras, que te conozcan más en los bares que en el consejo de administración de tu propia constructora. Pero si se te acaba la pasta, te jodes. No puedes organizar una masacre para apropiarte de la herencia de tu padre.

—No sé de qué me hablas.

Maruri dejó el vaso en la mesa y trató de serenarse. Luis Enrique no se daría el gusto de reconocer que él había organizado la trama de Justicia, que solo él había sido capaz de convertir a un grupo de fracasados, hundidos en un magma irrespirable de alcohol y soledad, en ángeles justicieros. Aunque a la hora de la verdad no fueron más que marionetas de un macabro juego de camuflajes y engaño, marionetas cuyo premio fue la muerte. No. Le dejaría saber que tenía razón, confirmaría sus acusaciones con el desdén de su sonrisa. Pero de su boca no saldría ninguna confesión. Uno nunca puede saber dónde hay un móvil grabando la conversación.

El iPad vibró junto a su mano, y la pantalla se iluminó lo justo para permitirle leer el mensaje recién llegado: «Nuevo correo de Nerea Goiri». No hizo caso. No conocía a ninguna Nerea Goiri.

—Mataste a tu hermana. —Hablaba despacio, pendiente de la expresión de Delgado, único barómetro para juzgar la exactitud de sus deducciones—. Tu padre está a punto de morir, y lo más probable es que ella se quedara la parte del león, ¿no es cierto? No hace falta que me contestes. Su testamento lo redactó López de Incer.

—La legítima. —Luis Enrique apuró el último trago de whisky antes de encender otro cigarro—. Me lega la legítima.

Maruri dejó escapar un silbido.

—La legítima. Un tercio que dividir entre todos los hijos. En tu caso, un sexto del total.

Luis Enrique no reaccionó. Fumaba pendiente del cuadro que colgaba delante de la chimenea, un paisaje de casitas blancas sobre un mar turquesa.

—Para Estela —continuó Borja—, el ochenta y tres por ciento de los bienes de la familia; para ti, el diecisiete. No te haría mucha gracia.

—Hombre, si te soy sincero, no mucha.

—Pero si Estela desaparecía, te lo quedabas todo.

Esperó una respuesta, un gesto, un movimiento de los ojos, clavados en la horrible marina de Hammamed. No hubo nada.

—Así que decidiste matarla. Pero como único beneficiario de su muerte, la Ertzaintza se te lanzaría al cuello desde el primer minuto. Necesitabas algo diferente, algo que mantuviera las pesquisas lejos del móvil económico. Por ejemplo, un grupo terrorista. Y, a falta de ETA, te creaste uno propio. Tú eres el cerebro de ese grupo de capullos. El responsable de todos los asesinatos. — Un trago, un segundo de respiro antes de seguir hablando, ensamblando en voz alta unas piezas que, hallada la clave, encajaban sin problema—. Por eso me seguías, por eso te apuntabas a nuestras reuniones, para asegurarte de que culpábamos a Urquijo. Para empujarnos hacia Urquijo. Porque si lo acusábamos ante tu padre, el círculo se cerraría. La Ertzaintza jamás podrá interrogarlo para descartar su implicación. Os lo habéis cargado, ¿no es cierto?

Nada. Delgado seguía mirando la pared, fumando en lentas caladas y permitiendo que la curva fina de sus labios hablara por sí misma.

—Pero no querías dejar nada al azar. En cuanto viste que llegar hasta Roberto Torres no era especialmente complicado, mandaste a Gustavo Allende a silenciarlo. Y tuviste la suerte de que la policía se cargara a Allende. Con él, desapareció el último testigo de tu trama, el único que podría delatarte. ¿O no fue suerte? Quizá ya sabías que estaba tan loco que jamás se dejaría coger vivo. Quizá por eso lo elegiste para hacer limpieza.

—Borja... —Delgado puso el cigarrillo en el cenicero, apoyó los brazos en las rodillas y lo miró con una seriedad fingida, una seriedad negada por el brillo alegre de sus pupilas—. He venido a preguntarte por Urquijo y me acusas de ser un peligroso genocida. Mira, tío, yo no he matado a nadie en mi

vida. Y lo único que sé sobre el cerebro de Justicia —añadió al tiempo que se inclinaba hasta que sus ojos se enfrentaron a los de Borja— es que jamás encontraremos ninguna prueba contra él. Gracias por el whisky. —Se incorporó, se ajustó la chaqueta exhibiendo la culata de su arma y se dirigió hacia la salida—. Ah, por cierto... —Se volvió con un manido gesto teatral—. Considérate despedido.

Maruri lo vio marcharse incapaz de decir nada, incapaz de negar la evidencia de sus últimas palabras. Apenas fue consciente de que Katy se sentaba a su lado, le cogía de la mano y murmuraba algo que no entendió. Solo se animó a mirarla cuando la cabeza de Delgado desapareció tragada por el hueco de la escalera. Le pareció que estaba lívida. Si acaso era posible.

—¿Que decías?

—Que por qué no has abierto el mensaje de Osmany. Igual tiene algo sobre ese miserable.

—¿Qué mensaje?

La mujer señaló el iPad.

—Nerea Goiri es la nuera de Osmany.

Se abalanzó sobre la tableta como si la sola mención del cubano hubiera conjurado el desaliento de saber que jamás encontrarían algo punible contra Luis Enrique Delgado. Abrió el programa de correo y acto seguido el mensaje. Y fue incapaz de contener un grito al ver el asunto que encabezaba el email: «Vídeos del cerebro de Justicia».

Ni siquiera esperó a que el primero comenzara a reproducirse. Con la tableta en la mano, se precipitó escalera abajo.

Un trueno hizo temblar la cristalera en el momento en que Katy regresaba a la terraza. Una gota cayó sobre la luna del Cayenne, una gota, gruesa y solitaria, que surcó el cristal entre regueros de polvo y premoniciones. Pablo García la miró sin interés, consciente de que era la primera de un diluvio inminente, borró de sus recuerdos el semblante de María Estela Delgado y se puso firme. Su jefe salía de la casa.

Luis Enrique estaba aún en el jardín cuando los gritos de Maruri le hicieron detenerse.

—¿Querías una prueba? La tengo. ¡Tengo una prueba! —Borja se detuvo en el vano de la puerta y, jadeante de excitación, se recostó en el marco—. Y no solo yo. Me la ha enviado Osmany. ¡A mí y a la Ertzaintza! —añadió tras una ligera indecisión.

Contra su voluntad, Delgado se vio obligado a darse la vuelta. Era un farol. Solo podía ser un farol. Pero tenía que confirmarlo antes de regresar al paraíso de su futuro inmediato. Así que, sin molestarse en disimular su desprecio, se volvió hacia el iPad que Maruri sostenía con un brazo en alto.

Reconoció la imagen apenas la vio. Bilbao la Vieja. La Taberna Negra. Los seis juntos. Los seis hablando a la puerta del bar, despidiéndose, dándose afectuosas palmaditas de borracho.

Conspirando.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la inquietud no aflorara al tono de su voz.

—Circunstancial.

—De acuerdo. Puede que para un juez, o para la policía, sea circunstancial. Pero yo trabajo para tu padre. ¿Qué crees que pasará cuando le enseñe estos vídeos..., cuando sepa que tú eres el asesino de tu hermana?

De golpe, se sintió arrollar por las dudas, por el miedo a perder lo que tanto le costó conseguir, a que esa estructura de coartadas contrapuestas con que levantó su propia coartada se viniera abajo por un simple archivo de vídeo. Un miedo que se transformó en terror cuando, a su espalda, oyó el alarido ronco del escolta.

—¡Mataste a Estela, hijo de puta!

Y recordó que Pablo García amaba a su hermana.

Todo fue muy rápido. Desenfundó antes de darse la vuelta, antes de encararse con el guardaespaldas, enredado aún entre la sobaquera y el vuelo de su chaqueta. Maruri oyó las detonaciones, tres explosiones sordas cuyo eco se diluyó en el estruendo de la tormenta, un segundo antes de que García se desplomara inerte sobre la gravilla del camino. Dos segundos antes de que

Delgado se volviera de nuevo para apuntarlo a él, inmóvil aún frente a la entrada.

—Acabas de joderme la vida, cabronazo.

Fue incapaz de reaccionar. El arma lo miraba con su único ojo, por donde pronto saldría la bala que pondría punto final a su existencia, y Borja Maruri seguía paralizado por la presencia del cañón, indefenso como un pajarillo frente a la mirada hipnótica de la serpiente que ha de devorarlo. Delgadoladeó un poco la cabeza, guiñó un ojo encuadrando el objetivo y disparó.

Justo cuando un tiesto caía sobre su hombro.

Desviada por el impacto, la bala se empotró en algún lugar de la fachada, lejos de Maruri, muy lejos de Katy Díaz, que abandonó a toda velocidad la atalaya de la terraza y se refugió en la vivienda antes de que Luis Enrique, con una mano presionándose el brazo dolorido, abriera fuego contra ella. Varios tiestos se partieron en pedazos y la cristalera saltó hecha añicos cuando un proyectil la atravesó. Solo entonces Maruri consiguió sacudirse el pánico que lo atenazaba, cerrar la puerta, echar todos los cerrojos y correr hacia la planta superior, donde la mujer marcaba el número de emergencias.

El rugido del Porsche acelerando bajo el granizo les devolvió el atisbo de una cordura que tardarían en recuperar. Encogidos detrás de las cortinas, lo vieron arrollar el cuerpo de Pablo García, enfilar el camino de acceso y desaparecer tras una esquina dejando tras de sí dos surcos de fuga sobre el césped y el cadáver del hombre contratado para ejecutar su falsa venganza.

La tormenta se abatió sobre Bizkaia con la furia de un ciclón. Gruesas bolas de granizo deformaron las carrocerías de los vehículos dormidos junto a las aceras, destrozaron los paraguas de los pocos valientes que se atrevían a transitar por las calles anegadas y tapizaron de blanco las carreteras provocando una larga sucesión de golpes de chapa e impaciencia. Se desbordaron los torrentes, se inundaron los mismos sótanos que, tras cada tormenta, precisaban la intervención de los bomberos y, cuando la lluvia ocupó el lugar del pedrisco, las bocas de las alcantarillas fueron incapaces de absorber la ingente cantidad de hielo que el agua arrastraba. Fueron muchas las avenidas por las que circular resultó imposible, muchos los derrumbes provocados por el diluvio, muchos los cortes de calzada y los peatones atendidos por resbalones y caídas. El mar, encabritado bajo el empuje del vendaval, rompía contra los acantilados salpicando de espuma y temor las casas más cercanas a la orilla, sobrepasando unos espigones impotentes, arrancando temblores de los barcos amarrados al abrigo ilusorio de los puertos.

Quizá por eso el yate de Julián Delgado seguía anclado en el pantalán del Club Marítimo cuando la Ertzaintza irrumpió en el paseo derrochando frenazos y sirenas. Los agentes derribaron la puerta con ayuda de un ariete y una orden de registro solo para confirmar que la embarcación estaba preparada para la fuga: el depósito lleno de combustible, la nevera de comida y los armarios de ropa. Y en una caja fuerte que a duras penas consiguieron forzar, encontraron veinticinco mil euros en efectivo, varios sobres de plástico a rebosar de polvo blanco, así como un pasaporte con la fotografía de Luis Enrique y el manido nombre de José Fernández.

Sin embargo, no hallaron pruebas ni testigos que situaran el Porsche Cayenne en las inmediaciones.

La búsqueda se extendió a la ciudad, a la red de autopistas, fronteras y aeropuertos. Decenas de policías ocuparon los peajes y regaron de controles las salidas hacia Cantabria y Madrid, sombras de largos impermeables rojos, apenas visibles bajo el aguacero, sacudiendo tentáculos fosforescentes al paso de los vehículos. Los accesos a la frontera quedaron colapsados por cientos de camiones atrapados entre registros y balsas de agua. La Guardia Civil extremó las precauciones en los accesos a la terminal del ferry y el aeropuerto; no importaba el parón en el tráfico marítimo ni las interminables demoras de los vuelos.

En la soledad de un gigantesco salón, desde cuyas ventanas el Abra parecía un felino encabritado, Julián Delgado atendió a los oficiales que acudieron a interrogarlo. Hundido en un sillón del que parecía incapaz de levantarse, supo de boca de aquellos individuos de modales exquisitos y prepotencia palpable que su hijo había asesinado a su escolta de tres balazos. Y aunque los agentes no añadieron acusación alguna, comprendió lo que ocultaban. Una certeza incuestionable que lo acompañó mientras el vacío regresaba para ocupar las lujosas estancias de la mansión.

Cuando Larralde abandonó la habitación de Antonio Arzamendi, hacía tiempo que de la tormenta solo quedaba una difusa estela de vías encharcadas, desolación y ramalazos de invierno. Aunque el reloj marcaba las ocho, la noche se cerraba sobre Basurto con el cielo de una amante insegura de sí misma. Acompañado del eco de sus pasos, el *ertzaina* salió al frío del jardín que rodeaba los viejos pabellones con una sensación agrisulce en la boca del estómago. Atrás dejaba a su mejor amigo, inmovilizado en una cama de hospital, viudo en el momento en que podía comenzar a disfrutar de una vida dedicada hasta entonces al trabajo. Pero gracias a él, y al cubano, habían identificado al inductor de los crímenes. Gracias a ellos, disponían de un argumento incuestionable para detenerlo, si bien a un precio demasiado alto:

la muerte del guardaespaldas y, de no haber sido por los reflejos de una mujer a quien no conocía, la de Maruri.

A pesar del tiempo transcurrido y de que dos agentes vigilaban la entrada del chalet, a Borja todavía le temblaba la voz cuando, vía telefónica, le contó lo sucedido. El miedo seguía ahí, royéndole las cuerdas vocales. Larralde sonrió al recordarlo. No era sencillo superar un tiroteo. Pero estaba seguro de que el abogado no tenía motivos para seguir asustado.

Dentro del recinto, junto al estacionamiento de los taxis, lo esperaba un coche patrulla. Pidió que lo recogieran en el hospital para compensar las horas dedicadas a recuperar el sueño perdido entre archivos de vídeo y miradas furtivas al pasillo. Caminó hacia él sintiéndose ausente, tan absorto en sus propios pensamientos que no comprendió el significado de los nerviosos gestos del conductor hasta que estuvo a la altura del vehículo.

—¡Dese prisa! ¡Tenemos una persecución en marcha!

Larralde todavía tardó un momento en sacudirse la telaraña de sueño y calma que lo envolvió en la habitación de Arzamendi.

—¿Cómo?

—En Autonomía. —El agente, un joven que aún guardaba en el rostro tardíos restos de acné, daba golpecitos de impaciencia en el volante mientras las palabras brotaban a trompicones de su boca—. Desde Rekalde. Un Porsche Cayenne. Se dio a la fuga cuando un munipa le dio el alto. Hay varias patrullas persiguiéndolo.

—¿Y a qué estás esperando? ¡Vamos a por ese hijo de puta!

El viento arrastraba su carga de humedad a través de las calles vacías, entre los cantones mudos y las plazas dormidas de domingo. Osmany, con las manos en los bolsillos y la barbilla rozándole el pecho, abandonó el portal y se perdió sin rumbo, aunque con un destino fijado de antemano, por la zona peatonal. Pequeños soles anaranjados flotaban sobre las mismas losas que reflejaban sus pasos en torno a la catedral, donde el chasquido de las botas reverberaba en los regueros de las alcantarillas. Le gustaba esa soledad

esquiva, nunca real, pero presente cuando la amenaza del lunes y los embates de la lluvia recluían a vecinos y paseantes al abrigo de sus televisores. Le gustaba caminar en silencio, sin ninguna compañía. Lo ayudaba a pensar.

Habló con Maruri poco antes de salir. Era la tercera vez que lo llamaba después del tiroteo, pero en esa ocasión no buscaba, como en las anteriores, una vía de escape a sus temores. Llamó para citarlo, a primera hora de la mañana, en la mansión de Julián Delgado.

Según Maruri, cuando López de Incer acudió a confirmarle la verdad sobre el asesinato de su hija, Delgado se empeñó en conocer en persona al cubano. De modo que a Osmany no le quedó más remedio, si quería cobrar unos servicios jamás requeridos, que aceptar una cita que lo incomodaba tanto como presenciar las marejadas de la plaza de la Revolución desde lo alto de la tarima.

Se detuvo en la barandilla que separaba la ría de la Ribera. El eterno andamio del mercado exhibía su esqueleto desnudo, sin un toldo quizá arrancado por el temporal. Las farolas lo miraban en silencio, luces blancas y mandarinas que ignoraban, como siempre, sus preguntas. A pesar de la tromba de la mañana, el agua parecía estancada. En pleamar, la fuerza de la marea afrontaba sin problemas el empuje de la corriente, y la ría se llenaba tapando escorias y escaleras. Un autobús abandonaba la parada, desierta como la propia calle, como el Casco Viejo y, se diría, como Bilbao entero. Buscando en la otra orilla, en el punto donde la pasarela y el muelle de Marzana habían sido testigos de la muerte de Camilo, dejó transcurrir el tiempo sin que los esporádicos vehículos que siseaban a su espalda o el repetido tintinear de hierro sobre el andamio le importaran lo más mínimo.

—¡Una patrulla ha interceptado al vehículo sospechoso cerca de San Francisco Javier! ¡Regresa a Autonomía y sigue en dirección a Basurto!

—¡Viene hacia nosotros!

A pesar de aferrarse con todas sus fuerzas al salpicadero, Larralde salió despedido contra la puerta cuando su compañero hizo saltar el vehículo sobre

los raíles del tranvía para invadir el carril contrario.

—¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Oblígalo a detenerse!

El Porsche Cayenne de Luis Enrique Delgado volaba sobre las vías que ocupaban el centro de la calle. Sus trescientos cuarenta caballos hacían estremecerse el asfalto, el rugido del motor rebotaba en las fachadas como el grito de un animal herido y la cortina de agua que levantaban los neumáticos desdibujaba la impotencia de los coches patrulla que lo seguían sin recortar la distancia que los separaba.

—¡Crúzate ahí! ¡Ciérrale el paso!

—¡Nos destrozará! —protestó el agente mirando a Larralde como se mira a un enajenado.

—¡Haz lo que te he dicho! —gritó el oficial mientras desenfundaba el arma.

No había tenido tiempo de bajar la ventanilla cuando notó la embestida. Los frenos chirriaron antes del impacto, el Cayenne trató de evitar el golpe frontal con un giro imposible y su morro se hundió en la parte trasera del coche patrulla, que salió despedido en una diagonal de hierros retorcidos y trozos de plástico diseminados por el asfalto. Arrancadas de cuajo las ruedas posteriores, se desplomó sobre la vía como un elefante herido.

Una nube de destellos azulados los envolvió y los dejó atrás mientras Larralde buscaba la pistola sin dejar de maldecir a los fabricantes de coches para ricos, una nube que, comprendió hundido en la oscuridad de la tapicería, se detuvo a pocos metros de su posición. Frenazos, portezuelas cerrándose de golpe, gritos de mando y las sirenas gimiendo cerca de su propio vehículo le confirmaron lo imposible.

Habían detenido el Porsche.

Marzana era un pozo de silencio. Nadie se movía al otro lado de la Ribera, nadie se asomaba a las puertas cerradas de El Perro Chico ni buscaba la pasarela junto a la que Osmany recordaba.

La imagen de Rosa Villate regresó diáfana a su mirada, una mujer al filo de los sesenta que, envuelta en una elegante gabardina, caminaba sola entre las sombras de un callejón donde la muerte acechaba en la forma de un hostelero transmutado en asesino por culpa de un timador. Desde allí, desde el otro lado del puente, debió de arrojar el cuchillo a las mismas aguas que, meses atrás, acogieron el que acabó con la vida de su hijo. El cubano recorrió, una vez más, las esquinas por donde Camilo emergió al muelle o la calleja, trató de adivinar la silueta del enemigo deslizándose por las tinieblas de las fachadas, una víbora en espera de su momento. Pero su mente regresaba una y otra vez a Marzana, al momento en que, sin saber cómo, intuyó la amenaza que rondaba a aquella mujer desconocida.

Y comprendió por qué no dejaba de revivir ese momento.

Porque la sensación de peligro era tan intensa como entonces.

No vio nada cuando se volvió para escrutar el entorno de sombras y farolas engañosas que lo rodeaba. Ningún vehículo transitaba por la Ribera, nadie asomaba a la boca de Barrenkale, un erial de bares cerrados y persianas durmiendo en espera del mañana; nadie se acercaba con una mano en el bolsillo y la sonrisa del sicario en un rostro sin alma. Pasadas las nueve de la noche, todo era silencio. Y paz.

Sin embargo, la jungla le enseñó a no menospreciar los avisos de su instinto. Así que abandonó su solitario refugio y, susurrando un son de Carlos Puebla, continuó paseando a lo largo de la ría.

Borja Maruri lanzó al teléfono un vistazo de ansiedad y hastío. Empezaba a estar harto de utilizar el aparato como placebo de sus miedos, pero cada vez que sonaba se abalanzaba sobre él con los nervios de un adolescente. Además, reconoció en la pantalla un número que llevaba esperando todo el día.

—Sí, Larralde, dime.

—Escucha, Maruri, es muy urgente. Hemos interceptado el coche de Delgado.

—¿El coche? ¿Y qué pasa con él?

—Para eso te llamo. Él no estaba dentro. Lo conducían dos críos de catorce años que ahora mismo están descojonándose del interrogatorio de mis compañeros.

—¿Cómo es posible? —El abogado intentó visualizar a un chico de esa edad conduciendo un Porsche Cayenne. No lo consiguió.

—Pues, por lo que nos han contado —dijo Jon, y Borja comprendió que la ronquera del *ertzaina* se debía a una rabia contenida a duras penas—, alguien dejó el coche en el barrio, con las ventanillas abiertas y las llaves puestas. Y, claro, ellos no pudieron resistirse.

—¿El barrio? ¿Qué barrio?

—El suyo. El Peñascal. Ha de estar por ahí. Creemos que tiene algún refugio... o que cuenta con alguien dispuesto a ayudarlo, alguien a quien conozca desde siempre...

—Entonces ¿por qué abandonar así el coche? Sabía que se lo robarían, pero también sabía que tarde o temprano pillaríais a quien lo hiciera. Estaría delatándose.

—¡Joder! ¡Por algún lado tenemos que seguir investigando! ¡Escucha! —Calló de golpe, consciente de que los rostros de los compañeros que rodeaban a los ladronzuelos se volvían en su dirección—. Escucha, Maruri... Perdona. Pero me gustaría saber si Delgado en algún momento te habló de su infancia, de amigos del barrio, de sitios donde jugaran a esconderse... No sé. Algo que pueda sernos útil.

Se hizo el silencio a ambos lados de la línea. Borja trató de bucear en unos recuerdos que se mezclaban entre sí. Demasiadas víctimas, demasiados nombres, demasiados rostros. Y demasiadas veces cerca de la muerte en solo siete días.

Habló despacio, rastreando en unas neuronas encogidas bajo el eco de los disparos.

—No. Cuando se refería a su infancia, lo hacía con orgullo, como si ser un chaval de barrio acrecentara el mérito de ser rico. Como si el mérito fuera suyo y no de su padre. —Al oírlo, Larralde asintió con un gruñido—. Pero nunca mencionó sitios concretos ni personas concretas. Lo único que recuerdo

con claridad —añadió Maruri, y solo entonces comprendió la importancia de unas palabras dispersas entre trago y trago de Macallan— es que llevaba la ley del barrio impresa en su ADN.

—¿Cuál era, según él, la ley del barrio?

—Que si alguien te jode, tú te vengas.

En el tono desfallecido de las últimas palabras, Larralde intuyó el temor del abogado, un temor que no lograría sacudirse mientras Luis Enrique Delgado permaneciera en libertad.

—Mira, Maruri, si quieres que ponga más escolta delante de tu casa...

—No. No, Jon, ¿no lo comprendes? Luis Enrique sabe perfectamente que no soy yo quien lo ha jodido.

Larralde tragó saliva. Volvió la mirada hacia la calle, sembrada de sirenas y vacío. Y el trayecto desde Basurto hasta el Casco Viejo se le antojó un abismo inabarcable para el breve espacio de sus miedos.

—Date la vuelta, negro.

Osmany no se movió. Frente a él, al otro lado del cauce, la curva del Museo de Reproducciones dibujaba el perfil de Conde Mirasol, la calle que penetraba en ese Bilbao de mil lenguas y colores por donde transitaban los últimos pasos de su hijo. De alguna forma, saber que moriría así, contemplando el último paisaje de Camilo, le supuso un consuelo extraño.

—¿Estás sordo, viejo? Date la vuelta.

No. No pensaba concederle ese placer. Reconoció la voz de Delgado casi antes de oírla. Reconoció el rumor de sus pasos, el imperceptible cambio del viento, el olor a sudor y rabia a tres metros de su espalda. Había cubierto la mitad de la distancia que separa la pasarela peatonal del puente de la Merced, cuando se detuvo para estudiar desde ese ángulo el cruce de Marzana con Conde Mirasol. Era el mismo punto en el que preparó el encuentro entre rusos y dominicanos, el mismo desde el que comprendió cómo cazar al cerebro de una organización limitada a la ambición de un individuo. El individuo que, irónicamente, lo apuntaba por detrás.

La ría dibujaba la imagen de un estanque de aguas hediondas que no sabían si avanzar hacia el mar o trepar en busca de sus orígenes. Osmany fue consciente de que no le sería de gran ayuda. Cuando huyó de los nazis esclavos, la fuerza de la corriente bastó para alejarlo de sus perseguidores, armados entonces con barras de hierro y puños americanos. Pero Delgado tenía una pistola. Y el río no pensaba ayudarlo.

A pesar de todo, era la única opción.

Apretó las manos en torno a la barandilla y flexionó los brazos contra el cuerpo, tratando de ocultar a Luis Enrique unas intenciones evidentes. No le quedaba más salida que lanzarse al agua, aunque eso significara terminar como Camilo, ahogándose mientras la vida se le escapaba por el agujero de la espalda. En ese instante oyó el rugido de un autobús al salir de la parada. Y comprendió que el vehículo pasaría despacio, muy despacio, junto a ellos. Comprendió que, en ese preciso momento, Delgado trataba de camuflar el arma.

Comprendió que disponía de un segundo. O dos.

Saltó.

El teléfono siempre sonaba cuando la niña acababa de dormirse.

El pensamiento acudió de forma mecánica al cerebro de Nerea Goiri, amodorrada delante del televisor. Una queja que, en realidad, carecía de fundamento. Nadie llamaba nunca a Nerea.

Eso era lo que la molestaba. Saber que nadie, nunca, marcaba el fijo de sus padres para interesarse por ella y, sin embargo, en el poco tiempo que su suegro llevaba en la vivienda, el maldito cacharro no dejaba de chillar.

Estuvo a punto de no cogerlo. Que el viejo se buscara un móvil. Ella no era la secretaria de nadie. Pero Maider se removió en el sofá alzando al aire dos puños de nudillos sonrosados, y Nerea decidió que era preferible coger el recado que tener que volver a dormir a la pequeña.

—Diga.

—¿Osmany?

Entre los gritos, el estruendo de un motor y algo parecido a una alarma, a la mujer le costó comprender palabra alguna.

—¿Cómo?

—¡Osmany! ¡Que se ponga Osmany, joder!

Colgó. Una cosa era responder a las llamadas cuando el cubano no estaba en casa y otra muy distinta aguantar el mal humor de sus amigos.

El teléfono volvió a sonar.

Descolgó al quinto timbrado, cuando los párpados de Maider comenzaban a romper el cerrojo de las pestañas.

—¿Diga?

—No me cuelgue, es importantísimo. Soy el oficial Larralde, de la Ertzaintza. Necesito hablar con Osmany Arechabala lo antes posible.

—Osmany no está.

El coche patrulla ascendió por Autonomía precedido del aullido de las sirenas y el silencio denso de las premoniciones. Atravesaron Zabaltzu como una exhalación y, siguiendo las indicaciones de Larralde, la agente que conducía salvó la trinchera de las vías y aceleró por la calle Cortes.

—¿Y no sabe dónde puede estar?

Nerea cogió una patata de la bolsa que descansaba sobre el brazo del sofá y la masticó sin prisa, más interesada en las lágrimas de una actriz en la pantalla que de las preguntas del oficial.

—No. Salió a dar un paseo.

Las luces de la sirena barrían con reflejos añiles las fachadas. A su paso, figuras anónimas de mujeres casi desnudas se encogían contra los portales, hombres apostados en las esquinas hundían en el teléfono móvil el odio aflorado a las miradas y neones que jamás camuflaron la sordidez de los clubes encerraban tras sus puertas secretos por todos conocidos. Ajeno a la decadencia de un barrio acostumbrado a recoger la miseria de la ciudad entera, Larralde siguió peleando con la desidia de la nuera de Arechabala.

—¿No dijo adónde iba?

—No. Osmany siempre hace lo que le da la gana.

—Sí, pero... —Contuvo el juramento que trepaba hacia su garganta, la necesidad de transmitirle a gritos esa urgencia que lo corroía como el ácido. Ya le había colgado una vez—. ¿De verdad no tiene ni idea de adónde ha podido ir? Igual pasea siempre por el mismo sitio, o va a un bar determinado a ver el fútbol o algo así.

Silencio. El masticar lento de algo que crujía junto al auricular. Larralde apretó los dientes con la rabia de la impotencia mientras el coche, terminada la calle, se saltaba el stop y, como una bala, salía derrapando rumbo al puente de San Antón. El lamento de las sirenas rasgaba la calma de la noche, se colaba por el móvil como un sollozo premonitorio sin que la mujer pareciera ser consciente de su impaciencia.

—Suele ir a la Ribera, a la zona del mercado.

«Donde apareció el cuerpo de su hijo», pensó Larralde cortando la comunicación sin despedirse.

—¡Acelera! —ordenó, y la agente pisó a fondo para saltarse el semáforo en rojo antes de que se le cruzara un camión de la basura—. ¡Ya casi estamos!

—¡Hijo de puta!

Se le había escapado. El negro de mierda, un viejo de más de sesenta años, se había difuminado ante su mirada como si tuviera ojos en el culo, como si le hubiera visto encoger el brazo, guardar el arma bajo la chaqueta hasta que el jodido autobús pasara de una puta vez. Pero no. A ese negro no iba a resultarle tan fácil. Todavía estaba a tiempo de acribillarlo desde lo alto.

Confirmó de un vistazo que nadie, ni en la calle ni en el bus, había reparado en el salto de Osmany, y se asomó a la ría con el odio en las pupilas y la pistola buscando un camino sin retorno. No vio nada. Sobre el agua, estancada como una balsa de detritos, las manchas anaranjadas de las farolas se alternaban con largos espacios de oscuridad, parásitos sedientos de luz aferrados a las paredes y el vientre de los puentes. A su derecha, unos escalones bajaban hasta el cauce, los mismos escalones en los que, cuando la ciudad era un engendro gris y solidario, se escondía para fumar hachís o

meterse las primeras rayas de *speed*. El cubano saltó en el punto en que se engarzaban con el muro creando una estrecha esquina de piedra.

Podía haber buceado hasta el lateral de la escalera.

Podía estar encogido en esa esquina, entre las sombras cerradas sobre las paredes.

Podía seguir bajo el agua.

Luis Enrique comenzó a descender, pendiente del puente de la Merced y la remota posibilidad de que alguien lo cruzara en ese momento, cuando, desde el otro extremo de la calle, le llegó el sonido de una sirena.

Los frenos chirriaron y el coche patrulla se detuvo junto al mercado de la Ribera. Larralde bajó a toda prisa, una mano en el cinturón, los meses que restaban hasta la jubilación más largos y pesados a cada minuto. Nada. Arechabala no estaba allí, interrogando sin palabras a los elementos. Ni él ni nadie. La más completa soledad se adueñaba de un espacio que en apenas unas horas estaría abarrotado de camiones de reparto, comerciantes y ancianas hastiadas de sus camas.

Las luces de la sirena trazaban elipses violáceas sobre la superficie de la ría. Tumbado en los escalones, tratando de no perder de vista ni la acera por la que la policía podría aparecer ni las aguas que escondían al cubano, Delgado maldijo una y mil veces su suerte y su destino. Los agentes cuyas sombras se recortaban en el movimiento giratorio de los focos no se habían detenido allí por casualidad. De alguna forma que se le escapaba, sabían que iría a por Arechabala. Sabían que no huiría sin haberse tomado una revancha más necesaria que la droga. Y sabían, tan bien como él mismo, que Osmany pasaba las noches escudriñando las fachadas de la otra orilla de la ría, ofreciendo su espalda inerme a cualquiera con ansias de venganza.

Tenía balas. Era un buen tirador. Y los objetivos se acercaban despacio, confiados en la soledad aparente del entorno. Podía incorporarse de un salto,

acribillarlos, volar la tapa de los sesos al cubano y desaparecer parapetado tras cualquiera de los muchos pasaportes que escondía allí donde la Ertzaintza jamás podría encontrarlos. Inspiró, apretó los dientes y comenzó una efímera cuenta atrás. Pero entonces comprendió que el reflejo de uno de los policías se alejaba sobre el espejo opaco de la ría.

Regresaba al vehículo. Uno de ellos regresaba al vehículo. El otro, en cambio, se encontraba a escasos metros de los escalones. Y seguía acercándose.

Era imposible abatirlos a ambos.

No le quedó más remedio que buscar refugio dentro de la ría.

Osmany notó el repentino movimiento del agua, las minúsculas olas que rozaban su barbilla y los latidos de su corazón se aceleraron aún más. Si acaso era posible.

Después de saltar, permaneció sumergido cuanto pudo. Tanteando a ciegas la pared en busca de algo a lo que agarrarse, algún hueco, alguna prominencia, tropezó con un gancho curvado hacia abajo, quizá un viejo amarradero donde, décadas atrás, los boteros pudieron anclar sus embarcaciones. Asido a él, aguantó hasta que su boca se empeñó en buscar un aire inexistente. Entonces emergió sin ruido, esperando el estruendo de un disparo y el momento en que todo se apagara para siempre. Pero no sucedió nada. Y cuando sus ojos se acostumbraron a las tinieblas, comprendió dos cosas: el muro al que se agarraba no era el que encauzaba el río, sino la parte trasera de la escalera. Y de la parte alta de esa escalera surgía una respiración ansiosa, el jadeo que un asesino trataba inútilmente de contener.

Al instante comprendió una tercera: Larralde estaba allí.

Solo podía ser Larralde. Solo podía ser alguien que conociera sus costumbres. Alguien capaz de tener la certeza, antes que el propio Osmany, de que las cosas no habían acabado.

Aún no.

Su primer impulso fue llamar a gritos al *ertzaina*, pero se contuvo a tiempo. Apenas hiciera el menor ruido, una bala le atravesaría el cráneo. Y Jon, sin parapeto posible en lo alto de la calle, sería el siguiente. Así que guardó silencio con la esperanza de que el oficial siguiera aproximándose, de que, asomado a la barandilla, sorprendiera la silueta del criminal encogida en uno de los escalones. Esperó. Algo indefinible, algo vivo y viscoso, le tocó los labios obligándolo a contener una arcada; la curva del gancho le rozaba el muslo y, de repente, breves ondas de orines y grasas industriales salpicaron su rostro.

Delgado había entrado en el agua.

—Oficial, aquí no hay nadie. ¿Quiere que sigamos buscando?

Larralde escrutó en silencio el entorno mustio que lo rodeaba. Un coche atravesó el puente de la Merced, con las luces traseras tiñendo el asfalto de rojo y evasión. Las nubes raspaban la punta del primer rascacielos de la ciudad, un edificio esmirriado que apenas destacaba junto a la estación de Santander. Lejos, difusos puntos de colores perfilaban la silueta de Artxanda, diluida en bruma y sueño. Todo estaba tranquilo. Muy tranquilo.

—Vámonos.

Cuando el destello de las sirenas se perdió más allá del teatro y la oscuridad regresó para adueñarse del cauce, Luis Enrique se agarró al más alto de los escalones, situó el arma en su línea de visión y cogió aire. El cubano no estaba en el lateral de la escalera. La única alternativa era que permaneciera en la esquina desde donde saltó, detrás de la estrecha esquina de piedra. A menos de un metro de distancia. Con el dedo en el gatillo, se arrastró unos centímetros hasta el extremo del muro. Inspiró de nuevo, contó hasta tres y, propulsándose en el escalón, se lanzó a doblar la esquina.

Y un puñetazo en la muñeca le arrancó la pistola de las manos.

No tuvo tiempo de lamentarse ni de buscar un arma perdida para siempre. Se abalanzó sobre Arechabala aprovechando la inercia del salto, lo agarró del pelo con ambas manos y lo sumergió en el agua.

Lastrado por el peso de la guerrera, Osmany trató inútilmente de zafarse. Golpeó sacudiendo los brazos como un loco, sin saber si acertaba a su enemigo o estrellaba los puños contra el muro. Un breve chispazo en el interior del cráneo le advirtió que su cerebro reclamaba oxígeno de forma desesperada. Trató de nadar hacia abajo, de sumergirse para bucear pero no pudo liberarse de esas garras asidas a su pelo con la saña de una rapaz. Llegaron los pinchazos en el pecho, los firmamentos de luceros y estrellas fugaces proyectados en el envés de los párpados. Y en un último intento, frágil como el estertor de un viejo, su codo golpeó algo duro y afilado: el gancho del botero.

Agarrado a él, palpó a ciegas el cuerpo del asesino. Casi no le quedaba oxígeno en los pulmones, ni destellos de luz en las neuronas, cuando dio con su cinturón. Usando el hierro como punto de apoyo, tiró con todas sus fuerzas.

Luis Enrique apenas pudo coger aire antes de sumergirse arrastrado por el brazo del cubano. Pero, aunque el movimiento lo pilló por sorpresa, no se preocupó. Arechabala llevaba mucho tiempo debajo del agua. Era cuestión de segundos.

No podía más. A pesar de todo, a pesar de estar, como él mismo, bajo el cenagal líquido de la ría, Delgado se negaba a soltarlo. Osmany siguió tirando, siguió conduciéndolo al abismo donde él mismo se ahogaba, hasta que notó que sus manos, la que se aferraba al garfio clavado en el muro y la que apresaba al asesino, se tocaban. Y, en un esfuerzo definitivo, enganchó el cinturón al amarradero.

Quedó libre. Enseguida notó que nadie lo sujetaba, que los dedos que lo hundían en el vacío lo soltaban para tratar de abrirse la hebilla del cinturón en una carrera desesperada. Alcanzó la superficie entre toses y jadeos, escupiendo restos de vómito y detritos abandonados durante siglos en el desaguadero que era el Nervión. Extenuado, alcanzó el primero de los

peldaños y se desplomó. Delgado no tardaría en zafarse de su burda trampa. Y a Osmany no le quedaban fuerzas para huir, para intentar siquiera el más endeble movimiento de defensa. Derrumbado en la escalera, con las piernas y un brazo sumergidos en el agua, clavó la mirada en el lugar por donde debía emerger Luis Enrique y esperó. Y siguió esperando. Y cuando fue consciente de que llevaba más de diez minutos en la misma postura, pendiente de una superficie a la que ya no afloraría nadie, se incorporó y, vacilante como un borracho de guaro mal destilado, se arrastró hasta la casa de su nuera.

LUNES

10 DE NOVIEMBRE DE 2014

Osmany se dejaba mecer por el traqueteo del metro con la cabeza recostada en la ventanilla y los ojos fijos en el reflejo de su tez surcada de arrugas. El silencio salpicado de conversaciones a media voz y chirridos de acero y rieles, las horas de insomnio repitiéndose preguntas de respuestas engañosas, las imágenes de muertos nunca vistos renacidos en la oscuridad del dormitorio, el dolor de huesos y garganta lo empujaban al sueño, algo casi imposible en el incómodo catre de Nerea. Pero un timbre metálico anunció la siguiente parada, y tuvo que abandonar su apacible amodorramiento para emerger al bullicio del Casco Viejo.

Caminó despacio por la misma cinta mecánica por donde, dos días antes, cruzó a la carrera con una pistola en el bolsillo y la angustia en el semblante. Caminó recordando el monstruoso salón de Julián Delgado, la soledad amplificada en aquel marco desproporcionado, tapizado de lujo y vacío. Y el rostro moribundo del anciano mientras Maruri trataba de edulcorar sus palabras para explicarle cómo llegaron a esa conclusión que acabaría con Delgado antes que el cáncer: su hijo ordenó el asesinato de su hija.

Nadie habló de la suerte de Luis Enrique. Desapareció tras acribillar a Pablo García en el jardín de Maruri y nadie volvió a verlo. Julián no hizo pregunta alguna, no mencionó a su primogénito por su nombre, no mostró el menor interés por su destino. Osmany tampoco abrió la boca. Si las mareas se portaban en Bilbao de manera semejante a la de Cuba, la bajamar se habría producido en torno a las tres de la madrugada. Al amanecer, cuando las calles se llenaron de ociosos y trabajadores, la pleamar debía de cubrir por completo el cuerpo atado a un oxidado gancho de botero. Serían más o menos las diez de la mañana cuando el primer transeúnte señalaría con gesto de espanto el

cadáver que parecía clavado a la parte trasera de una de las escaleras que bajaban hasta el cauce. Para cuando lo rescataran, identificaran y dos agentes de rostro circunspecto llamaran a la puerta de la mansión de Las Arenas, ya haría tiempo que Maruri y Arechabala, cada cual con un grueso sobre en el bolsillo interior de la chaqueta, habrían abandonado la vivienda.

La ciudad lo recibió como siempre: gris, lluviosa, llena de gente con un vaso en una mano y migas de pan en la comisura de los labios. Osmany salió temprano para acudir a su cita, y Somera aún dormitaba su resaca de fin de semana envuelta en aromas de vino y orines. Ahora, a pesar de que era lunes, los primeros asiduos asaltaban las barras de las tabernas entrechocando vasos y paraguas. Pegado a la pared, buscó el abrigo de los balcones y tropezó con una pintada cuyas letras, deformadas por el sirimiri, todavía brillaban: «Banqueros al paredón. #Justicia». Con un suspiro de resignación, sacó las llaves y accedió al portal. ¿Qué pensarían quienes inundaban las fachadas y las redes sociales con proclamas de apoyo a los asesinos, quienes consideraban legítimo matar a banqueros y empresarios, cuando supieran que esa burda rebelión contra las injusticias del capitalismo no había sido más que el juego de un millonario, un oligarca que utilizó, y sacrificó, a media docena de desarrapados para eliminar a sus enemigos e incrementar su riqueza? Un señor feudal reclutando campesinos para arrebatar las tierras a otro terrateniente al precio de la sangre de los pobres. Eso fue Luis Enrique Delgado. Desde la Edad Media, a eso se reducía la justicia.

Los olores conocidos, humedad macerada con ajo y suavizante, lo acompañaron escalera arriba, una mezcla extraña y reconfortante, hogareña y repulsiva. Sacudió la cabeza, como si así pudiera barrer la amargura de sus últimos pensamientos, y se sacó del bolsillo uno de los dos tacos de color morado que el constructor le había entregado. Cien mil euros en total. «Tu jubilación resuelta en una semana», dijo Maruri palmeándole la espalda, como si esa única semana compartida los hubiera convertido en camaradas. Algo de eso había. Sonriendo, Osmany separó seis billetes y devolvió el resto al sobre. Y cuando llegó al cuarto piso giró a la izquierda y llamó al timbre de la vecina.

Tres mil euros eran suficientes para saldar las deudas de Nerea con la comunidad de propietarios y pagar las próximas cuotas. Dejó el dinero en la mesita de la entrada, esperó con estoicismo un recibí que la octogenaria tardó siglos en rellenar y se despidió con más prisa que cordialidad.

—Adiós, sí. Cuide bien de esa muchacha, que lo necesita. Y también de su nieta. ¡Qué bonita es su nieta! ¡Y qué lista! Se diría que tiene un sexto sentido. De verdad que se me parte el corazón cada vez que recuerdo cómo supo lo de su padre. ¡Qué pena más grande, Señor!

Osmany había iniciado la retirada, pero las palabras de la anciana le hicieron detenerse. Algo pretérito, inexplicable como el instinto o la locura, un viejo conocido que a veces dormía y en contadas ocasiones disfrutaba afilando las garras en sus entrañas, despertó. Tuvo que alargar un brazo y apoyarse en el quicio de la puerta para disimular la repentina debilidad de sus piernas antes de afrontar certezas recién comprendidas.

—Perdone, ¿cómo dice?

—¿No se lo contó Nerea? Pobre chiquilla, bastante tiene con lo que le pasó. Verá, no sé si es la propia naturaleza, o es cierto que los bebés intuyen las cosas del otro mundo —dijo, y se santiguó exagerando los gestos de los dedos y la fe de la mirada—, pero la noche que mataron a Camilo se la pasó entera llorando. Y mire que la niña no es llorona. En estos pisos de madera se oye todo, y ella no es de los críos más ruidosos que he conocido —puntualizó. Osmany lo sabía. Maider dormía bien. Si se despertaba, bastaba el tacto de Nerea para que volviera a conciliar el sueño—. Sin embargo, esa noche maldita no paró de llorar. Mire que por la mañana fui a preguntar a su madre si estaba pachucha o le pasaba algo, y me encontré el piso lleno de policías. ¡Dios bendito, qué tristeza!

Sin una palabra, Osmany se dio la vuelta y, a duras penas, atravesó cinco metros de rellano eternos como el infierno. Consiguió acertar en la cerradura, consiguió abrir la puerta y deslizarse hasta el interior de la vivienda a pesar del temblor de sus manos envejecidas, del dolor que lo taladraba. Se permitió un suspiro al comprobar que no había nadie, que no olía a sopa de sobre, a heces infantiles ni a amargura. Por la ventana abierta se filtraba el escándalo

de la ciudad, un estruendo amplificado por la estrechez del callejón, pero la mente de Osmany solo reproducía los gritos de Nerea embebidos en hiel y odio: «Una puta negra. ¿Quién te crees que eres para traer putas a mi casa?», al tiempo que regresaba a su recuerdo la mesa del K2, regresaba Katy, su chándal azul, sus zapatillas de deporte y su coleta rebotándole en el cuello, la viva imagen de una adolescente en la clase de gimnasia.

Tuvo que coger aire antes de avanzar hacia la cocina, al punto donde morían sus esperanzas, donde terminaba una senda que nunca supo recorrer. Su mirada se detuvo un segundo en el rincón donde las cenizas de Camilo reposaron en espera de algo mejor que un pinar oscuro una madrugada de tormenta, y abrió el cajón de los cubiertos. Estaban allí desde el principio, acusando sin palabras, sinceros y mudos. Los cuchillos que el Banco de Crédito Monetario regaló a Nerea con motivo de la fusión. Los cuchillos que, desde el principio, lo desconcertaron: dos demasiado cortos, dos demasiado grandes. Notó que la humedad anegaba sus ojos en el momento de agacharse y sacar del armario el juego que le regalaron cuando abrió su propia cuenta corriente. El mismo juego, en una caja sin abrir. Rasgó el plástico protector y levantó la tapa. Dos cuchillos demasiado cortos. Dos demasiado grandes. Y en el centro, lanzando destellos a la luz del fluorescente, la hoja de catorce centímetros del mediano.

Se apoyó en la encimera, cerró los ojos y trató de llorar. Pero no le quedaban lágrimas. O, sencillamente, no sentía dolor. Lo que ardía en su pecho era algo más intenso y, de un modo indefinible, más triste. Era una llamarada de rabia contra el pasado absurdo, contra la injusticia de las fatalidades evitables, contra la estupidez, los celos, la ceguera. Nerea sabía que Camilo la engañaba. Siempre lo supo. Camilo no era de los que se molestan en disimular. Probablemente, pensó que preñarla saldaba su parte del trato con su esposa, sin importarle sus sueños ni sus deseos. Y una noche, una de tantas, ella dejó a la niña dormida y lo siguió. Las cámaras tuvieron que captarla en el momento de cruzar el puente de la Ribera, pero a nadie le extrañó ver a una mujer que aferraba con ambas manos el bolso en el momento de adentrarse en la incertidumbre de la Pequeña África bilbaína.

¿Dónde lo abordó? Según Gordobil, estaba solo cuando dobló hacia San Francisco, así que Nerea debió de esperarlo a pie de puente, quizá en el mismo punto ciego donde asesinaron a Rosa Villate. Ella sabía adónde iba, de dónde regresaba. Sabía quién era Katy. Discutieron. Seguro que discutieron. No tanto para que algún vecino desvelado se asomara a la ventana, pero lo suficiente para hacerlo estallar. Podía verlo. Grande, joven, sexualmente satisfecho por una belleza caribeña a quien utilizaba con la falsa promesa de ocuparse del Enano, escupiendo a la cara su insignificancia a la mujer que le consiguió el billete de avión y la tarjeta de residencia, una mujer peligrosa de tan insegura. Se sentó en la barandilla. Sí. Debió de sentarse allí, con las piernas colgando sobre la ría. Encendería un cigarrillo exhibiendo su desprecio, su falsa superioridad, sin ver que, a su espalda, ella abría el bolso y empuñaba con ambas manos el cuchillo de cocina.

Oyó pasos en la escalera. Pasos torpes, inseguros y muy lentos. Los pasos de su nuera arrastrando el carrito de Maider. Separó los párpados y clavó una mirada atormentada en la esquina de las cenizas, donde solo quedaba grasa reseca y un vacío imposible de llenar.

—Te prometí dos cosas, Camilo. Dos, nada más. Que cuidaría de tu hija y que me encargaría de tu asesino. Dos promesas tristes para un padre. Pero solo puedo cumplir una. Dime, muchacho... —Aspiró con todas sus fuerzas, y algo frío y espeso se coló a través de sus fosas nasales—. Dime cuál de las dos es más importante.

La llave giró en la cerradura, y la risa de la niña se impuso al bullicio de la calle. Haciendo acopio de las pocas energías que le quedaban, Osmany consiguió incorporarse mientras, sobre la tarima, un irregular taconeo delataba a la asesina de su hijo. Devolvió los cuchillos al armario, dirigió un último vistazo al hueco donde estuvo la urna de Camilo e, intentando componer una sonrisa, salió a enfrentarse a los jirones del resto de su vida.



JAVIER DÍEZ CARMONA (Bilbao, España, 1969). Es licenciado en Económicas, pero su pasión es la escritura. Premiado en más de cien certámenes literarios (fundamentalmente de relato, pero también de poesía y teatro), ha participado en diversas antologías y es autor de dos novelas juveniles.

Justicia es su tercera obra dirigida al público adulto.